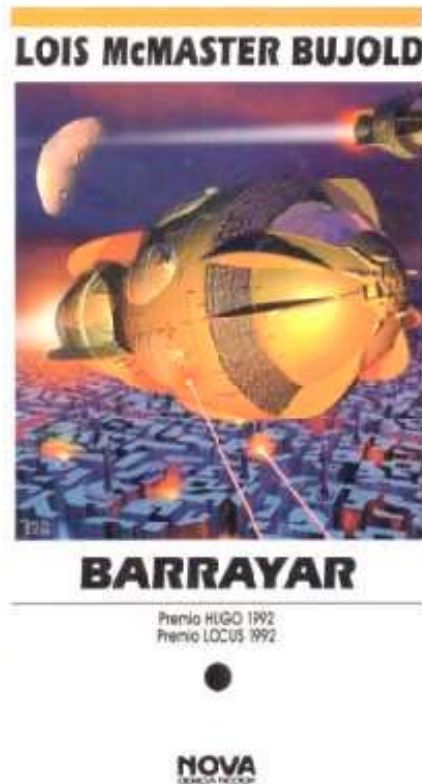


# BARRAYAR



**Lois McMaster Bujold**



## **Lois McMaster Bujold**

Título original: Barrayar  
Traducción: Margara Auerbach  
© 1991 by Lois McMaster Bujold  
© 1994 Ediciones B S.A.  
Rocafort 104 - Barcelona  
ISBN: 84-406-4019-6  
Edición digital:?  
R6 11/02

## PRESENTACIÓN

Con *BARRAYAR*, Lois McMaster Bujold ha conseguido su tercer premio Hugo consecutivo, un palmares que sólo iguala Orson Scott Card en toda la historia de la ciencia ficción. Como es sabido, el premio Hugo es el más prestigioso del género y se elige por votación popular, en ésta pueden intervenir los participantes en la convención mundial de la ciencia ficción (WorldCon) que se celebra cada año, así como varios millares de aficionados. Por ello, la obtención del premio supone el reconocimiento indiscutible del éxito y la popularidad de una novela de ciencia ficción.

Pero Lois McMaster Bujold ha obtenido también, y en dos ocasiones, el premio Nébula, votado anualmente por los miembros de la SFWA (Science Fiction Writers of America, asociación de los escritores norteamericanos de ciencia ficción). En este caso, la especialización del casi millar de votantes potenciales (escritores, críticos y editores especializados en los géneros de la ciencia ficción y la fantasía) supone un reconocimiento adicional que suele premiar no tanto la popularidad como los valores literarios y narrativos que los profesionales del género han encontrado en las novelas o relatos candidatos. Resulta curioso constatar que, en el caso de la autora que hoy nos ocupa, el reconocimiento de los premios Nébula por parte de los profesionales ha precedido al reconocimiento popular que supone el premio Hugo.

Otra muestra de respaldo a la obra de Lois McMaster Bujold procede de los lectores de algunas de las más famosas revistas especializadas norteamericanas, como *Locus* y *Analog*, que han decidido premiar con sus votos y su aprobación la obra de esta autora que está dejando una huella decisiva en la ciencia ficción de principios de los noventa.

Por todo ello, no es una exageración decir que Lois McMaster Bujold es ya una autora destacada en la moderna ciencia ficción norteamericana. Con ocho libros, publicados entre 1986 y 1991, ha obtenido nada menos que tres premios Hugo y dos premios Nébula y, además, el aplauso de los lectores de *Locus* y *Analog*.

Las narraciones de esos ocho libros de Lois McMaster Bujold están ambientadas en un mismo universo coherente, en el que se dan cita tanto los cuadrúmanos de *EN CAÍDA LIBRE* (premiada con el Nébula en 1988 y finalista del Hugo de 1989) como los planetas y los sistemas estelares que presencian las aventuras de Miles Vorkosigan, su héroe más característico. En el APÉNDICE de este volumen se incluye un esquema argumental del conjunto de los libros de ciencia ficción de Bujold aparecidos hasta hoy, ordenados según la cronología interna de la serie. De hecho, el orden real de su publicación en inglés ha sido el siguiente: *Shards of Honor* (junio de 1986) *The Warrior's Apprentice* (agosto de 1986)

*EL APRENDIZ DE GUERRERO*, NOVA ciencia ficción número 33

*Ethan of Athos* (diciembre de 1986) *Falling Free* (abril de 1988), premio Nébula 1988

*EN CAÍDA LIBRE*, NOVA ciencia ficción número 24 *Brothers in Arms* (enero de 1989)

*Borders of Infinity* (octubre de 1989), premios Nébula 1989 y Hugo 1990 por «Las montañas de la aflicción» y premio *Analog* 1989 por «Laberinto», ambas novelas cortas incluidas en el libro.

*FRONTERAS DEL INFINITO*, NOVA ciencia ficción número 44 *The Vor Game* (septiembre de 1990), premio Hugo 1991

*EL JUEGO DE LOS VOR*, NOVA ciencia ficción número 57 *Barrayar* (octubre de 1991), premios Hugo y *Locus* 1992

*BARRAYAR*, NOVA ciencia ficción número 60 Como ya indicaba en la presentación de *EL JUEGO DE LOS VOR*, Bujold, con sus tres novelas de 1986, tanteó al principio diversos personajes posibles: los padres de Miles en *SHARDS OF HONOR*, el mismo Miles en *EL APRENDIZ DE GUERRERO* y la comandante Elli Quinn en *ETHAN OF ATHOS*. El impresionante éxito popular de *EL APRENDIZ DE GUERRERO*, junto al atractivo de un personaje como Miles Vorkosigan, ha llevado a que sea éste quien se

haya convertido en el protagonista central y en el personaje emblemático de una de las mejores y más amenas series de la moderna space opera, un subgénero esencial en la ciencia ficción. Pero Bujold ha continuado narrando las aventuras de los padres de Miles en la más reciente de sus novelas de ciencia ficción: BARRAYAR (1991). Ello le ha valido de nuevo la alabanza y el favor del público lector.

Debo confesar que EL APRENDIZ DE GUERRERO me divirtió y sorprendió enormemente. Pero la continuidad del éxito de la serie de Miles Vorkosigan me ha llevado a preguntarme por las claves de ese éxito sin par. En las novelas protagonizadas por Miles, la estructura es siempre sencilla y la narración simplemente amena. El lector sólo conoce la acción desde el punto de vista de Miles, puede seguir el hilo de sus razonamientos, su percepción de los hechos y, sobre todo, la ironía con que se juzga a sí mismo y los líos en que se mete. Tal vez ésa sea la clave. El lector acaba identificándose con un protagonista inteligentísimo y astuto, y ese es un mecanismo siempre agradecido y seguro. Debe serlo aún más (si se me permite un poco de psicologismo barato) cuando el problema de la minusvalía física de Miles impulsa a nuestro inconsciente a sentirnos incluso superiores a él. Un personaje que es todo un hallazgo y para el que Bujold prepara continuamente acciones y aventuras que permiten una doble lectura y, siempre, satisfacen al lector. ¿Qué más se puede pedir?

Pero eso no es todo. Las novelas en que no interviene directamente Miles (EN CAÍDA LIBRE, Shards of Honor, Ethan of Athos o BARRAYAR) siguen manteniendo su encanto y recogiendo premios. Miles Vorkosigan es una baza segura, pero hay algo más en la escritura de Bujold: una maravillosa habilidad para entretener e interesar al lector.

En el caso concreto de BARRAYAR, el libro que hoy presentamos, la protagonista central es Cordelia Naismith, la madre de Miles. Recién llegada a Barrayar, desposada con Aral Vorkosigan —nombrado regente del imperio—, Cordelia ofrece un punto de vista ajeno y desconcertado ante la estructurada y compleja política cortesana de Barrayar. Con ello, Lois McMaster Bujold introduce nuevos elementos, entre los que destaca el punto de vista femenino de su nueva protagonista, mucho más acentuado aquí que el de la comandante Elli Quinn en Ethan of Athos (pese a ser esta última obra una de las más apreciadas por la propia autora).

Otro factor adicional que enriquece BARRAYAR es el contrapunto que ofrece la visión de Cordelia al haber sido educada en Beta, sociedad esta que, a nuestros ojos, resulta más moderna y menos rígida que la de Barrayar. Cordelia practica lo que los sociólogos llaman «observación participante» y nos cuenta, con cierto distanciamiento, cómo es la sociedad de Barrayar. Asistimos a su perplejidad (que es la nuestra) y a su paulatina comprensión del nuevo entorno al que ha llegado por amor. De nuevo, el punto de vista de un único personaje inteligente es el anzuelo en el que queda prendido el lector que, prácticamente, conoce tan sólo lo que Cordelia sabe y entiende.

Debo reconocer que he leído con satisfacción todas las novelas de Lois McMaster Bujold y sigo sorprendido por el poco aprecio que por ella sienten algunos críticos a los que, por otra parte, respeto. En la presentación de EL JUEGO DE LOS VOR ya indicaba la posición de Ian Watson y la respuesta que obtuvo de la propia Lois McMaster Bujold. Pese a todo, sigo preocupado en buscar las claves del éxito popular de esta autora.

Una arriesgada explicación que se me ocurre relaciona el éxito de la narrativa de Lois McMaster Bujold con el interés popular por las películas de un actor como Harrison Ford. De Ford se ha dicho que viene a mostrar la reacción de la persona ordinaria ante hechos a los que, en cierta forma, llega siempre de manera involuntaria, pero ante los que sabe reaccionar con habilidad. Algo parecido ocurre con personajes de Lois McMaster Bujold como Miles Vorkosigan, Cordelia Naismith o el ingeniero Leo Graf de EN CAÍDA LIBRE. El lector conoce el contexto, la situación y las acciones a partir del punto de vista de un único personaje del cual conocemos su pensamiento pero, sobre todo, sus dudas. En cierta forma, como el Ford protagonista de algunas de sus más recientes películas (Juego

de patriotas por ejemplo, pero también la serie de un Indiana Jones que se «encuentra sin querer» con los problemas), los personajes de Lois McMaster Bujold se hallan de repente metidos en un problema que, en principio, no han buscado y que han intentado evitar. Reaccionan ante ese problema como lo haría una persona inteligente, en función de las habilidades que les son propias y que la autora, previamente, ha hecho claramente patentes al lector. En una sociedad en la que Harrison Ford tenga éxito como actor, indefectiblemente han de tener éxito los personajes y la estructura narrativa a la que recurre Lois McMaster Bujold. Así de sencillo.

No quiero terminar esta presentación sin mencionar otro punto que me parece de gran interés en BARRAYAR. A menudo se ha acusado a Lois McMaster Bujold de escribir una ciencia ficción «militar» centrada en una space opera protagonizada por militares. La misma autora, en una reciente entrevista concedida a la revista QUANTUM, acepta esa etiqueta pero dejando claro que, para ella, un militar es ante todo un ser humano, y proclamando claramente que la complejidad de una personalidad humana no puede reducirse a su oficio. En general, se tiene la idea de que la space opera «militar» suele tener un origen ideológico más bien orientado a la derecha del espectro político. Pero ello no parece ser así en el caso de Bujold, o al menos no lo es cuando los problemas de las mujeres entran en juego.

Evidentemente, Cordelia se plantea la posibilidad del aborto al enterarse de que ha sido objeto de un envenenamiento y de las consecuencias que éste va a tener en su hijo. No es difícil imaginar que Cordelia dejará nacer a su hijo (en realidad hemos leído ya varias narraciones protagonizadas por Miles...) pero, aunque la protagonista no aborte, ésta es una decisión conscientemente asumida y decidida, en este caso incluso en contra de lo que exige la cultura de Barrayar. Lois McMaster Bujold defiende con firmeza un punto de vista que debería resultar para todos evidente: la mujer embarazada es la única que puede decidir sobre este tema. Y la firmeza se hace patente al indicar que Aral Vorkosigan, esposo de Cordelia y padre de Miles, alienta, entiende y respeta esa decisión. No por el hecho de que la decisión sea una u otra (abortar o no), sino porque ésta existe, es competencia exclusiva de Cordelia y, sea cual sea la que tome, va a encontrar en su compañero el respaldo y la ayuda necesarios para llevarla a cabo, aunque se oponga a todas las tradiciones de Barrayar. Con ello, Aral demuestra que es un digno compañero para una personalidad como Cordelia y, ambos, unos dignos padres para Miles Vorkosigan.

Una última precisión: BARRAYAR continúa en cierta forma los hechos narrados en Shards of Honor, pero no es necesario haber leído Shards of Honor para apreciar BARRAYAR. La autora incluye en esta última novela todas las referencias necesarias para que BARRAYAR sea una narración independiente. Mi deseo hubiera sido publicar previamente Shards of Honor (y también Ethan of Athos y Brothers of Arms pero no puedo dedicar «toda» la colección NOVA ciencia ficción a una única autora, por más que me resulten amenas e interesantes sus novelas. Espero que pronto sea posible incluir las restantes novelas de Bujold en la colección pero, de momento, me he de limitar a una por año, ¿Alguna sugerencia sobre cuál debe ser la siguiente que aparezca en NOVA ciencia ficción? Yo me inclino por Ethan of Athos, pero atenderé, en la medida de lo posible, las sugerencias que reciba. En cualquier caso, puedo asegurar que pronto publicaremos de nuevo a Lois McMaster Bujold. Cuando lean BARRAYAR comprenderán por qué.

MIQUEL BARCELÓ

A Anne y Paul

Tengo miedo. La mano de Cordelia apartó la cortina de la sala, en el tercer piso de la Residencia Vorkosigan. Sus ojos se posaron sobre la calle bañada por el sol. Un gran vehículo plateado se acercaba por la calzada que desembocaba en el pórtico principal, pasó ante la reja de seguridad y los arbustos importados de la Tierra. Un coche oficial. La puerta del compartimiento para pasajeros se elevó, y de allí emergió un hombre con un uniforme verde. A pesar de la distancia, Cordelia reconoció al comandante Illyan, como de costumbre sin una gorra que cubriera sus cabellos castaños. Illyan desapareció de la vista bajo el pórtico.

Supongo que no tendré que preocuparme hasta que Seguridad Imperial venga a buscarnos en plena noche. Pero un resto de temor permaneció agazapado en su estómago. ¿Por qué tuve que venir a. Barrayar? ¿Qué he hecho conmigo misma, con mi vida?

Unas botas retumbaron en el corredor y la puerta de la sala se abrió con un crujido. El sargento Bothari asomó la cabeza y emitió un sonido de satisfacción al encontrarla.

—Es hora de irnos, señora.

—Gracias, sargento. —Cordelia dejó caer la cortina y se volvió para examinarse por última vez en el espejo colocado sobre la arcaica chimenea. Resultaba difícil creer que la gente del lugar siguiese quemando materia vegetal sólo para liberar calor.

Cordelia alzó el mentón sobre el cuello de encaje blanco de la blusa, acomodó las mangas de su chaqueta color canela y distraídamente rozó con la rodilla la amplia y larga falda que utilizaban todas las mujeres Vor, color canela para hacer juego con la chaqueta. El tono la consolaba, ya que era casi el mismo de su viejo mono de Estudios Astronómicos Betaneses. Cordelia se pasó la mano por los cabellos rojizos, peinados con raya al medio y retirados del rostro con dos peinetas esmaltadas, y los echó hacia atrás sobre los hombros dejándolos sueltos sobre la espalda. Sus ojos grises la observaron desde el rostro pálido del espejo. La nariz era un poco aguileña y el mentón un poco demasiado largo, pero en general era un rostro adecuado, útil para cualquier propósito.

Bueno, si lo que quería era verse exquisita, no tenía más que colocarse junto al sargento Bothari. A su lado él ofrecía un aspecto lamentable con sus dos metros de altura. Cordelia se consideraba una mujer alta, pero su cabeza sólo llegaba al hombro de aquel sargento con rostro circunspecto e introvertido que recordaba el de una gárgola, de nariz ganchuda y rasgos exagerados como los de un criminal, acentuados por su cabello cortado al estilo militar. Ni el elegante uniforme color café del conde Vorkosigan, con los distintivos de la casa bordados en plata, lograban disimular la asombrosa fealdad de Bothari.

Pero es un rostro excelente, sin duda, útil para, cualquier propósito.

Un sirviente uniformado. Vaya un concepto. ¿Y a qué servía?

A nuestras vidas, nuestras suertes y nuestro honor, para empezar. Cordelia lo saludó con amabilidad por el espejo con un movimiento de cabeza, y dio media vuelta para seguirlo por el laberinto que era la Residencia Vorkosigan.

Debía aprender a moverse por esa enorme mansión lo antes posible. Era una vergüenza perderse en su propia casa y tener que preguntarle el camino a algún guardia que pasaba o a un criado. En plena noche, envuelta sólo en una toalla.

Yo fui tripulante de una nave. Vamos. Si había podido arreglárselas con cinco dimensiones allá arriba, sin duda sería capaz de entenderse con tres aquí abajo.

Llegaron a una gran escalera curva que descendía tres pisos hasta un vestíbulo pavimentado en blanco y negro. Cordelia siguió los pasos rítmicos de Bothari con un andar ligero. La falda le hacía sentir que estaba flotando, cayendo inexorablemente en paracaídas por la espiral.

Al pie de la escalera, un hombre alto y delgado, apoyado en un bastón, alzó la vista cuando oyó sus pasos. El rostro de Koudelka era tan agradable y simétrico como el de Bothari extraño y estrecho, y esbozó una amplia sonrisa al ver a Cordelia. Ni las arrugas de los ojos y de la boca lograban avejentarlo. Vestía el uniforme verde imperial, idéntico al del comandante de seguridad Ilyan, excepto por las insignias. Las mangas largas y el cuello de su chaqueta ocultaban la tracería de finas cicatrices rojas que cubrían la mitad de su cuerpo, pero Cordelia se las imaginó. Desnudo, Koudelka podía servir de modelo en una clase sobre la estructura del sistema nervioso humano, ya que en él cada cicatriz representaba un nervio muerto, extirpado y sustituido por un hilo artificial. El teniente Koudelka todavía no se había acostumbrado del todo a su nuevo sistema nervioso. Di la verdad. Los cirujanos de aquí son unos carniceros torpes e ignorantes. Sin duda el trabajo no estaba a la altura de los niveles betaneses. Cordelia no permitió que ninguno de sus pensamientos se reflejase en su rostro.

Koudelka se volvió con dificultad hacia Bothari.

—Hola, sargento. Buenos días, señora Vorkosigan.

A Cordelia aún le sonaba extraño su nuevo nombre, ajeno. Le devolvió la sonrisa.

—Buenos días, Kou. ¿Dónde está Aral?

—Él y el comandante Ilyan fueron a la biblioteca para decidir el sitio donde se instalará la nueva consola de seguridad. No creo que tarden. Ah. —Asintió con un gesto al oír unos pasos que se aproximaban por el pasillo. Cordelia siguió la dirección de su mirada. Era Ilyan, delgado, imperturbable y amable, flanqueado (más bien eclipsado) por un hombre de cuarenta y cuatro años, resplandeciente en su uniforme verde de etiqueta. La razón que la había traído a Barrayar.

El almirante lord Aral Vorkosigan, retirado. Ex retirado, hasta el día anterior. Era indudable que sus vidas habían sufrido un vuelco el día anterior.

Pero puedes apostar que, de alguna manera, caeremos de pie. El cuerpo de Vorkosigan era robusto y fornido, y su cabellera oscura estaba salpicada de gris. En la mandíbula tenía una vieja cicatriz con forma de L. Avanzaba con energía contenida y sus ojos grises mostraban una expresión de profunda concentración, hasta que finalmente se posaron en Cordelia.

—Te doy los buenos días, señora —le dijo, cogiéndole la mano. El sentimiento era absolutamente franco en sus ojos brillantes como espejos.

En estos espejos parezco hermosa, notó Cordelia con emoción. En ellos me veo mucho mejor que en el de la sala. Debería utilizarlos para verme. La mano fuerte de Aral estaba caliente sobre sus dedos frescos y delgados. Mi esposo. Eso sonaba correcto, se ajustaba con tanta firmeza y suavidad como su mano en la de él, aunque su nuevo nombre, lady Vorkosigan, le seguía pareciendo ajeno.

Por unos instantes, Cordelia observó a Bothari, a Koudelka y a Vorkosigan.

Uno, dos, tres heridos. Y yo, la auxiliar.

Los supervivientes. Kou en su cuerpo, Bothari en su mente y Vorkosigan en su espíritu, todos habían sufrido heridas casi mortales en la última guerra con Escobar. La vida continúa. Hay que marchar o morir. ¿Estaremos empezando a recuperarnos, por fin? Ella esperaba que sí.

—¿Lista para partir, mi querida capitana? —le preguntó Vorkosigan. Su voz era la de un barítono, y su acento barrayarés sonaba cálido y ronco.

—Tanto como me es posible, supongo.

Ilyan y el teniente Koudelka marcharon adelante. El andar de Koudelka parecía lento y dificultoso comparado con los pasos rápidos de Ilyan, y Cordelia frunció el ceño con incertidumbre. Entonces tomó el brazo de Vorkosigan y partió junto a él, dejando a Bothari con sus quehaceres.

—¿Cuál es el programa para los próximos días? —preguntó.

—Bueno, primero está la audiencia, por supuesto —respondió Vorkosigan—. Después veré a algunas personas. El conde Vortala se ocupará de todos los detalles. Dentro de unos días, la Asamblea de Consejos emitirá su voto de consentimiento, y luego seré investido bajo juramento. No hemos tenido un regente desde hace ciento veinte años; Dios sabe qué protocolo habrán de desenterrar y desempolvar.

Koudelka se sentó en el compartimiento del vehículo terrestre, junto al conductor uniformado. El comandante Illyan se acomodó frente a Cordelia y Vorkosigan, en el compartimiento trasero.

Este coche está blindado, comprendió Cordelia por el grosor de la cubierta transparente que se cerraba sobre ellos. Ante una señal de Illyan, el conductor comenzó a avanzar lentamente hacia la calle. Casi ningún sonido lograba penetrar del exterior.

—Regente consorte. —Cordelia saboreó la frase—. ¿Ése será mi título oficial?

—Sí, señora —respondió Illyan.

—¿Y hay deberes oficiales que lo acompañen?

Illyan miró a Vorkosigan, quien dijo:

—Pues, sí y no. Habrá que asistir a muchas ceremonias. Empezando por el funeral del emperador, que será agotador para todos los afectados... excepto tal vez para el mismo emperador Ezar. Todo eso comenzará cuando exhale su último suspiro. No sé si él tiene programado el momento en que ocurrirá, pero no me extrañaría viniendo de su parte.

»El aspecto social de tus deberes dependerá de ti. Conferencias y ceremonias, bodas importantes, onomásticas y funerales, recibir delegaciones de los distritos... relaciones públicas en general. Todo lo que la princesa Kareen cumple con tanto estilo. —Al ver la expresión consternada de Cordelia, Vorkosigan se detuvo y agregó—: O, si lo prefieres, puedes llevar una vida absolutamente reservada. En este momento tienes la excusa perfecta para hacerlo... —Su mano, que la tenía rodeada por la cintura, acarició disimuladamente el vientre todavía plano de Cordelia—. A decir verdad, yo preferiría que no te cansaras en exceso.

»El aspecto político es más importante; me resultaría de gran ayuda si fueras mi vínculo con la princesa viuda y con... con el pequeño emperador. Entabla amistad con ella, si puedes; es una mujer extremadamente reservada. La educación del niño es vital. No debemos repetir los errores de Ezar Vorbarra.

—Lo intentaré —suspiró ella—. Ya veo que será toda una tarea pasar por una Vorbarraresa.

—No te lo tomes demasiado a pecho. No me gustaría verte forzada. Además, hay otra cuestión.

—¿Por qué será que eso no me sorprende? Adelante.

Él se detuvo, eligiendo las palabras.

—Cuando Serg, el difunto príncipe heredero, llamó al conde Vortala un farsante progresista, no fue del todo un disparate. Los insultos que hieren siempre tienen algo de verdad. El conde Vortala ha intentado formar su partido progresista sólo en las clases superiores. Entre la gente que importa, como diría él. ¿Notas la pequeña discontinuidad en su forma de pensar?

—Sí, es tan pequeña como el cañón Hogarth, allá en casa.

—Tú eres una mujer betanesa de renombre en toda la galaxia.

—Oh, vamos.

—Así es como te ven aquí. Creo que tú no eres muy consciente de ello. En realidad, es muy halagador para mí.

—Esperaba ser invisible. Pero no creo que sea tan querida después de lo que hicimos a vuestro bando en Escobar.

—Es nuestra cultura. Mi gente le perdona casi cualquier cosa a un soldado valiente. Y en tu persona se reúnen las dos facciones opuestas: la aristocracia militar y los plebeyos



pro galácticos. Realmente, creo que a través de ti podría ganarme a una buena parte de la Liga de Defensa Popular, si estuvieras dispuesta a jugar mis cartas.

—Por Dios, Aral. ¿Desde cuándo estás pensando en esto?

—En el problema, desde hace mucho. En ti como parte de la solución, hoy mismo.

—¿Qué, en proponerme como falso caudillo para alguna clase de partido constitucional?

—No, no. Eso es justamente lo que debo tratar de evitar, según el juramento que estoy a punto de prestar. Faltaría al espíritu de mis votos si entregara al príncipe Gregor un imperio vacío de poder. Lo ideal... lo ideal sería encontrar alguna manera de reclutar a los mejores hombres de cada clase, grupo idiomático y partido al servicio del emperador. Los Vor no cuentan con la capacidad suficiente. Hay que hacer que el Gobierno sea como lo mejor de las fuerzas armadas, valorando la capacidad sin preocuparse por los antecedentes. El emperador Ezar trató de hacer algo similar, fortaleciendo los ministerios a expensas de los condes, pero llegó demasiado lejos. Los condes han perdido poder y los ministerios están corrompidos. Debe haber alguna forma de lograr un equilibrio.

Cordelia suspiró.

—Por lo que veo, no tendremos más remedio que reconocerlo: discrepamos en lo que se refiere a constituciones. A mí nadie me ha designado regente de Barrayar. Sin embargo, te lo advierto... trataré de hacerte cambiar de idea.

Illyan alzó las cejas ante sus palabras. Cordelia se reclinó contra el respaldo con languidez y observó cómo la capital de Barrayar, Vorbarr Sultana, pasaba frente a sus ojos. Ella no se había desposado con el regente de Barrayar, cuatro meses atrás. Se había casado con un simple soldado retirado. Sí, se suponía que los hombres cambiaban después del matrimonio, por lo general para peor, ¿pero tanto? ¿Tan pronto?

Mis votos no me comprometían a esto, señor.

—Ayer el emperador Ezar dio una muestra de gran confianza al designarte regente. No me parece un pragmático tan despiadado como tú me habías hecho creer —observó.

—Bueno, es una muestra de confianza, pero movida por la necesidad. Tus palabras evidencian que no has comprendido lo que significa la asignación del capitán Negri a la Residencia Imperial.

—No, ¿significa algo?

—Desde luego, el mensaje es muy claro. Negri continuará en su antiguo puesto como jefe de Seguridad Imperial. Por supuesto que no presentará sus informes a un niño de cuatro años, sino a mí. De hecho, el comandante Illyan sólo será su asistente. —Vorkosigan e Illyan intercambiaron una mirada levemente irónica—. Pero en caso de que yo enloqueciera y quisiera apoderarme del poder imperial, sin lugar a dudas Negri se mantendría leal al emperador. Si eso llegara a ocurrir, tiene órdenes secretas de eliminarme.

—Oh. Bueno, te garantizo que no tengo ningún deseo de convertirme en emperatriz de Barrayar. Te digo esto por si tenías alguna duda.

—No la tenía.

El vehículo se detuvo ante una reja en un muro de piedra. Cuatro guardias los inspeccionaron minuciosamente, revisaron los pases de Illyan y les permitieron entrar. Todos esos guardias allí, y en la Residencia Vorkosigan... ¿contra qué los protegían? Contra otros barrayareses, seguramente, en ese panorama político tan fraccionado. El viejo conde había empleado una frase muy barrayaresa que a ella le había parecido graciosa, pero ahora la recordó con inquietud. Con todo este estiércol, debe de haber un poni en alguna parte. Los caballos eran prácticamente desconocidos en Colonia Beta, con excepción de unos pocos ejemplares en los zoológicos.

Con todos estos guardias... Pero si yo no soy enemiga de nadie, ¿cómo es posible que alguien me quiera mal?

Illyan, quien parecía algo nervioso, se dirigió a ellos.

—Señor —dijo a Vorkosigan en forma vacilante—, yo sugeriría... incluso le rogaría que reconsiderara la posibilidad de instalarse aquí, en la Residencia Imperial. Los problemas de seguridad... mis problemas —esbozó una sonrisa tensa con la cual sus facciones planas adoptaron un aspecto de cachorro— serían mucho más fáciles de controlar aquí.

—¿En qué habitaciones ha pensado? —preguntó Vorkosigan.

—Bueno, cuando... cuando Gregor asuma el título, él y su madre se mudarán a las habitaciones del emperador. Entonces las de Kareen quedarán vacías.

—Las del príncipe Serg, quiere decir. —Vorkosigan frunció el ceño—. Preferiría fijar mi domicilio oficial en la Residencia Vorkosigan. Mi padre pasa cada vez más tiempo en la casa de campo Vorkosigan Surleau, y no creo que le moleste verse desplazado.

—Lo siento señor, pero no puedo apoyar esta idea. Mi punto de vista se basa estrictamente en cuestiones de seguridad. Se encuentra en la parte antigua de la ciudad. Las calles están llenas de madrigueras. En la zona hay al menos tres redes de viejos túneles, y hay demasiados edificios altos desde los cuales se puede vigilar toda el área. Para lograr una protección superficial necesitaré al menos seis patrullas en servicio permanente.

—¿Tiene los hombres?

—Bueno, sí.

—Entonces nos quedaremos en la Residencia Vorkosigan. —Al ver la expresión decepcionada de Illyan, el almirante lo consoló—. Tal vez no sea un buen sitio para la seguridad, pero es excelente para las relaciones públicas. Con ello la nueva regencia tendrá un aire de... de humildad militar. Es posible que ayude a disminuir la paranoia acerca de un golpe palaciego.

Y allí estaban, en el palacio en cuestión. Por su despliegue arquitectónico, la sede imperial hacía que la Residencia Vorkosigan pareciese pequeña. Las grandes alas se elevaban cuatro pisos, y su altura quedaba acentuada por torres aisladas. En diversas épocas se habían efectuado añadidos que unían las alas creando patios vastos e íntimos a la vez, algunos con proporciones adecuadas y otros con un aspecto algo casual.

La fachada del este era la que gozaba de un estilo más uniforme, cubierta de tallas en piedra. El lado norte era más irregular, entrelazado con complejos jardines formales. El sector oeste era el más antiguo, y en el sur se encontraba la construcción más reciente.

El vehículo se detuvo en una terraza de dos pisos sobre el lado sur, e Illyan los condujo por una ancha escalinata custodiada hasta unas amplias habitaciones en el segundo piso. Todos subieron lentamente, siguiendo los pasos torpes del teniente Koudelka, quien se volvió hacia ellos frunciendo el ceño a modo de disculpa, y luego inclinó la cabeza nuevamente con gran concentración... ¿o era vergüenza?

¿Este lugar no dispone de un tubo elevador?, se preguntó Cordelia con irritación. Al otro extremo de aquel laberinto de piedra, en una habitación con vista a los jardines del norte, había un anciano pálido y consumido que agonizaba en su enorme cama ancestral...

En el amplio pasillo superior, suavemente alfombrado, decorado con pinturas y mesas llenas de baratijas —obras de arte, supuso Cordelia— encontraron al capitán Negri hablando en voz baja con una mujer que lo escuchaba con los brazos cruzados. Cordelia había conocido al famoso jefe de Seguridad Imperial el día anterior, después de que Vorkosigan mantuviera su histórica entrevista con el agonizante Ezar Vorbarra. Negri era un hombre fuerte, de rostro duro y cabeza en forma de bala. Había servido con fidelidad a su emperador durante casi cuarenta años y era una leyenda siniestra con ojos inescrutables.

Ahora se había inclinado sobre su mano y la llamaba «señora» como si realmente la respetara, o al menos sin más ironía que la que infundía a cualquiera de sus comentarios. La mujer rubia que lo acompañaba (¿o era una niña?) estaba vestida con ropas normales de civil. Era alta y muy musculosa, y se volvió para observar a Cordelia con gran interés.

Vorkosigan y Negri intercambiaron un breve saludo. Los dos hombres se conocían desde hacía tanto tiempo que ya no necesitaban recurrir a las formalidades.

—Y ella es la señorita Droushnakovi —añadió Negri, señalándola con la mano.

—¿Y cuál es su cargo? —preguntó Cordelia con cierta desesperación. Todos parecían estar siempre bien informados por allí, aunque Negri tampoco había presentado al teniente Koudelka; Droushnakovi y Koudelka se miraron de soslayo.

—Estoy al servicio de los aposentos imperiales, señora. —Droushnakovi inclinó la cabeza ante ella, casi una reverencia.

—¿Y a quién sirve? Además de a los aposentos.

—A la princesa Kareen, señora. Ése es sólo mi título oficial. Soy una guardaespaldas a las órdenes del capitán Negri. De primera categoría. —Resultaba difícil determinar cuál de los dos títulos le proporcionaba más orgullo y placer, pero Cordelia sospechaba que era el último.

—Si él le ha otorgado tanta jerarquía, será usted muy competente.

—Gracias, señora. Lo intento —respondió con una sonrisa.

Todos siguieron a Negri por una puerta que se abría a una habitación larga y soleada, con muchas ventanas que daban al sur. Cordelia se preguntó si la ecléctica combinación de muebles estaría formada por antigüedades inestimables o por simples cachivaches. No pudo determinarlo. Una mujer los aguardaba sentada en un canapé de seda amarilla al otro extremo de la habitación, y observó con una expresión grave cómo el grupo avanzaba hacia ella.

La princesa Kareen era una mujer delgada y tensa de unos treinta años, con una hermosa cabellera oscura peinada con esmero, aunque su vestido gris era de un corte simple. Simple pero perfecto. Un niño de unos cuatro años murmuraba a su estegosauro de juguete, tendido boca abajo en el suelo, y el muñeco le respondía también en un murmullo. La mujer le pidió que se levantara, que apagara el pequeño robot y que se sentara a su lado, aunque el niño mantuvo apretado con fuerza al suave muñeco de piel. Cordelia se sintió aliviada al ver que el pequeño príncipe vestía prendas cómodas y apropiadas para su edad.

Con frases formales, Negri la presentó ante la princesa y el príncipe Gregor. Cordelia no supo si debía hacer una reverencia o saludar, y terminó inclinando la cabeza como lo había hecho Droushnakovi. Gregor parecía solemne y la miró con gran desconfianza, de forma que Cordelia trató de tranquilizarlo con una sonrisa.

Vorkosigan se hincó sobre una rodilla frente al muchacho (sólo Cordelia lo vio tragar saliva) y dijo:

—¿Sabéis quién soy, príncipe Gregor?

Gregor se apretó contra su madre y alzó la vista hacia ella. Kareen asintió con un gesto.

—Lord Aral Vorkosigan —le respondió el niño en voz baja.

Vorkosigan suavizó el tono y abandonó la formalidad para no atemorizarlo.

—Tu abuelo me ha pedido que sea tu regente. ¿Alguien te ha explicado qué significa eso?

Gregor sacudió la cabeza en silencio. Vorkosigan miró a Negri y alzó una ceja a modo de reproche. Negri no modificó su expresión.

—Eso significa que haré el trabajo de tu abuelo hasta que seas lo bastante mayor para ocuparte de ello tú solo, cuando cumplas los veinte años. Durante los próximos dieciséis años, cuidaré de ti y de tu madre en lugar de tu abuelo, y me ocuparé de que recibas una educación adecuada para que llegues a ser tan bueno como él. Para que lleves adelante un buen gobierno.

¿Sabía el niño lo que era un gobierno? Vorkosigan había tenido cuidado de no decir «en lugar de tu padre», notó Cordelia con frialdad. Intentaba no mencionar para nada al

príncipe heredero Serg. Así como su cuerpo se había vaporizado en una batalla orbital, el recuerdo de Serg desaparecía de la historia de Barrayar.

—Por ahora —continuó Vorkosigan— tienes que estudiar mucho con tus tutores y obedecer a tu madre. ¿Crees que podrás?

Gregor tragó saliva y asintió con un gesto.

—Creo que lo harás bien. —Vorkosigan lo saludó con un firme movimiento de cabeza, idéntico al que utilizaba con sus oficiales de estado mayor, y entonces se levantó.

Creo que tú también lo harás bien, Aral, pensó Cordelia.

—Mientras se encuentra aquí, señor —dijo Negri cuando estuvo seguro de que no hablaría más—, quisiera que me acompañara a Operaciones. Hay dos o tres informes que me gustaría presentarle. El último de Darkoi parece indicar que el conde Vorlakail estaba muerto antes de que su residencia fuese quemada, lo cual arroja una nueva luz, o una nueva sombra, sobre la cuestión. Y también está el problema de reformar el Ministerio de Educación Política...

—Más bien de desmantelarlo —murmuró Vorkosigan.

—Es posible. Y, como siempre, el último de los sabotajes de Komarr...

—Ya entiendo. Vamos. Ah, Cordelia...

—Es posible que la señora Vorkosigan prefiera quedarse y hacernos una visita —murmuró la princesa Kareen de inmediato, sin apenas rastro de ironía.

Vorkosigan le dirigió una mirada de gratitud.

—Gracias, señora.

Distraídamente, la princesa se deslizó un dedo por los labios mientras los hombres salían, y se relajó un poco cuando todos se hubieron marchado.

—Bien. Esperaba la ocasión de tenerla para mí sola. —Su expresión se tornó más animada mientras observaba a Cordelia. Ante una indicación silenciosa, el niño bajó del sofá y con unas miradas de soslayo regresó a su juego.

Droushnakovi se acercó a ellas con el ceño fruncido. —¿Qué le ocurre a ese teniente? —le preguntó a Cordelia.

—El teniente Koudelka fue herido por un disruptor nervioso —explicó Cordelia con frialdad. No sabía con certeza si el tono extraño de la muchacha no ocultaba alguna clase de desaprobación—. Sucedió hace un año, cuando servía a Aral a bordo del General Vorkraft. Al parecer, aquí los tratamientos neuronales no son tan eficaces como en el resto de la galaxia. —Cordelia cerró la boca, temiendo que este comentario fuese interpretado como una crítica a su anfitriona. De todas formas la princesa Kareen no era responsable por las deficientes prácticas médicas de Barrayar.

—¿No fue durante la guerra de Escobar? —preguntó Droushnakovi.

—La verdad es que, en cierta forma, fue el primer disparo de la guerra. Aunque supongo que ustedes lo llamarían fuego amigo. —Todo un oximorón capaz de confundir a cualquiera.

—La señora Vorkosigan, o tal vez debería decir la capitana Naismith, se encontraba allí —observó la princesa Kareen—. Ella debe de saberlo.

A Cordelia le resultó difícil interpretar su expresión. ¿Cuántos de los famosos informes de Negri habían llegado a manos de la princesa?

—¡Qué terrible para él! Parece haber sido un hombre muy atlético —comentó la guardaespaldas.

—Lo era. —Cordelia abandonó su actitud defensiva y sonrió a la muchacha—. Los disruptores nerviosos son armas horribles, a mi parecer. —Distraídamente se frotó el punto insensible del muslo, quemado apenas por la aureola de una descarga que, afortunadamente, no había penetrado el tejido subcutáneo dañando la función del músculo. Sin lugar a dudas debía haberse operado antes de viajar a Barrayar.

—Siéntese, señora Vorkosigan. —La princesa Kareen dio unas palmaditas a su lado, en el sitio que acababa de abandonar el futuro emperador.

—Por favor, Drou, ¿querrías llevarte a Gregor para que almuerce?

Droushnakovi asintió con una mirada significativa, como si hubiese recibido algún mensaje en clave con esa petición tan simple. Después de llamar al niño, ambos se marcharon cogidos de la mano. La voz infantil llegó hasta ellas.

—Droushi, ¿puedo comer un pastel de crema? ¿Y puedo darle uno a Estegui?

Cordelia se sentó con cautela, pensando en los informes de Negri y en la desinformación sobre el reciente fracaso de Barrayar al tratar de invadir el planeta Escobar. Escobar, el buen vecino y aliado de Colonia Beta... las armas que desintegraran al príncipe heredero Serg con toda su nave habían sido escoltadas a través del sitio barrayarés por cierta capitana Cordelia Naismith, de las Fuerzas Expedicionarias de Beta. Hasta allí todo era del dominio público y ella no tenía de qué disculparse. Era la historia secreta, lo ocurrido entre bambalinas en el alto mando barrayarés, lo que resultaba tan... traicionero. Cordelia decidió que aquélla era la palabra exacta. Era peligroso, como un desecho tóxico mal almacenado.

Para sorpresa de Cordelia, la princesa Kareen se inclinó hacia ella, cogió su mano derecha, se la llevó a los labios y la besó con firmeza.

—Juré que besaría la mano que matase a Ges Vorrutyer. Gracias. Gracias —dijo Kareen con emoción.

Su voz era entrecortada, intensa, invadida por las lágrimas, y la gratitud se reflejaba en su rostro. La princesa se enderezó y después de recuperar su expresión reservada, asintió con un gesto—. Gracias. Bendita sea.

—Bueno... —Cordelia se tocó la mano—. Bien... yo... este honor pertenece a otra persona, señora. Yo estuve presente cuando le cortaron el cuello al almirante Vorrutyer, pero no fue mi mano la que lo ejecutó.

Kareen apretó los puños sobre la falda y sus ojos brillaron.

—¿Entonces, fue Lord Vorkosigan?

—¡No! —Cordelia apretó los labios, exasperada—. Negri debió haberle entregado el verdadero informe. Fue el sargento Bothari. También salvó mi vida en esa ocasión.

—¿Bothari? —Kareen enderezó la espalda, asombrada—. ¿Bothari el monstruo? ¿El ordenanza loco de Vorrutyer?

—No me importa que me culpen en su lugar, señora, porque de haberse divulgado se habrían visto forzados a ejecutarlo por asesinato y motín. Pero... no quisiera hurtarle el mérito. Le transmitiré sus palabras si usted lo desea, pero no estoy segura de que recuerde el incidente. Después de la guerra y antes de ser licenciado fue sometido a una draconiana terapia mental... o a algo que los barrayareses llaman terapia, al menos. —Por lo que Cordelia había visto, eran tan competentes en este campo como en la neurocirugía—. Y según tengo entendido, tampoco era absolutamente... normal antes de eso.

—No —convino Kareen—. Es verdad. Yo pensé que era leal a Vorrutyer.

—Él decidió... decidió dejar de serlo. Creo que fue el acto más heroico que jamás he presenciado. Salir de ese pantano de perversidad y locura, y tratar de alcanzar... —Cordelia se detuvo sin atreverse a decir «alcanzar la salvación». Después de una pausa preguntó—: ¿Usted culpa al almirante Vorrutyer por la corrupción del príncipe Serg?

Ya que estaban hablando sin rodeos... Nadie menciona, al príncipe Serg. Él creyó que tomaba, un atajo para llegar al imperio, y ahora simplemente ha desaparecido.

—Ges Vorrutyer... —Las manos de Kareen se crisparon—. Él encontró un amigo de mentalidad parecida en Serg. Un seguidor para sus perversos pasatiempos. Tal vez... tal vez la culpa no haya sido toda de Vorrutyer, no lo sé.

Una respuesta sincera, pensó Cordelia. Kareen añadió lentamente:

—Ezar me protegió de Serg cuando quedé embarazada. Hacía más de un año que no veía a mi marido cuando lo mataron en Escobar.

Tal vez yo tampoco vuelva a mencionar al príncipe Serg.

—Ezar fue un gran protector. Espero que Aral lo haga igual de bien —dijo Cordelia. ¿No se estaba anticipando al referirse al emperador Ezar en tiempo pasado? Todos los demás parecían hacerlo.

Kareen pareció regresar de una ausencia y sacudió la cabeza para despejarse.

—¿Desea te, señora Vorkosigan?

Esbozó una sonrisa. Tocó un intercomunicador oculto en la joya que llevaba prendida al hombro y dio algunas órdenes domésticas. Al parecer, la entrevista personal había concluido. Ahora la capitana Naismith debía tratar de averiguar cómo actuaba la señora Vorkosigan cuando tomaba el té con una princesa.

Gregor y la guardaespaldas aparecieron de nuevo cuando comenzaban a servirse los pasteles de crema, y el pequeño logró seducirlas para que le permitiesen comer otra porción. Kareen se negó con firmeza cuando llegó el momento de la tercera. El hijo del príncipe Serg parecía un niño completamente normal, aunque se mostraba algo retraído ante los desconocidos. Con profundo interés personal, Cordelia lo miró junto a su madre. La maternidad. Todas lo hacían. ¿Cuan difícil podía llegar a ser?

—¿Qué le ha parecido hasta el momento su nueva casa, señora Vorkosigan? —preguntó la princesa a modo de amable conversación. Ahora estaban tomando el té; no era momento de mostrar los rostros al desnudo. No delante de los niños.

Cordelia lo pensó unos momentos. —El palacio de la campiña, Vorkosigan Surleau, es realmente hermoso. Ese lago maravilloso es más grande que cualquiera que exista en Colonia Beta, y sin embargo Aral lo considera normal. Su planeta es de una belleza inconmensurable. —Su planeta. ¿No es también mi planeta? En una prueba de asociación libre, «su casa» todavía estaba unido a «Colonia Beta» en la mente de Cordelia. Sin embargo se sentía capaz de permanecer para siempre junto al lago, descansando en los brazos de Vorkosigan—. La capital es... bueno, sin duda es más variada que nada de lo que tenemos en ca... en Colonia Beta. No obstante —agregó con una risita cohibida—, parece haber soldados por todas partes. La última vez que me vi rodeada por tantos uniformes verdes estaba en un campo de prisioneros de guerra.

—¿Aún nos ve como al enemigo? —preguntó la princesa con curiosidad.

—Oh, dejé de considerarlos así incluso antes de que terminara la guerra. No eran más que una colección de víctimas.

—Tiene usted unos ojos penetrantes, señora Vorkosigan. —La princesa tomó un sorbo de té y sonrió dentro de la taza. Cordelia parpadeó.

—La Residencia Vorkosigan suele tener una atmósfera de cuartel cuando el conde Piotr reside allí —comentó—. Todos esos hombres de librea. Creo que he visto a un par de criadas barriendo por algún rincón, pero aún no he hablado con ninguna. Un cuartel barrayerés. En Beta mi servicio fue algo completamente distinto.

—Mixto —dijo Droushnakovi. ¿Fue envidia lo que brilló en sus ojos?—. Hombres y mujeres sirviendo por igual.

—Los puestos se otorgan tras una prueba de aptitud —le explicó Cordelia—. Estrictamente. Por supuesto, las tareas que requieren un mayor esfuerzo físico son i asignadas a los hombres, pero no parecen estar tan obsesionados con las categorías.

—Existe el respeto —suspiró Droushnakovi.

—Bueno, si las personas arriesgan la vida por su comunidad, es lógico que sean respetadas —señaló Cordelia con calma—. Supongo que echo de menos a mis compañeras oficiales. Las mujeres inteligentes, las técnicas, mi grupo de amigas allá en casa. —Allí estaba esa palabra tramposa otra vez—. Con tantos hombres inteligentes como los que tienen aquí, deben de haber también mujeres brillantes en alguna parte. ¿Dónde se esconden?

Cordelia cerró la boca, ya que de pronto se le ocurrió pensar que Kareen podía interpretar sus palabras como un insulto. Aunque agregar «exceptuando las presentes» sin duda la dejaría en peor posición.

No obstante si Kareen la interpretó de esa manera, no lo demostró, y el regreso de Aral e Illyan rescató a Cordelia de la posibilidad de cometer otras torpezas. Los tres se despidieron amablemente y regresaron a la Residencia Vorkosigan.

—El capitán Negri ha asignado a la señorita Droushnakovi para que se encargue de la seguridad personal de la regente consorte —les explicó Illyan brevemente. Aral asintió con un gesto.

Más tarde, Droushnakovi entregó a Cordelia una nota sellada. Alzando las cejas, Cordelia la abrió. La letra era pequeña y clara, la firma legible y sin rúbrica.

Con mis saludos, decía. Ella sabrá servirla bien. Kareen.

Esa noche el comandante Illyan se presentó en la Residencia Vorkosigan seguido por Droushnakovi. Aferrada a una gran maleta, la joven miró a su alrededor con los ojos brillantes de interés.

## 2

A la mañana siguiente, Cordelia despertó para descubrir que Vorkosigan ya se había marchado, y que ella debía enfrentarse a su primer día en Barrayar sin la compañía de su esposo. Decidió dedicarlo a la compra que había decidido efectuar la noche anterior, cuando observó a Koudelka esforzándose por bajar la escalera en espiral. Sospechaba que Droushnakovi sería la guía ideal para lo que tenía pensado.

Cordelia se vistió y salió en busca de su guardaespaldas. No le resultó difícil encontrarla. Droushnakovi estaba sentada en el pasillo, justo al otro lado de su puerta, y se levantó al verla aparecer. Esa muchacha debería vestirse con uniforme, reflexionó Cordelia. El vestido que llevaba no cuadraba con su metro ochenta y cinco de altura, ni tampoco con su excelente musculatura. Entonces se preguntó si, como regente consorte, le permitirían vestirla con librea, y durante el desayuno se entretuvo diseñando mentalmente un traje que sentara bien a la belleza valquiria de la muchacha.

—¿Sabes?, eres la primera guardia barrayaresa que he conocido —le comentó Cordelia mientras se tomaba un huevo con café y una especie de cereales al vapor con mantequilla, los cuales constituían el principal alimento de los desayunos del lugar—. ¿Cómo te iniciaste en esta de clase de trabajo?

—Bueno, no soy una verdadera guardia, como los hombres de librea...

Ah, la magia de los uniformes otra vez.

—...pero mi padre y mis tres hermanos están en el Servicio. Es lo más cerca que pude llegar de convertirme en un verdadero soldado, como usted.

Desesperada por el Ejército, como el resto de Barrayar.

—¿Sí?

—De joven practicaba judo como deporte. Pero era demasiado corpulenta para las clases femeninas. No podía practicar en serio con nadie, y me resultaba muy aburrido. Mis hermanos comenzaron a hacerme entrar de tapadillo en sus clases. Una cosa condujo a la otra. Fui la campeona femenina de Barrayar dos años seguidos. Entonces, hace tres años, un nombre del capitán Negri se me acercó con una oferta de trabajo. Entonces comencé a entrenarme con armas. Por lo visto hacía años que la princesa pedía guardias femeninas, pero hasta entonces no habían encontrado a nadie que pasase todas las pruebas. —La muchacha esbozó una sonrisa—. Aunque no creo que la mujer que asesinó al almirante Vorrutyer necesite mis pobres servicios.

Cordelia se mordió la lengua.

—Bueno, sólo fue cuestión de suerte. Además, en este momento no quisiera realizar ningún esfuerzo físico. Estoy embarazada, ¿sabes?

—Sí, señora. Estaba en uno de los...

—Informes del capitán Negri —finalizó Cordelia al unísono con ella—. No me extraña. Es probable que lo supiera antes que yo misma.

—Sí, señora.

—¿Te alentaron en tus intereses cuando eras una niña?

—En realidad, no. Me consideraban un bicho raro. —Droushnakovi frunció el ceño y Cordelia tuvo la sensación de que había despertado un recuerdo doloroso.

Observó a la muchacha con expresión pensativa.

—¿Tus hermanos son mayores?

Droushnakovi la miró con sus ojos azules abiertos de par en par.

—Pues, sí.

—Me lo imaginaba. —Y yo temía a Barrayar por lo que le hacía a sus hijos. No me extraña que les resulte difícil encontrar a alguien quédase las pruebas—. Así que has recibido entrenamiento con armas. Excelente. Entonces hoy podrás guiarme; tenía pensado ir de compras.

La expresión de Droushnakovi pareció algo abatida.

—Sí, señora. ¿Qué clase de prendas desea comprar? —preguntó amablemente, sin ocultar del todo la decepción que sentía ante los intereses de su «verdadera» mujer soldado.

—¿Adonde irías en esta ciudad para comprar un buen bastón de estoque?

La expresión abatida desapareció.

—Oh, conozco el sitio perfecto. Es donde acuden los oficiales Vor y los condes para abastecer a sus hombres. A decir verdad, nunca he entrado. Mi familia no es Vor, así que no se nos permite la posesión de armas personales, sólo contamos con las del Servicio. Pero se supone que allí tienen de lo mejor.

Uno de los guardias uniformados del conde Vorkosigan las condujo a la tienda. Cordelia se relajó y se dedicó a disfrutar observando la ciudad. Droushnakovi se mantenía alerta, vigilando constantemente cuanto las rodeaba. De vez en cuando palpaba el aturdidor que llevaba oculto en el interior de la guerrera bordada.

Tomaron por una calle más estrecha, de edificios antiguos con fachadas de piedra. La armería sólo estaba marcada con su nombre, Siegling's, en discretas letras doradas. Evidentemente, si uno no sabía dónde se encontraba era porque no debía estar allí. Cordelia y Droushnakovi entraron en la tienda mientras el hombre uniformado las aguardaba fuera. El lugar tenía las paredes recubiertas en madera y el suelo estaba tapado por una gruesa alfombra. El aroma de la armería hizo que Cordelia evocase su nave, un extraño deje familiar en un lugar desconocido. Observó con disimulo los paneles de madera, y trató de calcular su valor en dólares betaneses. Muchos dólares betaneses. Sin embargo, en Barrayar la madera parecía tan común como el plástico. Las armas personales legales para las clases superiores estaban elegantemente exhibidas en estuches y en las paredes. Aparte de los aturdidores y las armas de cacería, había una colección de espadas y cuchillos; al parecer los feroces edictos del emperador en contra de los duelos sólo prohibían el uso, no la posesión.

Él dependiente, un hombre mayor de ojos pequeños y pasos suaves, se acercó a ellas.

—¿En qué puedo servirles, señoras? —Era bastante cordial. Cordelia supuso que las mujeres Vor debían de acudir allí en ocasiones, para comprar obsequios. Pero por el tono de voz que había utilizado, el hombre bien podía haber dicho: «¿Qué andáis buscando, pequeñas?» ¿Las subestimaba por medio del lenguaje corporal? No valía la pena preocuparse.

—Estoy buscando un bastón de estoque, para un hombre de un metro noventa, aproximadamente. Debe de ser más o menos... así de alto —calculó recordando la altura de Koudelka y señalando su propia cadera—. Con vaina de resorte, tal vez.

—Sí, señora. —El dependiente desapareció y regresó con un modelo en madera clara, con complicadas tallas.



—Me parece un poco... no sé. —Vulgar—. ¿Cómo funciona?

El dependiente le mostró el mecanismo de resorte. La vaina de madera se deslizó para revelar una hoja larga y delgada. Cordelia extendió la mano y, de mala gana, el dependiente se la entregó a su guardaespaldas. —¿Qué opinas?

Primero Droushnakovi sonrió, pero luego frunció el ceño.

—No está muy bien equilibrada. —Miró al dependiente con incertidumbre.

—Recuerda que trabajas para mí, no para él —señaló Cordelia, identificando la conciencia de clase que motivaba su actitud.

—Diría que la hoja no es muy buena. —Es de una excelente hechura Darkoi, señora — se defendió el hombre con frialdad.

Con una sonrisa, Cordelia volvió a cogerla. —Vamos a probar su hipótesis. Alzó la hoja bruscamente en posición de saludo y se lanzó contra la pared en una diestra extensión. La punta se clavó en la madera y Cordelia presionó sobre ella. La hoja se partió. Con rostro imperturbable, le entregó los pedazos al dependiente.

—¿Cómo logra mantenerse si sus clientes no viven lo suficiente para comprarle más de una vez? Siegling's no debe haber adquirido su reputación vendiendo juguetes como éste. Tráigame algo digno de un soldado decente, no una burda imitación.

—Señora —dijo el hombre con dureza—, debo insistir en que pague la mercadería dañada. Fuera de sí, Cordelia le respondió: —Muy bien. Envíe la cuenta a mi esposo, el almirante Aral Vorkosigan, a la Residencia Vorkosigan. Y de paso explíqueme por qué intentó venderle algo de mala calidad a su esposa... alabardero.

Esto último fue sólo una conjetura basada en su edad y en su forma de caminar, pero a juzgar por sus ojos Cordelia comprendió que había dado en el clavo.

El dependiente hizo una profunda reverencia.

—Le ruego que me disculpe, señora. Creo tener algo más apropiado, si me hace el favor de aguardar.

El hombre volvió a desaparecer y Cordelia suspiró.

—Comprarle a una máquina es mucho más sencillo. Pero al menos he comprobado que el uso de la autoridad funciona tan bien aquí como en casa.

El siguiente bastón era de madera oscura y lisa, con un pulido satinado. El dependiente se lo entregó sin abrirlo, e hizo otra pequeña reverencia.

—Presione el mango aquí, señora.

Era mucho más pesado que el primero. La funda se deslizó rápidamente y fue a dar contra la pared opuesta. Cordelia estudió la nueva hoja. Estaba decorada con una extraña filigrana que reflejaba la luz. Ella volvió a colocarse en postura de saludo y alcanzó a ver la expresión del dependiente.

—¿Tendrá que pagarlos de su salario?

—Adelante, señora. —Había un pequeño brillo de satisfacción en sus ojos—. No logrará romper ésta.

Cordelia la sometió a la misma prueba que a la anterior. La punta se clavó mucho más profundamente en la madera, y apoyándose con todas sus fuerzas, apenas si logró doblarla. No obstante, se dio cuenta de que aún no había llegado al límite de su flexibilidad. Entonces se la entregó a Droushnakovi, quien la examinó amorosamente.

—Ésta sí que es buena, señora.

—Estoy segura de que se utilizará mucho más como bastón que como espada. De todos modos... es necesario que sea de calidad. Nos llevaremos éste.

Mientras el hombre lo envolvía, Cordelia se detuvo junto a un estuche de aturdidores decorados con esmalte.

—¿Está pensando en comprar uno para usted, señora? —preguntó Droushnakovi.

—No... No creo. Barrayar tiene suficientes soldados sin necesidad de importarlos de Colonia Beta. Lo que sea que haya venido a hacer aquí, no tiene nada que ver con la vida militar. ¿Ves algo que te interese?

Droushnakovi adoptó una expresión pensativa, pero sacudió la cabeza y se llevó una mano a la chaquetilla.

—El equipo del capitán Negri es de lo mejor. Ni Siegling's podría superarlo... es sólo que estas armas son más bonitas.

Aquella noche cenaron tarde. Eran tres: Vorkosigan, Cordelia y el teniente Koudelka. El nuevo secretario personal del almirante parecía un poco cansado.

—¿Qué habéis hecho todo el día? —preguntó Cordelia.

—Sobre todo, manipular hombres —le respondió Vorkosigan—. El primer ministro Vortala no tenía tantos votos en el bolsillo como él aseguraba, y tuvimos que utilizar nuestra persuasión con cada uno de ellos, a puerta cerrada. Lo que verás mañana en el Consejo no será la política de Barrayar en funcionamiento, sólo los resultados. ¿Y vosotras? ¿Ha ido todo bien?

—Sí. Fui de compras. Espera y verás. —Extrajo el bastón de estoque y lo desenvainó—. Esto es para evitar que dejes a Kou completamente extenuado.

Koudelka se mostró amablemente agradecido, aunque era evidente que en el fondo se sentía irritado. Su expresión reflejó sorpresa cuando cogió el bastón y estuvo a punto de dejarlo caer ante su peso imprevisto.

—¡Eh! Pero esto no es...

—Presione el mango aquí. ¡No lo apunte...!

¡Pum!

—...a la ventana. —Afortunadamente, la vaina golpeó contra el marco y rebotó en el suelo. Kou y Aral dieron un respingo. Los ojos de Koudelka se iluminaron mientras estudiaban la hoja. Cordelia fue a buscar la vaina.

—¡Oh, señora! —Entonces su expresión se apagó. Volvió a envainar la espada con sumo cuidado y se la entregó con tristeza—. Seguramente no recordó que no soy un Vor. No es legal que posea mi propia arma.

—Oh. —Cordelia pareció abatida.

Vorkosigan alzó una ceja.

—¿Me permites verlo, Cordelia? —Inspeccionó el bastón y desenvainó la espada con más cuidado—. Humm. ¿Me equivoco o yo mismo he pagado por esto?

—Bueno, supongo que lo harás cuando llegue la factura. Aunque no creo que debas pagar por la que rompí. De todos modos, siempre puedo devolverla.

—Ya veo. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Teniente Koudelka, como su comandante en jefe y vasallo secundus de Ezar Vorbarra, le hago entrega en forma oficial de esta arma que me pertenece, para que la porte al servicio del emperador, por el tiempo que dure su gobierno. —La ineludible ironía de aquella frase formal hizo que Vorkosigan se pusiera tenso unos momentos, pero al fin se recuperó y entregó el bastón a Koudelka, quien volvió a iluminarse.

—¡Gracias señor!

Cordelia sacudió la cabeza.

—Creo que nunca entenderé este lugar.

—Haré que Kou te busque algunas compilaciones legales. Aunque no esta noche. Apenas tendrá tiempo para poner en orden sus notas de hoy antes de que llegue Vortala con un par más de sus descarriados. Los veremos en la biblioteca de mi padre. Kou, me reuniré con usted allí.

Se dio por finalizada la cena y Koudelka se retiró a la biblioteca. Vorkosigan y Cordelia fueron al salón contiguo para leer un poco antes de la reunión nocturna del almirante. Él aún debía examinar varios informes, y los repasó rápidamente con un visor manual. Cordelia se colocó un auricular y dividió su tiempo entre unas clases de ruso barrayarés y un disco sobre puericultura, aún más amedrentador. El silencio sólo se veía interrumpido por algún murmullo de Vorkosigan, más para sí mismo que para ella, o por frases como: «¡Vaya! Ahora comprendo lo que se proponía el muy canalla», u «Hombre, estas cifras

parecen extrañas. Debo comprobarlas...». U otras de Cordelia como: «Uf, ¿será cierto que los bebés hacen todo eso?», y cada tanto se escuchaba un ¡purn! en la habitación contigua, ante lo cual ambos se miraban y se echaban a reír.

—Oh, querido —dijo Cordelia para la tercera o cuarta vez en que oyeron el ruido—, espero no haberlo distraído de sus quehaceres.

—Se las arreglará bien cuando haya aprendido. El secretario personal de Vorbarra le está ayudando, y ha comenzado a enseñarle cómo organizarse. Cuando Kou haya pasado por todo el protocolo del funeral, debería ser capaz de abordar cualquier tarea. Ese bastón de estoque ha sido una idea genial; te lo agradezco.

—Sí, me di cuenta de que era bastante susceptible respecto a sus impedimentos físicos. Pensé que esto lograría tranquilizarlo un poco.

—Así es nuestra sociedad. Resulta un poco dura para los que no mantienen el paso.

—Ya veo. Qué extraño. Ahora que lo mencionas, sólo recuerdo haber visto gente saludable en las calles y en todos los demás sitios, exceptuando el hospital. No hay sillas flotantes ni niños con la mirada vacía remolcados por sus padres...

—Tampoco los verás. —La expresión de Vorkosigan era sombría—. Todos los problemas se pueden detectar y eliminar antes del nacimiento.

—Bueno, nosotros también lo hacemos. Aunque por lo general es antes de la concepción.

—También en el nacimiento. Y después del parto, en las zonas rurales.

—Oh.

—En cuanto a los adultos tullidos...

—Por Dios, no practicarán la eutanasia con ellos, ¿verdad?

—Tu alférez Dubauer no hubiese vivido aquí.

Dubauer se había disparado un disruptor nervioso a la cabeza, y había sobrevivido. O algo similar.

—En cuanto a las personas con lesiones como las de Koudelka, el estigma social es inmenso. Alguna vez obsérvalo en un grupo que no incluya sólo a sus amigos más íntimos. No es casual el hecho de que haya una alta tasa de suicidios entre los soldados licenciados por causas médicas.

—¡Qué horror!

—Antes me parecía normal. Ahora... ahora ya no. Pero para mucha gente todavía es algo corriente.

—¿Y los que tienen problemas como los de Bothari?

—Depende. Él era un loco útil. En cuanto a los inútiles... —Se interrumpió y se miró las botas.

Cordelia sintió un escalofrío.

—A cada momento pienso que ya empiezo a acostumbrarme a este lugar. Entonces doblo otra esquina y me encuentro con algo como esto.

—Sólo han pasado ochenta años desde que Barrayar volvió a tomar contacto con la civilización galáctica. En la Era del Aislamiento no perdimos sólo tecnología. Eso lo recuperamos rápidamente, como si nos hubiéramos puesto un abrigo prestado. Pero debajo de él... todavía vamos bastante desnudos. En cuarenta y cuatro años sólo he comenzado a comprender hasta qué punto.

Poco después llegaron el conde Vortala y sus «descarnados», y Vorkosigan desapareció en la biblioteca. El anciano conde Piotr Vorkosigan, el padre de Aral, llegó un poco más tarde para asistir a la votación del Consejo que se realizaría al día siguiente.

—Bueno, aquí tiene un voto asegurado para mañana —bromeó Cordelia mientras ayudaba a su suegro a quitarse el abrigo en el vestíbulo.

—Ja. Tendrá suerte si lo consigue. En los últimos años, Aral parece haber adquirido algunas ideas bastante radicales. Si no fuera mi hijo, no lo votaría. —Pero el rostro envejecido de Piotr expresaba orgullo.

Cordelia parpadeó ante esta descripción de las ideas políticas de su marido.

—Le confieso que nunca lo he visto como un revolucionario. Radical debe de ser un término más elástico de lo que suponía.

—Oh, él no se considera un radical. Piensa que podrá llegar hasta la mitad del camino y luego detenerse. Creo que dentro de unos años descubrirá que va montado sobre un tigre. —El conde sacudió la cabeza, apesadumbrado—. Pero ven, cariño. Siéntate conmigo y cuéntame cómo te encuentras. Tienes buen aspecto... ¿todo va bien?

El anciano conde estaba apasionadamente interesado por la evolución de su futuro nieto. Cordelia sentía que el embarazo había hecho que, ante sus ojos, ella pasase de ser un capricho tolerable de Aral a alguien que se acercaba peligrosamente a lo semidivino. Prácticamente la abrumaba con sus muestras de afecto.

Al regresar a casa con la noticia confirmada de su embarazo, Cordelia había descubierto que Aral había acertado al pronosticar la reacción que tendría su padre. Ese día de verano había vuelto a Vorkosigan Surleau, yendo directamente al muelle donde se encontraba Aral. Él estaba ocupado con su bote y tenía las velas desplegadas, secándose al sol, mientras chapoteaba alrededor de ellas con los zapatos mojados.

Aral había alzado la vista hacia ella, sin poder ocultar la ansiedad de sus ojos.

—¿Y bien? —preguntó meciéndose un poco sobre los talones.

—Bueno. —Ella intentó adoptar una expresión triste y decepcionada, pero la sonrisa escapó y se esparció por todo su rostro—. Tu médico dice que será un varón.

—Ah. —Un suspiro largo y elocuente escapó de entre sus labios, y con un rápido movimiento la levantó por el aire haciéndola girar.

—¡Aral! ¡No me dejes caer! —Aunque no era más alto que ella, él era bastante robusto.

—Nunca. —La dejó deslizarse al suelo y entonces compartieron un largo beso para finalizar riendo—. Mi padre estará encantado.

—Tú mismo pareces bastante encantado.

—Esto no es nada. Espera hasta que hayas visto a un anticuado cabeza de familia barrayarés extasiado por ver cómo crece su árbol genealógico. Durante años he tenido al pobre viejo convencido de que su descendencia finalizaba conmigo.

—¿Me perdonará por ser una plebeya de otro planeta?

—No lo tomes como un insulto, pero esta vez creo que ni siquiera le hubiese importado a qué especie hubiese pertenecido mi esposa, siempre y cuando fuera fértil. ¿Crees que estoy exagerando? —preguntó al escuchar su risa—. Ya lo verás.

—¿Es demasiado pronto para pensar en nombres? —preguntó ella.

—No hay nada que pensar. Hijo primogénito. La costumbre aquí es muy estricta. Recibirá el nombre de sus dos abuelos. El primer nombre del paterno, el segundo del materno.

—Ah, por eso vuestra historia resulta tan desconcertante. Siempre tengo que poner las fechas junto a estos nombres compuestos para situarlos. Piotr Miles. En fin, supongo que al final me acostumbraré. Había estado pensando en... otra cosa. —Tal vez en otra ocasión. —Oh, eres un ambicioso.

Después de aquello habían iniciado una breve lucha en la cual Cordelia había aprovechado el descubrimiento de que Aral tenía más cosquillas que ella. Cuando hubo logrado vengarse lo suficiente, ambos acabaron riendo sobre el césped.

—Esto es muy indecoroso —se quejó Aral cuando ella lo dejó levantarse.

—¿Temes escandalizar a esos hombres de Negri que se hacen pasar por pescadores?

—Te aseguro que no se escandalizan por nada. Cordelia saludó con la mano a la embarcación lejana, cuyos ocupantes ignoraron su gesto. Al principio ella se había sentido enfadada, pero al fin se había resignado al hecho de que Seguridad Imperial vigilase constantemente a Aral. Era el precio de su participación en la política secreta y mortífera de la Guerra de Escobar, y la penalidad por algunas de las opiniones que había expresado.

—Tal vez debamos invitarlos a almorzar, o algo parecido. Deben de conocerme tan bien que me gustaría charlar con ellos.

¿Los hombres de Negri habrían grabado la conversación doméstica que acababan de tener? ¿Habría micrófonos en su dormitorio? ¿O en el baño? Aral esbozó una sonrisa.

—No les permitirían aceptar. No comen ni beben nada que no hayan traído ellos mismos.

—Por Dios, cuánta paranoia. ¿De verdad es necesaria?

—A veces. Tienen una profesión peligrosa. No los envidio.

—A mí me parece que eso de permanecer sentados observándote es como tomar unas buenas vacaciones. Ya deben de estar muy bronceados.

—Lo peor de todo es permanecer sentado. Pueden hacerlo durante un año seguido, y actuar en cinco minutos de una importancia trascendental. Pero deben estar preparados para esos cinco minutos durante todo el año. La tensión es insostenible. Realmente, prefiero el ataque a la defensa.

—Todavía no comprendo por qué alguien querría molestarte. Sólo eres un oficial retirado que vive en la oscuridad. Debe de haber cientos como tú, incluso de sangre Vor.

—Humm. —Él había posado los ojos sobre el bote distante, evitando una respuesta, y luego se había levantado de un salto.

—Ven. Vamos a darle la buena noticia a papá.

Bueno, ahora Cordelia lo comprendía. El conde Piotr la cogió por el brazo y la llevó hasta el comedor, donde se dedicó a cenar mientras se interesaba por el último informe obstétrico y le insistía para que probase las frutas frescas que le había traído del campo. Ella comió las uvas obedientemente.

Cuando el conde terminó de cenar y Cordelia se dirigía al vestíbulo cogida de su brazo, oyó unas voces alteradas que provenían de la biblioteca. Resultaba imposible captar las palabras, pero el tono era duro y cortante. Cordelia se detuvo, perturbada.

Un momento después la supuesta discusión se interrumpió, se abrió la puerta de la biblioteca y un hombre salió de la habitación. Cordelia vio a Aral y al conde Vortala por la rendija. El rostro de Aral estaba tenso, con los ojos llameantes. Vortala, un anciano consumido por los años, con una calva manchada y unos ralos cabellos blancos, estaba completamente ruborizado. Con un gesto brusco, el hombre llamó a su criado de librea, quien lo siguió rápidamente con el rostro pálido.

El hombre brusco rondaba los cuarenta, calculó Cordelia. Tenía el cabello oscuro y vestía con elegancia al estilo de la clase superior. La frente y la mandíbula eran un poco prominentes, y tanto la nariz como el bigote tenían problemas para destacarse. No era ni apuesto ni feo, y en otro momento se podría haber dicho que sus facciones eran fuertes. Ahora simplemente parecía enfadado. Al encontrarse con el conde Piotr en el vestíbulo, el hombre se detuvo y lo saludó con un imperceptible movimiento de cabeza.

—Vorkosigan —murmuró. Se agachó en un brusco intento de reverencia que quiso expresar «buenas noches».

El conde inclinó la cabeza a modo de respuesta, alzando las cejas.

—Vordarian. —Su tono fue interrogante.

Los labios de Vordarian estaban tensos, y sus puños se apretaban en un ritmo inconsciente junto con la mandíbula.

—No olvide mis palabras —gruñó—. Usted, yo, y cualquier otro hombre de valor en Barrayar, viviremos para lamentar el día de mañana.

Piotr frunció los labios y lo miró con cautela.

—Mi hijo no traicionará a los de su clase, Vordarian.

—Usted tiene una venda en los ojos. —Su mirada se posó sobre Cordelia con gran frialdad, sin detenerse lo suficiente como para convertirla en un insulto. Con un gran esfuerzo, movió apenas la cabeza a modo de saludo, se volvió y salió por la puerta principal con el criado pisándole los talones.

Aral y Vortala salieron de la biblioteca. Aral se dirigió al vestíbulo, donde permaneció con la vista fija en la oscuridad, a través de los paneles de cristal que flanqueaban la puerta. Vortala posó una mano sobre su brazo.

—Déjalo ir —aconsejó—. Podremos vivir sin su voto mañana.

—No pensaba salir corriendo tras él —le replicó Aral—. De todos modos, la próxima vez reserva tu ingenio para quienes tengan cerebro suficiente como para apreciarlo, ¿quieres?

—¿Quién era ese sujeto furibundo? —preguntó Cordelia, tratando de animar el ambiente.

—El conde Vidal Vordarian. —Aral regresó de la puerta y logró esbozar una sonrisa en su honor—. El conde comodoro Vordarian. Yo trabajaba con él de vez en cuando, cuando estaba en el estado mayor. Ahora encabeza el segundo partido más conservador de Barrayar; no son los lunáticos que quieren regresar a la Era del Aislamiento, pero podría decirse que, según ellos, cualquier cambio será para peor. —Dirigió una mirada furtiva al conde Piotr.

—Su nombre se mencionaba con frecuencia en las especulaciones sobre la próxima regencia —comentó Vortala—. Yo más bien diría que ha estado pensando en ocupar el puesto. Ha hecho grandes esfuerzos para ganarse a Kareen.

—Tenía que haberse esforzado para ganarse a Ezar —señaló Aral secamente—. Bueno tal vez cambie de parecer durante la noche. Vuelve a intentar un acercamiento por la mañana, Vortala... y esta vez trata de ser un poco más humilde, ¿de acuerdo?

—Hacer mimos al ego de Vordarian significaría un trabajo de jornada completa —gruñó Vortala—. Pasa demasiado tiempo estudiando su árbol genealógico.

Aral asintió con un gesto.

—No es el único.

—Él cree que sí —replicó Vortala.

### 3

Al día siguiente, Cordelia tuvo un escolta oficial a la junta de la Asamblea del Consejo en la persona del capitán Lord Padma Xav Vorpatril. Además de ser un miembro del nuevo personal de su esposo, él también era su primo, hijo de la hermana menor de su madre. Aparte del conde Piotr, Vorpatril era el primer familiar cercano de Aral que Cordelia conocía. No era que la familia de Aral la estuviese evitando, como ella hubiera podido temer, sino que en realidad casi no existía. Él y Vorpatril eran los únicos hijos supervivientes de la generación anterior, de la cual el mismo conde Piotr era el único representante vivo. Vorpatril era un hombre robusto y alegre, de unos treinta y cinco años, muy elegante en su uniforme verde de etiqueta. Cordelia pronto descubrió que también había sido oficial subalterno de Aral durante la primera capitania de éste, antes de que Vorkosigan obtuviera sus triunfos militares con la campaña de Komarr. Con Vorpatril a un lado y Droushnakovi al otro, Cordelia se sentó en una tribuna desde donde se dominaba la cámara del Consejo. La cámara misma era un salón sencillo, aunque lucía los paneles de madera que a los ojos betaneses de Cordelia seguían resultando increíblemente lujosos. Alrededor del salón había mesas y bancos de madera. La luz matinal se derramaba por los altos vitrales de la pared este. Abajo se realizaban las pintorescas ceremonias con gran formalidad.

Los ministros vestían togas de aspecto arcaico en negro y violeta, adornadas con cadenas de oro. Eran superados en número por los casi sesenta condes de las distintas regiones, aún más espléndidos en escarlata y plateado. Unos cuantos hombres lo bastante jóvenes como para estar en servicio activo lucían el uniforme de revista, rojo y azul. Vorkosigan había tenido razón al describirle el uniforme de revista como chillón,

pensó Cordelia, pero en el maravilloso ambiente de ese salón antiguo parecía casi apropiado. Y Vorkosigan tenía muy buen aspecto con su uniforme.

El príncipe Gregor y su madre se situaron en un estrado. La princesa llevaba un traje negro con ornamentos plateados, de cuello alto y mangas largas. El niño de cabellos oscuros parecía un enano en su uniforme rojo y azul. A Cordelia le pareció que, considerando las circunstancias, parecía bastante tranquilo.

El emperador también estaba presente, casi como un fantasma, mediante un circuito cerrado que lo comunicaba desde la Residencia Imperial. En la pantalla de holovideo se veía a Ezar, sentado y vestido de uniforme, a un coste físico que Cordelia ni siquiera se atrevía a imaginar, con las sondas y monitores ocultos, al menos para la cámara. Tenía el rostro blanco como el papel y la piel parecía casi transparente, como si se estuviese desvaneciendo de la escena que había dominado durante tanto tiempo.

La tribuna estaba atestada de esposas, oficiales y guardias. Las mujeres lucían vestidos elegantes y joyas, y Cordelia las estudió con interés para luego volverse hacia Vorpatril.

—¿La designación de Aral como regente fue una sorpresa para ti? —le preguntó.

—A decir verdad, no. Algunas personas tomaron en serio su retiro después de lo de Escobar, pero yo no.

—Pensé que él estaba decidido.

—Oh, no lo dudo. El primero en creerse esa rutina del soldado prosaico y de piedra es él mismo. Supongo que es la clase de hombre que siempre quiso ser. Como su padre.

—Hum. Sí. Había notado cierta tendencia política en sus conversaciones. Incluso en las circunstancias más extraordinarias, como por ejemplo durante una proposición matrimonial.

Vorpatril se echó a reír.

—Me lo imagino. De joven era conservador hasta la médula. Si uno quería saber lo que Aral pensaba de cualquier cosa, no había más que preguntárselo al conde Piotr y multiplicarlo por dos. Pero cuando servimos juntos ya había comenzado a volverse... extraño. Si uno lograba estimularlo... —En sus ojos apareció un brillo malicioso, y Cordelia lo alentó a continuar.

—¿Cómo lo estimulabais? Pensé que los oficiales tenían prohibidas las discusiones políticas.

Él hizo una mueca.

—Supongo que hubiesen tenido el mismo éxito si nos hubieran prohibido respirar. Digamos que raras veces se seguía la regla. Aunque Aral se aferraba a ella, hasta que Rulf Vorhalas y yo lo sacábamos de allí y lo borrábamos.

—¿Aral? ¿Emborracharse?

—Oh, sí. Le gustaba beber.

—Creía que no aguantaba la bebida, que no tenía buen estómago.

—Oh, eso era lo más sorprendente. Apenas bebía. Aunque pasó por una mala época cuando murió su primera esposa y empezó a tratar a Ges Vorrutyer... hum... —Apartó la vista de ella unos momentos y luego cambió de conversación—. De todos modos, era peligroso cuando bebía demasiado, porque se volvía deprimido y serio, y enseguida comenzaba a hablar de las injusticias o incompetencias que se estaban cometiendo. Por Dios, hablaba por los codos. Para cuando se había tomado la quinta copa... justo antes de caer bajo la mesa... empezaba a declamar sobre la revolución en un pentámetro yámbico. Siempre pensé que algún día terminaría dedicándose a la política. —Soltó una risita y miró con afecto al hombre ataviado de rojo y azul sentado con los condes al otro extremo de la cámara.

La votación para confirmar el nombramiento imperial de Vorkosigan fue una ceremonia curiosa, a los ojos de Cordelia. No había creído posible lograr que setenta y cinco barryareses se pusiesen de acuerdo sobre la dirección en que asomaba el sol por las

mañanas, pero el resultado fue casi unánime a favor de la elección del emperador Ezar. Las excepciones fueron cinco hombres de rostro sombrío que se abstuvieron, cuatro a pleno pulmón y uno en voz tan baja que el lord Guardián de los Portavoces tuvo que pedirle que lo repitiera. Incluso el conde Vordarian votó a favor... tal vez Vortala había logrado reparar el desliz de la noche anterior en una reunión matutina. De todos modos, parecía que Vorkosigan se iniciaba en su nuevo cargo en las condiciones más favorables, y Cordelia comentó este hecho con Vorpatril.

—Eh... sí —respondió él después de dirigirle una leve sonrisa—. El emperador Ezar dejó bien claro que quería una aprobación absoluta.

A juzgar por su tono de voz, era evidente que a ella le faltaba información.

—¿Me estás diciendo que algunos de estos hombres hubiesen preferido votar negativamente?

—Hubiese sido una imprudencia de su parte, en esta coyuntura.

—Entonces, los hombres que se han abstenido deben de tener bastante valor. — Estudió al grupo con renovado interés.

—Oh, ellos no serán ningún problema —dijo Vorpatril.

—¿A qué te refieres? Son de la oposición, supongo.

—Sí, pero pertenecen a la oposición declarada. Nadie que esté maquinando una verdadera traición se expondría tan públicamente. En realidad, Aral deberá cuidarse de algunos hombres que están en el otro grupo, entre los que han votado a favor.

—¿Cuáles son? —Cordelia frunció el ceño preocupada.

—¿Quién sabe? —Vorpatril se alzó de hombros, y luego respondió a su propia pregunta—. Negri, probablemente.

Estaban rodeados por varias sillas vacías. Cordelia se había preguntado si sería por seguridad o por cortesía. Evidentemente, se trataba de lo segundo, ya que dos hombres, uno con uniforme verde de comandante y otro más joven, con elegantes ropas de civil, les ofrecieron sus disculpas y se sentaron frente a ellos. Cordelia consideró que parecían hermanos, y su suposición se vio confirmada cuando el más joven dijo:

—Mira, allí está papá. Tres asientos detrás del viejo Vortala. ¿Cuál es el nuevo regente?

—El patizambo de uniforme rojo y azul, sentado a la derecha de Vortala.

Cordelia y Vorpatril intercambiaron una mirada a sus espaldas, y ella se llevó un dedo a los labios. Vorpatril sonrió y se alzó de hombros.

—¿Qué se dice de él en el Servicio?

—Depende de a quién se lo preguntes —dijo el comandante—. Sardi lo considera un genio de la estrategia, e idolatra todos sus comunicados. Ha estado por todas partes en los últimos veinticinco años. El tío Rulf tenía un alto concepto de él. Por otro lado, Niels, quien estuvo en Escobar, dice que nunca había conocido a nadie con tanta sangre fría.

—He oído decir que tiene reputación de progresista secreto.

—No hay nada de secreto en ello. Algunos oficiales superiores Vor le tienen pánico. Ha intentado que papá y Vortala lo apoyen con esas nuevas normas impositivas.

—No las conozco.

—Es el impuesto imperial directo sobre las herencias.

—¡Diablos! Bueno, eso no lo afectaría a él, ¿verdad? Los Vorkosigan son pobres como ratas. Que pague Komarr. Para eso lo conquistamos, ¿no?

—No exactamente, mi querido zopenco. ¿Algunos de tus payasos amigos ya han conocido a su adquisición betanesa?

—Son hombres distinguidos, mi querido señor. No los confundas con tus compañeros del Servicio.

—No hay ningún peligro de que ocurra eso. No, en serio. Circulan muchos rumores sobre ella, Vorkosigan y Vorrutyer en Escobar, y la mayoría son contradictorios. Pensé que mamá podría tener más información.



—Se mantiene bastante en la sombra considerando que, según dicen, mide tres metros de altura y come cruceros de batalla para desayunar. Prácticamente nadie la ha visto. Tal vez sea fea.

—Entonces harán buena pareja. Vorkosigan tampoco es ninguna belleza.

Cordelia, absolutamente divertida, ocultó una sonrisa detrás de la mano hasta que el comandante dijo:

—Aunque no sé quién es ese espástico de tres patas que lo sigue a todas partes. ¿Crees que será un oficial?

—Podría haber elegido algo mejor. Menudo mutante. Seguramente, y dado que es el regente, Vorkosigan puede elegir entre lo mejor del Servicio.

Cordelia sintió tanto dolor ante aquella observación que fue como si hubiera recibido un golpe físico. El capitán lord Vorpatril apenas pareció notarlo. Lo había oído, pero permanecía atento a lo que ocurría abajo, donde se pronunciaban los votos. Sorprendentemente, Droushnakovi se ruborizó y volvió la cabeza.

Cordelia se inclinó adelante. Las palabras bullían en su interior, pero escogió sólo unas pocas y las lanzó en su más frío tono de capitana.

—Comandante... Y usted... quienquiera que sea. —Ambos se volvieron hacia ella, sorprendidos por la interrupción—. Para su información, el caballero de quien hablaban es el teniente Koudelka. Y no existe ningún oficial mejor al servicio de nadie.

Los dos hombres la miraron con irritación y desconcierto.

—Creo que ésta era una conversación privada, señora —protestó el comandante con rigidez.

—Estoy de acuerdo —replicó ella con la misma rigidez, todavía furiosa—. Les ruego que me disculpen por escucharla, aunque era inevitable. Pero por esa vergonzosa observación sobre el secretario del almirante Vorkosigan, son ustedes quienes deben disculparse. Ha sido un oprobio al uniforme que ambos visten y al servicio del emperador que ambos comparten. —Cordelia estaba temblando. Tienes una sobredosis de Barrayar. Contrólate.

Al escuchar sus palabras, Vorpatril se volvió sobresaltado.

—Bueno, bueno —trató de calmarla—, ¿qué es...?

El comandante se volvió hacia él.

—Oh, capitán Vorpatril, señor. No lo había reconocido. Eh... —Señaló con impotencia a su atacante pelirrojo como diciendo: «¿Esta dama le acompaña? En ese caso, ¿no puede tenerla bajo control?»—. No hemos sido presentados, señora —agregó con frialdad.

—No, pero yo no ando por ahí dando la vuelta a las piedras para ver quién vive debajo. —De inmediato Cordelia comprendió que se había extralimitado. Con dificultad, logró controlar su ira. No era el mejor momento para que Vorkosigan se hiciese nuevos enemigos. Vorpatril asumió su responsabilidad como escolta y comenzó:

—Comandante, usted no sabe quién... —No, no nos presente, lord Vorpatril —lo interrumpió Cordelia—. La situación se volvería aún más incómoda para ambos. —Se presionó el entrecejo con el pulgar y el índice, cerró los ojos y buscó unas palabras conciliatorias. Y yo que solía enorgullecerme de saber controlar mi carácter. Volvió a mirar sus rostros furiosos—. Comandante. Milord. —Dedujo correctamente el título del joven por la referencia a su padre, sentado entre los condes—. Mis palabras han sido apresuradas y groseras, y deseo retirarlas. No tenía derecho a hacer comentarios sobre una conversación privada. Con humildad, les presento mis disculpas.

—Me parece lo correcto —replicó el joven lord. Su hermano tenía más dominio de sí mismo y dijo de mala gana:

—Acepto sus disculpas, señora. Presumo que el teniente debe de ser un familiar suyo. Le ruego me perdone si pensó que lo insultábamos.

—Yo también acepto sus disculpas, comandante. Aunque el teniente Koudelka no es un familiar, sino el segundo de mis más queridos... enemigos. —Guardó silencio e intercambiaron una mirada. La de ella fue irónica; la de él, de confusión—. No obstante, quisiera pedirle un favor. No permita que semejante comentario llegue a oídos del almirante Vorkosigan. Koudelka fue uno de sus oficiales a bordo del General Vorkraft, y resultó herido mientras lo defendía durante ese motín político del año pasado. Lo quiere como a un hijo.

El comandante se estaba calmando, aunque Droushnakovi todavía parecía alguien que tuviera un sabor desagradable en la boca. Él esbozó un sonrisa.

—¿Usted insinúa que me encontraría montando guardia en la isla Kyrill?

¿Qué era la isla Kyrill? Un puesto de avanzada, distante y desagradable, al parecer.

—Yo... lo dudo. No creo que utilice su cargo para vengarse por una inquina personal. Pero le causaría un dolor innecesario.

—Señora.

El comandante ya estaba completamente confundido con aquella mujer de aspecto sencillo, tan fuera de lugar en aquella galería resplandeciente. Dio la vuelta hacia su hermano para observar el espectáculo que se desarrollaba debajo, y todos mantuvieron un tenso silencio durante otros veinte minutos, hasta que las ceremonias se interrumpieron para almorzar.

La gente abandonó la galería para reunirse con los de abajo en los pasillos del poder.

Cordelia encontró a Vorkosigan, con Koudelka a su lado, hablando con el conde Piotr y otro anciano con vestimenta de conde. Después de dejarla allí, Vorpatriel desapareció, y Aral la recibió con una sonrisa fatigada.

—Querida capitana, ¿te encuentras bien? Quiero que conozcas al conde Vorhalas. El almirante Rulf Vorhalas era su hermano menor. Dentro de unos momentos tendremos que irnos, ya que debemos almorzar con la princesa y el príncipe Gregor.

El conde Vorhalas se inclinó profundamente sobre su mano.

—Señora, me siento honrado.

—Conde. Yo... sólo vi a su hermano unos momentos, pero me dio la impresión de que era un hombre muy valioso.

Los de mi bando lo mataron. Cordelia se sintió incómoda con su mano en la de él, pero el conde no parecía guardarle ningún rencor personal.

—Gracias, señora. Todos pensamos lo mismo. Ah, allí están los muchachos. Les prometí presentarlos. Evon está ansioso por tener un lugar en el estado mayor, pero le he dicho que tendría que ganárselo. Ojalá Cari mostrara el mismo interés por el Servicio. Mi hija enloquecerá de celos. Usted ha causado la decepción de todas las jóvenes, ¿comprende?

El conde se volvió para reunir a sus hijos. Oh Dios, pensó Cordelia. Tenían que ser ellos. Los dos hombres que se habían sentado delante de ella en la galería le fueron presentados. Ambos palidecieron y se inclinaron con nerviosismo sobre su mano.

—Pero vosotros ya os conocéis —dijo Vorkosigan—. Os he visto hablando en la tribuna. ¿Qué discutíais tan animadamente, Cordelia?

—Oh... hablábamos de geología. Y de zoología. De buenas maneras. Sobre todo de buenas maneras. Mantuvimos una conversación bastante amplia. Todos hemos aprendido algo con ella, creo. —Esbozó una sonrisa y no movió ni una pestaña.

Con un aspecto algo enfermizo, el comandante Evon Vorhalas dijo:

—Sí. He... he aprendido una lección que nunca olvidaré, señora.

Vorkosigan continuaba con las presentaciones.

—Comandante Vorhalas, lord Cari; el teniente Koudelka.

Koudelka, cargado con telegramas plásticos, discos, el bastón de mando del comandante en jefe de las fuerzas armadas, distinción que acababa de ser entregada a Vorkosigan, y su propio bastón, vaciló sin saber si estrechar las manos o hacer la venia, y

logró que al final se le cayera todo sin hacer ninguna de las dos cosas. Hubo una confusión general para recoger los objetos y Koudelka se ruborizó, inclinándose con torpeza. Droushnakovi y él posaron la mano sobre su bastón al mismo tiempo.

—No necesito su ayuda, señorita —le gruñó Koudelka en voz baja, y ella retrocedió para ubicarse detrás de Cordelia en una postura rígida.

El comandante Vorhalas le devolvió algunos de los discos.

—Discúlpeme señor —dijo Koudelka—. Gracias.

—De nada, teniente. Yo mismo estuve a punto de ser herido por una descarga de disruptores nerviosos. Quedé aterrorizado por ello. Usted es un ejemplo para todos nosotros.

—No... no fue doloroso, señor.

Cordelia, que sabía por experiencia personal que esto era una mentira, guardó silencio, satisfecha. Los miembros del grupo comenzaron a despedirse, y ella se detuvo frente a Evon Vorhalas.

—Fue un placer conocerlo, comandante. Puedo predecir que llegará muy lejos en su carrera... y desde luego, no en dirección a la isla Kyrill.

Vorhalas esbozó una sonrisa nerviosa.

—Creo que usted también lo hará, señora. —Intercambiaron un saludo breve y respetuoso, después de lo cual Cordelia se volvió para coger a Vorkosigan del brazo y acompañarlo en su siguiente misión, seguidos por Koudelka y Droushnakovi.

El emperador de Barrayar entró en su coma final a la semana siguiente, pero aún resistió una semana más. A primera hora de la mañana, un mensajero de la Residencia Imperial pidió que despertaran a Aral y Cordelia. El hombre pronunció unas palabras muy simples:

—El doctor cree que ha llegado el momento, señor.

Después de vestirse rápidamente, acompañaron al mensajero hasta la hermosa alcoba que Ezar había escogido para pasar su último mes de vida. Las exquisitas antigüedades quedaban ocultas tras los equipos médicos importados de otros planetas.

La habitación estaba atestada con los médicos personales del anciano, Vortala, el conde Piotr y ellos dos, la princesa y el príncipe Gregor, varios ministros y algunos hombres del estado mayor. Todos permanecieron de pie y en silencio durante casi una hora ante la figura inmóvil y consumida que yacía en la cama. Al fin, de forma casi imperceptible, el emperador se tornó aún más inmóvil. Cordelia consideró que era una escena horrible para que el niño se viese sometido a ella, pero al parecer el ritual exigía su presencia. Con mucha suavidad, comenzando por Vorkosigan, todos desfilaron para arrodillarse y colocar sus manos entre las del pequeño, renovando sus votos de lealtad.

Cordelia también fue guiada por su esposo para que se arrodillara frente al niño. El príncipe —el emperador— tenía el cabello de su madre, pero sus ojos almendrados eran como los de Ezar y Serg, y Cordelia se preguntó cuánto de su padre o de su abuelo estaría latente en él, aguardando el poder que llegaría con la edad.

¿Llevas una maldición en tus cromosomas, pequeño?, preguntó en silencio mientras sus manos eran colocadas entre las de él. Maldito o bendito, de todos modos le juró fidelidad. Las palabras parecieron cortar su último lazo con la Colonia Beta; éste se rompió con un ¡ping! que sólo fue audible para ella.

Ahora soy de Barrayar. Había sido una travesía larga y extraña que comenzara con la imagen de un par de botas en el lodo y terminara en las limpias manos de un niño. ¿Tú sabes que yo ayudé a matar a tu padre, muchacho? ¿Lo sabrás alguna vez? Espero que no. Se preguntó si el hecho de que nunca le hubiesen pedido que jurara lealtad a Ezar Vorbarra había sido por delicadeza o por descuido.

De todos los presentes, sólo el capitán Negri lloró. Cordelia lo supo porque se encontraba a su lado, en el rincón más oscuro de la habitación, y lo vio secarse las lágrimas dos veces con el dorso de la mano. Su rostro se ruborizó y pareció más arrugado

por unos momentos, pero cuando llegó el momento de prestar su juramento, había recuperado su dureza habitual.

Los cinco días de ceremonias funerarias fueron agotadores para Cordelia, pero según le explicaron no fueron nada comparados con los funerales de Serg, que habían durado dos semanas a pesar de la ausencia del cuerpo. Para la imagen pública, el príncipe Serg había muerto como un héroe. Según los cálculos de Cordelia, sólo cinco seres humanos conocían toda la verdad acerca de ese sutil asesinato. No, cuatro, ahora que Ezar ya no estaba. Probablemente la tumba era el refugio más seguro para los secretos de Ezar. Bueno, los tormentos del anciano ya habían pasado, así como sus días y su época.

No hubo coronación propiamente dicha para el niño emperador. En lugar de ello se dedicaron varios días a recoger juramentos de ministros, condes, familiares y otras personas en las cámaras del Consejo. Vorkosigan también recibió juramentos, y con cada uno parecía soportar una carga mayor, como si tuviesen peso físico.

El muchacho, siempre acompañado por su madre, lo soportó bien. Kareen se aseguró de que los hombres ocupados e impacientes que llegaban a la capital para cumplir con su obligación respetasen los horarios de descanso del niño. Poco a poco, Cordelia se fue dando cuenta de lo peculiar que era el sistema gubernamental de Barrayar, con todas sus costumbres tácitas y que, a pesar de todo, parecía funcionar para ellos. Ellos lo hacían funcionar. Simular la existencia de un gobierno. Tal vez en el fondo, todos los gobiernos eran ficciones consensuales.

Cuando finalizaron las ceremonias, Cordelia pudo comenzar a establecer una rutina doméstica en la Residencia Vorkosigan. Aunque realmente no había gran cosa que hacer. Casi todos los días su marido se marchaba al alba, acompañado por Koudelka, y regresaba después del anochecer para cenar algo rápido y encerrarse en la biblioteca, o mantener reuniones allí, hasta la hora de acostarse. Cordelia se dijo que esto era porque era el principio. Llegaría a asentarse con la experiencia y se tornaría más eficiente. Recordaba su primer viaje como comandante de una nave en Estudios Astronómicos Betaneses, no hacía mucho, y sus primeros meses de nerviosa preparación. Más adelante, las tareas se habían vuelto automáticas y luego casi inconscientes, y su vida personal había vuelto a emerger. Lo mismo ocurriría con la de Aral. Ella aguardó con paciencia, sonriendo cada vez que lo veía.

Además, ella tenía un trabajo. Gestar. Era una tarea de bastante nivel a juzgar por los cuidados que recibía de todos, desde el conde Piotr hasta la doncella de cocina, quien le llevaba bocados nutritivos a todas horas. No había recibido tantas atenciones ni siquiera cuando regresó de una misión exploratoria de un año, con un récord de cero accidentes. En Barrayar parecían alentar la reproducción con más entusiasmo que en Colonia Beta.

Una tarde, después de comer, se echó en un sofá con los pies levantados en un patio sombreado entre la casa y el jardín trasero, y reflexionó sobre las diferentes costumbres reproductivas. La gestación en réplicas uterinas, en matrices artificiales, parecía desconocida allí. En Colonia Beta había tres gestaciones de este tipo por cada una en el vientre materno, pero una gran cantidad de personas todavía defendían las ventajas del antiguo método natural. Cordelia nunca había detectado ninguna diferencia entre los dos sistemas, y tampoco había visto que causasen ningún efecto en el desarrollo normal de las personas. Su hermano había sido gestado en el vientre materno y ella en una matriz artificial; la co-progenitora de su hermano había elegido el primer método para sus dos hijos, y se vanagloriaba de ello.

Cordelia siempre había supuesto que cuando llegase el momento, haría que su hijo comenzase a gestarse en una réplica al iniciar una misión exploratoria. De ese modo estaría listo y aguardando a ser cobijado en sus brazos para cuando ella regresase. Suponiendo que regresase... siempre existía ese peligro cuando se salía a explorar lo desconocido. Y suponiendo, además, que lograrse identificar a un co-progenitor dispuesto

a pasar por las pruebas físicas, psicológicas y económicas, y a tomar el curso que lo habilitaría para recibir su licencia de padre.

Aral sería un co-progenitor excelente, estaba segura. Si alguna vez aterrizzaba de las alturas de su nueva posición. Seguramente los primeros ajetreos debían de estar a punto de terminar. Sería una larga caída, sin ningún sitio donde tocar suelo. Aral era su puerto seguro, si él caía primero. Con un violento esfuerzo, Cordelia desvió sus pensamientos hacia canales más positivos.

También estaba la cuestión del tamaño de la familia; ése era un tema que fascinaba a los barrayareses. No existían límites legales aquí, no había que conseguir ningún certificado, nadie ponía obstáculos a la posibilidad de un tercer hijo; resumiendo, no había ninguna regla al respecto. En la calle había visto a una mujer seguida por cuatro hijos, y nadie la miraba siquiera. Cordelia había extendido sus pretensiones de dos a tres hijos, sintiéndose deliciosamente pecadora, hasta que conoció a una mujer con diez retoños. ¿Cuatro tal vez? ¿Seis? Vorkosigan sería capaz de afrontarlo. Cordelia agitó los pies y se acurrucó entre los cojines, flotando en una nube atávica de voracidad genética.

Según Aral, la economía de Barrayar era muy próspera a pesar de las pérdidas sufridas en la última guerra. En esta ocasión la superficie del planeta no había sufrido ningún daño. El terramorfismo del segundo continente abría nuevas fronteras cada día, y cuando Sergyar, el nuevo planeta, estuviese listo para la colonización, el efecto se triplicaría. Faltaba mano de obra en todas partes, y los salarios subían. Se consideraba que en Barrayar faltaba población. Vorkosigan decía que la situación económica era un obsequio de los dioses, en un sentido político. Cordelia pensaba lo mismo, pero por motivos más personales: multitudes de pequeños Vorkosigan...

Podía tener una hija. No sólo una, sino dos... ¡hermanas! Cordelia nunca había tenido una hermana. La esposa del capitán Vorpatril tenía dos, según le había dicho.

Cordelia había conocido a la señora Vorpatril en una de las raras veladas político-sociales en la Residencia Vorkosigan. El personal de la casa había organizado y asistido al evento. Cordelia sólo había tenido que presentarse apropiadamente vestida (había adquirido más ropa), sonreír mucho y mantener la boca cerrada. Lo que hizo fue escuchar fascinada, tratando de comprender aún más acerca de cómo funcionaban las cosas allí. Alys Vorpatril también estaba embarazada. Lord Vorpatril las había presentado para luego marcharse rápidamente. Naturalmente, hablaron de la experiencia que ambas compartían. La señora Vorpatril se había quejado mucho por las molestias que estaba sufriendo. Cordelia decidió que ella debía de ser afortunada; la medicina para evitar las náuseas, la misma fórmula química que utilizaban en casa, funcionaba bien, y ella sólo se sentía cansada, no por el peso del bebé, que aún era diminuto, sino por la sorprendente carga metabólica «Orinar para dos», tal como lo describía Cordelia. Bueno, después de haber estudiado matemática espacial de espacio cinco, ¿tan difícil podía ser la maternidad?

Sin considerar las horribles historias obstétricas susurradas por Alys, por supuesto. Hemorragias, ataques, problemas de riñón, lesiones en el parto, interrupción del aporte de oxígeno al cerebro del feto, criaturas cuyas cabezas habían crecido más allá del diámetro pélvico y trabajos de parto espasmódicos que habían causado la muerte tanto de la madre como del niño... Las complicaciones médicas sólo constituían un problema si el momento del parto encontraba a la mujer sola en un lugar aislado, y con el tropel de guardias que la rodeaban resultaba bastante difícil que eso le ocurriese a ella. ¿Bothari como comadrona?, pensó con un estremecimiento.

Cordelia se giró en el sillón del jardín y frunció el ceño. Ah, la primitiva medicina de Barrayar. Era cierto que las madres habían parido durante cientos de miles de años, antes de que comenzaran los vuelos espaciales, con menos ayuda de la que había allí. De todos modos, no podía evitar preocuparse.

Tal vez debería ir a casa para el parto.

No. Ahora era una barrayaresa, y había prestado juramento como el resto de los lunáticos. El viaje demoraba dos meses. Y además, hasta donde ella sabía, allí todavía estaba pendiente una orden de arresto contra ella, acusándola de deserción militar, sospecha de espionaje, fraude, violencia... probablemente había hecho mal al tratar de ahogar en su acuario a aquel estúpido psiquiatra del ejército. Cordelia suspiró al recordar su apresurada partida de la Colonia Beta. ¿Se limpiaría su nombre alguna vez? No, mientras los secretos de Ezar se mantuviesen guardados en cuatro cabezas, desde luego.

No. Colonia Beta estaba cerrada para ella, la había expulsado. Barrayar no tenía ningún monopolio en lo que se refería a estupidez política, de eso estaba segura. Podré arreglármelas en Barrayar. Junto a Aral. Por supuesto que sí.

Era hora de entrar. El sol le estaba produciendo un ligero dolor de cabeza.

#### 4

A pesar de lo que había pensado al principio, a Cordelia no le resultó tan difícil tratar al tropel de guardias personales que circulaban por su casa. Ella en Estudios Astronómicos Betaneses y Vorkosigan en el servicio militar de Barrayar, ambos habían aprendido lo que era la convivencia. Cordelia no necesitó mucho tiempo para comenzar a conocer a las personas de uniforme y a tratarlos en sus propios términos. Los guardias formaban un grupo de jóvenes animosos, elegidos por su servicio y orgullosos de ello. Aunque cuando Piotr también se encontraba en la casa con todos sus hombres de librea, incluyendo a Bothari, se acentuaba la sensación de estar viviendo en un cuartel.

Fue el conde quien sugirió un torneo informal de combate cuerpo a cuerpo entre los hombres de Illyan y los suyos. A pesar de que el comandante de seguridad murmuró algo vago sobre efectuar un entrenamiento gratuito a expensas del emperador, montaron un cuadrilátero en el jardín trasero y la contienda se convirtió en una tradición semanal. Hasta Koudelka intervenía como juez y arbitro, con Piotr y Cordelia como público. Para satisfacción de esta última, Vorkosigan asistía siempre que se lo permitían sus obligaciones; Cordelia sentía que él necesitaba descansar de la rutina a la cual se veía sometido por su trabajo.

Una soleada mañana de otoño, asistida por su doncella, Cordelia se estaba acomodando en el sillón del jardín para presenciar el espectáculo, cuando de pronto observó: —¿Y tú por qué no participas, Drou? Sin duda te conviene la práctica tanto como a ellos. La excusa para iniciar esta costumbre fue que todos debían mantenerse en buena forma.

Droushnakovi miró con anhelo el cuadrilátero, pero dijo:

—Nadie me ha invitado, señora. —Alguien ha cometido un descuido imperdonable. Ya verás, ve a cambiarte de ropa. Tú serás mi equipo. Aral podrá buscarse el suyo hoy. Una buena competición en Barrayar debe contar con al menos tres equipos, al menos eso dice la tradición.

—¿Cree que estará bien? —preguntó ella, dudosa—. Tal vez no les guste la idea.

Droushnakovi se estaba refiriendo a los que ella llamaba los «verdaderos» guardias, los hombres de librea. —A Aral no le importará. Cualquiera que tenga alguna objeción podrá discutirlo con él. Si se atreve. —Cordelia sonrió, y después de devolverle la sonrisa, Droushnakovi se marchó.

Aral llegó para acomodarse a su lado, y ella le habló de su plan. Él alzó una ceja.

—¿Innovaciones betanesas? Bueno, ¿por qué no? Aunque prepárate para las burlas.

—Estoy preparada. No se mostrarán tan propensos a las bromas si logra derribar a algunos de ellos. Creo que podrá... en Colonia Beta esta muchacha ya sería jefe de un comando. Desperdicia su talento dando vueltas a mi alrededor todo el día. Si no puede...

bueno, entonces sabremos que no debería ser mi guardaespaldas, ¿no? —Cordelia lo miró a los ojos.

—Me has convencido... Me aseguraré de que, en la primera vuelta, Koudelka le designe a un contrincante de altura y peso similares. En términos absolutos es un poco pequeña.

—Es más alta que tú.

—Pero yo debo de pesar algunos kilos más que ella. De todos modos, tus deseos son órdenes para mí. Uuf. —Se levantó de nuevo y fue a hablar con Koudelka para que apuntase a Droushnakovi en su lista. Cordelia no oía lo que decían al otro lado del jardín, pero inventó su propio diálogo basándose en los gestos y expresiones, y lo siguió en un murmullo:

—«Aral: Cordelia quiere que Drou participe. Kou: ¡Oh! ¿Para qué queremos chicas? Aral: Es fuerte. Kou: Siempre lo complican todo, y luego empiezan con las lagrimitas. El sargento Bothari la aplastará...» Hum, espero que tu gesto haya significado eso, Kou, o de otro modo te estás volviendo obsceno... y borra esa sonrisa de tu rostro, Vorkosigan. «Aral: Mi mujercita insiste. Kou: Oh, está bien.» ¡Puf! Transacción completa: el resto depende de ti, Drou.

Vorkosigan regresó junto a ella.

—Todo listo. Comenzará enfrentándose a uno de los hombres de papá.

Droushnakovi regresó vestida con un pantalón ancho y una camiseta de punto, lo más parecido que encontró a los trajes de entrenamiento masculinos. El conde salió a conferenciar con el sargento Bothari, el líder de su equipo, y a buscar un lugar junto a ellos para calentarse los huesos al sol.

—¿Qué es esto? —preguntó Piotr cuando Koudelka llamó a la segunda pareja, uno de cuyos contrincantes era Droushnakovi—. ¿Estamos importando costumbres betanesas?

—La muchacha tiene un gran talento natural —le explicó Vorkosigan—. Además, necesita la práctica tanto como cualquiera de ellos... más; su misión es la más importante de todas.

—Y luego querrás incluir mujeres en el Servicio —se quejó Piotr—. Me gustaría saber dónde acabará este disparate.

—¿Qué tendría de malo incluir mujeres en el Servicio? —preguntó Cordelia para azuzarlo un poco. —Es poco militar —replicó el anciano. —En mi opinión, «militar» es cualquier cosa que sirva para ganar la guerra. —Esbozó una dulce sonrisa. Un pellizco de Vorkosigan le advirtió que no siguiese con el tema.

De todas formas no fue necesario, ya que Piotr emitió un gruñido y se volvió para observar a su luchador. El hombre del conde cometió el error de subestimar a su oponente, y lo comprendió cuando sufrió la primera caída. Esto lo despertó considerablemente. Los espectadores gritaron sus comentarios, y él la inmovilizó en la siguiente caída.

—Koudelka ha contado un poco rápido en esta ocasión, ¿no? —preguntó Cordelia cuando el luchador del conde permitió que Dróusknakovi se levantara tras la decisión.

—Hum, es posible —dijo Vorkosigan sin comprometerse.

—Ella está reteniendo un poco sus golpes, me parece. Entre estos hombres no llegará a la próxima vuelta si continúa así.

En el siguiente encuentro, el decisivo, Droushnakovi aplicó una buena llave en el brazo de su oponente, pero permitió que él se zafara.

—Oh, qué pena —murmuró el conde alegremente. —¡Debiste haber dejado que se lo rompiera! —gritó Cordelia, cada vez más comprometida. El luchador del conde cayó sin ninguna elegancia—. ¡Acaba con él, Kou! —Pero el arbitro, apoyado en su bastón, lo dejó pasar. En todo caso, Droushnakovi aprovechó una ocasión para aplicarle una llave de cuello.

—¿Qué espera ese hombre para rendirse? —preguntó Cordelia.

—Prefiere desmayarse —respondió Aral—. De ese modo no tendrá que oír a sus amigos.

Droushnakovi comenzaba a dudar al ver que el rostro bajo su brazo cobraba un tinte violeta. Cordelia presintió que iba a soltarlo y saltó para gritar:

—¡Resiste, Drou! ¡No permitas que te engañe!

Droushnakovi lo sujetó con más firmeza y la figura dejó de luchar.

—Puede darlo por terminado, Koudelka —dijo Piotr, sacudiendo la cabeza—. Esta noche deberá estar de servicio. —Y así, el tanto fue para Droushnakovi.

—¡Buen trabajo, Drou! —exclamó Cordelia cuando la joven regresó a su lado—. Pero tienes que ser más agresiva. Libera tus instintos más asesinos.

—Estoy de acuerdo —dijo Vorkosigan de improviso—. Esa pequeña vacilación que has mostrado podría ser mortal... y no sólo para ti. —La miró a los ojos—. Estos combates son una práctica para la vida real, aunque todos rezamos para que nunca llegue a presentarse una situación semejante. La clase de esfuerzo extremo que se necesita debería ser automático.

—Sí, señor. Lo intentaré, señor.

En la siguiente vuelta participaba el sargento Bothari, quien derribó a su oponente dos veces en rápida sucesión. El vencido salió arrastrándose del cuadrilátero. Pasaron varias vueltas más, y volvió a tocarle el turno a Droushnakovi, esta vez con uno de los hombres de Illyan.

Se trabaron en combate y él logró desbaratar todos los intentos de la joven, provocando las burlas de la audiencia. Furiosa, Droushnakovi se distrajo y él consiguió que perdiera el equilibrio, provocándole una caída limpia.

—¿Has visto eso? —gritó Cordelia a Aral—. ¡Ha sido un truco muy sucio!

—Hum. No figura entre los ocho golpes prohibidos. No podrás descalificarlo por ello. De todos modos... —Hizo señas a Koudelka pidiendo un descanso, y llamó a Droushnakovi para decirle unas palabras en voz baja.

—Hemos visto el golpe —murmuró. Ella tenía los labios apretados y el rostro ruborizado—. Ahora bien, como campeona de mi esposa, en cierto sentido, si te insultan a ti es como si la insultaran a ella. Y un pésimo precedente, además. Deseo que tu oponente no abandone el cuadrilátero consciente. Puedes tomarlo como una orden, si lo deseas. Y no te preocupes si tienes que romper algunos huesos —agregó con suavidad.

Droushnakovi regresó al cuadrilátero con una leve sonrisa en el rostro. Los ojos le brillaban. Respondió a un amago con una veloz patada en la mandíbula de su oponente, un puñetazo en el vientre y un golpe en las rodillas que lo derribó violentamente sobre la colchoneta. Él no se levantó. Hubo un silencio algo conmocionado.

—Tenías razón —dijo Vorkosigan—. Ella estaba conteniendo sus golpes.

Cordelia sonrió con orgullo y se acomodó en el sillón.

—Ya te lo decía.

El siguiente combate en que participó Droushnakovi fue la semifinal, y la suerte quiso que se enfrentara al sargento Bothari.

—Hum —murmuró Cordelia a Vorkosigan—. No estoy segura de la psicodinámica de esto. ¿Te parece que será seguro? Me refiero a los dos, no sólo a ella. Y no me refiero sólo a lo físico.

—Creo que sí —respondió él con la misma suavidad—. La vida al servicio del conde ha sido una rutina tranquila para Bothari. Ha estado tomando su medicación. Creo que se encuentra en buena forma. Además, aquí está entre amigos. No creo que la tensión de luchar con Drou logre desequilibrarlo.

Cordelia asintió con un gesto, satisfecha, y se acomodó para presenciar la carnicería. Droushnakovi parecía nerviosa.

El comienzo del combate fue lento, pues la joven se dedicó principalmente a mantenerse fuera de alcance. Al volverse para mirarlos, el teniente Koudelka disparó por



accidente la funda de su bastón, y la vaina fue a dar entre los arbustos. Bothari se distrajo un instante, y Drou le dio un golpe bajo y rápido. Bothari aterrizó con un fuerte impacto, aunque de inmediato volvió a levantarse.

—¡Buena jugada! —exclamó Cordelia, extasiada. Drou parecía tan sorprendida como los demás—. ¡Acaba con él, Drou!

El teniente Koudelka frunció el ceño.

—No fue un movimiento justo, señora. —Un hombre del conde le devolvió la funda, y Koudelka envainó la espada—. La culpa fue mía, por distraerlo.

—No dijo lo mismo hace un rato —objetó ella.

—Déjalo, Cordelia —le dijo Vorkosigan con suavidad.

—¡Pero le está robando un punto! —replicó ella en un susurro furioso—. ¡Y qué punto! Hasta el momento Bothari ha sido el mejor de todas las vueltas.

—Sí. Koudelka necesitó seis meses de práctica en el General Vorkraft para lograr derribarlo.

—Oh. Hum. —Guardó silencio por un instante—. ¿Celos?

—¿No lo has notado? Ella posee todo lo que él ha perdido.

—He visto que a veces la trata con bastante brusquedad. Es una pena. Evidentemente ella está...

Vorkosigan alzó una mano.

—Habla de ello luego. Aquí no.

Cordelia se interrumpió y asintió con un gesto.

—Tienes razón.

El combate continuaba. El sargento Bothari derribó a Droushnakovi dos veces seguidas, y al fin se libró de su oponente final sin demasiado esfuerzo.

Después de que todos los luchadores conferenciaran al otro lado del jardín, Koudelka cojeó hasta ellos en calidad de emisario.

—Señor. Nos preguntábamos si querría efectuar un combate con el sargento Bothari a modo de demostración. Ninguno de los muchachos lo ha visto nunca.

Vorkosigan descartó la idea sin mucha convicción.

—No estoy en forma, teniente. Y además, ¿cómo lo averiguaron? ¿Han estado contando historias?

Koudelka sonrió.

—Algunas. Creo que así comprenderían lo que puede llegar a ser realmente este juego.

—Me temo que sería un mal ejemplo.

—Yo nunca lo he visto —murmuró Cordelia—. ¿De verdad es tan buen espectáculo?

—No lo sé. ¿Te he ofendido últimamente? ¿Ver cómo Bothari me pulveriza sería una catarsis para ti?

—Lo sería para ti —dijo Cordelia, fomentando su evidente deseo de que lo persuadieran—. Me parece que en los últimos tiempos has dejado de lado algunas cosas que te gustaban mucho.

—Sí...

Con unos aplausos, él se levantó y se quitó la chaqueta del uniforme, los zapatos y los anillos. Luego vació el contenido de sus bolsillos y subió al cuadrilátero para realizar algunos ejercicios de calentamiento.

—Será mejor que actúe como arbitro, Kou —lo llamó—. Sólo para evitar que alguien se alarme innecesariamente.

—Sí, señor. —Koudelka se volvió hacia Cordelia antes de regresar a la arena—. Eh... recuerde que en cuatro años de práctica, nunca se mataron, señora.

—¿Por qué será que en lugar de tranquilizarme me ha alarmado? De todos modos, Bothari ha peleado en seis combates esta mañana. Tal vez esté cansado.

Los dos hombres se enfrentaron en la lona y se inclinaron con formalidad. Koudelka se apartó rápidamente del medio. El bullicioso rumor de la audiencia desapareció y todos los ojos se fijaron en los contrincantes, quienes se estudiaban en un frío y concentrado silencio. Comenzaron a rodearse lentamente, y de pronto se trabaron en combate. Cordelia no alcanzó a ver qué ocurría, pero cuando se separaron, Vorkosigan tenía una herida en la boca y Bothari estaba doblado sobre el vientre.

En el siguiente encuentro, Bothari propinó a Vorkosigan un puntapié en la espalda que lo lanzó por completo fuera del cuadrilátero. A pesar de tener la respiración entrecortada, el almirante rodó y corrió de regreso a la lona. Los hombres responsables de guardar la vida del regente comenzaron a mirarse entre ellos, preocupados. Cuando volvieron a trabarse cuerpo a cuerpo, Vorkosigan sufrió una violenta caída y Bothari se lanzó sobre él para apretarle el cuello. A Cordelia le pareció ver cómo se curvaban sus costillas bajo el peso de la rodilla que lo inmovilizaba. Un par de guardias se dispusieron a avanzar, pero Koudelka les hizo una seña y Vorkosigan, con el rostro enrojecido, golpeó el suelo en señal de rendición.

—Primer punto para el sargento Bothari —exclamó Koudelka—. ¿Dos puntos de tres, señor?

El sargento Bothari se levantó con una leve sonrisa, y Vorkosigan permaneció sentado en la colchoneta un momento, recuperando el aliento.

—De todos modos me queda uno. Debo obtener el desquite. Estoy en baja forma.

—Se lo dije —murmuró Bothari.

Volvieron a rodearse. Chocaron, se separaron, chocaron otra vez y de pronto Bothari se encontró efectuando una voltereta espectacular, mientras Vorkosigan rodaba por debajo de él para cogerle el brazo en una palanca que estuvo a punto de dislocarle el hombro al caer. Bothari luchó unos momentos para librarse de la llave, pero al fin se rindió. Esta vez fue él quien permaneció un minuto en la colchoneta antes de levantarse.

—Es sorprendente —dijo Droushnakovi con los ojos ávidos—. Sobre todo considerando que es mucho menos corpulento.

—Pequeño pero matón —respondió Cordelia, fascinada—. No lo olvides.

El tercer enfrentamiento fue breve. Unos momentos de lucha cuerpo a cuerpo, unos golpes y una caída conjunta se resolvieron de pronto en una llave de brazo, ejecutada por Bothari. Vorkosigan cometió la imprudencia de querer soltarse, y Bothari, con rostro inexpresivo, le dislocó el codo con un crujido que oyó todo el público. Vorkosigan aulló y se rindió. Koudelka volvió a detener a los guardias.

—Colóquelo en su lugar, sargento —gimió Vorkosigan sentado en el suelo, y apoyando el pie contra su ex capitán Bothari le dio un fuerte tirón del brazo—. No debo volver a repetir eso —dijo Vorkosigan, dolorido.

—Al menos esta vez no se lo ha roto —observó Koudelka, tratando de animarlo, y lo ayudó a levantarse asistido por Bothari. Vorkosigan regresó cojeando al sillón y, con gran cautela, se sentó a los pies de Cordelia. Bothari también se movía con dificultad.

—Así solíamos practicar este deporte... a bordo del General Vorkraft —dijo Vorkosigan con la respiración todavía agitada.

—Cuánto esfuerzo —observó Cordelia—. ¿Y cuántas veces os habéis enfrentado a una verdadera situación de combate cuerpo a cuerpo?

—Muy pocas. Pero cuando se presentó la ocasión, ganamos.

El grupo se dispersó murmurando comentarios acerca de lo ocurrido. Cordelia acompañó a Aral para ayudar en las curas de su codo y su boca. Luego le hizo preparar un baño caliente y mientras le frotaba la espalda, continuó con el problema personal que le había estado preocupando.

—¿Te parece que podrías decirle algo a Koudelka acerca de cómo trata a Drou? Parece transformarse en otra persona. Ella hace todo lo posible por resultarle agradable, y él ni siquiera la trata con la misma amabilidad que dispensa a cualquiera de sus

hombres. Drou es prácticamente una camarada oficial, y creo que está locamente enamorada de él. ¿Por qué no lo nota?

—¿Qué te hace pensar que no? —preguntó Aral lentamente.

—Su comportamiento, por supuesto. Es una pena. Harían muy buena pareja. ¿No la consideras atractiva?

—Encantadora. Pero claro, como todos saben —añadió volviéndose hacia ella con una sonrisa—, a mí me gustan las Amazonas altas. No a todos los hombres les ocurre lo mismo. Pero si lo que detecto en tus ojos es un brillo casamentero... ¿no te parece que serán las hormonas maternas?

—¿Quieres que te disloque el otro codo?

—No, gracias. Había olvidado lo doloroso que podía ser un ejercicio de entrenamiento con Bothari. Ah, eso está mejor. Un poco más abajo...

—Bien, mañana tendrás unos bonitos cardenales ahí abajo.

—Ya lo sé. Pero antes de que te entusiasmes demasiado con la vida amorosa de Drou, ¿has pensado con detenimiento en las lesiones de Koudelka?

—Oh. —Cordelia guardó silencio—. Había supuesto que... que sus funciones sexuales habían sido tan bien reparadas como el resto de su cuerpo.

—O tan mal. Es una zona muy delicada para la cirugía.

Cordelia frunció los labios.

—¿Lo sabes con certeza?

—No. Lo que sí sé es que nunca tocamos el tema en nuestras conversaciones. Jamás.

—Hum. Quisiera saber cómo interpretar eso. Suena a un mal presagio. ¿Crees que podrías preguntárselo?

—¡Por Dios Cordelia, por supuesto que no! Vaya una pregunta para formularle. En particular si la respuesta es «no». Recuerda que tengo que trabajar con él.

—Bueno, deberé ocuparme de Drou. No me servirá de nada si languidece y muere con el corazón destrozado. El la ha hecho llorar más de una vez. Ella se retira donde cree que nadie podrá verla.

—¿Ah, sí? Me resulta difícil imaginarlo.

—Considerándolo todo, no esperarás que le diga que él no merece la pena. ¿Pero realmente siente aversión por ella? ¿O es sólo defensa propia?

—Buena pregunta... En cuanto a su opinión, el otro día el chofer hizo una broma acerca de ella, nada demasiado ofensivo, y Kou se mostró disgustado con él. No creo que le tenga aversión. Pero sí creo que la envidia.

Cordelia abandonó el tema con esa frase ambigua. Deseaba ayudar a la pareja, pero no podía ofrecer ninguna respuesta al dilema. Era capaz de imaginar soluciones creativas para los problemas prácticos que podrían crearse con las lesiones del teniente, pero ofrecerlas sería una violación al pudor y la reserva de los afectados. Sospechaba que lo único que lograría sería escandalizarlos. Las terapias sexuales parecían ser algo desconocido allí.

Como verdadera betanesa, siempre había considerado que un doble modelo de conducta sexual debía ser un imposible. Ahora que tenía cierto contacto con la alta sociedad de Barrayar por las obligaciones de Aral, y al fin comenzaba a comprender cómo funcionaba. Todo parecía reducirse a cercenar el libre flujo de la información ante ciertas personas, seleccionada y aceptada por algún código tácito para todos los presentes con excepción de ella. No se podía mencionar el sexo frente a mujeres solteras o niños. Al parecer los varones jóvenes estaban exentos de todas las reglas cuando hablaban entre ellos, pero no cuando se encontraba presente una mujer de cualquier edad. Las normas cambiaban de un modo sorprendente con las variaciones en el nivel social de los interlocutores. Y las mujeres casadas, cuando los hombres no estaban presentes, solían sufrir las transformaciones más asombrosas. Había temas sobre los cuales se podía bromear, pero no discutir seriamente. Algunas cuestiones no podían ser mencionadas

jamás. Ella había malogrado más de una conversación con una frase que le parecía banal, y Aral había tenido que llevarla aparte para darle una rápida explicación.

Cordelia trató de confeccionar una lista con las reglas que creía haber deducido, pero las encontró tan ilógicas y conflictivas, sobre todo en el terreno de lo que ciertas personas debían fingir ignorar ante ciertas otras personas, que al final renunció. Una noche le enseñó su lista a Aral, quien estaba leyendo en la cama, y éste se desternilló de risa.

—¿Es así como nos ves? Me gusta tu Regla Siete. Trataré de no olvidarla... lamento no haberla conocido cuando era joven. Hubiera podido evitar todos esos atroces vídeos que nos pasaban en el Servicio.

—Si continúas riendo de ese modo, te sangraré la nariz —advirtió ella con dureza—. Estas reglas son vuestras, no mías. Sois vosotros quienes os regís por ellas. Yo sólo trato de deducirlas.

—Mi dulce científica. Bueno, sin duda llamas a cada cosa por su nombre. Nunca intentamos... ¿te agrada violar la Regla Once conmigo, querida capitana?

—Déjame ver cuál... ¡oh sí! Claro. ¿Ahora? Y de paso, liquidemos la Trece. Mis hormonas se han elevado. Recuerdo que la co-progenitora de mi hermano me había hablado de este efecto, pero en ese momento no le creí. Dijo que uno lo compensa luego, en el posparto.

—¿La Trece? Nunca imaginé que...

—Eso es porque al ser de Barrayar, te dedicas demasiado a seguir la Regla Dos.

La antropología quedó relegada durante un rato. Pero ella descubrió que podía elogiarlo cuando, más tarde, escogió el momento apropiado para murmurarle:

—Regla Nueve, señor.

La estación estaba cambiando. Esa mañana había habido una insinuación del invierno en el aire, una escarcha que había marchitado algunas plantas en el jardín trasero del Piotr. Cordelia estaba fascinada ante la idea de pasar su primer invierno de verdad. Vorkosigan le había prometido nieve y aguas heladas, algo que sólo había experimentado en dos misiones de Estudios Astronómicos. Y antes de la primavera, dará a luz un hijo.

Pero la tarde se había vuelto a entibiar con el sol otoñal. En la Residencia Vorkosigan la azotea del ala principal irradiaba calor cuando Cordelia la atravesó, aunque el aire estaba frío en sus mejillas mientras el sol descendía sobre el horizonte de la ciudad.

—Buenas tardes, muchachos. —Cordelia saludó a los dos guardias apostados en la azotea.

Ellos le respondieron con un movimiento de cabeza, y el de mayor rango se tocó la cabeza en una venia vacilante.

—Señora.

Cordelia se había acostumbrado a contemplar el ocaso desde allí. Desde ese mirador ubicado en el cuarto piso, la vista de la ciudad era excelente. Se alcanzaba a divisar el río que la dividía, detrás de los árboles y edificios. Aunque la excavación de un gran hoyo a pocas calles de allí indicaba que una nueva construcción pronto le ocultaría la vista del río. La torre más alta del castillo Vorhartung, donde asistiera a todas aquellas ceremonias en la cámara del Concejo de Condes, se asomaba desde un barranco frente al agua.

Detrás del castillo Vorhartung se encontraban los barrios más antiguos de la capital. Ella aún no había recorrido la zona con sus calles demasiado estrechas para vehículos, pero había volado sobre los barrios bajos, extraños y oscuros en el corazón de la ciudad. Los sectores más nuevos que brillaban en el horizonte eran similares a lo que solía verse en el resto de la galaxia, diseñados en torno a los modernos sistemas de transporte.

Nada de ello se parecía a Colonia Beta. Vorbarr Sultana se extendía sobre la superficie o se elevaba hacia el cielo, en un extraño cuadro bidimensional. Las ciudades de Colonia Beta se sumergían en pozos y túneles a diversas profundidades, y resultaban tan acogedoras como seguras. Allí no se prestaba tanta atención a la arquitectura como al

diseño de interiores. Resultaba sorprendente lo que la gente era capaz de inventar para variar las moradas que tenían fachadas.

Los guardias suspiraron cuando ella se inclinó sobre la baranda de piedra. En realidad, no les gustaba que se acercase a menos de tres metros del borde, aunque todo el lugar no tenía más de seis metros de ancho. Pero desde allí pronto podría divisar el vehículo terrestre de Vorkosigan acercándose por la calle. Los atardeceres eran muy bonitos, pero sus ojos descendieron.

Cordelia inhaló los complejos aromas de la vegetación, el vapor y los gases industriales. Barrayar permitía un sorprendente nivel de contaminación ambiental, como si... como si allí el aire fuera gratuito. Nadie lo controlaba, no existían tarifas por procesamiento y filtración. ¿Comprendía esa gente lo rica que era? Todo el aire que podían respirar con sólo salir de sus casas, y les parecía tan normal como el agua helada que caía del cielo. Cordelia inspiró profundamente, como si hubiese podido almacenarlo, y esbozó una sonrisa...

Una explosión distante interrumpió sus pensamientos y le hizo contener el aliento. Los dos guardias dieron un brinco.

¿Y qué?, has escuchado una, explosión. No fiene por qué guardar ninguna relación con Aral. Y con más frialdad: Parecía una granada sónica, una de las grandes. Por Dios. Una columna de humo se elevaba a pocas calles de allí. Cordelia no alcanzaba a divisar el lugar exacto, y se inclinó sobre la baranda.

—Señora. —El guardia más joven la cogió por el brazo—. Entre, por favor. —Su rostro estaba tenso y los ojos abiertos de par en par. El otro hombre tenía el intercomunicador pegado a la oreja. Ella no llevaba ningún intercomunicador.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó. —¡Señora, baje por favor! —La condujo hacia la puerta de la azotea, desde donde descendía la escalera al cuarto piso—. Seguro que no ha sido nada —la tranquilizó mientras la empujaba.

—Fue una granada sónica Clase Cuatro, probablemente lanzada por aire —le informó a ese hombre ignorante—. A menos que el atacante haya sido un suicida. ¿Nunca ha oído estallar una?

Droushnakovi apareció en la puerta con un panecillo en una mano y el aturdidor en la otra.

—¿Señora? —Aliviado, el guardia le entregó a Cordelia y regresó con su superior. Gritando por dentro, Cordelia sonrió con los dientes apretados y traspuso la pequeña puerta.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó a Droushnakoví. —Aún no lo sé. La alarma roja se activó en el refectorio del sótano, y todos corrimos a nuestros puestos —jadeó Drou. Debía de haberse teletransportado los seis pisos. —Vaya.

Cordelia bajó la escalera a toda prisa, lamentando no tener un tubo elevador. La consola de la biblioteca debía de estar encendida. Alguien tendrá un intercomunicador. Siguió descendiendo por la escalera de caracol y corrió sobre las piedras blancas y negras.

El jefe de guardia estaba en su puesto, dictando órdenes. A su lado se hallaba el jefe de los hombres del conde Piotr.

—Vienen directo hacia aquí —anunció el hombre de Seguridad Imperial—. Vaya a esperarlos, doctor. —El hombre de uniforme color café salió como una tromba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cordelia. El corazón le golpeaba en el pecho, y no sólo por haber bajado corriendo la escalera.

Él la miró y comenzó a decir algo tranquilizador y vacío, pero de pronto cambió de idea.

—Alguien cometió un atentado contra el vehículo del regente. Vienen hacia aquí. —¿Cayó cerca? —No lo sé, señora.

Probablemente era verdad. Pero si el coche aún funcionaba... Impotente, Cordelia le indicó que volviese a su trabajo y se volvió para regresar al vestíbulo. La estancia estaba

custodiada por un par de hombres del conde Piotr, quienes no le permitieron permanecer muy cerca de la puerta. Ella se aferró a la baranda de la escalera y se mordió el labio.

—¿Cree que el teniente Koudelka estaba con él? —preguntó Droushnakovi en voz baja.

—Probablemente. Siempre lo está —le respondió Cordelia distraídamente. Sus ojos estaban fijos en la puerta, esperando...

Oyó el coche que se detenía. Uno de los hombres abrió la puerta. El personal de seguridad se abalanzó sobre el vehículo plateado en el pórtico. Por Dios, ¿de dónde salía tanta gente? La pintura del coche estaba arañada y oscurecida, pero no había ninguna abolladura profunda; la cubierta trasera no estaba rajada, aunque el frente se había mellado. Las puertas traseras se elevaron, y Cordelia se estiró para ver a Vorkosigan detrás de los uniformes verdes de seguridad. Al fin se apartaron para dejar paso. El teniente Koudelka estaba sentado en la apertura, con expresión aturdida, y la sangre le chorreaba por el mentón. Un guardia lo ayudó a levantarse. Finalmente emergió Vorkosigan, quien rechazó toda ayuda. Ni el más preocupado de los guardias se atrevió a tocarlo. Vorkosigan entró en la casa con el rostro sombrío y pálido. Koudelka, apoyado en su bastón y en un cabo de Seguridad Imperial, le siguió. Le sangraba la nariz. Los hombres del conde Piotr cerraron la puerta, dejando afuera a las tres cuartas partes del caos. Aral la miró a los ojos, por encima de los hombres, y la expresión de tristeza que había en su rostro se iluminó sólo un poco. La saludó con un imperceptible movimiento de cabeza como diciendo «estoy bien». Ella apretó los labios. Por amor de Dios, espero que sea, cierto... Kou estaba hablando con voz temblorosa. —... el agujero que quedó en la calle es enorme! Podría haberse tragado a una nave de carga. Los reflejos de ese chófer son asombrosos... ¿qué? —Sacudió la cabeza al que le había formulado una pregunta—. Lo siento, me zumban los oídos... ¿qué ha dicho? —Escuchó con la boca abierta, como si pudiese absorber el sonido en forma oral. Entonces se tocó el rostro y observó con sorpresa la sangre en su mano.

—Sus oídos sólo están aturdidos, Kou —dij o Vorkosigan. Su voz era calma, pero demasiado fuerte—. Mañana volverán a la normalidad. —Sólo Cordelia comprendió que la voz alzada no era en consideración a Koudelka... Vorkosigan tampoco oía bien. Sus ojos se movían de un lado a otro demasiado rápido, el único indicio de que estaba tratando de leer los labios.

Simón Illyan y un médico llegaron casi al mismo tiempo. Vorkosigan y Koudelka fueron llevados a una sala tranquila, dejando atrás a todos los guardias que, según la opinión de Cordelia, resultaban bastante inútiles en ese momento. Ella y Droushnakovi fueron tras ellos. Por orden de Vorkosigan, el médico comenzó por examinar al ensangrentado Koudelka. —¿Un disparo? —preguntó Illyan. —Sólo uno —le confirmó el almirante, mirando su rostro—. Si hubiesen permanecido allí para un segundo intento, podrían haberme atrapado.

—De haberse quedado, podríamos haberlo atrapado a él. En este momento hay un equipo forense en el lugar de los hechos. El asesino ha huido hace mucho, por supuesto. Escogió muy bien el lugar, ya que allí hay docenas de rutas de escape.

—Cambiamos de camino todos los días —dijo el teniente Koudelka, quien había seguido el diálogo con dificultad, apretándose el rostro con un pañuelo—. ¿Cómo supo dónde debía tender la emboscada?

—¿Información interna? —Illyan se alzó de hombros y apretó los dientes ante la idea.

—No necesariamente —intervino Vorkosigan—. Hay una cantidad determinada de caminos posibles. Puede haber estado aguardando varios días allí.

—¿Justo en el perímetro de nuestro límite de seguridad máxima? —preguntó Illyan—. No me convence. —A mí me molesta más que haya fallado —dijo Vorkosigan—. ¿Por qué? ¿Habría sido una advertencia?

¿Un atentado contra mi equilibrio mental, y no contra mi vida?

—Sólo fue una vieja pieza de artillería —explicó Illyan—. Puede haber fallado su trayectoria... nadie detectó el impulso de un telémetro láser. —Se detuvo al notar el rostro pálido de Cordelia—. Estoy seguro de que ha sido un demente solitario, señora. Al menos sabemos con certeza, que se trata de un solo hombre.

—¿Cómo es posible que un demente solitario consiga armas militares? —preguntó ella con aspereza.

Illyan pareció incómodo.

—Lo investigaremos. Sin duda es una pieza antigua.

—¿No destruyen los armamentos obsoletos?

—Hay tantos...

Cordelia se enfureció ante esta declaración poco ingeniosa.

—Sólo necesitaba un disparo. Si lograba acertar un tiro directo a ese coche blindado, Aral hubiese desaparecido. En este momento su equipo forense estaría tratando de averiguar cuáles de sus moléculas eran suyas y cuáles de Kou.

Droushnakoví tenía la tez verdosa. La expresión triste de Vorkosigan volvió a ocupar su puesto.

—¿Quiere que le dé un cálculo preciso de la amplitud de resonancia refleja para ese pasajero encerrado, Simón? —continuó Cordelia acaloradamente—. Quien haya escogido esa arma es un competente técnico militar... aunque afortunadamente su puntería no es tan buena. —Se contuvo para no seguir hablando, ya que aunque nadie más lo notó, ella reconocía la histeria en la velocidad de sus palabras.

—Mis disculpas, capitana Naismith. —El tono de Illyan se volvió más cortante—. Tiene toda la razón. —En su actitud se notó un poco más de respeto.

Aral siguió este intercambio, y por primera vez su rostro se iluminó con una expresión algo risueña.

Illyan se marchó con la mente llena de teorías referentes a una conspiración. El médico confirmó lo que Aral había anticipado por su experiencia en combate: tenía los oídos aturdidos. Les entregó unas fuertes píldoras para el dolor de cabeza —Aral se aferró con firmeza a las suyas— y prometió regresar por la mañana para volver a examinar a los dos hombres.

Cuando por la noche Illyan regresó a la Residencia Vorkosigan para conferenciar con su jefe de guardia, Cordelia tuvo que controlarse para no cogerlo por las solapas, apretarlo contra una pared y arrancarle la información que tenía. Pero sólo preguntó:

—¿Quién trató de matar a Aral? ¿Quien quiere matar a Aral? ¿Qué beneficios pretenden obtener?

Illyan suspiró.

—¿Quiere la lista corta o la larga, señora?

—¿Es larga la corta? —dijo ella con morbosa fascinación.

—Demasiado larga. Pero puedo nombrarle a los principales, si lo desea. —Los fue contando con los dedos—. Los cetagandaneses, siempre. Habían contado con que después de la muerte de Ezar, aquí sobrevendría el caos político. No me extrañaría que trataran de provocarlo. Un asesinato es barato comparado con una flota invasora. Los komarrareses, por una vieja venganza o una nueva revuelta. Algunos todavía llaman al almirante el Carnicero de Komarr...

Conociendo toda la historia que ocultaba ese odioso apelativo, Cordelia se estremeció.

—Los anti Vor, porque el regente es demasiado conservador para su gusto. La derecha militar, que lo considera demasiado progresista. Los miembros del viejo partido encabezado por el príncipe Serg y Vorrutyer. Ex agentes del Ministerio de Educación Política, ahora suprimido. El departamento de Negri solía entrenarlos. Algún Vor irritado por considerar que ha quedado desplazado en el reciente cambio de poderes. Cualquier lunático con acceso a las armas y el deseo de hacerse famoso matando a un personaje público... ¿desea que continúe?

—Por favor, no. ¿Pero qué hay de lo ocurrido hoy? Si los motivos proporcionan una gama demasiado amplia de sospechosos, ¿qué me dice del método y la oportunidad?

—Disponemos de cierto material con el cual trabajar, aunque la mayor parte resulta negativa. Según he observado, ha sido un intento muy hábil. Quien lo haya planeado debe de haber tenido acceso a cierta clase de información. Nos ocuparemos de esos aspectos primero.

Lo anónimo del atentado era lo que más la perturbaba, decidió Cordelia. Cuando el asesino podía ser cualquiera, el impulso a sospechar de todos se volvía abrumador. Al parecer, la paranoia era una enfermedad contagiosa allí. Los barrayareses se la contagiaban unos a otros. Bien, las fuerzas combinadas de Negri y de Illyan tendrían que extraer algunos hechos concretos, y pronto. Guardó todos sus temores en un pequeño compartimiento en la boca del estómago, y los mantuvo encerrados allí. Cerca de su hijo.

Vorkosigan la abrazó con fuerza esa noche, acurrucada contra su cuerpo robusto, aunque no intentó ningún acercamiento sexual. Sólo la abrazó. Permaneció despierto durante horas a pesar de los calmantes que nublaban sus ojos. Ella no se durmió hasta que él lo hubo hecho. Al fin, sus ronquidos la adormecieron. No había mucho que decir.

Fallaron; seguiremos adelante... hasta el próximo intento.

## 5

El cumpleaños del emperador era una festividad tradicional de Barrayar, y se celebraba con banquetes, bailes, bebida, desfiles de veteranos y una cantidad increíble de fuegos artificiales, sobre los cuales al parecer no había ninguna reglamentación. Sería un día perfecto para realizar un ataque sorpresa sobre la capital, decidió Cordelia; una descarga de artillería pasaría desapercibida durante un buen rato en medio del estruendo general. El jolgorio comenzó al atardecer.

Los guardias, siempre listos para saltar ante cualquier ruido fuerte, parecían muy nerviosos, con excepción de un par de sujetos más jóvenes que intentaron celebrar la fiesta con unos petardos propios dentro de la casa. El jefe de la guardia los llamó aparte y mucho más tarde aparecieron de nuevo pálidos y acobardados. Luego Cordelia los vio acarreamo basura bajo las órdenes de una irónica criada, mientras una ayudante de cocina y la segunda cocinera salían alegremente de la casa con un inesperado día libre. El cumpleaños del emperador era una fiesta movible. El entusiasmo de los barrayareses no parecía afectado por el hecho de que, debido a la muerte de Ezar y la ascensión de Gregor, ésta era la segunda vez en el año en que se llevaba a cabo la celebración.

Cordelia había rechazado la invitación para asistir a una importante revista militar con Aral, decidida a dedicar la mañana a descansar y así mantenerse fresca para la fiesta de la noche. Según le habían explicado, éste era el acontecimiento del año... una cena en la Residencia Imperial para festejar el cumpleaños del emperador. Tenía muchos deseos de volver a ver a Kareen y a Gregor, aunque sólo fuese unos momentos. Al menos estaba segura de que su atuendo sería el apropiado. La señora Vorpatril, quien tenía un gusto excelente y conocía la moda de Barrayar en ropas de maternidad, se había compadecido de la confusión de Cordelia y le había ofrecido sus servicios como guía experta.

Como resultado, Cordelia se sentía muy segura en su impecable vestido de seda verde, largo hasta el suelo, con un chaleco de terciopelo color marfil. Su cabello cobrizo había sido adornado con flores frescas por el peluquero que también le enviara Alys. Al igual que lo hacían con sus eventos públicos, los barrayareses convertían sus ropas en una especie de arte folclórico, tan elaborado como la pintura corporal betanesa. Cordelia no pudo estar segura con la reacción de Aral —su rostro siempre se iluminaba cuando la veía— pero a juzgar por las exclamaciones del personal femenino al servicio del conde Piotr, el efecto general había sido ampliamente satisfactorio.



Mientras aguardaba al pie de la escalera de caracol en el vestíbulo, Cordelia deslizó una mano sobre la seda verde que ocultaba su vientre. Poco más de tres meses de esfuerzo metabólico, y lo único que tenía para mostrar era esa pequeña hinchazón... habían ocurrido tantas cosas desde el verano, que le parecía que su embarazo debía progresar más rápido. Silenciosamente y como un mantra, pronunció unas palabras de aliento para su bebé. «Crece, crece, crece...» Al menos ahora, además de sentirse completamente agotada, ya comenzaba a tener aspecto de embarazada. Por las noches Aral compartía su fascinación con los progresos, y ambos posaban la mano sobre su vientre tratando de percibir algún movimiento a través de la piel.

Aral apareció junto al teniente Koudelka. Ambos estaban recién bañados, afeitados, peinados y resplandecientes en el uniforme imperial rojo y azul. El conde Piotr se reunió con ellos vestido con el uniforme que Cordelia le había visto en las sesiones del Consejo, en café y plateado, una versión más rutilante de las libreas de sus hombres. Los veinte guardias de Piotr tenían alguna clase de exhibición formal esa noche, y su jefe los había estado preparando meticulosamente durante toda la semana. Droushnakovi, quien acompañaba a Cordelia, vestía un traje sencillo también en verde y marfil, diseñado para permitir los movimientos rápidos y ocultar las armas e intercomunicadores.

Después de un momento en que todos se admiraron mutuamente, se dirigieron a los coches terrestres que aguardaban en el pórtico. Aral ayudó a Cordelia a subir y retrocedió un paso. —Te veré allí, amor.

—¿Qué? —Ella giró la cabeza—. Oh. Entonces, ¿ese segundo vehículo no es sólo por el tamaño del grupo?

La expresión de Aral fue momentáneamente tensa. —No... Me ha parecido prudente que a partir de ahora viajemos en vehículos separados.

—Sí —dijo ella con voz débil—. Por supuesto. Él asintió con un gesto y se alejó. Ese maldito lugar les robaba otro pedazo de sus vidas, de sus corazones. Disponían de tan poco tiempo para estar juntos, y ahora ni siquiera esos momentos...

Al parecer, esa noche el conde Piotr sería el sustituto de Aral; el anciano se acomodó a su lado. Droushnakovi se sentó frente a ellos, y la cubierta se cerró. El coche avanzó suavemente hacia la calle. Cordelia se volvió tratando de ver el vehículo de Aral, pero éste lo seguía a demasiada distancia para resultar visible. Cordelia se enderezó y exhaló un suspiro.

El sol se ocultaba con un reflejo amarillo entre las nubes grises, y las luces comenzaban a encenderse en la fría tarde otoñal, proporcionando un aire melancólico a la ciudad. En las calles se llevaban a cabo animados festejos, y a Cordelia no le pareció tan mala idea. Los celebrantes le recordaron a los primitivos hombres de la Tierra, golpeando cacerolas y disparando tiros para alejar a los dragones que devoraban a la luna eclipsada. Esta extraña tristeza de otoño era capaz de consumir a un alma desprevenida. Gregor había escogido un buen momento para cumplir años.

Las manos endurecidas de Piotr jugueteaban con una bolsa de seda oscura que lucía el escudo de los Vorkosigan bordado en plata. Cordelia la observó con interés.

—¿Qué es eso?

Piotr esbozó una sonrisa y se la entregó. —Monedas de oro.

Más arte folclórico; la bolsa y su contenido eran un placer para el tacto. Cordelia acarició la seda, admiró el bordado y volcó en su mano unos pequeños discos acuñados.

—Bonitos. —Cordelia recordó haber leído que durante la Era del Aislamiento, el oro había sido muy valioso en Barrayar. En su mente betanesa la palabra oro se asociaba a la idea de «un metal que en ocasiones resulta útil para la industria electrónica», pero la gente mayor solía teñirla de cierta mística—. ¿Esto significa algo?

—¡Ja! Ya lo creo. Es el obsequio de cumpleaños del emperador.

Cordelia imaginó al niño de cinco años jugando con una bolsa de monedas. Además de construir torres y tal vez practicar las cuentas, Gregor no podría hacer mucho más con

ella. Esperaba que hubiese pasado la edad de meterse cualquier objeto en la boca, ya que esos pequeños discos tenían el tamaño ideal para que el niño los tragase.

—Estoy segura de que le gustará —dijo sin mucha convicción.

Piotr emitió una risita.

—No sabes qué está ocurriendo, ¿verdad?

Cordelia suspiró.

—Como de costumbre. Déme una pista.

Se reclinó en el asiento con una sonrisa. Piotr siempre parecía entusiasmado con la tarea de explicarle Barrayar. Cada vez que descubría un nuevo terreno en el cual ella era ignorante, se mostraba encantado de suministrarle información y opinión. Cordelia tenía la sensación de que podría disertar veinte años seguidos y nunca se quedaría sin tema.

—El cumpleaños del emperador es el fin tradicional del año fiscal, para cada distrito regido por un conde en relación con el gobierno imperial. En otras palabras, es día de impuestos, aunque... los Vor no estamos gravados. Esto implicaría una relación demasiado subordinada con el imperio, y por eso entregamos un obsequio al emperador.

—Ah... —dijo Cordelia—. Pero en un año todo este lugar no le produce sesenta pequeñas bolsas de oro, señor.

—Por supuesto que no. Los verdaderos fondos fueron transferidos automáticamente esta mañana, de Hassadar a Vorbarr Sultana. El oro es sólo simbólico.

Cordelia frunció el ceño.

—Espere. ¿Eso no se ha hecho ya este año?

—En primavera, con Ezar. Pero hemos tenido que cambiar la fecha de nuestro año fiscal.

—¿Su economía no se ve afectada por ello?

Él se alzó de hombros.

—Nos las arreglamos. —Piotr sonrió y de pronto dijo—: ¿De dónde crees que proviene la palabra «conde»?

—De la Tierra, supongo. Es un término preatómico, latín tardío en realidad, que designaba a un noble que regía un condado. O tal vez «condado» provenga de «conde».

—En Barrayar, es una variación del término «contable». Los primeros condes fueron los recaudadores de impuestos de Voradar Tau... un auténtico bandido; deberías leer sobre él alguna vez.

—¡Pues yo creía que era un grado militar!

—Oh, la parte militar llegó inmediatamente después, la primera vez que esos estúpidos trataron de extorsionar a quien no quiso contribuir. El grado adquirió más encanto con el tiempo.

—No lo sabía. —De pronto Cordelia lo miró con desconfianza—. No se estará burlando de mí, ¿verdad señor?

Él extendió las manos a modo de negación. Cuídate de hacer conjeturas, se dijo Cordelia divertida.

Llegaron a la gran entrada de la Residencia Imperial. Esa noche el ambiente era muy distinto al que Cordelia viera en sus visitas anteriores, cuando Ezar agonizaba o cuando se realizaron las ceremonias fúnebres. Unas luces de colores hacían resaltar los detalles en los muros de piedra. Los jardines y las fuentes brillaban. Había gente bien vestida por los jardines, en los salones formales del ala norte y en las terrazas. Había muchos más guardias uniformados que de costumbre, y el vehículo fue sometido a un riguroso registro. Cordelia tuvo la sensación de que esta fiesta sería mucho menos animada que las que habían visto en las calles.

El coche de Aral se detuvo detrás del de ellos en un pórtico, y al fin Cordelia pudo volver a coger el brazo de su esposo. Él la miró con una sonrisa de orgullo, y en un momento relativamente íntimo posó los labios sobre su nuca mientras aspiraba las flores que le perfumaban el cabello. Ella le apretó la mano en secreto a modo de respuesta.

Juntos cruzaron el umbral y avanzaron por un pasillo. Un mayordomo con la librea de la casa Vorbarra los anunció en voz alta, y por un momento a Cordelia le pareció que miles de ojos barryareses de la clase Vor se clavaban en ellos. En realidad sólo había unas doscientas personas en el salón. La experiencia no fue tan horrible después de todo; peor hubiese sido que le apuntaran a la cabeza con un disruptor nervioso con la carga completa. La gente los rodeó intercambiando saludos de cortesía.

¿Por qué estas personas no usan apodosos?, pensó Cordelia desalentada. Como de costumbre, con excepción de ella todos los demás parecían conocerse. Se imaginó a sí misma iniciando una conversación: «Eh, usted, Vor-lo que sea...» Se aferró al brazo de Aral con más firmeza, tratando de parecer misteriosa y exótica, en lugar de cohibida y desorientada.

En otro salón se realizaba la pequeña ceremonia con las bolsas de oro; los condes o sus representantes formaban una fila para cumplir con su obligación, pronunciando unas pocas palabras formales. A pesar de la hora, el emperador Gregor se hallaba sentado en una banqueta alta con su madre. Parecía pequeño y atrapado, y realizaba valientes esfuerzos para contener los bostezos. Cordelia se preguntó si las bolsas con monedas llegarían a sus manos alguna vez, o si simplemente volverían a circular para ser ofrecidas nuevamente al año siguiente. Menuda fiesta de cumpleaños. No había ningún otro niño a la vista. Pero los condes desfilaban bastante rápido, por lo que era probable que el pequeño pudiese escapar pronto.

Un oficial de uniforme rojo y azul se hincó frente a Gregor y a Kareen, presentando su bolsa de seda roja oscura y dorada. Cordelia reconoció al conde Vidal Vordarian, el hombre a quien Aral describiera amablemente como «líder del segundo partido más conservador». Eso significaba que sus ideas políticas eran muy similares a las del conde Piotr, pero el tono de su esposo le había hecho sospechar que más bien era un «fanático del Aislamiento». No tenía aspecto de fanático. Sin la ira de aquella noche su rostro resultaba mucho más agradable; el hombre se volvió hacia la princesa Kareen y dijo algo, ante lo cual ella alzó el mentón y se echó a reír. Con cierta familiaridad, Vordarian posó una mano sobre su rodilla, y ella la cubrió con la propia por unos instantes. Entonces él se levantó y se despidió con una reverencia, para dejar paso al siguiente hombre. La sonrisa de Kareen se desvaneció en cuanto Vordarian le hubo vuelto la espalda.

La mirada triste de Gregor se posó sobre Aral, Cordelia y Droushnakovi; el niño se volvió para hablar con su madre. Kareen llamó a un guardia y momentos después un jefe de guardia se acercó a ellos, pidiendo permiso para llevarse a Drou. Ocupó su lugar un joven discreto que los seguía a cierta distancia, sin perderlos de vista pero sin escuchar sus conversaciones.

Muy pronto Cordelia y Aral se reunieron con lord y lady Vorpatril, dos personas con quienes Cordelia se atrevía a hablar sin tantos remilgos político-sociales. El capitán Vorpatril lucía un uniforme de desfile rojo y azul, con el cual se veía muy apuesto. La señora Vorpatril estaba resplandeciente con un vestido color cornalina, con rosas entrelazadas en su cascada de cabellos negros, maravillosos contra su tez blanca y aterciopelada. Eran una arquetípica pareja Vor, sofisticada y serena, pensó Cordelia, aunque el efecto se malogró un poco cuando comenzó a notarse que el capitán Vorpatril estaba ebrio.

De todos modos, era un borracho alegre cuya personalidad sólo se exageraba un poco, sin llegar a transformarse en algo desagradable.

Vorkosigan, acuciado por algunos hombres en cuyos ojos se leía un propósito, dejó a Cordelia con la señora Vorpatril. Las dos mujeres se sirvieron unos canapés de las elegantes bandejas servidas por criados humanos, y compararon sus informes obstétricos. Lord Vorpatril se disculpó rápidamente para ir tras de una bandeja con copas de vino. Alys planeó los colores y el corte del siguiente vestido de Cordelia.

—Blanco y negro, para la Feria de Invierno —afirmó con autoridad.

Cordelia asintió levemente con un gesto, preguntándose si en algún momento se sentarían a comer en serio o si seguirían picoteando de las bandejas.

Alys la condujo hasta el servicio de señoras, lugar muy concurrido por ambas en esas épocas del embarazo, y al regresar la presentó ante varias mujeres de su refinado círculo social. Entonces Alys se embarcó en una animada discusión con una vieja amiga acerca de la inminente fiesta que la mujer organizaría para su hija, y Cordelia se fue haciendo a un lado.

Al fin retrocedió y logró apartarse (trató de no pensar «de la manada») para disfrutar unos momentos de silenciosa contemplación. Qué mezcla tan extraña era Barrayar, en un momento hogareño y familiar, y al siguiente ajeno y aterrador; el espectáculo no estaba nada mal, aunque... ¡Ah! Eso era lo que faltaba, comprendió finalmente. En Colonia Beta una ceremonia de semejante magnitud hubiese tenido una cobertura completa por holovideo, para que todo el planeta participara de ella en vivo y en directo. Cada movimiento hubiese sido una danza de meticulosa coreografía alrededor de las cámaras y los comentarios del locutor, casi hasta el punto de aniquilar el acontecimiento que se estaba grabando.

Allí no había un solo holovideo a la vista. Las únicas grabaciones eran las que realizaba Seguridad Imperial, quienes tenían sus propias razones al margen de cualquier coreografía.

Las personas de ese salón sólo bailaban para sí mismas, y su rutilante espectáculo sería barrido para siempre por el paso del tiempo; al día siguiente la celebración sólo existiría en los recuerdos.

—¿Señora Vorkosigan?

Cordelia se sobresaltó al oír la voz amable a su lado. Al volverse se encontró con el conde comodoro Vordarian. El uniforme rojo y azul denotaba que se encontraba en servicio activo en la jefatura imperial... ¿en qué departamento? Ah sí, en Operaciones, le había dicho Aral. El conde le besó la mano y le sonrió con expresión cordial.

—Conde Vordarian —respondió ella, también sonriendo. Ya se habían cruzado las veces suficientes como para dejar de lado las presentaciones, decidió Cordelia. Y por más que ella lo desease, este asunto de la regencia no iba a desaparecer. Ya era hora de que comenzase a establecer algunas relaciones propias para no necesitar la guía de Aral a cada paso.

—¿Está disfrutando de la fiesta? —le preguntó él.

—Oh, sí. —Trató de pensar algo más que decir—. Es extremadamente hermosa.

—Tanto como usted, señora. —Vordarian alzó la copa en un brindis y bebió un sorbo.

El corazón de Cordelia dio un vuelco, pero ella identificó el motivo de inmediato. El último oficial barrayarés que brindara por ella había sido el difunto almirante Vorrutyer, aunque en circunstancias sociales bastante diferentes.

Casualmente, Vordarian había repetido su gesto con exactitud. Éste no era momento para recuerdos angustiosos.

Cordelia parpadeó.

—La señora Vorpatril me ayudó mucho. Es muy generosa.

Vordarian hizo un ligero movimiento hacia su torso. —Tengo entendido que también debo felicitarla. ¿Es niño o niña?

—¿Eh? Oh. Sí, un niño, gracias. Se llamará Piotr Miles, según me han dicho.

—Curioso. Hubiese pensado que el regente habría preferido tener una hija primero.

Cordelia lo miró, sorprendida ante su tono irónico. —Quedé embarazada antes de que Aral se convirtiera en regente.

—Pero sin duda ya sabían que iba a recibir la designación.

—Yo no. De todas formas, suponía que todos los militares de Barrayar se desesperaban por tener hijos varones. ¿Por qué supone que él querría una niña? —Yo quiero una hija...

—Presumía que lord Vorkosigan tendría en mente la continuidad de su puesto. ¿Qué mejor manera de conservar una posición de poder cuando la regencia haya terminado, que convertirse en suegro del emperador?.

Cordelia se quedó asombrada.

—¿Cree que él apostaría la continuidad de un gobierno planetario a la posibilidad de que dos adolescentes se enamoren, dentro de quince años?

—¿Enamorarse? —Ahora fue él quien pareció desconcertado.

—Ustedes los barrayareses están... —Se mordió la lengua para no decir «locos». Hubiese sido una grosería—. Sin lugar a dudas Aral es más... práctico. —Aunque ella no podía decir que no fuese romántico.

—Esto es extremadamente interesante —murmuró él. Sus ojos se posaron unos instantes sobre su abdomen—. ¿Supone que él tiene previsto algo más directo?

La mente de Cordelia corría en forma tangencial a esa retorcida conversación.

—¿Cómo?

Él sonrió y se alzó de hombros.

Cordelia frunció el ceño.

—¿Se refiere a que si tuviéramos una niña, eso es lo que todos pensarían?

—Sin duda.

Ella exhaló un suspiro.

—Dios. Eso es... No imagino que alguien en su sano juicio pueda querer acercarse al imperio barrayarés. Por lo que he visto, con ello uno se convierte en blanco de todos los maniáticos resentidos. —En su mente apareció una imagen del teniente Koudelka, sordo y ensangrentado—. También afecta al pobre sujeto que se encuentra cerca del poder.

Él asintió con la cabeza.

—Ah sí, ese desafortunado incidente del otro día. ¿La investigación ha logrado algún resultado?

—Ninguno, que yo sepa. Negri e Illyan hablan de los cetagandaneses, principalmente. Pero el sujeto que lanzó la granada logró escapar.

—Qué pena. —Vació su copa y la cambió por otra llena que le ofreció inmediatamente un criado de librea. Cordelia observó las copas de vino con añoranza. Pero por el momento debería privarse de los venenos metabólicos. Otra ventaja más del estilo betanés de reproducción en réplicas uterinas. En casa se hubiese podido envenenar libremente mientras su hijo crecía, atendido las veinticuatro horas por técnicos sobrios, seguro y protegido en los bancos de réplicas. ¿Y si hubiera sido ella la que hubiera sufrido los efectos de esa granada sónica...? Echó de menos una copa.

Bueno, no necesitaba el etanol para aturdir su mente. La conversación con los barrayareses producía el mismo efecto. Sus ojos recorrieron el salón en busca de Aral. Allí estaba, con Kou a su lado, hablando con Piotr y otros dos hombres canosos con libreas de conde. Tal como Aral había pronosticado, su audición había vuelto a la normalidad al cabo de un par de días. De todos modos, movía los ojos de un rostro al otro, buscando señales en cualquier gesto o inflexión. La copa de vino estaba intacta y no era más que un adorno en su mano. Estaba de servicio, sin duda. ¿Alguna vez volvería a estar de permiso?

—¿Se sintió muy perturbado por el ataque? —preguntó Vordarian, quien había seguido la dirección de su mirada.

—¿Usted no lo hubiese estado? —respondió Cordelia—. No lo sé... ha visto tanta violencia en su vida, casi más de la que yo puedo imaginar.

—Pero usted no lo conoce desde hace tanto. Sólo desde Escobar.

—Nos vimos una vez antes de la guerra. Brevemente.

—¿Oh? —Alzó las cejas—. No lo sabía. Qué poco sabe uno de la gente, en realidad. —Se detuvo para observar a Aral, para observarla a ella mirando a Aral. Vordarian

esbozó una pequeña sonrisa y entonces frunció los labios con expresión pensativa—. Él es bisexual, ¿sabe? —Bebió un sorbo de vino.

—Era bisexual —corrigió ella de forma ausente, mirando a Aral con afecto—. Ahora practica la monogamia.

Vordarian se atragantó y comenzó a toser. Cordelia lo observó con preocupación, preguntándose si debía palpearle la espalda o algo parecido, pero al fin él logró recuperarse.

—¿Él le ha dicho eso? —preguntó con asombro.

—No, fue Vorrutyer. Justo antes de sufrir su... fatal accidente. —Vordarian se paralizó; Cordelia sintió cierta maliciosa satisfacción. Al fin había logrado desconcertar a un barrayarés. Ojalá pudiese descubrir qué había hecho para lograrlo. Continuó con el rostro muy serio—. Cuanto más pienso en Vorrutyer, más me parece una figura trágica. Obsesionado con una aventura que había terminado hacía dieciocho años. No obstante, en ocasiones me pregunto si hubiese podido tener lo que deseaba (a Aral), si Aral hubiese conservado esa vena sádica que consumió la cordura de Vorrutyer... Es como si los dos hubiesen estado en alguna clase de columpio, donde la supervivencia de uno determinaba la destrucción del otro.

—Una betanesa. —La expresión desconcertada comenzaba a desvanecerse. En su lugar aparecía una que Cordelia denominó mentalmente «de atroz comprensión»—. Debí haberlo imaginado. Después de todo, fueron ustedes quienes crearon a los hermafroditas... —Guardó silencio—. ¿Cuánto tiempo conoció a Vorrutyer?

—Unos veinte minutos. Pero fueron veinte minutos muy intensos. —Cordelia decidió dejar que se preguntase qué diablos significaba eso.

—Su... aventura, como usted lo llama, fue un gran escándalo secreto en su momento. Ella arrugó la nariz.

—¿Gran escándalo secreto? ¿No es eso un oxímoron? Como «inteligencia militar», o «fuego amigo». También típicos barrayarismos, ahora que lo pienso.

Vordarian tenía una expresión extraña en el rostro. Cordelia comprendió que tenía el aspecto de alguien que acabara de lanzar una bomba, pero ésta había emitido un chasquido en lugar de estallar, y ahora trataba de decidir si debía meter la mano dentro para probar el mecanismo.

Entonces fue el turno de Cordelia para alcanzar una «atroz comprensión».

Este hombre ha tratado de destruir mi matrimonio.

No... el matrimonio de Aral. Adoptó una sonrisa radiante e inocente. Al fin las piezas comenzaban a encajar. Vordarian no podía pertenecer al antiguo partido de Vorrutyer. Sus líderes habían sufrido algún accidente fatal antes de la muerte de Ezar, y el resto de los partidarios estaban dispersos y ocultos. ¿Qué buscaba ese hombre? Cordelia jugueteó con una flor de su cabello.

—No creí estar casándome con un hombre virgen de cuarenta y cuatro años, conde Vordarian.

—Eso parece. —Bebió otro sorbo de vino—. Ustedes los galácticos son todos unos degenerados... me pregunto qué perversiones tolerará él a cambio. —De pronto sus ojos brillaron con malicia—. ¿Sabe cómo murió la primera mujer de Vorkosigan?

—Se suicidó. Se disparó un arco de plasma a la cabeza —respondió ella sin vacilar.

—Según los rumores él la asesinó. Por adulterio. Tenga cuidado, betanesa. —Su sonrisa ya se había vuelto completamente ácida.

—Sí, también sabía eso. En este caso, los rumores no son ciertos. —Los dos ya habían abandonado toda apariencia de cordialidad. Cordelia sentía que junto con ello, comenzaba a perder el control de sí misma. Se inclinó adelante y bajó la voz—. ¿Usted sabe por qué murió Vorrutyer?

Vordarian no pudo evitar inclinarse hacia ella, interesado.

—No...

—Trató de herir a Aral a través de mí. Eso me resultó... irritante. Quisiera que usted dejase de tratar de irritarme, conde Vordarian. Me temo que logre su cometido. —Su voz se transformó en un susurro—. Usted también debe temerlo.

El aire condescendiente de Vordarian había dado paso a la cautela. Hizo un gesto rápido con las manos a modo de despedida y se retiró.

—Señora —dijo, alejándose con una mirada nerviosa.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Vaya. ¡Qué diálogo tan extraño! ¿Qué había esperado? ¿Pillarla por sorpresa con ese antiguo dato? ¿Vordarian imaginaba realmente que ella iría a reclamarle a su esposo por su mal gusto para escoger compañías, veinte años atrás? ¿Una ingenua barrayaresa recién casada hubiese sufrido un ataque de histeria? No la señora Vorpatril, cuyo entusiasmo social ocultaba un ácido discernimiento; no la princesa Kareen, cuya ingenuidad había sido destruida hacía mucho por ese sádico de Serg.

Vordarian disparó, pero no dio en el blanco. Entonces pensó con más frialdad: ¿Ya habrá hecho lo mismo, en otra ocasión? Aquél no había sido un diálogo social normal, ni siquiera según el modelo machista barrayarés. O tal vez sólo estaba borracho. De pronto Cordelia tuvo ganas de hablar con Illyan. Cerró los ojos, tratando de aclarar su mente confundida.

—¿Te encuentras bien, cariño? —murmuró la voz preocupada de Aral en su oído—. ¿Necesitas tu medicación para las náuseas?

Cordelia abrió los ojos. Allí estaba él, sano y salvo a su lado.

—Oh, estoy bien. —Lo cogió del brazo con suavidad—. Sólo pensaba.

—Nos esperan para cenar.

—Vamos. Será bueno sentarse. Tengo los pies hinchados.

Aral pareció querer alzarla en sus brazos y llevarla a la mesa, pero entraron normalmente en el salón y se reunieron con las otras parejas. Se acomodaron ante una mesa elevada y un poco apartada de las demás, junto con Gregor, Kareen, Piotr, el lord Guardián de los Portavoces y su mujer, y el primer ministro Vortala. Ante la insistencia de Gregor, Droushnakovi se sentó con ellos; el niño parecía muy feliz de ver a su antigua guardaespaldas.

¿Me he llevado a tu compañera de juegos, pequeño?, pensó Cordelia con remordimiento. Eso parecía. Gregor comenzó a negociar con Kareen para que Drou fuese allí una vez por semana a darle «lecciones de judo». Acostumbrada al ambiente de la residencia, Drou no parecía tan intimidada como Koudelka, quien parecía algo tenso tratando de disimular su torpeza.

Cordelia se encontró sentada entre Vortala y el Portavoz, con quienes mantuvo una conversación razonablemente cómoda; Vortala resultaba encantador con su estilo directo. Cordelia probó un poco de todos los alimentos elegantemente servidos, exceptuando las tajadas de un bovino asado, presentado entero. Por lo general era capaz de no pensar en el hecho de que las proteínas barrayaresas no eran criadas en cubas, sino extraídas de verdaderos animales muertos. Se había enterado de sus primitivas prácticas culinarias antes de viajar allí, después de todo, y ya había probado la carne animal en misiones de Estudios Astronómicos. Los barrayareses aplaudieron a la bestia decorada con frutas y flores. Al parecer, la encontraban apetitosa, no horrible, y el cocinero que la había seguido con ansiedad se inclinó en una reverencia. Los primitivos circuitos olfativos en el cerebro de Cordelia debieron convenir en que el aroma era delicioso. Vorkosigan se sirvió una porción casi cruda. Cordelia bebió agua.

Después del postre y de algunos brindis formales ofrecidos por Vortala y Vorkosigan, al fin el pequeño Gregor se fue a la cama acompañado por su madre. Kareen hizo señas a Cordelia y a Droushnakovi para que la siguiesen. Cordelia sintió que la tensión de sus hombros se aflojaba cuando abandonaron el gran salón para subir a las silenciosas habitaciones del emperador.

Gregor fue despojado de su pequeño uniforme y vestido con un pijama, con lo cual dejó de ser un icono para convertirse de nuevo en un niño. Drou lo acompañó a cepillarse los dientes y acabó accediendo a jugar «sólo una vez» a algo a lo cual solían jugar a la hora de acostarse. Kareen lo permitió con indulgencia, y después de besar a su hijo se retiró con Cordelia a un salón contiguo suavemente iluminado. Las ventanas estaban abiertas y por ellas entraba una fresca brisa nocturna. Las dos mujeres se sentaron con un suspiro y se relajaron; en cuanto vio que Kareen se quitaba los zapatos, Cordelia la imitó. Desde los jardines llegaba el sonido apagado de voces y risas.

—¿Hasta cuándo se prolongará la fiesta? —preguntó Cordelia.

—Hasta el amanecer, para los que aguanten más que yo. Me retiraré a la medianoche, después de lo cual se comenzará a beber en serio.

—Algunos ya parecían haberlo tomado bastante en serio.

—Por desgracia. —Kareen sonrió—. Antes de que haya finalizado la noche, podrá ver lo mejor y lo peor de los Vor.

—Me lo imagino. Me sorprende que no hayan importado drogas menos letales para animar el espíritu.

La sonrisa de Kareen se tornó irónica.

—Pero las riñas entre borrachos son una tradición. —Suavizó su tono de voz—. En realidad, esas cosas están entrando, al menos en las ciudades con bases de lanzamiento. Como de costumbre, en lugar de sustituir nuestras antiguas costumbres les agregamos otras nuevas.

—Tal vez sea la mejor manera. —Cordelia frunció el ceño. ¿Cómo lo preguntaría con delicadeza...?— ¿El conde Vidal Vordarian es de los que acostumbran a emborracharse en público?

—No. —Kareen alzó la vista hacia ella—. ¿Por qué lo pregunta?

—He mantenido una conversación muy peculiar con él. Pensé que una sobredosis de etanol podría explicarla. —Recordó la mano de Vordarian posada suavemente sobre la rodilla de la princesa, casi como una caricia íntima—. ¿Lo conoce bien? ¿Qué opinión tiene de él?

—Es rico... y orgulloso —dijo la princesa—. Permaneció leal a Ezar durante las últimas intrigas de Serg. Leal al imperio y a la clase de los Vor. En el distrito de Vordarian hay cuatro importantes ciudades industriales, además de bases militares, depósitos de provisiones, la principal base de lanzamiento militar. Sin duda su zona es la de mayor relevancia económica de todo Barrayar. La guerra apenas la rozó. Ubicamos allí nuestras primeras bases espaciales porque aprovechamos instalaciones construidas y abandonadas por los cetagandaneses, y a partir de entonces se inició el desarrollo económico.

—Eso es... interesante —dijo Cordelia—. Pero me preguntaba cómo sería personalmente. ¿A usted le gusta?

—En una época —dijo Kareen lentamente—, me pregunté si Vidal sería lo bastante poderoso para protegerme de Serg cuando Ezar muriera. A medida que Ezar empeoraba, decidí que sería mejor ocuparme de mi propia defensa. No parecía estar ocurriendo nada, y nadie me decía una palabra.

—Si Serg hubiese llegado a ser emperador, ¿cómo podría haberla defendido un simple conde? —preguntó Cordelia.

—Tendría que haberse convertido en... algo más. Vidal tenía ambiciones y era un patriota. Dios sabe que si Serg hubiese vivido, podría haber destruido a Barrayar. Quizá Vidal nos hubiera salvado. Pero Ezar me aseguró que no tenía nada que temer. Luego Serg murió antes que él y... y desde entonces he dejado que las cosas se enfriaran con Vidal.

Cordelia se frotó el labio inferior con expresión algo ausente.



—Oh. Pero... personalmente, ¿a usted le gusta? ¿Le agradecería retirarse de los asuntos imperiales como condesa Vordarian algún día?

—¡Oh! Ahora no. El padraastro del emperador sería un hombre demasiado poderoso enfrentado al regente. Una polaridad peligrosa, si no llegan a una alianza o a un equilibrio exacto. O si no están combinados en una sola persona.

—¿Cómo convertirse en el suegro del emperador? —Sí, exactamente.

—Me resulta muy difícil comprender esta forma de transmitir el poder. Pero usted tiene algún derecho propio para reclamar el imperio, ¿verdad?

—Ésa sería una decisión de las fuerzas armadas. —Kareen se alzó de hombros y bajó la voz—. Es como una enfermedad, ¿no? Estoy demasiado cerca, he sido tocada, infectada... Gregor es mi única posibilidad de supervivencia. Y también mi prisión.

—¿No desea tener una vida propia?

—No. Sólo quiero seguir con vida.

Cordelia se reclinó, perturbada.

¿Serg te ha enseñado ano agraviar?

—¿Vordarian lo ve del mismo modo? Me refiero a que el poder no es lo único que usted tiene para ofrecer. Creo que subestima sus atractivos personales.

—En Barrayar el poder es lo único que importa. —Su expresión se tornó distante—. Admito que una vez le pedí al capitán Negri que me entregara un informe acerca de Vidal. Normalmente él utiliza a sus cortesanas.

Para Cordelia, esta frase no era precisamente una confesión de amor sin límites. Sin embargo, lo que había visto en los ojos de Vordarian un rato antes no era sólo el deseo de poder, hubiese podido jurarlo. ¿La designación de Aral como regente habría venido a estropear por mala suerte los galanteos de Vordarian? ¿Eso explicaría el rencor de tinte sexual que había percibido en él?

Droushnakovi regresó de puntillas.

—Se ha quedado dormido —susurró con afecto. Kareen asintió y echó la cabeza hacia atrás en un momento de descanso, hasta que un mensajero de librea Vorbarra se acercó a ella para decir:

—¿Querríais iniciar el baile con milord regente, señora? Os aguardan.

¿Una invitación o una orden? Con la voz inexpresiva del criado, sonaba más a una obligación siniestra que a algo divertido.

—La última tarea de la noche —le aseguró Kareen a Cordelia mientras ambas se calzaban los zapatos. Los de Cordelia parecían haberse encogido dos números desde el comienzo de la velada. Cojeando, abandonó el salón detrás de Kareen, ambas seguidas por Drou.

En la planta baja había una enorme sala con pavimento de marquetería en madera multicolor, con diseños de flores, enredaderas y animales. En Colonia Beta la lustrosa superficie se hubiese exhibido en la pared de un museo; esta gente increíble bailaba sobre ella. La música estaba suministrada por una orquesta en vivo al estilo barrayarés, escogida mediante una reñida competencia entre los integrantes de la Banda Imperial. Hasta los valeses tenían un ligero parecido con una marcha. Aral y la princesa fueron introducidos, y él la condujo para dar un par de vueltas alrededor del salón en una danza formal donde ambos debían dar los mismos pasos, con las manos alzadas pero sin llegar a tocarse. Cordelia estaba fascinada. Nunca había imaginado que Aral fuese capaz de bailar. Esto pareció completar los requisitos sociales y otras parejas salieron a la pista. Aral regresó a su lado con expresión animada.

—¿Bailamos, señora?

Después de la cena hubiese preferido una siesta. ¿Cómo lograba mantener esa alarmante hiperactividad? Cordelia sacudió la cabeza y sonrió.

—No sé cómo.

—Ah. —En lugar de ello comenzaron a caminar—. Yo podría enseñarte —le ofreció Aral mientras salían a las terrazas que se fundían con los jardines. Allí fuera estaba fresco y oscuro, con excepción de unas pocas luces de colores para impedir que la gente tropezase en los senderos.

—Humm —dijo ella con desconfianza—. Pero sólo si logras encontrar un sitio solitario. —Si lograban encontrar un sitio solitario, a ella se le ocurrían mejores cosas para hacer.

—Bueno, aquí estamos... shhh.

Su sonrisa de cimitarra brilló en la oscuridad, y su mano apretó la de ella con más fuerza. Ambos permanecieron muy quietos en la entrada de un pequeño espacio cerrado por tejos y unas delicadas plantas rosadas que no provenían de la Tierra. La música flotaba claramente hasta allí.

—Inténtalo Kou —dijo la voz de Droushnakovi. La joven y Kou se encontraban enfrentados en el otro extremo del escondrijo. Con incertidumbre, Koudelka dejó su bastón en la balaustrada de piedra y alzó sus manos hacia las de ella. Lentamente comenzaron a bailar mientras Drou contaba—: Un, dos, tres; un, dos, tres...

Koudelka tropezó y ella lo sostuvo; él la cogió por la cintura.

—No sirve de nada, Drou. —Sacudió la cabeza, frustrado.

—Shhh... —Su mano le rozó los labios—. Vuelve a intentarlo. Dijiste que habías tenido que practicar eso de la coordinación de manos antes de lograrlo. ¿Cuántas veces? Más de una, supongo.

—El viejo no me permitió renunciar.

—Bueno, tal vez yo tampoco te permita renunciar. —Estoy cansado —se quejó Koudelka. Bueno, entonces empezad con los besos, los instó Cordelia en silencio, conteniendo la risa. Eso es algo que podéis hacer sentados. No obstante Droushnakovi estaba decidida, y volvieron a empezar.

—Un, dos, tres; un, dos tres... —Los esfuerzos volvieron a terminar en lo que a Cordelia le pareció un muy buen inicio para un abrazo, si alguno de los dos hubiese tenido el valor para continuar.

Aral sacudió la cabeza y ambos regresaron en silencio rodeando los arbustos. Aparentemente inspirado, sus labios se posaron sobre los de ella, conteniendo la risa. Pero, ay, su discreción fue inútil; un anónimo lord Vor pasó frente a ellos sin verlos, tropezó con un escalón de la terraza dejando paralizados a Kou y a Drou, y se inclinó sobre la balaustrada para vomitar entre los arbustos. De pronto se oyeron dos voces en la oscuridad, una masculina y otra femenina, lanzando maldiciones. Koudelka recuperó su bastón y los dos aspirantes a bailarines se retiraron rápidamente. El lord Vor vomitó otra vez, y su víctima masculina comenzó a trepar hacia él, resbalando sobre la piedra sucia y prometiendo violenta venganza. Prudentemente, Vorkosigan se llevó a Cordelia de allí.

Más tarde, mientras aguardaban en uno de los pórticos a que trajesen los vehículos, Cordelia se encontró con que el teniente se hallaba a su lado. Con rostro pensativo, Koudelka observaba la residencia desde donde todavía llegaban la música y las voces.

—¿Se lo ha pasado bien, Kou? —preguntó ella con afabilidad.

—¿Qué? Oh, sí. Maravillosamente. Cuando me uní al Servicio, jamás soñé que terminaría aquí. —Koudelka parpadeó—. Hubo momentos en los que pensé que no terminaría en ninguna parte. —Entonces, para sorpresade Cordelia, agregó—: Quisiera que las mujeres viniesen con un manual de instrucciones.

Cordelia se echó a reír.

—Yo podría decir lo mismo de los hombres.

—Pero usted y el almirante Vorkosigan... son diferentes.

—En realidad, no. Hemos aprendido de la experiencia, tal vez. Mucha gente no lo logra.

—¿Usted cree que tengo posibilidades de llevar una vida normal? —Sus ojos estaban fijos en la oscuridad.

—Será usted quien lo decida, Kou.  
—Usted habla igual que el almirante.

A la mañana siguiente, cuando Illyan se detuvo en la Residencia Vorkosigan para recibir el informe diario de su jefe de guardia, Cordelia lo acorraló.

—Dígame, Simón, ¿en que lista tiene a Vidal Bordarían, en la corta o en la larga?

—En mi lista larga están todos —suspiró Illyan.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—¿Por qué?

Cordelia vaciló. No quería decir «por intuición», aunque era eso precisamente lo que sentía.

—Por lo que me ha parecido, tiene la mente de un asesino. De aquellos que se ocultan bien y disparan contra la espalda de su enemigo.

Illyan sonrió con ironía.

—Disculpe, señora, pero ése no se parece al Vordarian que yo conozco. Siempre lo he visto actuar como un obstinado sin preocuparse por las consecuencias.

¿Cuán grande debía ser el dolor, cuán ardiente el deseo, para que un hombre obstinado se volviese sutil?. Cordelia no estaba segura. Tal vez, al no saber lo profunda que era la felicidad de Aral con ella. Bordarían no imaginaba lo malvado que había sido su intento de atacarla. ¿Y la hostilidad personal debía necesariamente ir unida a la política? No. El odio de ese hombre había sido profundo, su golpe preciso, aunque había fallado el lugar donde apuntar.

—Páselo a la lista corta —repitió.

Illyan abrió las manos; su gesto no fue un intento de aplacarla. A juzgar por su expresión, algún engranaje comenzó a funcionar en su cadena de pensamientos.

—Muy bien, señora.

## 6

Cordelia observó la sombra proyectada en el suelo por la aeronave ligera, una saeta delgada que se deslizaba hacia el sur. La flecha fluctuaba sobre granjas campestres, arroyos, ríos y caminos polvorientos... el sistema de caminos era rudimentario, primitivo, su desarrollo truncado por el transporte personal por aire que había llegado con la explosión de tecnología galáctica al finalizar la Era del Aislamiento. Los nudos de tensión en el cuello de Cordelia se iban deshaciendo con cada kilómetro que los alejaba de la agitada atmósfera de la capital. Un día en la campiña era una idea excelente, largamente ansiada. Sólo hubiese querido que Aral lo compartiera con ella.

Guiado por alguna señal en tierra, el sargento Bothari maniobró suavemente la aeronave para inclinarla hacia su nuevo curso. Droushnakovi, quien compartía el asiento trasero con Cordelia, se puso tensa tratando de no apoyarse sobre ella. El doctor Henri, en el asiento delantero con el sargento, miraba hacia el exterior casi con el mismo interés que Cordelia.

El doctor Henri se volvió para hablarle.

—Le agradezco que me haya invitado a almorzar después del examen, señora. Es un raro privilegio visitar la propiedad de los Vorkosigan.

—¿En serio? —dijo Cordelia—. Sé que no reciben a mucha gente, pero los amigos del conde Piotr suelen venir con bastante frecuencia a montar a caballo. Son unos animales fascinantes. —Cordelia pensó en lo que había dicho, y después de unos segundos decidió que el doctor Henri debía de haber comprendido que con «animales fascinantes» había querido referirse a los caballos, no a los amigos del conde Piotr—. Muestre la menor señal de interés y es probable que el conde lo lleve a recorrer los establos.

—No llegué a conocer al general. —El doctor Henri parecía acobardado, y se acomodó el cuello de su uniforme. Como científico investigador del Hospital Militar Imperial, Henri estaba acostumbrado a tratar con oficiales de alto rango; la diferencia en este caso debía ser que Piotr estaba asociado con gran parte de la historia de Barrayar.

Piotr había adquirido su grado actual a los veintidós años, luchando contra los cetagandaneses en una violenta guerrilla que había arrasado las Montañas Dendarii, visibles ahora en el horizonte del sur. El grado había sido todo lo que el entonces emperador, Dorca Vorbarra, había podido darle en un principio; en esos momentos desesperados era imposible pensar en cosas más palpables como refuerzos, provisiones o dinero. Veinte años después, Piotr había vuelto a cambiar la historia de Barrayar apoyando a Ezar Vorbarra en la guerra civil que logró derrocar al emperador Yuri el Loco. Sin lugar a dudas, el general Piotr Vorkosigan no era un hombre corriente.

—Es fácil llevarse bien con él —le aseguró Cordelia al doctor Henri—. Sólo tendrá que admirar los caballos y formular algunas preguntas acerca de las guerras. Luego podrá relajarse y pasar el resto del tiempo escuchando.

Henri alzó las cejas y buscó algún rastro de ironía en su rostro. El doctor era un hombre agudo. Cordelia sonrió alegremente.

Entonces notó que Bothari la observaba por el espejo ubicado sobre el panel de control. Otra vez. El sargento parecía nervioso ese día. Lo delataba la posición de sus manos, la rigidez en los músculos de su cuello. Los ojos amarillos de Bothari siempre eran inescrutables; hundidos, demasiado juntos y algo desnivelados sobre sus pómulos prominentes y la larga mandíbula. ¿Ansiedad por la visita del doctor? Era comprensible.

Abajo el terreno era ondulante, pero pronto se tornó más escarpado con los cerros que surcaban la zona del lago. Más allá se alzaban las montañas, y a Cordelia le pareció que alcanzaba a ver un destello de nieve en las cumbres más altas. Bothari elevó la aeronave sobre tres cerros consecutivos y luego volvió a descender atravesando un estrecho valle. Unos minutos más, un ascenso sobre otro cerro, y el largo lago quedó a la vista. Un inmenso laberinto de fortificaciones consumidas por el fuego formaba una corona negra sobre un promontorio, y debajo de él se cobijaba una aldea. Bothari hizo posar suavemente la aeronave en un círculo pintado sobre la calle más ancha de la aldea.

El doctor Henri cogió su bolso de equipos médicos.

—El examen sólo llevará unos minutos —le aseguró a Cordelia—, luego podremos continuar.

No me lo diga a mí, sino a Bothari. Cordelia percibía que el doctor se sentía un poco acobardado ante el sargento. Se dirigía a ella como si la considerase una especie de traductora capaz de poner sus palabras en términos comprensibles para Bothari. Sin duda el sargento era una figura temible, pero ignorándolo no lograría que desapareciese mágicamente.

Bothari los condujo hasta una pequeña casa ubicada en una calle estrecha que desembocaba en el lago. Una mujer robusta con cabellos grises abrió la puerta y sonrió.

—Buenos días, sargento. Pasen, todo está preparado. Señora. —Saludó a Cordelia con una desmañada reverencia.

Cordelia le respondió con un movimiento de cabeza y miró alrededor con interés.

—Buenos días, señora Hysopi. Qué bonita se ve su casa hoy. —El lugar había sido cuidadosamente fregado y ordenado... como viuda de un militar, la señora Hysopi estaba acostumbrada a las inspecciones. Cordelia supuso que en la casa de la nodriza contratada, el clima cotidiano debía de ser un poco más relajado.

—Su niñita se ha comportado muy bien esta mañana —le aseguró la señora Hysopi al sargento—. Se ha tomado todo el biberón y ahora mismo acabo de bañarla. Por aquí, doctor. Espero que lo encuentre todo en orden...

La mujer los condujo por una estrecha escalera. Evidentemente, una de las alcobas era la de ella; la otra, con una gran ventana desde la cual se veían los tejados y el lago, albergaba una cuna con una bebé de cabellos oscuros y grandes ojos café.

—Qué niña tan mona. —La señora Hysopi sonrió y la cogió en sus brazos—. Di hola a tu papi, ¿eh Elena? Bonita, bonita.

Bothari permaneció en la puerta, observando a la criatura con cautela.

—La cabeza le ha crecido mucho —observó después de un momento.

—Es lo normal, entre los tres y los cuatro meses —observó la señora Hysopi.

El doctor Henri extrajo sus instrumentos, los depositó en la cuna, y la señora Hysopi comenzó a desnudar a la pequeña. Los dos iniciaron una discusión técnica acerca de alimentación y materia fecal, y Bothari recorrió la pequeña habitación, mirando sin tocar. Se veía terriblemente grande y fuera de lugar entre los pequeños muebles infantiles. Parecía siniestro y peligroso en su uniforme color café y plata. Su cabeza rozó el techo inclinado, y el sargento regresó a la puerta.

Asomada con curiosidad sobre los hombros de Henri e Hysopi, Cordelia observó cómo la niñita se movía y trataba de rodar. Bebés. Muy pronto tendría uno propio. Como respuesta a sus pensamientos, sintió, un temblor en el vientre. Afortunadamente, Piotr Miles no era aún lo bastante fuerte para salirse de una bolsa de papel, pero si su desarrollo continuaba a este ritmo, en los últimos meses le aguardarían largas noches de insomnio. Cordelia lamentó no haber tomado el curso de entrenamiento para padres allá en Colonia Beta, aunque aún no hubiese estado lista para solicitar una licencia. Sin embargo los padres en Barrayar parecían arreglárselas para improvisar. La señora Hysopi había aprendido sobre la marcha, y ya tenía tres hijos mayores.

—Es sorprendente —dijo el doctor Henri, sacudiendo la cabeza mientras tomaba notas—. De momento, su desarrollo es absolutamente normal. Nada parece indicar que proviene de una réplica uterina.

—Yo provengo de una réplica uterina —observó Cordelia, divertida. Henri la miró de arriba abajo, como si de pronto hubiese esperado descubrir una antena surgiendo de su cabeza—. Las experiencias betanesas sugieren que no importa tanto el modo en que uno llega aquí, sino qué se hace después de llegar.

—Claro. —El doctor frunció el ceño con expresión pensativa—. ¿Y se encuentra libre de defectos genéticos?

—Completamente —asintió Cordelia. —Nosotros necesitamos esta tecnología. —El médico suspiró y comenzó a guardar el instrumental—. La niña se encuentra bien, puede vestirla —dijo a la señora Hysopi.

Al fin Bothari se asomó sobre la cuna y miró a la pequeña con el ceño fruncido. Sólo la tocó una vez, posando un dedo sobre su mejilla, y luego se frotó el índice con el pulgar como si probara sus funciones nerviosas. La señora Hysopi lo estudió de soslayo, pero no dijo nada.

Mientras Bothari arreglaba las cuentas del mes con la señora Hysopi, Cordelia y el doctor Henri fueron paseando hasta el lago, seguidos por Droushnakovi.

—Cuando esas diecisiete réplicas uterinas llegaron al hospital, enviadas desde la zona de guerra en Escobar, quedé francamente consternado —dijo Henri—. ¿Para qué salvar a esos fetos desconocidos, y a un precio semejante? ¿Por qué dejarlos en mi departamento? Desde entonces he cambiado totalmente de opinión. Incluso he pensado en una forma de aplicar la tecnología en pacientes con quemaduras graves. Ahora me encuentro trabajando en ello, ya que hace una semana el proyecto fue aprobado. —Con ojos ansiosos le explicó su teoría, la cual era muy interesante hasta donde Cordelia alcanzaba a comprender.

—Mi madre es ingeniero en equipos médicos y mantenimiento en el Hospital Silica —le explicó a Henri cuando él se detuvo para respirar—. Trabaja en esta clase de aplicaciones. —Henri redobló su exposición técnica.

Cordelia saludó a dos mujeres en la calle y las presentó amablemente al doctor Henri.

—Son esposas de dos Hombres de Armas del conde Piotr —le explicó cuando siguieron su camino.

—Me extraña que no hayan preferido vivir en la capital.

—Algunos lo hacen, y otros permanecen aquí. Resulta mucho más barato vivir en un pueblo, y la paga de estos sujetos no es tan alta como había imaginado. Además, algunos de ellos desconfían de la vida en la ciudad, y consideran que aquí las cosas son más puras. —Esbozó una sonrisa—. Hay uno de ellos que tiene una esposa en cada pueblo. Ninguno de sus compañeros lo ha delatado aún. Son muy leales entre ellos.

Henri alzó las cejas.

—Qué vida alegre debe llevar.

—No lo crea. Siempre anda escaso de dinero y parece preocupado. Pero no logra decidir a qué estilo de vida renunciar. Al parecer, le gustan los dos.

Cuando llegaron a los muelles y el doctor Henri se apartó para hablar con un anciano que alquilaba botes, Droushnakovi se acercó a Cordelia con expresión confusa.

—Señora. —dijo en voz baja— ¿cómo es posible que el sargento Bothari tenga una hija? Él no está casado, ¿verdad?

—¿Qué te parece? ¿Que se la trajo la cigüeña? —preguntó Cordelia con expresión risueña.

—No.

A juzgar por su expresión, no aprobaba esta falta de seriedad. Cordelia exhaló un suspiro. ¿Cómo podía explicárselo?

—Aunque es bastante parecido. Su réplica uterina fue enviada desde Escobar después de la guerra. El bebé terminó su gestación en un laboratorio del Hospital Militar, bajo la supervisión del doctor Henri.

—¿Realmente es de Bothari?

—Oh, sí. Está certificado genéticamente. Así fue como identificaron... —Cordelia se detuvo. Debía tener cuidado.

—¿Pero, qué es eso de las diecisiete réplicas uterinas? ¿Y cómo fue que la bebé entró en una de ellas? ¿Fue... fue un experimento?

—Transferencia placentaria. Se trata de una operación delicada, incluso para los niveles galácticos, pero no es experimental. Mira. —Cordelia se detuvo, pensando a toda velocidad—. Te diré la verdad. —Aunque no toda la verdad—. La pequeña Elena es hija de Bothari y una joven de Escobar llamada Elena Visconti. Bothari la quería mucho. Pero después de la guerra, ella no quiso acompañarlo a Barrayar. La niña fue concebida, eh... al estilo barrayarés. Cuando se separaron fue transferida a la réplica uterina. Existieron varios casos similares. Todas las réplicas fueron enviadas al Hospital Militar Imperial, donde estaban interesados en aprender más acerca de esta tecnología. Bothari permaneció en... terapia médica durante bastante tiempo después de la guerra. Cuando salió, se hizo cargo de la custodia de la niña.

—¿Los otros también se llevaron a sus bebés?

—La mayoría de los padres estaban muertos para ese entonces. Los niños acabaron en el orfanato del Servicio Imperial. —Listo. Ya le había dado la versión oficial.

—Oh. —Drou se miró los pies con el ceño fruncido—. Eso no... me resulta difícil imaginar a Bothari... A decir verdad —le confesó con candor—, creo que a Bothari ni siquiera le entregaría un gatito en custodia. ¿No le parece un poco raro?

—Aral y yo lo tenemos vigilado. Creo que, por el momento, Bothari se encuentra bastante bien. Encontró a la señora Hysopi por su cuenta, y se ocupa de que tenga todo lo que necesite. ¿Él... te ha molestado?

Droushnakovi la miró sorprendida.

—Es tan grande. Y feo. Y algunos días.,, anda murmurando solo. Además, se pasa días enteros en cama, enfermo, pero no tiene fiebre ni nada de eso. El jefe de guardia del conde Piotr dice que finge estar enfermo.

—No finge nada. Pero me alegro de que lo menciones. Haré que Aral hable con el comandante.

—¿Pero usted no le teme nunca? ¿Ni en los malos días?

—Podría, llorar por Bothari —dijo Cordeña lentamente—, pero no le temo. Ni en los días malos ni en ningún otro momento. Tú tampoco deberías temerle. Es... es un profundo insulto.

—Lo siento. —Droushnakovi arrastró un zapato sobre la grava—. Es una historia muy triste. No me extraña que no hable sobre la guerra de Escobar.

—Sí... te agradecería que no se la mencionaras. Es muy doloroso para él.

Desde la aldea, cruzaron el lago en la aeronave y pocos momentos después llegaron a la residencia campestre de los Vorkosigan. Un siglo atrás, la casa había sido un puesto de guardia del fuerte en el promontorio. Las armas modernas habían hecho que las fortificaciones terrestres resultasen obsoletas, y las viejas construcciones de piedra habían sido reformadas para usos más pacíficos. Evidentemente, el doctor Henn había esperado más lujo, porque dijo:

—Es más pequeño de lo que había imaginado.

El ama de llaves de Piotr había preparado un almuerzo en una terraza llena de flores, en el extremo sur de la casa, junto a la cocina. Mientras ella conducía al grupo hasta allí, Cordeña se acercó al conde Piotr para decirle:

—Gracias por permitirnos invadirle, señor.

—¡Invadirme! Ésta es tu casa, querida. Eres libre de invitar a cuantos amigos desees. ¿Has notado que es la primera vez que lo haces? —Se detuvo con ella en la puerta—. Sabes, cuando mi madre se casó con mi padre, cambió el decorado de toda la Residencia Vorkosigan. Mi esposa hizo lo mismo cuando nos casamos. Aral tardó tanto en casarse que me temo que ya es hora de ponerla al día. ¿No te gustaría ocuparte?

Pero es su casa, pensó Cordelia, Ni siquiera es de Aral...

—Te has posado aquí con tanta suavidad que uno casi temería que volvieras a levantar vuelo. —Piotr emitió una risita, pero su mirada parecía preocupada.

Cordelia se palmeó el vientre.

—Oh, ya me he posado con todo mi peso, señor. —Vaciló unos instantes—. A decir verdad, he pensado que sería agradable tener un tubo elevador en la Residencia Vorkosigan. Contando los dos sótanos, el ático y la azotea, hay ocho pisos en la sección principal. Es todo un trayecto.

—¿Un tubo elevador? Nunca hemos... —Se mordió la lengua—. ¿Dónde?

—Podría instalarse en el pasillo trasero, junto a las tuberías, sin modificar la arquitectura interna.

—Eso has pensado. Muy bien. Busca un constructor. Hazlo.

—Me ocuparé de ello mañana, señor. Gracias. —Alzó las cejas cuando él le dio la espalda.

Era evidente que el conde Piotr estaba decidido a alentarla, ya que durante el almuerzo se mostró muy solícito y cordial con el doctor Henri. Siguiendo el consejo de Cordelia, éste supo responder a su anfitrión. Piotr le contó todo lo referente al nuevo potrillo nacido en sus caballerizas. La criatura era un pura sangre con certificado genético, y había sido importado de la Tierra a gran coste, como un embrión congelado, para ser implantado en una yegua de raza mixta. Piotr había supervisado con gran ansiedad toda la gestación. Henri expresó un gran interés técnico y, después de almorzar, el conde lo acompañó a las caballerizas para que pudiese inspeccionar a las grandes bestias.

—Quisiera descansar un rato —se disculpó Cordelia—. Ve con ellos, Drou. El sargento Bothari se quedará conmigo. —En realidad, Cordelia estaba preocupada por Bothari. No

había comido un solo bocado durante el almuerzo, y hacía más de una hora que no pronunciaba palabra.

Indecisa pero profundamente interesada por los caballos, Drou permitió que la convencieran. Los tres se marcharon colina arriba. Cordelia los observó alejarse, y al volver la cabeza descubrió que Bothari la estaba observando. El sargento asintió con la cabeza. —Gracias señora.

—Eh... sí. Me preguntaba si se sentiría enfermo.

—No... sí. No lo sé. Quería... quería hablar con usted, señora. Desde hace semanas. Pero nunca parece presentarse un momento adecuado. En los últimos tiempos ha sido peor. Ya no puedo aguardar más. Esperaba que hoy...

—Se presentase el momento. —El ama de llaves trabajaba en la cocina—. ¿Quiere que demos un paseo? —Por favor, señora.

Juntos rodearon la antigua casa de piedra. El pabellón en la cima de la colina, desde donde se veía el lago, hubiese sido un lugar idóneo para sentarse a charlar, pero Cordelia se sentía demasiado llena y pesada como para subir hasta allí. En lugar de ello tomó a la izquierda, por el sendero que corría paralelo a la cuesta, hasta que llegaron a lo que parecía ser un pequeño jardín entre muros.

La parcela familiar de los Vorkosigan estaba llena de antiguas tumbas de la familia, de parientes lejanos y de sirvientes especialmente queridos. Al principio el cementerio había formado parte del fuerte, y las sepulturas más antiguas pertenecían a guardias y oficiales de siglos atrás. La intrusión de los Vorkosigan databa de la destrucción atómica del antiguo distrito capital, Vorkosigan Vashnoi, durante la invasión cetagandanesa. Allí los muertos se habían fundido con los vivos, borrando ocho generaciones de historia familiar. Era interesante observar los grupos de fechas más recientes, y asociarlas con los eventos del momento; la invasión cetagandanesa, la Guerra de Yuri el Loco, la tumba de la madre de Aral, fechada exactamente al inicio de esta guerra. A su lado había reservado un lugar para Piotr, y allí había estado durante treinta y tres años. Ella aguardaba a su esposo con paciencia.

Y los hombres nos acusan a nosotras de ser lentas. Su hijo mayor, el hermano de Aral, estaba enterrado al otro lado de ella.

—Sentémonos allí. —Señaló un banco de piedra, rodeado de pequeñas florecillas anaranjadas, a la sombra de un roble importado de la Tierra que debía de contar al menos cien años—. Estas personas saben escuchar. Y no se andan con chismes.

Cordelia se sentó sobre la piedra tibia y estudió a Bothari. Él se sentó tan lejos de ella como se lo permitió el banco. Las arrugas de su rostro parecían más profundas hoy, más duras a pesar de que la cálida bruma otoñal mitigaba el resplandor del sol. Una de sus manos, aferrada al borde de la piedra, se flexionaba de un modo arrítmico. Su respiración también parecía entrecortada.

Cordelia suavizó la voz.

—Y bien, ¿cuál es el problema, sargento? Hoy parece un poco... nervioso. ¿Esto tiene alguna relación con Elena?

Él emitió una risita amarga.

—Nervioso. Sí. Supongo que sí. No es la niña, bueno, al menos no directamente. —La miró a los ojos por primera vez en todo el día—. ¿Se acuerda de Escobar, señora? Usted estuvo allí, ¿verdad?

—Sí. —Este hombre está sufriendo un gran dolor, comprendió Cordelia. ¿Qué clase de dolor?

—No logro recordar Escobar.

—Eso tengo entendido. Creo que sus terapeutas militares trabajaron mucho para asegurarse de que no recordara Escobar.

—Oh, sí.

—Yo no apruebo el estilo barrayrés de terapia.



Sobre todo cuando está teñido de conveniencias políticas.

—He llegado a comprender eso, señora. —Una ligera esperanza brilló en sus ojos.

—¿Cómo lo hicieron? ¿Quemaron determinadas neuronas? ¿Lo borraron con métodos químicos?

—No. Emplearon drogas, pero sin destruir nada. Al menos, eso me han dicho. Los doctores lo llamaron «terapia de supresión». Nosotros lo llamamos simplemente «el infierno». Fuimos al infierno día tras día, hasta que al fin no quisimos ir más. —Bothari se acomodó en el asiento y frunció el ceño—. Cuando trato de recordar, cuando hablo de Escobar, comienzo a sufrir unos atroces dolores de cabeza. Suena estúpido, ¿verdad? Un hombre hecho y derecho quejándose por los dolores de cabeza como una ancianita. Hay ciertas cuestiones concretas, determinados recuerdos, que me provocan estos dolores terribles... Veo círculos rojos alrededor de todo y comienzo a vomitar. Cuando abandono el recuerdo, el dolor desaparece. Es simple.

Cordelia tragó saliva.

—Ya veo. Lo siento. Sabía que era difícil, pero no imaginé que lo fuese tanto.

—Lo peor de todo son los sueños. Sueño con... eso, y si me despierto demasiado despacio, recuerdo lo que he soñado. Recuerdo demasiado al mismo tiempo, y mi cabeza... sólo puedo tenderme boca abajo y llorar, hasta que logro pensar en alguna otra cosa. Los otros hombres de armas del conde Piotr creen que estoy loco, que soy estúpido, y no saben qué hago allí con ellos. Tampoco yo lo sé. —Se frotó la cabeza con sus grandes manos—. Ser Hombre de Armas de un conde... es un honor. Sólo existen veinte de ellos. Siempre son los mejores, los héroes, los hombres con medallas, los que han cumplido veinte años de servicio con antecedentes perfectos. Si lo que yo hice en Escobar fue tan terrible, ¿por qué hizo el almirante que el conde me tomara a su servicio? Y si actué en forma tan heroica, ¿por qué me han quitado el recuerdo de ello? —Su respiración se estaba acelerando y silbaba entre sus largos dientes amarillos.

—¿Cuánto dolor sufre ahora, al tratar de hablar sobre esto?

—Un poco. Pero empeorará. —La miró con el ceño fruncido—. Debo hablar sobre esto. Con usted. Me está volviendo...

Ella inspiró profundamente para calmarse, tratando de escuchar con toda su mente, su cuerpo y su alma. Y con cuidado. Con mucho cuidado.

—Continúe.

—Tengo cuatro imágenes... en la cabeza. De Escobar. Cuatro imágenes que no consigo explicarme. Unos cuantos minutos borrados... ¿tres meses? ¿Cuatro? Todas ellas me perturban, pero hay una que me perturba en especial. Usted aparece en ella —agregó de forma abrupta, y miró el suelo. Sus manos se aferraron con tanta fuerza a la piedra que los nudillos le palidieron.

—Ya veo. Continúe.

—Una, la que menos me inquieta, es una discusión. El príncipe Serg estaba allí, también el almirante Vorrutyer, lord Vorkosigan y el almirante Rulf Vorhalas. Y yo estaba allí, pero estaba desnudo.

—¿Está seguro de que no se trata de un sueño?

—No, no estoy seguro. El almirante Vorrutyer dijo... algo muy insultante a lord Vorkosigan. Lo tenía atrapado contra una pared. El príncipe Serg reía. Entonces Vorrutyer lo besó en la boca, y Vorhalas trató de golpear a Vorrutyer en la cabeza, pero lord Vorkosigan no se lo permitió. No recuerdo nada más.

—Hum... sí —dijo Cordelia—. Yo no me encontraba allí, pero sé que en esos momentos ocurrían cosas bastante extrañas en el alto mando. Serg y Vorrutyer se extralimitaron. Por lo tanto, es posible que sea un verdadero recuerdo. Podría preguntárselo a Aral, si lo desea.

—¡No! No. No creo que ése sea importante, de todos modos. No es como los demás.

—Hábleme de los demás, entonces.

La voz de Bothari se transformó en un susurro.

—Recuerdo a Elena. Qué hermosa. Sólo conservo dos imágenes de ella. En una, recuerdo que Vorrutyer me obligaba a... no, no quiero hablar de eso. —Se interrumpió durante más de un minuto, meciéndose suavemente sobre el banco—. La otra... estábamos en mi cabina. Ella y yo. Ella era mi esposa... —Su voz se quebró—. Ella no era mi esposa, verdad. —Ni siquiera había sido una pregunta.

—No, pero usted ya sabe eso.

—Pero recuerdo haber creído que lo era. —Se apretó la frente con las manos, y luego se frotó el cuello vigorosamente. Todo fue en vano.

—Ella era una prisionera de guerra —dijo Cordelia—. Su belleza atrajo la atención de Vorrutyer y de Serg, y juntos se propusieron torturarla. No había ninguna razón para ello, ni cuestiones de inteligencia militar ni de terrorismo político, sólo fue para obtener gratificación. Elena fue violada. Pero usted también sabía eso.

—Sí —susurró él.

—Quitarle su implante anticonceptivo y permitir (o forzar) que usted la fecudara fue parte de la idea que ellos tenían del sadismo. La primera parte. Gracias a Dios, no vivieron lo suficiente como para realizar la segunda parte.

Él había flexionado las piernas y se las apretaba con sus largos brazos. Su respiración era rápida y jadeante. Tenía el rostro blanco, brillante de sudor.

—¿Ve círculos rojos a mi alrededor ahora? —preguntó Cordelia con curiosidad.

—Todo está... más bien rosado.

—¿Y la última imagen?

—Oh, señora. —Bothari tragó saliva—. Sea lo que sea... estoy seguro de que se encuentra muy cerca de lo que no desean que recuerde. —Volvió a tragar. Cordelia comenzó a comprender por qué no había tocado su almuerzo.

—¿Quiere continuar? ¿Puede continuar?

—Debo hacerlo. Señora. Capitana Naismith. Porque yo la recuerdo a usted. Recuerdo haberla visto tendida en la cama de Vorrutyer, con las ropas cortadas, desnuda. Estaba sangrando. Yo miraba sus... Lo que quiero saber... debo saber. —Ahora tenía los brazos alrededor de la cabeza y estaba hincado de rodillas ante ella. Su rostro se veía hundido, perturbado, ávido.

Su presión arterial debía ser extremadamente alta para producir esa monstruosa migraña. Si llegaban demasiado lejos, si continuaban hasta alcanzar la última de las verdades, ¿correría el riesgo de padecer un ataque? Vaya una técnica psicológica: programar a su propio cuerpo para que lo castigue por sus recuerdos prohibidos...

—¿La violé a usted, señora?

—¿Eh? ¡No! —Cordelia se enderezó, absolutamente indignada. ¿Lo habían privado de ese recuerdo? ¿Se habían atrevido a quitárselo?

Bothari se echó a llorar, si eso era lo que significaban su respiración entrecortada, sus facciones contraídas y las lágrimas que manaban de sus ojos.

Partes iguales de agonía y felicidad.

—Oh, gracias a Dios. ¿Está segura...?

—Vorrutyer le ordenó que lo hiciera. Usted se negó. Lo hizo por su propia voluntad, sin esperar ninguna recompensa ni rescate. Durante un tiempo debió afrontar bastantes problemas a causa de ello. —Cordelia ansiaba contarle el resto, pero el estado en que se encontraba era tan aterrador que resultaba imposible adivinar las consecuencias—. ¿Cuánto hace que ha estado recordando esto? ¿Cuánto tiempo se lo ha preguntado?

—Desde que volví a verla. Este verano. Cuando llegó para casarse con lord Vorkosigan.

—¿Y ha estado andando por ahí durante seis meses, con esto en la cabeza, sin atreverse a preguntar...?

—Sí, señora.

Ella se reclinó horrorizada, frunciendo los labios.

—La próxima vez, no espere tanto tiempo.

Él volvió a tragar y se levantó con dificultad, indicándole que aguardase con un desesperado movimiento de las manos. Saltó el bajo muro de piedra y encontró unos arbustos. Ansiosamente, Cordelia le escuchó sufrir arcadas durante varios minutos. Un acceso extremadamente intenso, le pareció, pero al fin las violentas náuseas se hicieron más espaciadas y se detuvieron. Bothari regresó limpiándose los labios. Se veía muy pálido y no estaba mucho mejor, con excepción de sus ojos. Ahora había un poco de vida en aquella mirada, una abrumadora expresión de alivio apenas contenida.

La luz se apagó cuando él volvió a sentarse sumido en sus pensamientos. Se frotó las palmas en las rodillas del pantalón y se miró las botas.

—Pero aunque usted no fuese mi víctima, no por ello dejo de ser un violador.

—Eso es cierto.

—No puedo... confiar en mí mismo. ¿Cómo puede usted confiar en mí?... ¿Sabe qué es mejor que el sexo?

Cordelia se preguntó si lograría soportar otro giro en esta conversación sin salir corriendo y gritando.

Tú lo alentaste a, soltarse, ahora no tienes más remedio que escuchar. —Continúe.

—Matar. Uno se siente aún mejor después. No debería ser tan... placentero. Lord Vorkosigan no mata de ese modo. —Tenía los ojos entrecerrados y la frente fruncida, pero su postura ya no era una bola de agonía; debía de estar hablando en términos generales. Vorrutyer ya no atormentaba su mente.

—Es una forma de liberar la ira, supongo —dijo Cordelia con cautela—. ¿Cómo se llenó de tanta ira, Bothari? Resulta casi palpable. La gente puede percibirla.

Bothari cerró una mano frente a su plexo solar.

—Se remonta muy lejos. Pero casi nunca la siento. Aparece de repente.

—Hasta Bothari le teme a Bothari —murmuró ella, asombrada.

—Sin embargo, usted no. Me teme aún menos que lord Vorkosigan.

—Lo veo ligado a él de alguna manera. Y él es mi propio corazón. ¿Cómo podría temerle a mi propio corazón?

—Señora, le propongo un trato.

—¿Hum?

—Usted dígame... cuándo está bien matar. Entonces lo sabré.

—No puedo... mire, suponga que no me encuentro allí. Cuando se presentan estas situaciones, por lo general no hay tiempo para detenerse y analizar. Usted debe tener permiso para actuar en defensa propia, pero también debe ser capaz de discernir cuándo lo atacan realmente. —Cordelia se enderezó, y de pronto tuvo una revelación—. Por eso otorga tanta importancia a su uniforme, ¿verdad? Le indica lo que está bien. Porque usted no lo sabe por su cuenta. Todas esas rígidas rutinas a las que se somete son las que le indican que se mantiene en el buen camino.

—Sí. Ahora he jurado defender la Residencia Vorkosigan. Por lo tanto eso está bien. —Asintió con un gesto, aparentemente tranquilizado. ¿Tranquilizado con qué, por el amor de Dios?

—Usted me está pidiendo que sea su conciencia. Que tome decisiones en su lugar. Pero usted es un hombre cabal. Lo he visto tomar las decisiones correctas, bajo las más absolutas presiones.

Él volvió a ceñirse la cabeza con las manos y apretó los dientes.

—Pero no puedo recordarlas. No me acuerdo de cómo lo hice.

—Oh. —Cordelia se sintió muy pequeña—. Bueno... si puedo hacer cualquier cosa por usted, está en todo su derecho de pedirlo. Aral y yo le debemos mucho. Nosotros recordamos por qué, aunque usted no pueda.

—Entonces, recuérdelo por mí, señora —dijo él en voz baja—, y yo estaré bien.

—Cuenta con ello.

7

Una mañana de la semana siguiente, Cordelia compartió el desayuno con Aral y Piotr en una pequeña sala con vistas al jardín trasero. Aral llamó al lacayo del conde, quien estaba sirviendo.

—¿Me haría el favor de buscar al teniente Koudelka? Dígame que traiga la agenda de esta mañana.

—Eh... supongo que no lo sabe usted todavía, señor —murmuró el hombre. Cordelia tuvo la sensación de que sus ojos registraban la habitación buscando por dónde escapar.

—¿Saber qué? Acabamos de bajar.

—El teniente Koudelka está en el hospital.

—¡El hospital! Dios mío, ¿por qué no se me avisó de inmediato? ¿Qué ha ocurrido?

—Se nos dijo que el comandante Illyan traería un informe completo, señor. El jefe de guardia decidió esperar.

Vorkosigan parecía alarmado y disgustado a la vez.

—¿Qué le ocurre? No será algún efecto tardío de la granada sónica, ¿verdad? ¿Qué le ha pasado?

—Le han dado una paliza, señor —dijo el lacayo en voz baja.

Vorkosigan se dejó caer contra el respaldo de la silla. Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Traiga aquí a ese jefe de guardia —gruñó.

El lacayo se evaporó de inmediato y Vorkosigan permaneció con una cuchara en la mano, dando golpecitos nerviosos e impacientes sobre la mesa. Alzó la vista hacia los ojos horrorizados de Cordelia y esbozó una pequeña sonrisa tranquilizadora. Hasta Piotr parecía alarmado.

—¿Quién podría querer golpear a Kou? —murmuró Cordelia—. Es repugnante. Él no puede defenderse.

Vorkosigan sacudió la cabeza.

—Alguien que buscaba un blanco seguro, supongo. Lo averiguaremos. Oh, te aseguro que lo averiguaremos.

Con su uniforme verde, el jefe de guardia se presentó y adoptó una postura de firmes.

—Señor.

—Le informo que, en el futuro, deseo que cualquier accidente sufrido por un miembro de mi estado mayor me sea informado de inmediato. ¿Entendido?

—Sí, señor. Era bastante tarde cuando llegó la noticia. Como se nos informó que sus vidas no corrían peligro, el comandante Illyan dijo que podía dejarlo dormir, señor.

—Ya veo. —Vorkosigan se frotó el rostro—. ¿Sus vidas?

—El teniente Koudelka y el sargento Bothari, señor.

—No se habrán peleado entre ellos, ¿verdad? —preguntó Cordelia, completamente alarmada ahora.

—No... no entre ellos, señora. Fueron instigados.

El rostro de Vorkosigan se estaba tornando sombrío.

—Será mejor que comience por el principio.

—Sí, señor. Verá... anoche el teniente Koudelka y el sargento Bothari salieron, sin sus uniformes. Fueron a esa zona que se encuentra detrás del viejo caravasar.

—Dios mío, ¿para qué?

—Eh... —El hombre miró a Cordelia con incertidumbre—. Querían divertirse, señor.

—¿Divertirse?

—Sí, señor. El sargento suele ir allí una vez al mes, en su día de permiso, cuando milord el conde se encuentra en la ciudad. Por lo visto hace años que acude a ese sitio.

—¿Al caravasar? —dijo el conde Piotr con incredulidad.

—Eh... —El jefe de guardia miró al lacayo pidiendo socorro.

—El sargento Bothari no es muy exigente en lo que a diversión se refiere, señor —le explicó el lacayo.

—¡Ya veo que no! —observó Piotr.

Cordelia miró a Vorkosigan con expresión interrogante.

—Es una zona donde impera la violencia —le explicó él—. Yo mismo no iría allí sin una patrulla que me protegiera. Dos patrullas, por la noche. Y sin lugar a dudas usaría el uniforme, aunque no las insignias... pero creo que Bothari creció allí. Supongo que él lo ve diferente.

—¿Por qué tanta violencia?

—Es muy pobre. Fue el centro de la ciudad durante la Era del Aislamiento, y las renovaciones aún no la han afectado. El agua corriente es mínima, no hay electricidad, está cubierta de desperdicios...

—En su mayor parte humanos —acotó el conde Piotr con acidez.

—¿Pobre?—dijo Cordelia pasmada—.¿Sin electricidad? ¿Cómo puede pertenecer a la cadena de comunicaciones, entonces?

—No pertenece, por supuesto —respondió Vorkosigan.

—Entonces, ¿cómo se educa la gente?

—No se educa.

Cordelia lo miró.

—No lo comprendo. ¿Cómo consiguen empleos?

—Algunos logran escapar al Servicio. En cuanto al resto, la mayoría se dedican al pillaje. —Vorkosigan la miró unos momentos—. ¿No tenéis pobreza en Colonia Beta?

—¿Pobreza? Bueno, algunas personas tienen más dinero que otras, por supuesto, pero... ¿no tienen ordenadores?

—¿No tener un ordenador es el nivel de vida más bajo que puedes imaginar? —preguntó Vorkosigan asombrado.

—Es el primer artículo de la Constitución: «El acceso a la información no será restringido.»

—Cordelia... estas personas apenas tienen acceso a la comida, la ropa y un techo donde cobijarse. Cuentan con unos cuantos trapos y cazuelas, y se amontonan en edificios donde el viento silba a través de las paredes agrietadas.

—¿No tienen aire acondicionado?

—Aquí no tener calefacción en invierno es un problema más grave.

—Sí, claro. En realidad vosotros no tenéis verano... ¿Cómo piden ayuda cuando están enfermos o heridos?

—¿Qué ayuda? —Vorkosigan se estaba tornando sombrío—. Si caen enfermos, se curan solos o mueren.

—Con un poco de suerte, se mueren —murmuró Piotr—. Esos canallas.

—Lo estáis diciendo en serio. —Cordelia miró a uno y a otro—. Eso es horrible... ¡pensad en todos los genios que podéis estaros perdiendo!

—Dudo de que haya muchos en el caravasar —replicó Piotr con frialdad.

—¿Por qué no? Tienen el mismo complemento genético que usted. —Cordelia señaló lo que, para ella, era evidente.

El conde se paralizó.

—¡Mi querida niña! ¡Por supuesto que no! Mi familia ha sido Vor durante nueve generaciones. Cordelia alzó las cejas.

—¿Cómo lo sabe? Hasta hace ochenta años no se contaba con la posibilidad de realizar un estudio genético.

Tanto el jefe de guardia como el lacayo parecían a punto de echarse a reír. El lacayo se mordió el labio.

—Además —continuó ella con tono razonable—, si vosotros los Vor habéis andado por ahí la mitad de lo que dicen esas historias que he estado leyendo, en este momento el noventa por ciento de la población ya debe de tener algo de sangre Vor. ¿Quién sabe cuántos parientes tiene, por línea paterna?

Vorkosigan mordió su servilleta en forma ausente. Sus ojos mostraban un brillo similar al del lacayo.

—Cordelia —murmuró—, no puedes sentarte a la mesa y sugerir que todos mis antepasados fueron bastardos. Aquí eso es un insulto gravísimo. ¿Dónde debería sentarme?

—Oh, supongo que nunca llegaré a entenderlo. No importa. Hablemos de Koudelka y Bothari.

—Muy bien. Adelante, oficial.

—Sí, señor. Bueno, según me han dicho, regresaban a eso de la una de la madrugada, cuando fueron atacados por una pandilla del lugar. Evidentemente el teniente Koudelka iba demasiado elegante, además de su forma de caminar, y el bastón... en pocas palabras, llamó la atención. Ignoro los detalles señor, pero esta mañana había cuatro muertos y tres personas en el hospital. Los demás escaparon.

Vorkosigan emitió un ligero silbido. —¿Fueron graves las heridas de Bothari y Koudelka? —Ellos... no dispongo de un informe oficial, señor. Son sólo rumores.

—Dígalos entonces.

El oficial tragó saliva.

—El sargento Bothari tiene roto un brazo y algunas costillas, heridas internas y una contusión. El teniente Koudelka ambas piernas rotas y muchas, eh... quemaduras por descarga eléctrica. —Se detuvo.

—¿Qué?

—Por lo que escuché, sus atacantes tenían un par de porras eléctricas de alto voltaje, y descubrieron que con ellas podían producir unos... efectos peculiares en sus nervios protésicos. Después de romperle las piernas pasaron... un buen rato torturándolo. Así fue como los hombres de Illyan lograron atraparlos. No escaparon a tiempo.

Cordelia apartó su plato y comenzó a temblar.

—¿Rumores, eh? Muy bien. Puede retirarse. Quiero ver al comandante Illyan en cuanto llegue. —La expresión de Vorkosigan era introspectiva y severa.

—Canallas —exclamó Piotr—. Tendrías que eliminarlos a todos.

Vorkosigan suspiró.

—Es más sencillo iniciar una guerra que acabarla. No será esta semana, señor.

Una hora después, Illyan se presentó ante Vorkosigan en la biblioteca y le proporcionó su informe verbal. Cordelia también se encontraba allí.

—¿Estás segura de que quieres oír esto? —le preguntó Vorkosigan con suavidad.

Ella asintió con un gesto.

—Aparte de ti, son mis mejores amigos aquí. Prefiero saberlo todo.

El resumen del oficial demostró ser bastante exacto, pero Illyan, quien había conversado con Bothari y con Koudelka en el Hospital Militar Imperial, tenía varios detalles que agregar y lo hizo en términos muy directos. Su rostro de cachorro parecía muy avejentado esa mañana. —Por lo visto, su secretario se vio invadido por el deseo de acostarse con una mujer —comenzó—. Por qué eligió a Bothari como guía es algo que no alcanzo a imaginar.

—Nosotros tres somos los únicos supervivientes del General Vorkraft —respondió Vorkosigan—. Supongo que es un lazo. De todas formas, Kou y Bothari siempre se llevaron bien. Tal vez se deba a los instintos paternos latentes en Bothari. Y Kou es un

muchacho ingenuo... no le cuente que he dicho esto; lo tomaría como un insulto. Es bueno que todavía existan personas así. Aunque lamento que no recurriera a mí.

—Bueno, Bothari hizo lo que pudo —dijo Illyan—. Lo llevó a ese antro miserable, que según la opinión del sargento tiene muchas ventajas. Es barato, rápido y nadie te dirige la palabra. También está apartado de los círculos por donde deambulaba el almirante Vorrutyer. Ninguna asociación desagradable. Bothari cumple una estricta rutina. Según Kou, la mujer que frecuenta el sargento es casi tan fea como él. Al parecer, a Bothari le gusta porque nunca hace ruido. Me parece que prefiero no pensar en ello.

»De todos modos, a Kou le asignaron otra de las mujerzuelas, quien lo aterrizó. Bothari dice que pidió la mejor muchacha para él (en realidad ya era una mujer madura) y al parecer las necesidades de Kou no fueron bien interpretadas. En definitiva, para cuando el sargento hubo hecho lo suyo y se encontraba fuera, Kou todavía trataba de conversar amablemente mientras le ofrecían toda una gama de delicias eróticas de las cuales ni siquiera había oído hablar. Al fin renunció y bajó las escaleras donde, para ese entonces, Bothari ya estaba bastante borracho. Por lo general se toma una copa y se marcha.

«Entonces Kou, Bothari y esta prostituta iniciaron una discusión respecto al pago. Ella aducía que en todo ese tiempo podía haber atendido a cuatro clientes, y ellos (esto no figurará en el informe oficial, ¿de acuerdo?) que la mujer no había sido capaz de hacer funcionar sus circuitos. Al final, Kou aceptó realizar un pago parcial (Bothari sigue mascullando que fue demasiado, a pesar de que esta mañana le cuesta bastante trabajo hablar) y los dos se retiraron muy descontentos.

—Aquí aparece la primera pregunta obvia —intervino Vorkosigan—, ¿el ataque fue ordenado por alguien del establecimiento?

—Por lo que yo sé, no. Hice acordonar el lugar, en cuanto logramos encontrarlo, e interrogamos a todos con pentotal. Estaban muertos de miedo, me alegra decir. Ellos están acostumbrados a los guardias municipales del conde Vorbohn, a quienes sobornan o por quienes son chantajeados, o viceversa. Lo que obtuvimos fue un montón de información sobre crímenes triviales que no nos interesaban en absoluto... ¿quiere que se lo transfiera a los municipales, de paso?

—Hum. Si son inocentes del ataque, límitese a archivarlo. Es posible que Bothari quiera regresar algún día. ¿Ellos sabían por qué eran interrogados?

—¡Claro que no! Insisto en que mis hombres realizan un trabajo limpio. Estábamos allí para obtener información, no para transmitirla.

—Discúlpeme, comandante. Debí suponerlo.

—Bueno, abandonaron el lugar a la una de la madrugada, a pie, y se equivocaron de dirección en alguna esquina. Bothari está bastante perturbado por ello. Considera que es culpa suya, por haberse emborrachado. Tanto él como Koudelka aseguran haber visto movimientos en las sombras durante diez minutos antes del ataque. Por lo tanto, al parecer los siguieron hasta que entraron en un callejón con muros altos, y se encontraron con que tenían seis hombres por delante y seis por detrás.

»Bothari extrajo su aturdidor y disparó; logró derribar a tres antes de que saltaran sobre él. Alguien de la zona cuenta con un buen aturdidor del Servicio esta mañana. Kou tenía su bastón de estoque, pero nada más.

«Primero atacaron a Bothari. Él se desembarazó de dos más, después de perder el aturdidor. Ellos le dispararon una descarga, y luego trataron de matarlo a golpes cuando estaba en el suelo. Hasta entonces Kou había utilizado el bastón como pica, pero entonces desenvainó la espada. Ahora dice que lamenta haberlo hecho, porque alrededor de él todos comenzaron a murmurar "¡Es un Vor!" y las cosas se complicaron.

»Kou logró herir a dos, hasta que alguien le golpeó la espalda con una porra eléctrica y su mano comenzó a sufrir espasmos. Los cinco que quedaban se sentaron sobre él y le rompieron las piernas a la altura de las rodillas. Me pidió que le dijera que no fue tan

doloroso como parece. Asegura que le rompieron tantos circuitos que apenas siente nada. No sé si será cierto.

—Es difícil saberlo con Kou —dijo Vorkosigan—. Hace tanto tiempo que oculta el dolor, que casi es su estado natural. Continúe.

—Ahora debo retroceder un poco. El hombre que yo tenía asignado a Kou los había seguido hasta esa madriguera. No creo que estuviera familiarizado con el lugar y tampoco iba adecuadamente vestido para estar allí... Kou tenía dos reservas para un concierto anoche, y hasta las nueve creímos que era allí adonde iría. Mi hombre entró en la zona y desapareció. Eso es lo que me tiene tan ocupado esta mañana. ¿Ha sido asesinado? ¿O secuestrado? ¿Lo habrán atrapado y violado? ¿O era un doble agente y formaba parte de la emboscada? No lo sabremos hasta que encontremos el cuerpo, o a él.

»Al ver que no se ponía en contacto para informar de la situación, mi agente envió a otro hombre. Pero él estaba buscando a su compañero. Kou permaneció sin protección durante tres malditas horas antes de que mi supervisor nocturno llegara para hacerse cargo de su puesto y comprendiera lo ocurrido. Afortunadamente, Kou había pasado la mayor parte de ese tiempo en el prostíbulo de Bothari.

»Mi supervisor nocturno, a quien felicito, envió nuevas instrucciones al agente de campaña y además solicitó una patrulla por aire. Por lo tanto, cuando al fin el agente llegó a esa escena repugnante, pudo llamar a una aeronave que descendió de inmediato con media docena de mis hombres. Este asunto de las porras eléctricas... fue terrible, pero no tanto como podía haber sido. Es evidente que los atacantes de Kou carecían de la imaginación que, por ejemplo, hubiese mostrado el difunto almirante Vorrutyer en la misma situación. O tal vez no dispusieron del tiempo suficiente para mostrar una crueldad refinada.

—Gracias a Dios —murmuró Vorkosigan—. ¿Y los muertos?

—Dos fueron cosa de Bothari, con golpes certeros, uno fue de Kou (le cortó el cuello), y uno me temo que ha sido mío. El muchacho sufrió una anafilaxis como reacción alérgica al pentotal. Lo trasladamos de inmediato al hospital, pero no lograron salvarlo. No me gusta. Ahora le están efectuando la autopsia para ver si su reacción fue natural o si le habían implantado una defensa contra interrogatorios.

—¿Y la pandilla?

—Parece ser una sociedad de mutuos beneficios perfectamente legítima (si ésa es la palabra) formada por hombres del caravasar. Según los supervivientes que capturamos, decidieron molestar a Kou porque «caminaba raro». Encantador. Aunque Bothari no caminaba exactamente en línea recta, tampoco. Los que logramos atrapar no son agentes de nadie salvo de sí mismos. No puedo hablar por los muertos. Supervisé los interrogatorios personalmente. Esos hombres estaban muy sorprendidos de ver que Seguridad Imperial se mostraba interesada en ellos.

—¿Algo más? —preguntó Vorkosigan.

Illyan se cubrió la boca para bostezar, y luego se disculpó.

—Ha sido una larga noche. Mi supervisor nocturno me sacó de la cama después de medianoche. Es un buen hombre, con buen criterio. No, eso es prácticamente todo, excepto por las motivaciones de Kou para acudir allí. Cuando llegamos a ese tema, sus respuestas fueron vagas y de inmediato comenzó a pedir unos calmantes para el dolor. Esperaba que usted tuviese algunas sugerencias para mitigar mi paranoia. Desconfiar de Kou me produce calambres en el cuello. —Volvió a bostezar.

—Yo las tengo —dijo Cordelia—, pero son para su paranoia, no para su informe, ¿de acuerdo?

Él asintió con un gesto.

—Creo que está enamorado de alguien. Después de todo, uno no trata de probar algo a menos que piense utilizarlo. Por desgracia, los resultados han sido desastrosos. Supongo que estará bastante deprimido e irritable durante un tiempo.



Vorkosigan asintió.

—¿Alguna idea de la persona en cuestión? —preguntó Illyan automáticamente.

—Sí, pero no me parece que sea asunto suyo. Sobre todo si nunca llega a concretarse.

Illyan se encogió de hombros y salió en busca del hombre que había asignado para seguir a Koudelka.

Cinco días después, el sargento Bothari regresó a la Residencia Vorkosigan con una funda plástica en el brazo roto. No ofreció ninguna información acerca de la brutal experiencia sufrida, y desalentó a los curiosos con mirada torva y gruñidos.

Droushnakovi no formuló preguntas ni esbozó comentarios. Pero de vez en cuando Cordelia la veía dirigir una mirada angustiada a la consola vacía de la biblioteca. El ordenador estaba comunicado con la Residencia Imperial y con la Jefatura de Estado Mayor, y allí era donde Koudelka solía sentarse a trabajar cuando se encontraba en la casa. Cordelia se preguntó qué sabría acerca de lo ocurrido aquella noche.

El teniente Koudelka regresó para encargarse de algunas tareas al mes siguiente. Su actitud general era bastante animada, pero a su manera él era tan introvertido como Bothari. Interrogar a este último había sido como preguntar a una pared. Interrogar a Koudelka era como hablar con un arroyo; uno obtenía un torrente de palabras, de bromas o de anécdotas que inexorablemente apartaban la conversación del tema en cuestión. Cordelia respondió a su actitud risueña con automática cordialidad, aceptando su evidente deseo de tomar a la ligera lo ocurrido, aunque interiormente desconfiaba en gran medida de que fuese así.

Cordelia misma no se sentía muy animada. Su imaginación volvía una y otra vez al intento de asesinato ocurrido seis semanas atrás. No lograba olvidar el hecho de que Vorkosigan había estado a punto de ser apartado de ella. Sólo se sentía completamente tranquila cuando lo tenía a su lado, pero ahora él debía ausentarse cada vez con más frecuencia. Algo se estaba tramando en el cuartel general imperial; él ya había asistido a cuatro sesiones nocturnas y había realizado un viaje sin ella, un vuelo de inspección militar del cual no le había ofrecido detalles. Entraba y salía a las horas más intempestivas. Los rumores militares y políticos con los cuales solía entretenerla durante las comidas se habían acabado; ahora se mostraba silencioso y poco comunicativo, aunque no por ello parecía necesitar menos de su presencia.

¿Qué sería de ella sin Vorkosigan? Una viuda embarazada, sin familia ni amigos, gestando un niño que ya era objeto de las paranoias dinásticas, heredero de un legado de violencia. ¿Podría escapar del planeta? ¿Y adonde iría en ese caso? ¿Colonia Beta le permitiría regresar alguna vez?

Cordelia llegó a perder interés en las lluvias otoñales y en los parques donde el verde aún persistía. ¡Oh, cuánto hubiese dado por aspirar el aire seco del desierto, el familiar dejo del álcali, las infinitas distancias planas! ¿Su hijo llegaría a saber lo que era un verdadero desierto? En ocasiones, los edificios y la vegetación de Barrayar parecían alzarse sobre ella como inmensos muros. Y en sus peores días, esos muros parecían derrumbarse sobre ella.

Una tarde de lluvia, Cordelia estaba refugiada en la biblioteca, acurrucada en un sofá de respaldo alto, leyendo por tercera vez la misma página de un viejo volumen que había encontrado en los estantes del conde. El libro era una reliquia de la Era del Aislamiento. Estaba escrito en una variante del alfabeto cirílico, con sus cuarenta y seis caracteres utilizados en todas las lenguas de Barrayar. Su cerebro parecía particularmente lento e indiferente ese día. Cordelia apagó la luz y descansó la vista unos minutos. Aliviada, observó al teniente Koudelka entrar en la biblioteca y sentarse, con gran dificultad, ante la consola.

No debo interrumpirlo; al menos él tiene un verdadero trabajo que cumplir, pensó sin regresar aún a la lectura, pero confortada por su compañía.

Él sólo trabajó unos momentos, y luego apagó la máquina con un suspiro. Su mirada ausente se posó sobre el hogar que ocupaba el centro de la habitación, pero no se percató de su presencia.

Así que no soy la única que tiene problemas en concentrarse. Tal vez se deba a este extraño clima gris. Parece ejercer un efecto deprimente sobre las personas...

Koudelka cogió su bastón y deslizó una mano sobre la funda. Entonces lo sostuvo con firmeza y lo abrió en forma lenta y silenciosa. Observó la hoja brillante que casi parecía poseer una luz propia en la penumbra de la habitación, y la giró un poco como si meditara sobre su diseño o su buena factura. Entonces, colocando la punta contra su hombro, y envolviendo la hoja en un pañuelo para poder sujetarla, presionó muy suavemente el costado de su cuello sobre la arteria carótida. La expresión de su rostro era distante y pensativa, y sus manos sujetaban la hoja con la delicadeza de un amante. De pronto cerró los dedos con fuerza.

La pequeña exclamación de Cordelia, el inicio de un sollozo, lo arrancó de sus meditaciones. Koudelka alzó la vista y la vio por primera vez; apretó los labios y se ruborizó. Rápidamente bajó la espada, que dejó una línea blanca sobre su cuello, como parte de un collar, con unas cuantas gotas color rubí que brotaban de ella.

—No... no la había visto, señora —dijo con voz ronca—. Yo... no me haga caso. Sólo jugaba.

Se miraron uno al otro en silencio. Las palabras brotaron de los labios de Cordelia sin que ella pudiera contenerlas.

—¡Odio este lugar! Ahora siempre tengo miedo.

Cordelia ocultó el rostro en el respaldo del sofá y para su propio horror, comenzó a llorar.

¡Basta! ¡Kou es el último que debe verte así! Él ya tiene bastantes problemas sin que tú añadas los que tienes en tu imaginación. Pero no podía contenerse.

Koudelka se levantó y cojeó hasta el sillón con expresión preocupada. Se sentó a su lado.

—Eh... —comenzó—. No llore, señora. Sólo era un juego, de verdad. —Torpemente, le palmeó el hombro.

—Tonterías —murmuró ella—. Casi me mata del susto.

Siguiendo un impulso, su rostro bañado en lágrimas abandonó el tapizado suave del sofá para posarse sobre el hombro uniformado de verde. Esto logró conmoverlo y arrancarle un poco de franqueza.

—Usted no puede imaginar lo que se siente —susurró con ardor—. La gente me compadece, ¿lo sabía? Hasta él me compadece. —Se refirió a Vorkosigan con un movimiento de cabeza que no indicaba ninguna dirección en particular—. Es cien veces peor que el desprecio. Y así será para siempre.

Cordelia sacudió la cabeza sin nada que responder ante aquella innegable verdad.

—Yo también odio este lugar —continuó él—. Casi tanto como él me odia a mí. Más, algunos días. Así que, como verá, no se encuentra sola.

—Hay mucha gente que quiere matar a Aral —susurró Cordelia, despreciándose por mostrarse tan débil—. Unos desconocidos... y al final alguno logrará su cometido. No puedo apartarlo de mis pensamientos. —¿Sería con una bomba? ¿Con algún veneno? ¿Un arco de plasma quemaría el rostro de Aral y ni siquiera tendría sus labios para ofrecerles un beso de despedida?

Koudelka abandonó su propio dolor para concentrarse en el de ella, y sus cejas se unieron con expresión interrogante.

—Oh, Kou —continuó ella mientras le acariciaba la manga—. No importa lo mucho que sufras, no lo hieras a él. Aral te quiere... eres como su hijo, la clase de hijo que siempre ha querido. Eso —añadió señalando la espada que brillaba sobre el sillón— le destrozaría el corazón. Este lugar lo llena de locura día tras día, y a cambio le pide que entregue justicia.

Le resultará imposible hacerlo si no tiene el corazón entero. De lo contrario comenzará a devolverles locura, como hicieron todos sus predecesores. Además —agregó sin ninguna lógica—, ¡este clima es tan húmedo! ¡No será culpa mía si el niño nace con branquias!

Kou la abrazó con afecto.

—¿Tiene... tiene miedo del parto? —preguntó con una inesperada capacidad de percepción.

Cordelia se paralizó al verse enfrentada con sus temores reprimidos.

—No confío en los médicos de aquí —admitió con voz temblorosa.

Él sonrió con profunda ironía.

—No se lo reprocho.

Cordelia se echó a reír y también lo abrazó, para luego alzar una mano y secarle las gotitas de sangre que se deslizaban por su cuello.

—Cuando uno quiere a alguien es como si lo cubriese con su propia piel. Se siente cada dolor. Y yo lo quiero mucho, Kou. Quisiera que me dejara ayudarlo.

—¿Terapia Cordelia? —La voz de Vorkosigan sonó fría y cortante como un granizo repentino. Ella alzó la vista sorprendida y lo vio de pie frente a ellos, con el rostro tan frío como su voz—. Por lo que sé, tienes bastante experiencia betanesa en estas cuestiones, pero te ruego que dejes la tarea para alguna otra persona.

Koudelka enrojeció y se apartó de ella.

—Señor... —comenzó, pero se detuvo tan perplejo como Cordelia por la ira helada en los ojos de Vorkosigan. Éste lo miró un momento, y ambos guardaron silencio.

Cordelia inspiró profundamente decidida a replicar, pero sólo emitió una pequeña exclamación cuando él le volvió la espalda y se marchó.

Koudelka, todavía ruborizado, se replegó en sí mismo, se apoyó en su espada y se levantó respirando con agitación.

—Le ruego que me disculpe, señora. —Las palabras no parecían tener ningún sentido.

—Kou —dijo Cordelia—, usted sabe que él no quiso decir algo tan desagradable. Ha hablado sin pensar. Estoy segura de que no... que no...

—Sí, lo comprendo —replicó Koudelka con una mirada dura—. Todo el mundo sabe que no constituyo ninguna amenaza para el matrimonio de un hombre. Pero si me disculpa, señora, tengo trabajo que hacer. O algo así.

—¡Oh! —Cordelia no sabía si estaba más furiosa con Vorkosigan, con Koudelka o consigo misma. Se puso en pie y abandonó la habitación, diciendo—: ¡Al diablo con todos los barrayareses!

Droushnakovi apareció en su camino con un tímido:

—¿Señora?

—Y tú, niña... inútil —exclamó Cordelia, dejando escapar su ira en todas direcciones—. ¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos? Vosotras las barrayaresas parecéis esperar que os sirvan la vida en una bandeja. ¡No funciona de ese modo!

La joven retrocedió un paso, perpleja. Cordelia contuvo su indignación y preguntó con más calma: —¿En qué dirección se fue Aral? —Pues... creo que arriba, señora. Algo de su antiguo sentido del humor llegó en su rescate.

—¿Subía los peldaños de dos en dos, quizá? —Eh... en realidad, de tres en tres —respondió Drou, amedrentada.

—Supongo que será mejor que vaya a hablar con él —dijo Cordelia mientras se pasaba las manos por el cabello y se preguntaba si arrancándoselo lograría algún beneficio práctico—. Hijo de puta. —Ni ella misma supo si la frase había sido expletiva o descriptiva. Y pensar que yo nunca decía, estas cosas.

Cordelia fue tras él. A medida que subía la escalera, su furia iba desvaneciéndose junto con sus energías.

Esto de estar embarazada sin duda te ha vuelto más lenta. Pasó junto a un guardia en el corredor.

—¿Lord Vorkosigan ha pasado por aquí? —le preguntó.

—Entró en sus habitaciones, señora —respondió él, y la miró con curiosidad mientras ella seguía su camino.

Fantástico. Disfrútalo, pensó con ironía. La primera pelea verdadera entre los recién casados tendrá bastante audiencia. Estas viejas paredes no están insonorizadas. Me pregunto si lograré mantener la voz baja. Con Aral no hay problema; cuando se enfada comienza a susurrar.

Cordelia entró en la alcoba y lo encontró sentado en el borde de la cama, quitándose la chaqueta y las botas con movimientos violentos. Vorkosigan alzó la vista, y durante unos momentos se limitaron a mirarse, enfurecidos. Terminemos con esto, pensó Cordelia, y decidió abrir el juego.

—Esa observación que hiciste frente a Kou estuvo totalmente fuera de lugar.

—¿Qué? Al entrar me encuentro a mi esposa... acariciándose con uno de mis oficiales, ¿y esperas que inicie una amable conversación sobre el tiempo? —replicó él.

—Tú sabes que no era nada de eso.

—Bien. Supongamos que no hubiera sido yo. Supongamos que hubiera sido uno de los guardias, o mi padre. ¿Cómo se lo habrías explicado entonces? Tú sabes lo que piensan de los betaneses. Los rumores comenzarían a correr. Todos harían bromas a mis espaldas. Cada uno de mis enemigos políticos está esperando encontrar un punto débil para caer sobre mí. Les encantaría algo como esto.

—¿Cómo diablos hemos acabado hablando de tu condenada política? Se trata de nuestro amigo. Dudo que hubieses podido encontrar una frase más hiriente. ¡Fue algo muy sucio, Aral! ¿Qué te está pasando?

—No lo sé. —Más tranquilo, Vorkosigan se frotó el rostro con fatiga—. Es este maldito trabajo, supongo. No quería descargar conmigo.

Cordelia sospechó que no lograría arrancarle nada más parecido a una admisión de que se había equivocado, y lo aceptó con un pequeño movimiento de cabeza dejando evaporar su propia ira. Entonces recordó por qué se había sentido tan bien con ella, ya que el vacío que dejaba volvía a llenarse de temores.

—Sí, bueno... ¿qué te parecería tener que echar su puerta abajo una de estas mañanas?

Vorkosigan se paralizó y la miró con el ceño fruncido.

—¿Tienes... tienes alguna razón para creer que está pensando en suicidarse? A mí me pareció que estaba bastante bien.

—A ti... por supuesto. —Cordelia dejó que las palabras pendiesen en el aire unos momentos, para darles énfasis—. Creo que está así de cerca. —Alzó el pulgar y el índice a un milímetro de distancia. El dedo todavía tenía una mancha de sangre, y sus ojos se posaron sobre ella con desdichada fascinación—. Estaba jugando con ese maldito bastón. Lamento habérselo regalado. Creo que no soportaría que lo usara para cortarse el cuello. Eso... pareció ser lo que tenía en mente.

—Oh. —De alguna manera, sin su reluciente chaqueta militar, sin su ira, Vorkosigan parecía más pequeño. Le tendió una mano y ella la cogió para sentarse a su lado.

—Por lo tanto, si se te ha ocurrido la idea de interpretar al rey Arturo frente a Lancelot y Ginebra, olvídale.

Él emitió una risita.

—Me temo que mis visiones fueron un poco más cercanas, y considerablemente más sórdidas. Sólo se trataba de una vieja pesadilla.

—Sí... supongo que todavía debe doler. —Se preguntó si el fantasma de su primera esposa se le aparecía alguna vez, con la respiración helada en su oreja, así como el fantasma de Vorrutyer solía aparecérselo a ella. El aspecto de Aral era bastante cadavérico—. Pero yo soy Cordelia, ¿lo recuerdas? No soy... ninguna otra.

Él apoyó la frente contra la suya.

—Perdóname, querida capitana. Sólo soy un viejo feo y asustado, y cada día me vuelvo más viejo, más feo y más asustado.

—¿Tú también? —Cordelia descansó en sus brazos—. Aunque no estoy de acuerdo con que seas viejo y feo.

—Gracias.

Cordelia se sintió alentada al ver que lo había animado un poco.

—Es el trabajo, ¿verdad? ¿No puedes hablarme de ello?

Aral apretó los labios.

—Entre nosotros, aunque conociendo tu discreción no sé por qué me molesto en aclararlo, parece que podríamos tener otra guerra entre manos antes de que finalice este año. Y todavía no estamos preparados para ello, después de Escobar.

—¡Qué! Pensé que el bando beligerante estaba casi paralizado.

—El nuestro, sí. Pero el de los cetagandaneses todavía está en pleno funcionamiento. Según los informes de Inteligencia, planeaban utilizar el caos político que sobrevendría a la muerte de Ezar para encubrir un avance sobre esos disputados conductos de enlace con los agujeros de gusano. En lugar de ello, me tienen a mí, y... bueno, no puedo decir que haya estabilidad, pero existe una especie de equilibrio dinámico. En cualquier caso, no es la clase de desorganización con que ellos contaban. De ahí ese pequeño incidente con la granada sónica. Negri e Illyan ya están un setenta por ciento seguros de que fue obra cetagandanesa.

—¿Lo... lo volverán a intentar?

—Casi seguro. Pero conmigo o sin mí, en el Estado Mayor existe el consenso de que intentarán usar la fuerza antes de fin de año. Y si nos mostramos débiles, seguirán avanzando hasta que alguien los detenga.

—Ahora entiendo por qué estabas tan... ausente.

—¿Ésa es la forma amable en que quieres decirlo? Pero no. Ya hace un tiempo que sé lo de los cetagandaneses. Hoy se ha presentado otra cosa, después de la sesión del Consejo. Una audiencia privada. El conde Vorhalas ha venido a verme para pedirme un favor.

—¿Y no te complace concederle un favor al hermano de Rulf Vorhalas?

Él sacudió la cabeza tristemente.

—El hijo menor del conde, que es un joven de dieciocho años atolondrado e idiota y debía haber sido enviado a la escuela militar... aunque tú lo conociste en la confirmación del Consejo, me parece recordar...

—¿Lord Cari?

—Sí. Anoche estuvo en una fiesta, se embriagó y participó de una pelea.

—Es una tradición universal. Esas cosas suceden incluso en Colonia Beta.

—Ya. Pero salieron a arreglar sus diferencias armados con un par de viejas espadas que decoraban las paredes y con dos cuchillos de cocina. Técnicamente, al emplear las espadas, lo convirtieron en un duelo. —Oh. ¿Alguien resultó herido? —Por desgracia, sí. Más o menos por accidente, en una caída, el hijo del conde logró atravesar el estómago de su amigo con la espada y le seccionó la aorta abdominal. El muchacho se desangró y murió casi al instante. Para cuando los espectadores reaccionaron y llamaron a un equipo médico, ya era demasiado tarde.

—Dios mío.

—Fue un duelo, Cordelia. Comenzó como una parodia, pero acabó como un verdadero duelo. Y deben aplicarse los castigos por duelo. —Se levantó y atravesó la habitación, deteniéndose junto a la ventana para observar la lluvia— Su padre vino a pedirme que le consiguiese un perdón imperial. O, si no era posible, que tratara de hacer que los cargos fuesen cambiados a asesinato simple. En ese caso, el muchacho podría aducir defensa propia y acabar con una mera sentencia en prisión.

—Eso me parece... bastante justo, supongo.

—Sí. —Él volvió a caminar—. Un favor por un amigo. O el primer resquicio por donde esa maldita costumbre regresará a nuestra sociedad. ¿Qué ocurrirá cuando se me presente el próximo caso, y el siguiente, y el siguiente? ¿Dónde comenzaré a trazar la línea? ¿Y si en el próximo caso está implicado alguno de mis enemigos políticos, no un miembro de mi propio partido? ¿Todas las muertes que costó erradicar esta costumbre habrán sido en vano? Yo recuerdo los duelos, y cómo eran las cosas entonces. Y lo peor de todo: si permites que las amistades pesen en el gobierno, pronto tendrás camarillas. Puedes decir lo que quieras de Ezar Vorbarra, pero en treinta años de labor implacable transformó el gobierno de un club para los Vor en un lugar donde impera la ley, donde la ley es la misma para todos, aunque todavía no sea perfecto.

—Comienzo a comprender el problema.

—Y yo... ¡yo, entre todos los hombres, debo tomar esta decisión! ¿Quién debió haber sido públicamente ejecutado hace veintidós años, por el mismo crimen? —Se detuvo ante ella—. Esta mañana toda la ciudad comenta lo que ocurrió anoche. Dentro de unos pocos días habrá pasado. Hice que el servicio de noticias lo acallara provisionalmente, pero fue como escupir en el viento. Es demasiado tarde para intentar encubrirlo, suponiendo que desease hacerlo. Entonces, ¿a quién debo traicionar en el día de hoy? ¿A un amigo? ¿O a la confianza de Ezar Vorbarra? No hay duda de la decisión que hubiese tomado él.

Vorkosigan se sentó de nuevo a su lado y la abrazó. —Y esto es sólo el comienzo. Cada mes, cada semana me encontraré con otro problema imposible. ¿Qué quedará de mí dentro de quince años? ¿Seré una cáscara, como esa cosa que enterramos tres meses atrás, rezando con su último aliento para que Dios no existiese? ¿O seré un monstruo corrompido por el poder, igual que su hijo, tan contaminado que sólo pudo ser esterilizado por un arco de plasma? ¿O algo aún peor?

Su descarnada agonía la aterrorizó. Cordelia lo abrazó con fuerza.

—No lo sé. No lo sé. Pero alguien... alguien ha tomado siempre estas decisiones, mientras nosotros íbamos por la vida como inconscientes, dando todo por supuesto. Ellos también eran seres humanos, ni mejores ni peores que tú.

—Un pensamiento aterrador. Ella suspiró.

—No puedes elegir entre el mal y el mal, en medio de la oscuridad, utilizando la lógica. Sólo puedes aferrarte a tus principios. Yo no puedo tomar la decisión por ti. Pero cualquiera que sean los principios que escojas, deberás utilizarlos como guía. Y por el bien de tu pueblo, tendrán que ser firmes. El descansó en sus brazos.

—Lo sé. En realidad no dudaba sobre la decisión. Sólo estaba... quejándome un poco, dejándome llevar por la depresión. —Se apartó de ella y volvió a levantarse—. Querida capitana, si dentro de quince años sigo cuerdo, creo que sólo será gracias a ti. Ella lo miró.

Entonces, ¿qué decisión has tomado?

El dolor de sus ojos le brindó la respuesta.

—Oh, no —suspiró Cordelia sin proponérselo, pero se contuvo para no añadir nada más. Yo sólo trataba de hablar con sensatez. No quería decir esto.

—¿No la conoces? —dijo él con suavidad, resignado—. El estilo de Ezar es el único que puede funcionar aquí. Era cierto después de todo. El sigue gobernando desde la tumba. —Vorkosigan se dirigió al baño, para lavarse y cambiarse de ropa.

—Pero tú no eres él —susurró Cordelia en la habitación vacía—. ¿No puedes encontrar un camino propio?

—¿Es necesario que vayas? —le preguntó Cordelia esa mañana, mientras él se vestía en silencio—. Yo no tengo que ir, ¿verdad que no?

—Por Dios, no, por supuesto que no. Yo tampoco tengo que ir de forma oficial, pero... pero debo hacerlo. Seguramente comprenderás por qué.

—No, a decir verdad no lo comprendo. A menos que lo hagas para castigarte a ti mismo. Aunque no estoy segura de que puedas permitirte ese lujo, considerando tu trabajo.

—Yo debo ir. Un perro regresa al lugar donde ha vomitado, ¿verdad? Sus padres estarán allí, ¿lo sabías? Y también estará su hermano.

—Qué costumbre tan bárbara.

—Bueno, podríamos tratar al crimen como a una enfermedad, como hacéis vosotros los betaneses. Tú sabes lo que es eso. Al menos nosotros matamos al sujeto de golpe, en lugar de hacerlo poco a poco durante años. No lo sé.

—¿Cómo lo harán?

—Lo decapitarán. Se supone que es el método menos doloroso.

—¿Cómo lo saben?

La risa de Aral no tuvo ningún dejo de humor.

—Buena pregunta.

Él no la abrazó al partir. Regresó apenas dos horas después, en silencio, para sacudir la cabeza cuando le ofrecieron el almuerzo, cancelar una cita que tenía por la tarde y retirarse a la biblioteca donde permaneció sentado, sin leer nada. Cordelia se reunió con él un rato más tarde, se acomodó en un sillón y aguardó con paciencia a que regresase con ella de donde fuera que estuviese con su mente.

—El muchacho hubiese sido valiente —dijo Vorkosigan después de una hora de silencio—. Se notaba que había planeado cada uno de sus gestos. Pero nadie más siguió el guión. Su madre le hizo perder el control. Y para colmo, el maldito verdugo falló el golpe. Tuvo que hacer tres cortes para que la cabeza se separara del tronco.

—Parece que el sargento Bothari se las arregló mejor con una navaja de bolsillo. —Vorrutyer la había estado rondando más que de costumbre esa mañana, en forma lasciva.

—No le faltó nada para ser perfectamente horrible. Su madre me maldijo, hasta que Evon y el conde Vorhalas se la llevaron de allí. —Entonces su voz abandonó el tono inexpresivo—. ¡Oh, Cordelia! ¡No puede haber sido la decisión correcta! Sin embargo... sin embargo no podía hacer nada más, ¿verdad?

Entonces Vorkosigan se acercó a ella y la abrazó en silencio. Parecía a punto de llorar, y casi la atemorizaba más el hecho de que no lo hiciera. Al fin las tensiones lo abandonaron.

—Supongo que será mejor que me tranquilice y vaya a cambiarme. Vortala tiene programada una entrevista con el ministro de Agricultura, y es demasiado importante como para que no esté presente. Después de eso está el Estado Mayor... —Para cuando partió, ya había recuperado el dominio de sí mismo.

Esa noche permaneció despierto largo rato, tendido a su lado. Tenía los ojos cerrados, pero por su respiración ella sabía que no dormía. A Cordelia no se le ocurrió ni una palabra de consuelo que no le pareciese absurda, por lo que se mantuvo en silencio con él en la vigilia de la noche. Fuera comenzó a llover, una persistente llovizna. Él habló una vez.

—He visto a hombres morir antes de esto. Ordené ejecuciones, di la orden para que hombres entraran en batalla, escogí a éstos en lugar de aquéllos, cometí tres asesinatos y de no haber sido por la gracia de Dios y del sargento Bothari, hubiese cometido un cuarto... No sé por qué éste me ha golpeado como un muro. Me ha detenido, Cordelia. Y yo no puedo detenerme, de lo contrario nos derrumbaremos todos juntos. Debo seguir adelante de alguna manera.

Cordelia despertó en la oscuridad con un ruido de cristales rotos y un disparo suave, y contuvo el aliento sobresaltada. Un olor acre le quemaba los pulmones, la boca, la nariz y los ojos. Un sabor desagradable le provocó náuseas. A su lado, Vorkosigan despertó con una maldición.

—¡Una granada de soltoxina! ¡No respire, Cordelia! —Con un grito más fuerte, le colocó una almohada sobre el rostro y sus fuertes brazos la arrastraron fuera de la cama. Ella vomitó al instante de levantarse, llegó tambaleando hasta el pasillo, y él cerró la puerta de la alcoba en cuanto hubieron salido.

El piso se llenó de pasos que corrían. Vorkosigan gritó:

—¡Atrás! ¡Gas de soltoxina! ¡Despejen el piso! ¡Llamen a Illyan! —Cordelia se dobló, tosiendo y sufriendo arcadas. Otras manos los condujeron hasta la escalera. Cordelia apenas si veía nada, ya que tenía los ojos velados por las lágrimas.

Entre espasmos, Vorkosigan alcanzó a decir:

—Ellos tienen el antídoto... en la Residencia Imperial... está más cerca que el Hospital Militar... traigan a Illyan de inmediato. Él sabrá qué hacer. A la ducha... ¿dónde está la doncella de mi esposa? Traigan una doncella...

Momentos después la introducían bajo una ducha de la planta baja. Vorkosigan todavía se encontraba a su lado. Temblaba y apenas si lograba mantenerse en pie, pero aun así, intentaba ayudarla.

—Lávate bien todo el cuerpo, varias veces. No te detengas. Manten el agua fría.

—Tú también, entonces. ¿Qué era esa basura? —Cordelia volvió a toser bajo la ducha, y se ayudaron el uno al otro con el jabón.

—Lávate la boca también... Soltoxina. Han pasado quince o dieciséis años desde la última vez en que percibí este hedor, pero uno nunca lo olvida. Es un gas venenoso, de uso militar. Debería permanecer bajo estricto control. ¿Cómo diablos han logrado apoderarse de...? ¡Maldita seguridad! Mañana andarán de un lado al otro como gallinas mojadas... demasiado tarde. —Su rostro estaba de un blanco verdoso bajo la barba de la noche.

—Me encuentro un poco mejor —dijo Cordelia—. Las náuseas están pasando. ¿La dosis fue demasiado pequeña?

—No, pero actúa lentamente. No tarda mucho tiempo en acabar contigo. Afecta principalmente a los tejidos blandos... los pulmones se convertirán en gelatina en una hora, si el antídoto no llega pronto.

Cordelia sintió que el terror comenzaba a crecer en sus entrañas.

—¿Atraviesa la barrera placentaria?

Él guardó silencio demasiado tiempo antes de decir:

—No estoy seguro. Tendremos que preguntárselo al médico. Sólo he visto los efectos en hombres jóvenes. —Vorkosigan sufrió otro prolongado acceso de tos.

Una de las criadas del conde Piotr llegó, desgredada y asustada, para ayudar a Cordelia y al guardia aterrorizado que los había estado asistiendo. Otro guardia se acercó para informarles:

—Nos hemos puesto en contacto con la Residencia Imperial, señor. Ya están en camino.

La garganta, los bronquios y los pulmones de Cordelia comenzaban a llenarse de flemas. Ella tosió y escupió.

—¿Alguien ha visto a Drou?

—Creo que salió tras los asesinos, señora.

—No es su trabajo. Cuando suena la alarma, se supone que debe correr en busca de Cordelia —gruñó Vorkosigan, y comenzó a toser otra vez.

—En el momento del ataque ella estaba abajo, con el teniente Koudelka. Ambos salieron por la puerta trasera.



—Mierda —murmuró Vorkosigan—, tampoco es trabajo de él. —Sus esfuerzos para hablar le causaron otro ataque de tos—. ¿Han atrapado a alguien?

—Creo que sí, señor. Hubo una especie de alboroto en el fondo del jardín, junto al muro.

Permanecieron bajo el agua varios minutos más, hasta que el guardia volvió a entrar.

—El médico de la Residencia Imperial está aquí, señor.

La doncella envolvió a Cordelia en una bata y Vorkosigan se cubrió con una toalla, gruñendo al guardia:

—Ve a buscarme algo de ropa, muchacho. —Su voz era muy ronca.

En la alcoba de huéspedes, un hombre de mediana edad con el cabello despeinado, vestido con un pantalón, una chaqueta de pijama y zapatillas, estaba desembalando sus equipos médicos. Extrajo una caja presurizada y le ajustó una máscara para respirar, mirando el abdomen abultado de Cordelia y luego a Vorkosigan.

—Señor, ¿está seguro de haber identificado bien el veneno?

—Por desgracia, sí. Era soltoxina. El doctor inclinó la cabeza.

—Lo siento, señora.

—¿Esto perjudicará a mi...? —Se ahogó con la mucosidad.

—Cállese y atiéndala —gruñó Vorkosigan. El médico le colocó la máscara sobre la nariz y la boca.

—Respire profundamente. Inspire, espire. Siga espirando. Ahora inspire. Conténgalo...

El gas antídoto tenía un sabor más fresco, pero era casi tan nauseabundo como el veneno. Cordelia sintió que se le revolvía el estómago, pero no tenía nada que vomitar. Observó a Vorkosigan por encima de la máscara. Él la miraba y trataba de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, pero su rostro parecía cada vez más gris y extenuado. Cordelia estaba segura de que él había estado expuesto a una dosis mayor que ella, y se quitó la máscara para decir:

—¿No es tu turno?

El médico se la volvió a colocar.

—Una vez más, señora, para estar seguros —le dijo. Ella inhaló profundamente, y el hombre le retiró la máscara para colocársela a Vorkosigan, quien no pareció necesitar instrucciones sobre el modo de emplearla.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la exposición? —preguntó el médico con ansiedad.

—No estoy segura. ¿Alguien vio la hora? Usted, eh... —Había olvidado el nombre del joven guardia.

—Creo que unos quince o veinte minutos, señora.

El doctor se relajó visiblemente. —Entonces, todo debe estar bien. Ambos permanecerán en el hospital durante unos días. Haré los arreglos para que envíen un transporte médico. ¿Alguien más estuvo expuesto? —preguntó al guardia.

—Espere, doctor. —Él había guardado sus instrumentos y se estaba dirigiendo hacia la puerta—. ¿Qué... qué efectos causará la soltoxina sobre mi bebé? Él no la miró a los ojos.

—No puedo saberlo. Nadie ha sobrevivido a ello sin recibir tratamiento inmediato con el antídoto.

Cordelia sintió que el corazón le golpeaba en el pecho. —Pero si he recibido el tratamiento... —No le gustaba la expresión compasiva de su rostro, y se volvió hacia Vorkosigan—. ¿Qué puede...? —Se detuvo paralizada ante su expresión de dolor y de ira. Era el rostro de un desconocido con la mirada de un amante, y sus ojos finalmente buscaron los de ella.

—Dígaselo —le susurró al médico—. Yo no puedo.

—¿Es necesario que la perturbemos...?

—Ahora. Terminemos con esto.

—El problema es el antídoto, señora —informó el médico de mala gana—. Es un violento teratógeno. Detiene el desarrollo normal de los huesos en el feto. Los huesos de

usted son adultos, y, por lo tanto, no se verá afectada. Tal vez comience a sufrir cierta tendencia a la artritis, pero en ese caso podremos tratarla... —Se detuvo al ver que ella cerraba los ojos, dejándolo fuera—. Debo ir en busca de ese guardia —añadió.

—Vaya —le respondió Vorkosigan. El hombre dejó paso al guardia que traía las ropas del regente, y se marchó.

Ella abrió los ojos, y los dos se miraron. —Esa expresión en tu rostro... —susurró él—. No es... Llorar. ¡Grita! ¡Haz algo! —gritó con voz ronca—. ¡Al menos ódiame!

—Aún no puedo sentir nada —murmuró Cordelia—. Mañana tal vez. —Sentía una llamarada en la respiración.

Murmurando una maldición, Vorkosigan se vistió con su uniforme verde.

—Puedo hacer una cosa.

Era el rostro del desconocido, tomando posesión otra vez. Las palabras resonaron en la memoria de Cordelia. Si la Muerte vistiera un uniforme verde, se vería exactamente como él.

—¿Adonde vas?

—A ver qué ha atrapado Koudelka. —Cordelia lo siguió—. Quédate aquí —le ordenó.

—No.

Vorkosigan le dirigió una mirada iracunda, pero ella ignoró su expresión.

—Iré contigo.

—Entonces, ven. —Dio media vuelta y se dirigió a la escalera con la espalda muy erguida.

—No matarás a nadie delante de mí —dijo ella furiosamente, bajando la voz.

—¿Eso crees? —replicó él—. ¿Eso crees? —Murmuró de nuevo. Sus pies descalzos pisaban con fuerza los peldaños de piedra.

El gran vestíbulo de entrada era un caos, lleno de sus guardias, los hombres del conde y varios médicos. Un hombre con el uniforme negro de los guardias nocturnos estaba tendido en el suelo, asistido por un doctor. Ambos estaban empapados por la lluvia y sucios de barro, rodeados por un charco de agua ensangrentada.

El comandante Illyan, con el cabello mojado por la lluvia, acababa de entrar por la puerta principal junto a un ayudante.

—Avísenme en cuanto lleguen los técnicos con el detector —decía—. Mientras tanto, que nadie se acerque a ese muro ni al callejón.

»¡Señor! —exclamó al ver a Vorkosigan—. ¡Gracias a Dios que se encuentra bien!

Vorkosigan emitió un gruñido y no dijo nada. Rodeado por varios hombres, el prisionero tenía el rostro contra la pared, con una mano sobre la cabeza y la otra en una postura extraña, junto al cuerpo. Droushnakovi se hallaba junto a él, sujetando una ballesta metálica de brillo perverso. Evidentemente, el arma había sido utilizada para lanzar la granada de gas a través de la ventana. Drou tenía una marca amoratada en el rostro y le sangraba la nariz. Su bata de noche tenía varias manchas. Koudelka también se encontraba allí, apoyado sobre su espada, arrastrando una pierna. Llevaba puesto un uniforme húmedo y fangoso, con unas zapatillas, y en su rostro había una expresión amarga.

—Lo hubiera atrapado —estaba diciendo—, si no hubieras aparecido gritando...

—¡Oh, vamos! —replicó Droushnakovi—. Bueno, discúlpame, pero yo no lo veo de ese modo. Más bien me parece que él te había atrapado a ti... te había derribado de un golpe. Si no hubiera visto sus piernas tratando de escalar el muro...

—¡Basta! ¡Vorkosigan está aquí! —susurró otro guardia. Los hombres se volvieron hacia él y retrocedieron.

—¿Cómo logró entrar? —comenzó Vorkosigan, y entonces se detuvo. El hombre vestía el uniforme de fajina perteneciente al Servicio—. No será uno de sus hombres, ¿verdad, Illyan? —Su voz sonaba como metal sobre piedra.

—Señor, debemos llevarlo con vida para interrogarlo —dijo Illyan con inquietud junto a Vorkosigan. Parecía hipnotizado por la misma mirada que había hecho retroceder a los guardias—. Es posible que haya otros en la conspiración. Usted no puede...

Entonces el prisionero se volvió hacia sus captores.

Un guardia se dispuso a empujarlo nuevamente contra la pared, pero Vorkosigan se lo impidió. Cordelia no podía ver el rostro de su esposo ya que en ese momento se encontraba detrás de él, pero sus hombros perdieron la tensión asesina, y la ira pareció desaparecer de su espina dorsal, dejando nada más que dolor. Sobre el cuello negro sin insignias estaba el rostro devastado de Evon Vorhalas.

—Oh, no —susurró Cordelia—. Los dos no. La respiración de Vorhalas se aceleró de odio al ver a Vorkosigan.

—Asqueroso tirano. Tienes la sangre fría como una víbora. Sentado allí, como una piedra, mientras le arrancaban la cabeza. ¿Sentiste algo? ¿O fue un placer para ti, mi querido regente? En ese momento juré que me vengaría.

Se produjo un largo silencio y entonces Vorkosigan se acercó a él, apoyando un brazo contra la pared.

—Fallaste conmigo, Evon.

Vorhalas le escupió en el rostro. Su saliva estaba sangrienta por la herida que tenía en la boca. Vorkosigan no se movió para limpiarse.

—Fallaste también con mi esposa —continuó con una cadencia lenta y suave—. Pero lograste lastimar a mi hijo. ¿Soñabas con vengarte? Lo has logrado. Mírala a los ojos, Evon. Cualquier hombre podría ahogarse en esos ojos grises como el mar. Yo tendré que mirarlos cada día durante el resto de mi vida. Por lo tanto, disfruta de tu venganza, Evon. Acaríciala. Utilízala para abrigarte en las noches frías. Es toda tuya. Te la dejo como testamento. En cuanto a mí, me he hartado de ella hasta el punto de sentir náuseas, y me ha revuelto el estómago.

Entonces Vorhalas alzó la vista y, por primera vez, sus ojos se posaron en Cordelia. Ella pensó en la criatura de su vientre, en los delicados huesos cartilagosos que tal vez en ese mismo instante comenzaban a pudrirse, a retorcerse, a desintegrarse, pero aunque por un momento intentó odiar a Vorhalas, no lo consiguió. Ni siquiera logró encontrarlo desconcertante. Tuvo la sensación de que podía ver claramente a través de su alma herida, así como los médicos veían el interior de un cuerpo herido con sus instrumentos de diagnóstico. Cada desgarró y desgaste emocional, cada pequeño cáncer de resentimiento que crecía en ellos, y, por encima de todo, la gran cuchillada que había causado la muerte de su hermano.

—Él no lo disfrutó, Evon —dijo Cordelia—. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Lo sabes?

—Que tuviera un poco de compasión humana —replicó él—. Podría haber salvado a Cari. Hasta el último momento tuvo esa posibilidad. En un principio pensé que ése era el motivo de su presencia.

—Oh, Dios —dijo Vorkosigan. Pareció aún más enfermo al comprender las falsas esperanzas que había suscitado—. ¡Yo no realizo representaciones teatrales con las vidas humanas, Evon!

Vorhalas alzó su odio frente a él como un escudo.

—Vete al infierno.

Vorkosigan suspiró y se apartó de la pared. El médico los aguardaba para trasladarlos al Hospital Imperial.

—Lléveselo, Illyan —dijo Cordelia—. Necesito saber... necesito preguntarle una cosa.

Vorhalas le dirigió una mirada sombría.

—¿Éste era el resultado que buscabas? Quiero decir... al elegir esa arma en particular. Ese veneno concreto.

Él apartó la vista de ella y habló mirando a la pared opuesta.

—Fue lo que pude coger de la armería. No creí que lograsen identificarlo y trajeran el antídoto a tiempo desde el Hospital Militar.

—Me has aliviado de una carga —susurró ella.

—El antídoto provino de la Residencia Imperial —le explicó Vorkosigan—. Se encuentra mucho más cerca. En la enfermería del emperador hay de todo. En cuanto a la identificación... yo estuve allí, en la destrucción del motín de Karian. Tenía aproximadamente tu edad, o tal vez era un poco más joven. Ese olor me lo hizo recordar todo: los muchachos tosiendo sangre con los pulmones deshechos... —Pareció sumirse en el pasado.

—No tenía la intención de matarla. Usted sólo se encontraba en el camino entre él y yo. —Vorhalas agitó una mano en dirección a su vientre—. No era el resultado que buscaba. Yo quería matarlo a él. Ni siquiera sabía con certeza si compartían la misma habitación por las noches. —Ahora miraba en todas direcciones, pero nunca hacia su rostro—. Nunca pensé en matar a su...

—Mírame —gimió Cordelia—, y pronuncia la palabra en voz alta.

—Hijo —susurró él y, de pronto, rompió a llorar.

Vorkosigan dio un paso atrás y se situó junto a ella.

—Lamento que hayas hecho eso —le murmuró—. Me recuerda a su hermano. ¿Por qué soy el símbolo de la muerte para esta familia?

—¿Todavía quieres que disfrute su venganza?

Él posó la frente sobre su hombro unos momentos.

—Ni siquiera eso. Tú nos dejas sin nada, mi querida capitana. Pero, oh... —Posó la mano sobre su vientre, pero la retiró al recordar que todos los ojos los observaban. Vorkosigan enderezó la espalda—. Presénteme un informe completo por la mañana, Illyan. En el hospital.

Entonces la cogió por el brazo y ambos salieron tras el médico.

Cordelia no supo si había sido para ofrecerle su consuelo o para apoyarse en ella.

En el Hospital Militar Imperial, Cordelia se vio rodeada de profesionales que la llevaban como por un río. Médicos, enfermeras, guardias. La separaron de Aral en la puerta, y Cordelia se sintió muy inquieta y perdida entre tanta gente. Sólo pronunció algunos saludos automáticamente, esperando que la conmoción le produjese un estado de inconsciencia, de aturdimiento, de locura negadora, de alucinación, de cualquier cosa. En lugar de ello, sólo se sentía cansada.

El bebé se movía en su interior; evidentemente, el antídoto teratógeno era un veneno de acción muy lenta. Todavía les quedaba algún tiempo para estar juntos, y ella lo amó a través de su piel, deslizando los dedos en un lento masaje sobre el abdomen.

Bienvenido a Barrayar, hijo mío, la morada de los caníbales; en este lugar ni siquiera esperan los acostumbrados dieciocho o veinte años para devorarte. Planeta voraz.

Cordelia fue alojada en una lujosa habitación privada en el ala VIP, la cual había sido preparada a toda prisa para su uso exclusivo. Se sintió aliviada al descubrir que Vorkosigan se había instalado al otro lado del pasillo. Vestido con su pijama militar, él se acercó a su cama para arroparla. Cordelia logró esbozar una pequeña sonrisa para él, pero no trató de sentarse. La fuerza de la gravedad la estaba hundiendo hacia el centro del mundo. Lo único que le impedía sumirse era la rigidez de la cama, el edificio, la corteza del planeta, no su propia voluntad.

Vorkosigan fue seguido por un enfermero ansioso. —Recuerde, señor. No debe tratar de hablar demasiado hasta que el médico le haya irrigado la garganta. La luz gris del amanecer empalidecía las ventanas. Él se sentó en el borde de la cama.

—Estás fría, mi querida capitana —murmuró con voz ronca mientras le frotaba la mano. Ella asintió con la cabeza. Le dolía el pecho, tenía la garganta irritada y le ardían los senos paranasales.

—Nunca debí dejarme convencer cuando me ofrecieron este trabajo —continuó él—. Lo siento tanto...

—Yo también ayudé a convencerte. Tú trataste de advertirme. No es culpa tuya. Parecías la persona adecuada. Eres la persona adecuada.

Vorkosigan sacudió la cabeza.

—No hables. Se forman cicatrices en las cuerdas vocales.

—¡Ja! —exclamó Cordelia con amargura, y posó un dedo sobre sus labios cuando él comenzó a hablar otra vez. Vorkosigan asintió con la cabeza, resignado, y permanecieron mirándose el uno al otro un buen rato. Él apartó el cabello de su frente con suavidad, y ella buscó el consuelo de su mano contra la mejilla. Al fin llegó una cuadrilla de médicos y técnicos que se lo llevaron para iniciar el tratamiento.

—Vendremos a verla ahora mismo, señora —le prometió el jefe del equipo.

Regresaron después de un rato para hacerla gargarizar un desagradable líquido rosado y respirar en una máquina, y luego volvieron a marcharse. Una enfermera le llevó el desayuno, pero Cordelia no lo tocó.

Entonces un comité de médicos entró en su habitación con rostros sombríos. El que había acudido en medio de la noche ahora estaba acicalado y vestido con ropas de civil. El médico personal de Cordelia se encontraba acompañado por un hombre más joven, vestido con un uniforme verde del Servicio que lucía insignias de capitán en el cuello. Ella miró los tres rostros y pensó en el Cancerbero.

Su médico le presentó al desconocido. —Es el capitán Vaagen, del instituto de investigaciones perteneciente al Hospital Militar Imperial. Es nuestro residente experto en venenos militares.

—¿En inventarlos o en recoger sus despojos, capitán? —preguntó Cordelia.

—Ambas cosas, señora. —Él se encontraba en una postura de descanso algo agresiva.

Su médico no tenía una expresión muy animada, aunque sus labios sonreían.

—El regente me ha pedido que le informe del programa de tratamiento indicado. Me temo... —carraspeó— que lo mejor será efectuar el aborto de inmediato. Su embarazo ya se encuentra bastante avanzado, y, para lograr su recuperación, conviene aliviarla de la tensión psicológica lo antes posible.

—¿Es lo único que se puede hacer? —preguntó ella con desesperación, aunque conocía de antemano la respuesta por la expresión de sus rostros.

—Me temo que sí —respondió su médico con tristeza. El hombre de la Residencia Imperial asintió con un gesto para confirmar sus palabras.

—He estado revisando algunos libros —dijo el capitán de improviso, mientras miraba por la ventana—, y se hicieron algunos experimentos con calcio. Claro que los resultados obtenidos no fueron particularmente alentadores...

—Pensé que habíamos acordado no hablar del asunto —intervino el hombre de la Residencia.

—Vaagen, eso es una crueldad —protestó el médico de Cordelia—. Está alimentando falsas esperanzas. No puede convertir a la esposa del regente en uno de sus animales de laboratorio. Tiene el permiso del regente para realizar la autopsia, confórmese con eso.

En un segundo, mientras observaba el rostro del hombre con ideas, el mundo de Cordelia volvió a enderezarse. Ella conocía a los de su tipo: orgullosos y engreídos, pero algunas veces alcanzaban sus objetivos. Pasaban de una monomanía a otra como una abeja polinizando flores, y recogían pocos frutos pero dejaban atrás sus semillas. Personalmente, a los ojos de ese hombre, ella no era más que material virgen para iniciar una monografía. Los riesgos que ella corría no le importaban; ella no era una persona, sino una enfermedad. Cordelia le sonrió lentamente, reconociéndolo como un aliado en campo enemigo.

—¿Cómo está usted, doctor Vaagen? ¿Qué le parecería escribir el artículo médico de su vida?

El hombre de la Residencia Imperial emitió una risa.

—Ella ha comprendido sus intenciones, Vaagen.

Él le devolvió la sonrisa, sorprendido. —Entenderá que no puedo garantizar resultados...

—¡Resultados! —lo interrumpió el médico de Cordelia—. Dios mío, será mejor que le comunique cuál es su idea de un resultado. O enséñele fotografías... no, no haga eso. Señora —se volvió hacia ella—, los tratamientos de los que habla se intentaron por última vez hace veinte años. Causaron un daño irreparable a las madres. Y los resultados... lo mejor que se puede esperar es un tullido. Tal vez algo peor. Indescribiblemente peor.

—Una medusa sería una descripción bastante aceptable —dijo Vaagen.

—¡Usted es inhumano, Vaagen! —replicó el médico de Cordelia, quien la observó unos momentos para verificar su estado de angustia.

—¿Una medusa viable, doctor Vaagen? —preguntó Cordelia, muy interesada.

—Hum. Tal vez —respondió él, inhibido por las miradas furibundas de sus colegas—. Pero existe la dificultad de lo que ocurre con las madres cuando el tratamiento se aplica in vivo.

—¿Y qué? ¿Entonces no puede hacerlo in vitral —Cordelia formuló la pregunta obvia.

Vaagen dirigió una mirada triunfante a su médico. —Desde luego, abriría muchas posibilidades de experimentación, si pudiera arreglarse —murmuró al techo. —¿In vitro? —dijo el hombre de la Residencia Imperial, confundido—. ¿Cómo?

—¿Por qué pregunta eso? —dijo Cordelia—. Ustedes tienen diecisiete réplicas uterinas fabricadas en Escobar. Fueron traídas después de la guerra y se encuentran aquí, guardadas en algún armario.

—Se volvió hacia el doctor Vaagen con entusiasmo—. ¿Por casualidad no conocerá al doctor Henri?

Vaagen asintió con la cabeza.

—Hemos trabajado juntos.

—¡Entonces, lo sabe todo al respecto!

—Bueno, no todo exactamente. Pero eh... en realidad, él me ha informado de que se encuentran disponibles. Aunque usted debe comprender que yo no soy un obstetra.

—Ya lo creo que no —bufó el médico de Cordelia—. Señora, este hombre ni siquiera es médico. Es sólo un bioquímico.

—Pero usted es un obstetra —objetó ella—. Entonces tenemos el equipo completo. El doctor Henri y el capitán Vaagen se ocuparán de Piotr Miles, y usted realizará la transferencia.

El médico apretaba los labios y sus ojos tenían una expresión muy extraña. Cordelia necesitó unos momentos para identificarla como miedo.

—Yo no podré hacer la transferencia, señora —le respondió—. No sé cómo hacerla. Nadie en Barrayar ha realizado una operación semejante. —Entonces, ¿no lo aconseja? —Definitivamente no. La posibilidad de causar un daño permanente... después de todo, dentro de unos meses podrá volver a intentarlo, siempre y cuando la zona testicular de su esposo no se haya visto afectada. Podrá volver a comenzar. Yo soy su médico, y ésa es mi opinión. —Sí, siempre y cuando antes de eso alguien no logre derribar a Aral. Debo recordar que esto es Barrayar, donde las personas están tan enamoradas de la muerte que entierran a hombres que todavía alientan. ¿Usted está dispuesto a intentar la operación?

Él se irguió con dignidad.

—No, señora. Y es definitivo.

—Muy bien. —Señaló a su médico con el dedo—. Queda despedido. Entonces —se volvió hacia Vaagen—, usted estará a cargo de este caso. Confío en usted para que me

encuentre un cirujano... o un estudiante de medicina, o un veterinario, o alguien que esté dispuesto a intentarlo. Y entonces podrá experimentar cuanto desee.

Vaagen pareció ligeramente triunfante; su ex médico parecía furioso.

—Será mejor que averigüemos la opinión del regente antes de seguir alentando a su esposa en este falso optimismo.

Vaagen pareció un poco menos triunfante.

—¿Piensa hablar con él ahora mismo? —preguntó Cordelia.

—Lo siento, señora —dijo el hombre de la Residencia Imperial—. Pero creo que lo mejor será acabar con esto lo antes posible. Usted no conoce la reputación del capitán Vaagen. Lamento ser tan brusco, Vaagen, pero a usted le gusta construir imperios, y esta vez ha llegado demasiado lejos.

—¿Su ambición es contar con una ala propia para efectuar investigaciones, Vaagen? —le preguntó Cordelia.

Él se alzó de hombros, más avergonzado que ofendido, por lo que ella comprendió que, al menos en parte, las palabras del hombre de la Residencia debían de ser verdad. Cordelia clavó la vista en Vaagen y trató de pensar en el mejor modo de avivar su ingenio.

—Tendrá todo un instituto si logra llevar esto a cabo. A él —agrego señalando el pasillo con un movimiento de cabeza— dígame que yo se lo prometí.

Los tres hombres se retiraron. Cordelia permaneció tendida en la cama y silbó una pequeña melodía silenciosa, mientras sus manos continuaban el pequeño masaje abdominal. La gravedad había dejado de existir.

## 9

Hacia el mediodía, Cordelia consiguió por fin conciliar el sueño y, al despertar, se sintió desorientada. La luz de la tarde entraba por las ventanas de la habitación. La llovizna gris había desaparecido. Cordelia se tocó el vientre con pesar, y cuando se giró en la cama descubrió que el conde Piotr estaba sentado a su lado.

Él vestía sus ropas de campo: el viejo pantalón del uniforme, una camisa sencilla y la chaqueta que sólo usaba en Vorkosigan Surleau. Debía de haber venido directamente al hospital. Sus labios finos le sonrieron con ansiedad. Sus ojos se veían cansados y preocupados.

—Querida niña. No tienes que despertarte por mí.

—Está bien. —Cordelia veía un poco turbio, y se sentía más vieja que el conde—.

¿Hay algo para beber?

Él le sirvió agua fría de la mesa de noche, y la observó beber.

—¿Más?

—Es suficiente. ¿Ya ha visto a Aral?

Piotr le palmeó la mano.

—Ya he hablado con él. Ahora está descansando. Lo siento mucho, Cordelia.

—Tal vez no sea tan terrible como temimos en un principio. Todavía nos queda una posibilidad. Una esperanza. ¿Aral ya le habló de las réplicas uterinas?

—Me dijo algo. Pero seguramente el daño ya estará hecho. Un daño irreparable.

—Un daño, sí. Hasta qué punto es irreparable, nadie lo sabe. Ni siquiera el capitán Vaagen.

—Sí, conocí al capitán Vaagen hace unos momentos. —Piotr frunció el ceño—. Un sujeto bastante ambicioso. El prototipo del Nuevo Hombre.

—Barrayar necesita hombres nuevos, y también mujeres. Su generación tecnológicamente entrenada.

—Oh, sí. Luchamos mucho para educarlos. Son absolutamente necesarios, y algunos de ellos lo saben. —Un dejo de ironía suavizó su boca—. Pero esta operación que propones, esta transferencia placentaria... no parece demasiado segura.

—En Colonia Beta, sería de rutina. —Cordelia se encogió de hombros. Aunque, por supuesto, no estamos en Colonia Beta.

—Pero algo más directo, más conocido... estarías lista para volver a empezar mucho antes. A la larga, es posible que pierdas menos tiempo.

—Tiempo... no es eso lo que me preocupa perder.

—Un concepto absurdo, ahora que lo pensaba. Perdía 26,7 horas con cada día barrayarés—. De todos modos, nunca volveré a pasar por eso. Yo aprendo rápido, señor.

Un destello de alarma cruzó por el rostro del conde.

—Cambiarás de idea cuando te recuperes. Lo que importa ahora... He hablado con el capitán Vaagen. No parece albergar ninguna duda de que los daños han sido severos.

—Pues, sí. Lo que no sabe es si es capaz de contrarrestarlos.

—Querida niña. —Su sonrisa preocupada se tornó más tensa—. Por eso mismo. Si el feto fuese una niña, incluso un segundo hijo, podríamos permitir tus comprensibles, incluso loables, sentimientos maternos. Pero si esta cosa vive, llegará a ser el conde Vorkosigan algún día. Nosotros no podemos permitir que exista un conde Vorkosigan deforme. —Se reclinó en su silla, como si acabara de decir algo muy convincente. Cordelia frunció el ceño. —¿Quiénes son «nosotros»? —La Casa Vorkosigan. Somos una de las familias más antiguas de Barrayar. Tal vez nunca hayamos sido la más rica ni la más poderosa, pero lo que nos ha faltado en dinero lo hemos tenido en honor. Nueve generaciones de guerreros Vor. Sería un final horrible para nueve generaciones, ¿no lo comprendes?

—En este momento, la familia Vorkosigan consiste en dos individuos: usted y Aral —observó Cordelia, divertida y molesta a la vez—. Y los condes Vorkosigan han tenido finales horribles a lo largo de toda su historia. Han muerto por una bomba, un disparo, de hambre, ahogados, quemados, decapitados, enfermos o dementes. Lo único que nunca han hecho es morir en la cama. Pensé que estaba acostumbrado a los horrores. El le dirigió una sonrisa afligida.

—Pero nunca hemos sido mutantes.

—Creo que debe volver a hablar con Vaagen. Si yo le entendí correctamente, el daño fetal que describió fue teratógeno, no genético.

—Pero la gente creerá que es un mutante.

—¿Qué diablos le importa lo que piense la masa ignorante?

—Los otros Vor, querida.

—La masa de los Vor es igualmente ignorante. Se lo aseguro.

El conde retorció las manos. Abrió la boca, volvió a cerrarla, frunció el ceño y finalmente dijo con más dureza:

—Un conde Vorkosigan tampoco ha sido jamás un experimento de laboratorio.

—Entonces ya ve: servirá a Barrayar incluso antes de nacer. No es un mal comienzo para una vida honorable. —Tal vez se lograra extraer algo bueno de todo aquello después de todo: nuevos conocimientos. Si la ayuda no servía para ellos mismos, quizá lograra aliviar el dolor de otros padres. Cuanto más lo pensaba, más acertada le parecía su decisión, en muchos aspectos. Piotr echó atrás la cabeza.

—Por más dulces que parezcáis las betanesas, tenéis una pasmosa sangre fría.

—Una tendencia racional, señor. El racionalismo tiene sus méritos. Los barrayareses deberían intentarlo alguna vez. —Cordelia se mordió la lengua—. Pero muchas veces nos excedemos, creo. Todavía nos aguardan grandes p... —peligros—, dificultades. Una transferencia placentaria a estas alturas del embarazo es difícil incluso para la tecnología



más desarrollada. Admito que hubiese preferido disponer del tiempo necesario para importar a algún cirujano más experimentado. Pero no es el caso.

—Sí, sí, todavía puede morir, tienes razón. No hay necesidad de... pero estoy preocupado por ti también, niña. ¿Vale la pena?

¿Que valía la pena para qué? ¿Cómo podía saberlo ella? Le ardían los pulmones. Lo miró con una sonrisa fatigada y sacudió la cabeza, sintiendo la presión en las sienes y en la nuca.

—Papá —dijo una voz ronca desde la puerta. Aral se encontraba apoyado allí, con su pijama verde y una máscara de oxígeno portátil sujeta a la nariz. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí?

—. Creo que Cordelia necesita descansar.

Sus ojos se encontraron por encima de Piotr.

Dios te bendiga, cariño.

—Sí, por supuesto. —El conde Piotr se levantó con dificultad—. Lo siento. Tienes toda la razón. —Apretó la mano de Cordelia una vez más con sus dedos secos de anciano—. Duerme. Luego podrás pensar con más claridad.

—Padre.

—No deberías estar levantado, ¿verdad? —dijo Piotr mientras se retiraba—. Vuelve a la cama, muchacho... —Su voz se alejó por el pasillo.

Aral regresó más tarde, cuando el conde Piotr se hubo marchado definitivamente.

—¿Papá te estuvo molestando? —le preguntó con el rostro muy serio. Cordelia le tendió una mano y él se sentó en la cama. Su cabeza abandonó la almohada para posarse sobre sus piernas, apoyando la mejilla sobre sus músculos firmes y él le acarició el cabello.

—No más que de costumbre —suspiró ella.

—Temí que te estuviese perturbando.

—No. No se trata de que no me encuentre perturbada. Es sólo que me siento demasiado cansada para correr de un extremo al otro del pasillo gritando. —Ah. Entonces, sí te trastornó.

—Sí. —Cordelia vaciló—. En cierto sentido, tiene razón. He pasado demasiado tiempo aterrorizada, esperando que cayese el golpe de alguna parte, de cualquier parte. Y, de repente, sucedió anoche, y ha pasado lo peor... excepto que no ha terminado. Si el golpe hubiese sido más completo, podría detenerme, renunciar ahora. Pero esto continuará. —Se frotó la mejilla contra la tela—. ¿Illyan averiguó algo más? Me pareció haber oído su voz hace un rato.

La mano de Vorkosigan continuó acariciándole el cabello rítmicamente.

—El interrogatorio preliminar con pentotal a Evon Vorhalas ha terminado. Ahora está investigando la vieja armería de donde Evon robó la soltoxina. Al parecer, no puede haberla conseguido tan unilateralmente como asegura. Un mayor que se encuentra a cargo del lugar ha desaparecido. Ausente sin permiso. Illyan todavía no sabe si el hombre ha sido eliminado para despejar el camino de Evon o si en realidad lo ayudó, y se esconde en alguna parte.

—Si fue una negligencia, es posible que tenga miedo.

—Más le vale tener miedo. Si tuvo alguna participación consciente en esto... —Su mano se cerró sobre los cabellos de Cordelia—. Lo siento —murmuró de inmediato, y continuó acariciándola. Cordelia, quien se sentía como un animal herido, se acurrucó aún más sobre sus piernas y posó una mano sobre su rodilla.

—Respecto a papá... si vuelve a molestarte, envíamelo a mí. No tienes por qué discutir el asunto con él. Le dije que la decisión era tuya.

—¿Mía? —La mano de Cordelia descansaba, inmóvil—. ¿No es nuestra?

Él vaciló.

—Cualquier cosa que desees, yo la apoyaré.

—¿Pero qué deseas tú? ¿Me estás ocultando algo?

—Yo no puedo evitar comprender sus temores. Pero... hay una cosa que todavía no he comentado con él, ni pienso hacerlo. Es posible que el próximo niño no llegue tan fácilmente como el primero.

—¿Fácilmente? ¿Llamas a esto «fácil»?

Vorkosigan continuó.

—Uno de los efectos menos conocidos de la soltoxina es la formación de tejido cicatrizal en los testículos, a un nivel microscópico. Puede reducir considerablemente la fertilidad. Al menos, eso me ha advertido mi médico.

—Tonterías —dijo Cordelia—. Sólo se necesitan dos células somáticas y una réplica uterina. Si después de la próxima bomba sólo pueden despegar de las paredes tu meñique y mi dedo gordo, todavía podrían seguir reproduciendo pequeños Vorkosigan para el siglo que viene.

—Pero no de forma natural y sin salir de Barrayar.

—O sin cambiar Barrayar. Maldita sea. —La mano de Vorkosigan se detuvo ante la dureza de su voz—. Si hubiera insistido en usar la réplica desde el principio, el bebé nunca hubiese corrido ningún riesgo. Yo sabía que era más seguro, sabía que estaba allí...

—Su voz se quebró.

—Shhh. Si yo no hubiese... aceptado este trabajo. Si te hubiera dejado en Vorkosigan Surleau. Si hubiese perdonado a ese idiota de Cari, por amor de Dios. Si tan sólo hubiésemos dormido en habitaciones separadas...

—¡No! —La mano de Cordelia se tensó sobre su rodilla—. Me niego a vivir en un refugio antibombas durante los próximos quince años. Aral, este sitio tiene que cambiar. Esto es insoportable.

Si nunca hubiese venido aquí.

El quirófano parecía limpio y brillante, aunque no estaba tan bien equipado según los estándares galácticos. Tendida sobre la plataforma flotante, Cordelia volvió la cabeza para observar todos los detalles posibles. Luces, monitores y una mesa de operaciones con una cisterna de desagüe ubicada debajo. Un técnico revisaba un depósito donde bullía un líquido claro y amarillo. Éste no era un punto sin retorno, se dijo con firmeza. Sólo era el siguiente paso lógico.

Con sus batas esterilizadas, el capitán Vaagen y el doctor Henri aguardaban cerca de la mesa de operaciones. Junto a ellos se encontraba la réplica uterina portátil, una caja de plástico y metal de cincuenta centímetros de altura, tachonada con paneles de control y orificios de acceso. En sus costados brillaban unas luces verdes y amarillas. Limpio, esterilizado, con sus tanques de oxígeno y nutrientes cargados y listos. Cordelia lo observó con un profundo alivio. El primitivo sistema barrayarés de gestación sólo simbolizaba el fracaso completo de la razón ante el sentimiento. Ella se había esforzado mucho por complacer, por encajar, por convertirse en una barrayaresa. Y su hijo había pagado el precio. Nunca más.

El doctor Ritter, el cirujano, era un hombre alto de cabellos oscuros, con piel aceitunada y manos largas. A Cordelia le habían gustado sus manos desde el primer momento. Eran firmes. Ritter y un enfermero la colocaron sobre la mesa de operaciones y retiraron la camilla flotante. El doctor Ritter esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Lo está haciendo muy bien. Claro que sí, ni siquiera hemos comenzado, pensó Cordelia con irritación. El doctor Ritter parecía palpablemente nervioso, aunque de alguna manera la tensión se detenía en sus codos. El cirujano era un amigo de Vaagen a quien éste había logrado convencer después de que los dos pasaran un día repasando una lista de hombres con más experiencia, quienes se habían negado a aceptar el caso.

Vaagen se lo había explicado a Cordelia.

—¿Cómo llamaría a cuatro matones con porras en un callejón oscuro?

—¿Qué?

—Un juicio por incompetencia de un lord Vor.

—El hombre se echó a reír. Vaagen tenía un sentido del humor completamente ácido. Cordelia lo hubiese abrazado por ello. Había sido la única persona que se permitiera hacer una broma en su presencia en los últimos tres días, posiblemente la persona más honesta y racional que había conocido desde que abandonara Colonia Beta. Se alegraba de que estuviese allí.

La hicieron girar sobre un costado y le tocaron su espina dorsal con el aturridor médico. Un hormigueo, y de pronto sus pies fríos se calentaron. De inmediato las piernas le quedaron inertes, como sacos de manteca.

—¿Puede sentir esto? —preguntó el doctor Ritter.

—¿Sentir qué?

—Bien. —Él hizo una seña al técnico y entre los dos la tendieron de espaldas. El técnico descubrió su vientre y encendió el campo esterilizador. El cirujano la palpó, observando los monitores de holovideo para ubicar la posición exacta de la criatura dentro de ella.

—¿Está segura de que no prefiere pasar por esto dormida? —le pregunto el doctor Ritter por última vez.

—No. Quiero mirar. Éste es el nacimiento de mi primer hijo. Tal vez de mi único hijo. Él esbozó una sonrisa.

—Una niña valiente.

Niña... y una mierda, soy mayor que tú. Cordelia percibía que, en realidad, el cirujano hubiese preferido no ser observado.

El doctor Ritter se detuvo y echó un último vistazo a su alrededor, como si controlara mentalmente que no le faltase ningún instrumento ni ningún asistente. Y reuniendo valor, supuso Cordelia.

—Vamos, doctor, terminemos con esto —urgió Vaagen con impaciencia. En su tono había una peculiar mezcla de sarcasmo y calidez—. Mis exámenes indican que los huesos ya han comenzado a desintegrarse. Si esto sigue avanzando, no me quedará matriz sobre la cual trabajar. Abre ahora y muérdete las uñas después.

—Muérdete tú las uñas, Vaagen —replicó el cirujano afablemente—. Si vuelves a darme prisa, haré que el técnico te ponga el espéculo en la garganta.

Eran viejos amigos, estimó Cordelia. Pero el cirujano alzó las manos, inspiró y cogió el escalpelo vibratorio, abriendo su vientre en un tajo perfectamente controlado. El técnico siguió su movimiento con el tractor quirúrgico de mano, cerrando vasos sanguíneos; apenas si escapó un hilo de sangre. Cordelia sintió una presión, pero ningún dolor. Otros tajos le abrieron el útero. Una transferencia placentaria era mucho más arriesgada que una simple operación de cesárea. Por medios químicos y hormonales, había que desprender la frágil placenta del útero, sin dañar demasiadas de sus diminutas vellosidades, para, luego, hacerla flotar en una solución nutriente altamente oxigenada. Entonces se colocaba la esponja de la réplica entre la placenta y la pared uterina, induciendo a las vellosidades a entretejerse al menos parcialmente en su nueva matriz, y, finalmente, había que trasladarlo todo al aparato. Cuanto más avanzado el embarazo, más difícil era la transferencia.

En los monitores se controlaba el cordón umbilical que unía a la placenta con el feto, inyectando oxígeno a medida que se necesitaba. En Colonia Beta había un pequeño aparato que cumplía esa función; allí el oxígeno era suministrado por un técnico de expresión ansiosa.

El técnico comenzó a inyectar la solución amarillo brillante en su útero. Unas gotas teñidas de rosa se derramaron por sus costados y cayeron en la cisterna de desagüe. No cabía duda, la transferencia placentaria era una operación bastante engorrosa.

—Esponja —pidió el cirujano con suavidad. Vaagen y Henri colocaron la réplica a un lado de Cordelia, y deslizaron la esponja de la matriz hacia la mesa de operaciones. El cirujano trabajaba sin pausa con un pequeño tractor de mano. Por más que bajaba la vista sobre su vientre abultado (apenas abultado), Cordelia no alcanzaba a verle las manos. Se estremeció. Ritter estaba sudando.

—Doctor... —Un técnico señaló algo en un monitor de vídeo.

—Hum —dijo Ritter alzando la vista, para luego continuar con su tarea. Los técnicos murmuraban, Vaagen y Henri murmuraban... palabras tranquilizadoras, profesionales. Ella tenía mucho frío...

De repente, el fluido que se derramaba sobre la represa blanca de su piel pasó del rosa al rojo brillante y empezó a manar mucho más rápido que el flujo de entrada.

—Cerrad eso —dijo el cirujano con los dientes apretados.

Cordelia sólo tuvo una visión fugaz, debajo de una membrana, de unos diminutos brazos y piernas, de una cabeza húmeda y oscura moviéndose sobre las manos enguantadas del cirujano. Su tamaño no era mayor que el de un gatito medio ahogado.

—¡Vaagen! ¡Llévate esto ahora si lo quieres! —exclamó Ritter.

Vaagen introdujo las manos enguantadas en su vientre, mientras unos remolinos oscuros nublaban la visión de Cordelia. De pronto sintió un fuerte dolor en la cabeza y todo pareció estallar en destellos brillantes. La oscuridad la invadió por completo. Lo último que oyó fue la voz desesperada del cirujano:

—¡Oh, mierda...!

Sus sueños estaban nublados de dolor. Lo peor era la sensación de asfixia. Sentía que se ahogaba, se ahogaba, y lloraba por la falta de aire. Tenía la garganta llena de obstrucciones, y ella trataba de arrancárselas hasta que le ataban las manos. Entonces comenzó a soñar con las torturas de Vorrutyer, multiplicadas en infinidad de complicaciones que continuaban durante horas. Un Bothari demente se hincaba sobre su pecho, y el aire ya no podía entrar.

Cuando finalmente despertó con la cabeza despejada, fue como surgir de alguna infernal prisión subterránea a la luz de Dios.

Su alivio fue tan profundo que volvió a llorar, un gemido apagado y unas lágrimas en sus ojos. Podía respirar, aunque le resultaba doloroso; el dolor de su cuerpo le impedía moverse, pero podía respirar. Eso era suficiente.

—Sh. Sh. —Un dedo cálido le tocó los párpados, enjugando las lágrimas—. Está bien.

—¿Ssí? —Cordelia parpadeó. Era de noche, y la cálida luz artificial proyectaba sombras en la habitación. El rostro de Aral se encontraba sobre ella—. ¿Ees... de noche? ¿Qué pasó?

—Sh. Has estado enferma, muy enferma. Tuviste una fuerte hemorragia durante la transferencia placentaria. Tu corazón se detuvo dos veces. —Se humedeció los labios y continuó—. El trauma, junto con el veneno, te produjeron una neumonía. Ayer pasaste muy mal día, pero lo peor ha terminado. Te han quitado el respirador.

—¿Cuánto... tiempo?

—Tres días.

—Ah. El bebé, Aral. ¿Funcionó? ¡Cuéntame!

—Todo salió bien. Vaagen informa que la transferencia fue un éxito. Perdieron más o menos un treinta por ciento de las funciones placentarias, pero Henri lo compensó con una solución fluida enriquecida y oxigenada, y todo parece funcionar bien, o al menos tan bien como cabía esperar. El feto sigue con vida. Vaagen ha iniciado su primer tratamiento experimental con calcio, y nos ha prometido presentar un primer informe muy pronto. —Le acarició la frente—. Vaagen tiene acceso prioritario a cualquier equipo, suministro o personal técnico que necesite, incluyendo consultores externos. Además de Henri, cuenta con el consejo de un pediatra civil. El mismo Vaagen es el hombre que más sabe de

venenos militares, no sólo en Barrayar sino también en toda la galaxia. Por ahora no podemos hacer más. Así que descansa, mi amor.

—El niño... ¿dónde...?

—Ah, puedes ver dónde si lo deseas. —La ayudó a levantar la cabeza y señaló la ventana—. ¿Ves ese segundo edificio, con las luces rojas en el techo? Es el ala de investigaciones bioquímicas. El laboratorio de Vaagen y Henri se encuentra en el tercer piso.

—Oh, ahora lo reconozco. Lo vi desde el otro lado, el día que nos llevamos a Elena.

—Sí. —El rostro de Vorkosigan se suavizó—. Me alegro de tenerte otra vez aquí, querida capitana. Al verte tan enferma... no me había sentido tan inútil e impotente desde los once años.

Ése era el año en que el pelotón de Yuri el Loco había asesinado a su madre y su hermano.

—Sh —dijo ella a su vez—. No, no... todo está bien ahora.

A la mañana siguiente le quitaron todos los tubos que perforaban su cuerpo, exceptuando el del oxígeno. Luego siguieron unos días de tranquila rutina. Su recuperación se veía menos interrumpida que la de Aral. Verdaderas tropas de hombres, encabezadas por el ministro Vortala, acudían a verlo a todas horas. Aral se había hecho instalar una consola de seguridad en la habitación, a pesar de las protestas médicas. Koudelka se reunía con él ocho horas diarias, en la improvisada oficina.

Koudelka parecía muy silencioso, tan deprimido como todos los demás después del desastre, aunque no tanto como los que habían tenido alguna relación con su fracasada seguridad. Incluso Illyan se encogía cuando la veía.

Un par de veces al día, Aral la llevaba a caminar un poco por el corredor. El escalpelo vibratorio había realizado un corte muy limpio en su abdomen, pero no por ello era menos profundo. De todos modos, la herida le dolía menos que los pulmones. O que el corazón. Su vientre estaba más flácido que plano, pero de todos modos se encontraba vacío. Ella estaba sola, deshabitada, volvía a ser ella misma después de cinco meses de esa extraña existencia doble.

Un día el doctor Henri llegó con una silla flotante y la llevó a dar un paseo por el laboratorio, para que viese dónde estaba instalada la réplica uterina. Cordelia observó a su hijo, moviéndose en los monitores, y estudió los informes técnicos. Los nervios, la piel y los ojos del feto se desarrollaban con normalidad, aunque Henri no estaba seguro respecto al oído debido a los huesecillos del interior. Henri y Vaagen eran científicos muy bien entrenados, casi betaneses por su aspecto, y Cordelia los bendijo en silencio y les dio las gracias en voz alta, para regresar luego a su habitación sintiéndose muchísimo más tranquila.

No obstante, cuando a la tarde siguiente el capitán Vaagen entró como una tromba en su habitación, Cordelia sintió que el corazón le daba un vuelco. El rostro del bioquímico estaba terriblemente sombrío, y tenía los labios fuertemente apretados.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó ella con ansiedad—. Esa segunda dosis de calcio... ¿ha fallado?

—Es demasiado pronto para saberlo. No, el feto está igual, señora. Ahora el problema es su suegro.

—¿Cómo?

—El conde general Vorkosigan ha venido a vernos esta mañana.

—¡Oh! ¿Ha ido a ver al bebé? Me alegro. Está muy perturbado con toda esta nueva tecnología de vida. Tal vez comience a superar esos bloqueos emocionales. Como viejo guerrero Vor que es, no tiene ningún problema con la tecnología de la muerte, sin embargo...

—Yo en su lugar no sería muy optimista respecto a él, señora. —Inspiró profundamente y se refugió en la formalidad. En esta ocasión no mostraba un humor negro ni ninguna

otra clase de humor—. El doctor Henri pensó lo mismo que usted. Paseamos al general por todo el laboratorio, mostrándole todos los equipos y explicándole nuestras teorías. Fuimos absolutamente sinceros, tal como lo hemos sido con usted. Tal vez demasiado sinceros. Él quería saber qué resultados íbamos a obtener. Diablos, no lo sabemos. Y eso fue lo que le dijimos.

«Después de andarse con rodeos un buen rato... bueno, en pocas palabras, primero el general pidió, luego ordenó y luego trató de sobornar a Henri para que abriera la llave. Para que destruyera al feto. A la mutación, como él lo llama. Lo echamos de allí inmediatamente, pero juró que volvería.

Cordelia estaba temblando por dentro, pero mantuvo el rostro impassible. —Ya veo.

—Quiero que ese viejo se mantenga lejos de mi laboratorio, señora. Y no me importa lo que usted haga para conseguirlo. No necesito esta clase de basura cerca, por más personaje importante que sea.

—Ya veo... espere aquí.

Cordelia se ajustó la bata sobre el pijama verde, sujetó su tubo de oxígeno con más firmeza y cruzó el pasillo con pasos cautelosos. Aral, vestido de un modo informal con el pantalón de su uniforme y una camisa, se hallaba sentado ante una pequeña mesa frente a la ventana. La única señal que lo identificaba como paciente era el tubo de oxígeno introducido en su nariz, con el cual se estaba tratando la neumonía causada por la soltoxina. Aral conversaba con un hombre mientras Koudelka tomaba notas. Gracias a Dios, el hombre no era Piotr, sino algún secretario de Vortala.

—Aral. Te necesito.

—¿No puede esperar?

—No.

Él se levantó.

—Discúlpeme un momento, caballeros —dijo, y la siguió al otro lado del pasillo. Cordelia cerró la puerta a sus espaldas.

—Capitán Vaagen, por favor repítale a Aral lo que acaba de decirme a mí.

Algo más nervioso, Vaagen volvió a contar su historia sin suavizar ningún detalle. A medida que escuchaba, los hombros de Aral se fueron hundiendo como si hubiesen estado recibiendo un peso.

—Gracias, capitán. Ha hecho lo correcto al informarnos de este incidente. Me ocuparé de ello de inmediato.

—¿Eso es todo? —Vaagen miró a Cordelia con gran incertidumbre.

Ella le enseñó las palmas.

—Ya lo ha oído.

Vaagen hizo la venia y se marchó.

—¿Crees que es cierto? —preguntó Cordelia.

—Hace una semana que mi padre está hablando del tema, cariño.

—¿Habéis discutido?

—Él discutió. Yo me limité a escuchar.

Al regresar a su habitación, Aral pidió a Koudelkay al secretario que aguardasen fuera. Cordelia se sentó sobre su cama y lo observó entrar unos códigos en su consola.

—Aquí lord Vorkosigan. Deseo hablar simultáneamente con el jefe de seguridad del hospital y con el comandante Simón Illyan. Póngame en contacto con ambos, por favor.

Hubo una breve espera mientras se localizaba a los dos hombres. A juzgar por el fondo confuso del vídeo, el hombre del hospital estaba en su oficina dentro del complejo. Encontraron a Illyan en un laboratorio forense del cuartel general imperial.

—Caballeros. —El rostro de Aral se mostraba bastante inexpresivo—. Deseo revocar un permiso de Seguridad.

—Los dos hombres se prepararon para tornar nota en sus respectivas consolas—.

El conde general Piotr Vorkosigan no tendrá acceso al Edificio Seis de Investigaciones Bioquímicas, en el Hospital Militar Imperial, hasta próximo aviso. Aviso que daré yo personalmente. Illyan vaciló.

—Señor... el general Vorkosigan tiene un permiso absoluto, por orden imperial. Lo ha tenido durante años. Necesito una orden imperial para revocarlo.

—Eso precisamente es lo que le estoy dando, Illyan. —La voz de Vorkosigan sonó algo impaciente.

—Por orden mía, Aral Vorkosigan, regente de su majestad imperial Gregor Vorbarra. ¿Le parece lo bastante oficial?

Illyan emitió un ligero silbido, pero su rostro se tornó serio al ver el ceño fruncido de Vorkosigan.

—Sí, señor. Entendido. ¿Algo más? —Eso es todo. Sólo se le negará la entrada a ese edificio.

—Señor... —dijo el jefe de seguridad del hospital—, ¿y si... si el general Vorkosigan se niega a detenerse cuando se lo ordenan?

Cordelia imaginó la escena. Un pobre joven guardia con la carrera truncada por todo ese lío...

—Si sus hombres de seguridad no logran controlar a un anciano, pueden utilizar la fuerza física e incluso un aturdidor —dijo Aral con fatiga—. Eso es todo. Gracias.

El hombre del Hospital Militar asintió con un gesto y cortó la comunicación.

Illyan permaneció vacilante unos momentos.

—¿Le parece que será buena idea, a su edad? La descarga de un aturdidor puede ser nocivo para el corazón. Y a él no le gustará nada cuando le digamos que hay un sitio donde no puede entrar. De paso, ¿por qué...?

—Aral se limitó a observarlo con frialdad, y, finalmente, Illyan tragó saliva.

—Sí, señor —dijo haciendo la venia, y cortó. Aral permaneció sentado, mirando con expresión pensativa la pantalla vacía. Entonces se volvió hacia Cordelia y sus labios esbozaron una mueca de ironía y dolor.

—Es un viejo —dijo al fin.

—Ese viejo acaba de intentar matar a tu hijo. A lo que queda de tu hijo.

—Yo comprendo su punto de vista. Comprendo sus temores.

—¿También comprendes el mío?

—Sí. Los dos.

—Y cuando llegue el momento... si intenta volver allí...

—Él es mi pasado. —La miró a los ojos—. Tú eres mi futuro. El resto de mi vida pertenece al futuro. Lo juro por mi nombre como Vorkosigan.

Cordelia suspiró y se frotó la nuca dolorida.

Koudelka llamó a la puerta y asomó la cabeza de forma furtiva.

—¿Señor? El secretario del ministro desea saber...

—Ahora mismo, teniente. —Vorkosigan le indicó que se fuese con una seña.

—Salgamos de este sitio —dijo Cordelia de pronto.

—¿Cómo?

—Hospital Imperial, Seguridad Imperial... todo esto me está produciendo una Claustrofobia Imperial. Vayamos a Vorkosigan Surleau por unos días. Te resultará más fácil recuperarte allí, y a tus subordinados les costará más encontrarte. Sólo tú y yo, amigo.

¿Funcionaría? ¿Y si cuando trataban de recuperar la felicidad que habían sentido ese verano, descubrían que ya no existía? ¿Que se había ahogado en las lluvias otoñales? Cordelia sentía la desesperación en su interior, buscando el equilibrio perdido, la base firme.

Él alzó las cejas.

—Excelente idea, querida capitana. Nos llevaremos al viejo con nosotros.

—Oh, ¿es necesario...? Sí, ya veo. Lo es. Claro.

10

Cordelia despertó lentamente, se estiró y se aferró al magnífico cobertor de seda relleno con plumas. El otro lado de la cama estaba vacío... Cordelia tocó la almohada. Estaba fría. Aral debía de haber salido temprano. Por unos momentos se regodeó con la sensación de haber dormido bien al fin, sin despertar con aquella fatiga que había invadido su cuerpo durante tanto tiempo. Ésta era la tercera noche que descansaba a gusto, sintiendo el calor de su esposo junto a ella, sin los molestos tubos de oxígeno en la casa.

La habitación, en el segundo piso del cuartel transformado, estaba fresca esa mañana, y muy silenciosa. La ventana se abría al verde del jardín, el cual descendía en la bruma que ocultaba el lago, la aldea y las colinas sobre la otra costa. Desde el calor de su cobertor de plumas, la mañana le pareció agradable y serena. Cuando se sentó, la cicatriz rosada de su abdomen sólo tiró un poco. Droushnakovi asomó la cabeza por la puerta.

—¿Señora? —llamó con suavidad, y entonces vio que Cordelia estaba sentada, con los pies descalzos en el suelo. Cordelia balanceó las piernas lentamente, ayudando a la circulación—. Qué bien, está despierta.

Drou entró en la habitación con una bandeja grande y prometedora. Llevaba puesto uno de sus vestidos más cómodos, con una falda amplia y un chaleco abrigado. Sus pasos retumbaron sobre las tablas del suelo, y luego se apagaron sobre la alfombra tejida a mano.

—Tengo hambre —dijo Cordelia sorprendida, al percibir los aromas de la bandeja—. Creo que es la primera vez en tres semanas. —Tres semanas, desde aquella noche de horror en la Residencia Vorkosigan.

Drou sonrió y depositó la bandeja en la mesa que se hallaba frente a la ventana. Cordelia se puso la bata y las zapatillas, y se dirigió a la cafetera. Drou la acompañó, preparada para sujetarla si se caía, pero ella ya se sentía bastante fuerte. Después de sentarse se sirvió unos cereales calientes con mantequilla, y les añadió un poco del almíbar que los barryareses preparaban con savia de árbol. Un alimento maravilloso.

—¿Ya has comido, Drou? ¿Quieres un poco de café? ¿Qué hora es?

La guardaespaldas sacudió su rubia cabeza.

—Estoy bien, señora. Son casi las once.

Desde que llegaron a Vorkosigan Surleau unos días atrás, Droushnakovi no la abandonaba ni a sol ni a sombra. No obstante, Cordelia descubrió que no la había mirado con atención desde que saliera del Hospital Militar. Drou estaba tan atenta y alerta como de costumbre, pero con una tensión subyacente, una actitud escurridiza... tal vez era porque ella misma comenzaba a sentirse mejor, pero de forma egoísta Cordelia deseaba que la gente que la rodeaba también se sintiese mejor, aunque sólo fuera para que la mantuviesen a flote.

—Hoy estoy mucho más animada. Ayer hablé con el capitán Vaagen, por el vídeo. Le parece haber detectado las primeras señales de recalcificación molecular en el pequeño Piotr Miles. Es muy alentador, conociendo a Vaagen. Él no ofrece falsas esperanzas, pero cuando dice algo, se puede confiar en que es verdad.

Drou alzó la vista de la falda y forzó una sonrisa sobre su expresión abatida. Sacudió la cabeza.

—Las réplicas uterinas me parecen muy extrañas.

—No tan extraño como lo es la evolución, con sus improvisaciones empíricas. —Cordelia le devolvió la sonrisa—. Gracias a Dios que existe la tecnología y el pensamiento racional. Ahora sé de qué hablo.



—Señora... ¿cómo se dio cuenta de que estaba embarazada? ¿Se saltó un mes?

—¿Un período menstrual? En realidad no. —Cordelia recordó el último verano. Esa misma habitación, esa misma cama sin hacer. Pronto ella y Aral volverían a compartir la intimidad, aunque habían perdido un poco del aliciente sin la reproducción como objetivo—. El verano pasado, Aral y yo pensamos que nos quedaríamos a vivir aquí. Él estaba retirado, y también... no había ningún impedimento. Yo pronto sería demasiado mayor para el método orgánico, el cual parece ser el único disponible en Barrayar; en resumen, él quería comenzar pronto. Por lo tanto, unas semanas después de casarnos, hice que me retiraran el implante anticonceptivo. Fue una sensación extraña, ya que en casa no hubiese podido hacerlo retirar sin comprar una licencia.

—¿En serio? —Fascinada, Drou la escuchaba con la boca abierta.

—Sí, es un requisito legal betanés. Primero hay que conseguir una licencia de progenitor. Yo tenía puesto el implante desde los catorce años. Recuerdo que entonces tuve un período menstrual. Nosotros los cortamos hasta que volvemos a necesitarlos. Entonces me hicieron el implante, me seccionaron el himen, me perforaron las orejas y me presentaron en sociedad...

—Pero... pero no comenzó a tener relaciones sexuales a los catorce años, ¿verdad? —preguntó Droushnakovi en voz baja.

—Podría haberlo hecho. Pero se necesitan dos, ya sabes. No encontré un verdadero amante hasta un tiempo después. —A Cordelia le avergonzaba admitir cuánto tiempo después. En ese entonces era una persona poco sociable... Y no has cambiado mucho, tuvo que reconocer en silencio—. No pensé que fuese a ocurrir tan rápido. Supuse que pasaríamos varios meses experimentando encantados. Pero el bebé llegó a la primera. Por lo tanto, aquí en Barrayar nunca he tenido un período menstrual.

—A la primera —repitió Drou con expresión desanimada—. ¿Y cómo lo supo? ¿Por las náuseas?

—La fatiga, antes que las náuseas. Pero fueron los puntitos azules... —Cordelia estudió las facciones de la joven—. Drou, ¿todas estas preguntas son por pura curiosidad o tienes algún interés personal en las respuestas?

Su rostro prácticamente se contrajo.

—Es personal —dijo con voz ahogada.

—Oh. —Cordelia se reclinó en la silla—. ¿Y... quieres hablar de ello?

—No... no lo sé...

—Supongo que eso significa un sí. —Cordelia suspiró. Ah, sí. Era como jugar a la mamá capitana con las sesenta científicas betanesas allá en Estudios Astronómicos, aunque entre los problemas personales que solían contarle no figuraban preguntas acerca de embarazos. Pero considerando las tonterías que había escuchado de ese grupo selecto, la versión barrayaresa debía ser simplemente...

—Sabes que estaré encantada de ayudarte en lo que pueda.

—Fue la noche del ataque con soltoxina —dijo Drou—. No podía dormir. Bajé a la cocina para buscar algo de picar. Cuando regresaba vi una luz en la biblioteca. El teniente Koudelka se encontraba allí. Él tampoco podía dormir.

¿Kou, eh? Bien, bien. Tal vez no existiese ningún problema después de todo. Cordelia esbozó una sonrisa alentadora.

—¿Sí?

—Nos... yo... él... me besó.

—Confío en que le devolvieras el beso.

—Suena como si lo aprobara.

—Lo apruebo. Vosotros sois dos de mis mejores amigos. Ojalá lograrais sentar cabeza... pero continúa, debe de haber más. —A no ser que Drou fuese más ignorante de lo que Cordelia creía posible.

—Nosotros... pues... nosotros...

—¿Os acostasteis juntos? —sugirió Cordelia, esperanzada.

—Sí, señora. —Drou se ruborizó intensamente y tragó saliva—. Kou pareció muy feliz... por unos minutos. Yo estaba tan contenta por él, que no me importó lo mucho que dolió.

Ah, sí, la bárbara costumbre barrayaresa de introducir a sus mujeres en el sexo sin una desfloración anestesiada. Aunque, considerando cuánto dolor acarreaban luego sus métodos reproductivos, tal vez fuese una buena advertencia. Pero a juzgar por lo poco que había visto a Kou, él tampoco parecía tan satisfecho como nuevo amante. ¿Qué se estaban haciendo mutuamente esos dos?

—Continúa.

—Me pareció ver un movimiento en el jardín trasero, por la puerta de la biblioteca. Entonces oí el ruido escaleras arriba... ¡Oh, señora! ¡Lo siento tanto! Si hubiera estado custodiándola a usted, en lugar de hacer eso...

—¡Será posible! Tú no estabas de servicio. De no haber estado haciendo eso, habrías estado en la cama, dormida. De ningún modo lo ocurrido fue culpa tuya, y si no hubieses estado levantada y más o menos vestida, el asesino habría podido escapar. —Y no nos encontraríamos apunto de presenciar otra ejecución pública. Dios nos ayude. Una parte de Cordelia lamentó que hubiesen mirado por esa maldita ventana. Pero Droushnakovi ya tenía bastantes cosas que superar sin aquellas complicaciones mortales. —Pero si yo...

—En estas últimas semanas ya se ha hablado demasiado de lo que podría haber sido. Francamente, creo que es hora de pensar en el futuro. —Al fin Cordelia lo comprendió. Drou era barrayaresa, y, por lo tanto, nadie le había practicado ningún implante anticonceptivo. Y seguramente ese idiota de Kou tampoco le había ofrecido ninguna alternativa. Por lo tanto, Drou había pasado las tres últimas semanas preguntándose...

—¿Querrías probar mis puntitos azules? Todavía tengo muchos.

—¿Puntitos azules?

—Sí, había empezado a decírtelo antes. Tengo un paquete con esas tiras de diagnóstico. El verano pasado los compré en Vorbarr Sultana, en una tienda de importación. Hay que echar orina en una tira, y si el punto se vuelve azul, estás embarazada. Yo sólo utilicé tres el verano pasado. —Cordelia fue hasta el cajón de su cómoda y hurgó en el interior—. Aquí están. —Le entregó una a Drou—. Ve a orinar y saldremos de dudas.

—¿Tan pronto se puede saber?

—Después de los cinco días. —Cordelia alzó la mano—. Te lo aseguro.

Mirando preocupada la pequeña tira de papel, Droushnakovi entró en el baño de Cordelia y Aral, junto al dormitorio. Volvió a salir al cabo de unos pocos minutos. Su rostro estaba triste, y tenía los hombros caídos. ¿Y esto qué significa?, se preguntó Cordelia, exasperada.

—¿Y bien?

—Sigue de color blanco.

—Entonces, no estás embarazada.

—Supongo que no.

—No estoy segura de si te alegras o todo lo contrario. Hazme caso, si deseas tener un hijo, será mucho mejor que esperes a que la tecnología médica haya avanzado un poco por aquí. —Aunque el método orgánico había resultado fascinante, por un tiempo...

—No quiero... quiero... no lo sé... Kou apenas si me ha hablado desde aquella noche. Yo no deseaba quedar embarazada ya que eso me destruiría, y, sin embargo, pensé que tal vez él... se sentiría tan feliz como lo estuvo respecto al sexo. Tal vez volvería y... oh, las cosas iban tan bien, ¡y ahora se han estropeado! —Tenía las manos apretadas y el rostro blanco.

Hazme el favor y llora de una vez, niña. Pero Droushnakovi recuperó el control de sí misma.

—Lo siento, señora. No pretendí molestarla con toda esta estupidez.

Era una estupidez, sí, pero no sólo por parte de ella. Para algo tan enredado se hubiese necesitado a un comité.

—¿Pero qué le ocurre a Kou? Pensé que sólo se sentía culpable por lo de la soltoxina, como todos los demás en la casa. —Empezando por Aral y por mí, y acabando portado el resto.

—No lo sé, señora.

—¿Ya has intentado algo verdaderamente drástico, como preguntárselo? —Él me evita.

Cordelia suspiró y se concentró en la tarea de vestirse. Hoy se pondría ropas de verdad, no una bata de paciente. Allí, en el fondo del armario de Aral, estaban colgados los pantalones pardos de su antiguo uniforme. Con curiosidad, los extrajo y se los probó. No sólo le cabían, sino que le quedaban grandes. Pues sí que había estado enferma. Con actitud algo agresiva, se los dejó puestos y escogió una chaqueta floreada de mangas largas para combinarlo. Muy cómodo. Cordelia sonrió ante su aspecto delgado y pálido en el espejo.

—Ah, querida capitana. —Aral asomó la cabeza en el dormitorio—. Estás levantada. —Miró a Droushnakovi—. Las dos estáis aquí. Mejor aún. Creo que necesito tu ayuda, Cordelia. En realidad, estoy seguro de ello.

Los ojos de Aral brillaban con la expresión más extraña. ¿Estaban sorprendidos, risueños, preocupados? Aral entró. Vestía, como de costumbre en Vorkosigan Surleau, con el viejo pantalón de uniforme y una camisa de civil. Tras él apareció un tenso y desdichado Koudelka, enfundado en un pulcro uniforme negro de fajina con las insignias rojas de teniente en el cuello. Se aferraba a su bastón. Drou retrocedió hasta la pared y cruzó los brazos.

—Según me ha dicho, el teniente Koudelka desea hacer una confesión. Y por lo que sospecho también desea que lo absuelvan —dijo Aral.

—No lo merezco, señor —murmuró Koudelka—: Pero ya no podía vivir con esto. Tengo que decirlo. —Bajó la mirada esquivando los ojos de los demás. Droushnakovi lo observó conteniendo el aliento. Aral fue a sentarse junto a Cordelia, en el borde de la cama.

—Prepárate —le murmuró al oído—. Incluso a mí me ha sorprendido.

—Tal vez yo te haya ganado.

—No sería la primera vez. —Vorkosigan alzó la voz—. Adelante, teniente. Esto no será más sencillo si tengo que arrancárselo.

—Drou... señorita Droushnakovi... he venido a entregarme. Y a disculparme. No, eso suena trivial, y créame, no lo considero de ese modo. Usted merece más que una disculpa, le debo una explicación. Haré cualquier cosa que quiera. Pero le juro que lamento muchísimo haberla violado.

Droushnakovi lo miró con la boca abierta durante tres segundos, y luego la cerró con tanta fuerza que Cordelia pudo escuchar cómo le chocaban los dientes.

—¿Qué?

Koudelka se encogió, pero no alzó la vista. —Lo siento, lo siento —murmuró. —Tú... crees... tú... ¿qué? —exclamó Droushnakovi, horrorizada e indignada—. Crees que hubieses podido... ¡oh! —Se irguió muy recta, con las manos apretadas y la respiración agitada—. ¡Eres un idiota, Kou! ¡Un imbécil! ¡Eres un, un, un...! —Las palabras surgían a borbotones. Todo su cuerpo estaba temblando. Cordelia la observó fascinada. Aral se frotó los labios con expresión pensativa.

Droushnakovi se abalanzó sobre Koudelka y le pateó el bastón. Él estuvo a punto de caer.

—¿Eh? —exclamó mientras trataba en vano de atrapar el bastón.

Drou lo empujó contra la pared y lo paralizó con un golpe certero apretando su plexo solar. Él dejó de respirar.

—¡Idiota! ¿Crees que serías capaz de ponerme una mano encima sin mi permiso? ¡Oh! Cómo puedes ser tan... tan... —Droushnakovi gritó de ira junto a su oreja. Él retrocedió.

—Por favor, no rompas a mi secretario, Drou. Las reparaciones son caras —dijo Aral con suavidad.

—¡Oh! —Ella lo soltó. Koudelka se tambaleó y cayó de rodillas. Con las manos sobre el rostro, mordiéndose las uñas, Droushnakovi abandonó la habitación como una tromba y cerró de un portazo al salir. Entonces se oyeron sus sollozos alejándose por el pasillo. Otra puerta se cerró. Silencio.

—Lo siento, Kou —dijo Aral después de una larga pausa—. Pero me parece que tu confesión no será llevada a juicio.

—No lo comprendo. —Kou sacudió la cabeza, se arrastró en busca de su bastón y se levantó con dificultad.

—¿Me equivoco o estáis hablando sobre lo que ocurrió entre vosotros la noche del ataque? —preguntó Cordelia.

—Sí, señora. Yo estaba sentado en la biblioteca. No podía dormir, por lo que se me ocurrió revisar algunas cifras. Ella entró. Nos sentamos, charlamos... De pronto me encontré... bueno, no había tenido una erección desde que fui herido por el disruptor nervioso. Pensé que podría pasar un año, o que tal vez nunca más... El pánico me invadió y la poseí allí mismo. No le pregunté, no le dije ni una palabra. Entonces se produjo ese ruido allá arriba; ambos corrimos al jardín y... al día siguiente ella no me acusó. Desde entonces lo estoy esperando.

—Pero si él no la violó, ¿por qué Drou ha esperado hasta ahora para enfadarse? —preguntó Aral.

—Ha estado enfadada —dijo Koudelka—. La forma en que me miraba, en estas tres semanas...

—Esas miradas eran de miedo, Kou —respondió Cordelia.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Porque temía estar embarazada, no porque tuviera miedo de usted —le aclaró ella.

—Oh —murmuró Koudelka.

—Sus temores eran infundados. —Kou murmuró otro pequeño «Oh»—. Pero ahora está furiosa con usted, y no la culpo.

—Pero si no cree que yo... ¿qué razón puede tener?

—No lo comprende. —Miró a Aral con el ceño fruncido—. ¿Tú tampoco?

—Bueno...

—Es porque usted la ha insultado, Kou. No entonces, sino ahora, en esta habitación. Y no sólo por menospreciar su destreza física. Lo que acaba de decir le ha revelado, por primera vez, que esa noche usted estaba tan preocupado por su propia persona que ni siquiera la miró a ella. Eso está mal, Kou. Muy mal. Le debe una sincera disculpa. Esa noche Drou le entregó su virginidad, y usted apreció tan poco lo que estaba haciendo que ni siquiera se dio cuenta. De pronto él alzó la cabeza.

—¿Me entregó? ¿Como una obra de caridad?

—Más bien como un obsequio de los dioses —murmuró Aral, sumido en sus propios pensamientos.

—Yo no soy un... —Koudelka miró la puerta—. ¿Me está diciendo que debería correr tras ella?

—Más bien me arrastraría, si estuviera en su lugar —le recomendó Aral—. Y rápido. Escúrrase bajo su puerta, tiéndase boca arriba y déjela saltar sobre usted hasta que se haya desahogado. Entonces vuelva a disculparse. Quizá todavía esté a tiempo de salvar la situación. —Ahora los ojos de Aral mostraban un brillo jocoso.

—¿Cómo se llama a eso? ¿Rendición total? —dijo Kou con indignación.

—No. Lo llamaría un rotundo triunfo. —Su voz se volvió un poco más fría—. He visto enfrentamientos devastadores entre hombres y mujeres. Piras de orgullo. Usted no querrá seguir ese camino. Se lo garantizo.

—Ustedes... ¡señora! ¡Se están riendo de mí! ¡Basta!

—Entonces deje de hacer el ridículo —replicó Cordelia con rudeza—. Deje de pensar con el culo. Durante sesenta segundos consecutivos, piense en alguien que no sea usted.

—Señora. Señor —dijo Koudelka con los dientes apretados. Hizo una reverencia y se marchó. Pero al llegar al pasillo tomó la dirección equivocada. Giró en sentido opuesto al que Droushnakovi había tomado y bajó la escalera.

Aral sacudió la cabeza con impotencia mientras los pasos de Koudelka se alejaban. Entonces dejó escapar una risita. Cordelia le dio un golpe suave en el brazo.

—¡Basta! Ellos lo están pasando fatal. —Sus ojos se encontraron y ella también rió, pero entonces contuvo el aliento con firmeza—. Por Dios, creo que él quería ser un violador. Qué ambición tan extraña. ¿Ha estado frecuentando mucho a Bothari?

Esta broma algo tétrica hizo que ambos se pusieran serios. Aral pareció pensativo.

—Creo que Kou quería probarse a sí mismo. Pero su remordimiento era sincero.

—Sincero, pero un poco presuntuoso. Creo que ya lo hemos mimado demasiado debido a sus dificultades. Tal vez sea hora de darle una buena patada en el trasero.

Aral dejó caer los hombros con fatiga.

—Está en deuda con ella, no cabe duda. Pero yo no puedo ordenarle que cambie su actitud. No servirá de nada si no lo hace por iniciativa propia.

Cordelia estuvo de acuerdo.

Cordelia no notó que faltaba algo en su pequeño mundo hasta el almuerzo.

—¿Dónde está el conde? —le preguntó a Aral al ver que el ama de llaves sólo había puesto la mesa para dos personas, en una sala del frente con vista al lago. El día era muy frío. La niebla matinal se había elevado para formar nubes bajas y grises, y soplaban un viento helado. Cordelia se había puesto una vieja chaqueta negra de Aral sobre la blusa floreada.

—Me dijo que iría a las caballerizas a ver cómo entrenaban a uno de sus animales —respondió Aral, quien también observó la mesa con inquietud.

El ama de llaves acababa de entrar con la sopa.

—No, señor. Se fue en un vehículo terrestre esta mañana, con dos de sus hombres.

—Oh. Discúlpame.

Aral se levantó y abandonó la habitación en dirección al pasillo trasero. En la parte posterior de la casa, uno de los depósitos había sido convertido en un centro de comunicaciones, con una consola de alta seguridad y un guardia de Seguridad Imperial en la puerta. Los pasos de Aral resonaron por el pasillo en aquella dirección.

Cordelia tomó una cucharada de sopa, que bajó por su garganta como plomo líquido, dejó a un lado la cuchara y aguardó. Oía la voz de Aral en el silencio de la casa, y las respuestas de sonido algo electrónico en la voz de un desconocido, demasiado apagadas para que pudiese distinguir las palabras. Después de lo que a ella le pareció una eternidad, a pesar de que la sopa aún estaba caliente, Aral regresó con el rostro sombrío.

—¿Fue allí? —le preguntó Cordelia—. ¿Al Hospital Militar?

—Sí. Estuvo y se fue. No te preocupes.

—Estaba muy serio.

—¿Quieres decir que el bebé está bien?

—Sí. Se le negó el acceso, discutió un rato y se marchó. Nada más. —Comenzó a tomarse la sopa.

El conde regresó unas horas después. Cordelia escuchó el zumbido de su vehículo que se detuvo en el extremo norte de la casa, una pausa, una cubierta que se abría y se cerraba, y el coche que continuaba su marcha hacia los garajes situados sobre la colina, cerca de las caballerizas. Ella estaba sentada con Aral en la habitación del frente, con las

grandes ventanas nuevas. Él estaba absorto en cierto informe gubernamental en su visor manual, pero al escuchar que se cerraba la cubierta pulsó «pausa» y aguardó con ella mientras unos pasos se acercaban rápidamente por la escalinata principal. La expresión de Aral estaba tensa y preocupada. Cordelia se reclinó en el sillón y trató de controlar sus nervios.

El conde Piotr entró en la habitación y se plantó en la puerta. Iba vestido formalmente con su antiguo uniforme con las insignias de general.

—Estáis aquí. —El hombre de librea que lo seguía les dirigió una mirada inquieta y se retiró sin esperar que lo despidiesen. El conde Piotr ni siquiera se dio cuenta de ello.

Piotr se concentró primero en Aral.

—Tú. Te has atrevido a humillarme en público. A tenderme una trampa.

—Tú mismo te has humillado, me temo. Si no hubieras cogido por ese camino, no te habrías encontrado con esa trampa.

Piotr digirió sus palabras. Las arrugas de su rostro se profundizaron. La ira y la vergüenza luchaban contra el orgullo. Parecía avergonzado como los que se saben equivocados.

Duda de sí mismo, notó Cordelia. Un hilo de esperanza. No perdamos ese hilo; puede ser nuestra única guía para salir de este laberinto.

El orgullo predominó.

—En realidad yo no tendría por qué hacer esto —gruñó Piotr—. Es tarea de mujeres custodiar nuestro genoma.

—Fue tarea de mujeres en la Era del Aislamiento —replicó Aral en tono sereno—. Cuando la única respuesta a la mutación era el infanticidio. Ahora hay otras salidas.

—Qué sensación tan extraña debieron de tener esas mujeres respecto a sus embarazos, sin saber jamás si al llegar a término se encontrarían con la vida o con la muerte —reflexionó Cordelia. Un sorbo de esa copa a ella le había bastado para toda la vida, y sin embargo las mujeres barrayaresas la habían vaciado hasta el fondo una y otra vez... lo extraño no era que sus descendientes tuviesen una cultura caótica; lo raro era que no fuese completamente demente.

—Nos defraudas a todos nosotros con tu incapacidad para controlarla a ella —dijo Piotr—. Crees que serás capaz de dirigir un planeta, y ni siquiera puedes dirigir tu casa.

Aral esbozó una sonrisa amarga.

—Ya lo creo que es difícil de controlar. Se me escapó en dos ocasiones. Su regreso voluntario todavía me sorprende.

—¡Cumple con tu deber! Hacia mí como tu conde, aunque no sea como tu padre. Me debes lealtad bajo juramento. ¿Prefieres obedecer a esta mujer de otro planeta antes que a mí?

—Sí. —Aral le miró a los ojos, y su voz se transformó en un susurro—. Ése es el orden natural de las cosas. —Piotr recibió el impacto, y Aral añadió con frialdad—: Intentar desviar la cuestión de infanticidio a obediencia no te ayudará. Tú mismo me enseñaste a utilizar esa retórica engañosa.

—En los viejos tiempos, hubieses decapitado por una insolencia menor.

—Sí, la situación presente es un poco peculiar. Como heredero de un conde, mis manos se encuentran entre las tuyas. Pero como tu regente, tus manos están entre las mías. Un punto muerto. En los viejos tiempos habríamos roto el empate con una bonita guerra. —Aral le sonrió, o al menos descubrió sus dientes.

La mente de Cordelia giraba. Hoy, único espectáculo: La Fuerza Irresistible contra el Objeto Inamovible. Compren sus entradas.

La puerta del pasillo se abrió, y el teniente Koudelka asomó la cabeza con nerviosismo.

—¿Señor? Disculpe la interrupción. Tengo problemas con la consola.

—¿Qué clase de problemas, teniente? —preguntó Vorkosigan, haciendo un esfuerzo para prestarle atención—. ¿La intermitencia?

—Simplemente no funciona.

—Estaba bien hace unas horas. Revise la instalación eléctrica.

—Ya lo hice, señor.

—Llame a un técnico.

—No puedo, sin la consola.

—Ah, sí. Entonces, pídale al jefe de guardia que se la abra, y vea si el fallo se debe a algo obvio. Si no lo es, solicítele que llame a un técnico con su intercomunicador.

—Sí, señor. —Koudelka se retiró después de dirigir una mirada preocupada a las tres personas nerviosas que aguardaban a que se fuese.

El conde no estaba dispuesto a renunciar.

—Juro que no lo reconoceré. Pienso desheredar a aquella cosa enlatada del Hospital Militar.

—No me parece una amenaza muy grave. Sólo podrás desheredarlo a través de mí, mediante una orden imperial, la cual tendrás que solicitarme humildemente... a mí. —Su sonrisa brilló—. Y por supuesto, yo te la concedería.

Piotr apretó los dientes. No eran la Fuerza Irresistible y el Objeto Inamovible después de todo, sino la Fuerza Irresistible y un Mar en Movimiento; los golpes de Piotr no lograban dar en el blanco, y pasaban de largo como olas impotentes. El conde luchaba por encontrar un punto de apoyo.

—Piensa en Barrayar. Considera el ejemplo que estás dando.

—Oh —dijo Aral—. Ya lo he hecho. —Se detuvo unos momentos—. Nosotros nunca hemos sido los últimos de la fila. Donde va un Vorkosigan, siempre habrá otros que quieran seguirlo. Tenemos cierto encanto personal... y social.

—Tal vez en la galaxia. Pero nuestra sociedad no puede permitirse este lujo. Apenas sí logramos sobrevivir como estamos. ¡No podemos cargar con el peso de millones de seres disminuidos!

—¿Millones? —Aral alzó una ceja—. Ahora has extrapolado de uno a infinito. Un argumento muy débil, indigno de ti.

—Y seguramente —intervino Cordelia con suavidad—, cada individuo sabrá decidir cuánta carga es capaz de soportar.

Piotr se volvió hacia ella.

—Sí, ¿y quién paga por todo esto, eh? El imperio. El laboratorio de Vaagen cuenta con un presupuesto para realizar investigaciones militares. Todo Barrayar está pagando para prolongar la vida de tu monstruo.

—Tal vez demuestre ser mejor inversión de lo que usted cree —replicó Cordelia.

Piotr soltó un bufido y los miró a los dos con obstinación.

—Estáis decididos a imponerme esto. En mi casa. No puedo persuadirlos de lo contrario, no puedo ordenarlos... muy bien. Si estáis tan entusiasmados con los cambios, aquí tenéis uno: no quiero que esa cosa lleve mi nombre. Puedo negaros eso, como mínimo.

Aral apretó los labios, pero no se movió. El visor brillaba en sus manos, olvidado. Ni siquiera se había permitido apretar los puños aún. —Muy bien.

—Lo llamaremos Miles Naismith Vorkosigan entonces —declaró Cordelia, fingiendo calma a pesar de que tenía revuelto el estómago—. Mi padre no lo rechazará. —Tu padre está muerto —replicó Piotr. Convertido en plasma brillante en un accidente espacial hacía más de una década. Al cerrar los ojos, todavía veía su muerte en un estallido color magenta.

—No del todo. No mientras yo viva para recordarlo.

Piotr pareció haber recibido un golpe en su estómago barrayarés. Allí las ceremonias ofrecidas a los muertos se aproximaban al culto de los antepasados, como si el recuerdo lograra mantener las almas con vida. ¿Piotr estaría teniendo una visión helada de su

propia mortalidad? Había llegado demasiado lejos y lo sabía, pero no podía dar marcha atrás.

—¡Nada te hará despertar! Entonces probaremos con esto. —Permaneció con los pies firmes en el suelo y miró a Aral—. Salid de mi casa. De las dos. De la Residencia Vorkosigan también. Coge a tu mujer y vete de aquí. ¡Hoy mismo!

Los ojos de Aral se deslizaron un momento sobre el hogar de su infancia. Con sumo cuidado dejó a un lado el visor y se levantó.

—Muy bien.

La ira de Piotr estaba teñida de angustia.

—¿Serías capaz de perder tu hogar por esto?

—Mi hogar no es un lugar. Es una persona —dijo Aral con voz ronca. Y entonces agregó—: Personas.

Se refería a Piotr tanto como a Cordelia. Ella se inclinó hacia delante, invadida por la tensión. ¿Ese anciano sería de piedra? Incluso en ese momento Aral le ofrecía gestos de afecto que a ella la conmovían hondamente.

—Devolverás tus rentas e ingresos al tesoro del distrito —ordenó Piotr, desesperado.

—Como tú digas. —Aral se dirigió hacia la puerta.

La voz de Piotr se tornó más baja.

—¿Dónde viviréis?

—Hace bastante que Illyan viene insistiendo para que me mude a la Residencia Imperial, por razones de seguridad. Evon Vorhalas me ha persuadido de que Illyan tiene razón.

Cordelia se había levantado al mismo tiempo que Aral. Ahora se dirigió a la ventana y observó el paisaje gris, verde y pardo. Una espuma blanca se había formado sobre las aguas tranquilas del lago. El invierno barrayerés iba a ser frío...

—¿Así que te han gustado los aires imperiales, eh? —dijo Piotr—. ¿De eso se trataba? ¿De arrogancia?

Aral esbozó una mueca de profunda irritación.

—Todo lo contrario. El único ingreso que tengo es mi medio salario de almirante. No puedo permitirme el lujo de rechazar un alojamiento gratuito.

Un movimiento entre las nubes atrapó la atención de Cordelia.

—¿Qué ocurre con esa aeronave ligera? —murmuró casi para sí misma.

La manchita creció, sacudiéndose de forma extraña. Echaba humo. Se balanceó sobre el lago, directo hacia ellos.

—Dios, me pregunto si estará llena de bombas.

—¿Qué? —preguntaron al unísono Aral y Piotr, y se acercaron rápidamente a la ventana, Aral a su derecha y Piotr a su izquierda.

—Tiene insignias de Seguridad Imperial —observó Aral.

Los viejos ojos de Piotr se esforzaron por divisarlas.

—¿Sí?

Mentalmente, Cordelia planeó una carrera por el pasillo hasta la puerta trasera. Había una pequeña zanja al otro lado de la calzada, y si se tendían boca abajo en el interior tal vez... Pero la aeronave disminuyó la velocidad y aterrizó bamboleante en el jardín delantero. Con cautela, los hombres de librea y de uniforme verde se acercaron a ella. La máquina había sufrido graves desperfectos: un agujero producido por una descarga de plasma, manchas negras de hollín, abolladuras... era un milagro que hubiese logrado volar.

—¿Quién...? —dijo Aral.

Piotr forzó la vista hasta que divisó al piloto bajo la cubierta rota.

—Por Dios, ¡es Negri!

—¿Pero quién es el que...? ¡Vamos! —gritó Aral, corriendo hacia la puerta. Los dos lo siguieron rápidamente hasta el jardín.



Los guardias tuvieron que forzar la cubierta con una palanca. Negri cayó en sus brazos. Lo tendieron sobre el césped. Tenía una grotesca quemadura sobre el lado izquierdo del torso y el muslo. Su uniforme verde se había fundido y chamuscado revelando burbujas blancas y ensangrentadas de carne deshecha. Negri temblaba de forma incontrolable.

La pequeña figura asegurada al asiento de pasajeros era el emperador Gregor. El niño de cinco años lloraba aterrorizado, no en voz alta, sino con sollozos contenidos. A Cordelia le pareció siniestro que alguien tan joven mostrase semejante control. Ella hubiese gritado. Sentía deseos de chillar. Gregor vestía ropas corrientes, una camisa suave y pantalones azul oscuro. Le faltaba un zapato. Un guardia de Seguridad Imperial le desabrochó el cinturón y lo sacó de la aeronave. El niño miró a Negri completamente horrorizado y confundido.

¿Creías que los adultos eran indestructibles, pequeño?, preguntó Cordelia en silencio.

Kou y Drou se materializaron de sus respectivos refugios en la casa, y quedaron paralizados junto con los demás guardias. Gregor alcanzó a ver a Droushnakovi y corrió hacia ella como una flecha, aferrándola por la falda.

—¡Droushie, ayúdame! —Entonces su llanto se intensificó. Ella lo abrazó y lo levantó.

Aral se hincó junto al jefe de Seguridad Imperial.

—¿Qué ocurrió, Negri?

Negri se aferró a su chaqueta con la mano derecha.

—Están intentando un golpe en la capital. Sus tropas tomaron Seguridad Imperial, tomaron el centro de comunicaciones... ¿por qué no respondían aquí? El cuartel general está rodeado, infiltrado... Se combate en la Residencia Imperial. Nosotros estábamos tras él... pensábamos arrestarlo... pero actuó demasiado pronto. Creo que tiene a Kareen...

—¿Quién, Negri, quién? —preguntó Piotr.

—Vordarian.

Aral asintió con expresión sombría.

—Sí...

—Llévese... al niño —susurró Negri—. Pronto llegará aquí... —Los temblores se transformaron en convulsiones, los ojos se le pusieron en blanco y empezó a jadear. De pronto volvió a mirarlo fijamente.

—Dígale a Ezar... —Las convulsiones volvieron a sacudir su cuerpo. De pronto se detuvieron. Ya no respiraba.

11

—Señor —dijo Koudelka a Vorkosigan—, la consola de seguridad ha sido sabotada. —A su lado, el jefe de guardia asintió con un gesto—. Precisamente venía a decírselo.

Koudelka observó con temor el cuerpo de Negri, tendido en el césped. A su lado había dos hombres de Seguridad Imperial, aplicando frenéticamente los primeros auxilios: masajes cardíacos, oxígeno e inyecciones. Pero el cuerpo permanecía inerte y el rostro cerúleo. Cordelia había visto antes la muerte, y reconocía los síntomas.

No servirá de nada, amigos. No podrán hacerle regresar. Esta vez no. Se ha ido a entregar su mensaje a E zar en persona. El último informe de Negri...

—¿Cómo se realizó el sabotaje? —preguntó Vorkosigan—. ¿Había un dispositivo temporal o fue inmediato?

—Al parecer fue hecho al instante —informó el jefe de la guardia—. No hay señales de un temporizador. Simplemente, alguien la abrió y la destrozó por dentro.

Todos los ojos se volvieron hacia el hombre de Seguridad Imperial que montaba guardia en la puerta de la habitación donde estaba la consola. Vestido como casi todos los demás con su uniforme negro de fajina, él se encontraba desarmado entre dos de sus compañeros. Habían seguido a su comandante cuando se inició el alboroto en el jardín

delantero. El rostro del prisionero estaba casi tan gris como el de Negri, pero se encontraba animado por una expresión aterrada.

—¿Y? —dijo Vorkosigan al jefe de guardia. —El niega haberlo hecho —respondió el comandante, encogiéndose de hombros—. Como cabía esperar.

Vorkosigan miró al arrestado. —¿Quién entró después de mí? El guardia miró a su alrededor con desesperación. De pronto señaló a Droushnakovi, quien aún tenía a Gregor en brazos. —Ella.

—¡No es cierto! —exclamó Drou con indignación, y sujetó al niño con más fuerza. Vorkosigan apretó los dientes.

—Bueno, no necesito pentotal para saber quién de los dos está mintiendo. Y ahora no disponemos de tiempo. Comandante, arreste a los dos. Más tarde nos ocuparemos del asunto. —Los ojos de Vorkosigan escudriñaron el horizonte con ansiedad—. Usted —dijo, señalando a otro hombre de Seguridad Imperial—, reúna todos los aparatos de transporte que encuentre. Evacuaremos el lugar de inmediato. Usted —continuó, volviéndose hacia un hombre de Piotr—, vaya a poner sobre aviso a los habitantes de la aldea. Kou, coja todos los archivos y un arco de plasma, y termine de destruir esa consola. Luego regrese conmigo.

Con una mirada angustiada a Droushnakovi, Koudelka regresó a la casa. Drou permaneció paralizada, confundida, furiosa y asustada, con la falda agitada por el gélido viento. Miraba a Vorkosigan con el ceño fruncido. Apenas si notó la partida de Koudelka.

—¿Irás a Hassadar primero? —preguntó Piotr a su hijo en un extraño tono afectuoso.

—Sí.

Hassadar, la capital del Distrito Vorkosigan. Allí había acuarteladas tropas imperiales. ¿Sería una guarnición leal?

—Confío en que no planearás defenderla —le dijo Piotr.

—Por supuesto que no —respondió Vorkosigan con una sonrisa de lobo—. Hassadar será mi primer obsequio al comodoro Vordarian.

Piotr asintió con un gesto, satisfecho. A Cordelia la cabeza le daba vueltas. A pesar de lo de Negri, ni Piotr ni Aral parecían atemorizados. No desperdiciaban ni un movimiento, ni una palabra.

—Tú —dijo Aral a Piotr en voz baja—, llévate al niño. —El conde asintió con la cabeza—. Reúnete con nosotros... no. Ni siquiera me digas dónde. Ponte en contacto.

—De acuerdo.

—Llévate a Cordelia.

Piotr abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Ah —dijo solamente.

—Y al sargento Bothari, para que cuide a Cordelia. De momento... Drou se encuentra fuera de servicio.

—Entonces me llevaré a Esterhazy —dijo Piotr.

—Quiero al resto de tus hombres.

—De acuerdo. —Piotr llamó a su asistente Esterhazy y le habló en voz baja. El hombre partió a toda prisa colina arriba. Los hombres se dispersaban en todas direcciones, como si las órdenes se hubiesen ido reproduciendo a través de la cadena de mando. Piotr llamó a otro criado de librea, y le pidió que cogiese su vehículo terrestre y comenzase a conducir hacia el oeste.

—¿Hasta dónde, señor?

—Hasta donde lo lleve su ingenio. Entonces escape si puede y vuelva a reunirse con el lord regente, ¿de acuerdo?

El hombre asintió con la cabeza y se marchó a toda prisa, como Esterhazy.

—Sargento, usted obedecerá a la señora Vorkosigan como si las órdenes se las diera yo en persona —le dijo Aral a Bothari.

—Como siempre, señor.

—Quiero esa aeronave. —Piotr señaló el vehículo de Negri, que aunque ya no echaba humo, no parecía muy seguro a los ojos de Cordelia. Sin duda no era lo mejor para emprender una huida desesperada, eludiendo a cualquier enemigo que pudiese presentarse...

Está casi en tan buen estado para esto como yo, pensó.

—Y a Negri —continuó Piotr.

—Él lo apreciaría —dijo Aral.

—Estoy seguro de ello. —Piotr se volvió hacia el equipo de primeros auxilios—. Dejadlo, muchachos, ya no sirve de nada. —Entonces les pidió que cargasen el cuerpo en la aeronave.

Al fin, Aral se volvió hacia Cordelia.

—Querida capitana... —Desde que Negri cayó de la aeronave, Vorkosigan mostraba la misma expresión fija en el rostro.

—Aral, ¿esto ha sido una sorpresa para alguien más aparte de mí?

—No quería preocuparte con ello, cuando estabas tan enferma. —Apretó los labios un momento—. Descubrimos que Vordarian estaba conspirando, en el cuartel general y en todas partes. Sin duda la investigación de Illyan fue muy inspirada. Aunque supongo que los principales jefes de Seguridad deben de tener este tipo de intuiciones. Pero para denunciar a un hombre con el poder y las relaciones de Vordarian, necesitábamos pruebas contundentes. El Consejo de Condes, como cuerpo, no mira con buenos ojos que el Imperio interfiera con alguno de sus miembros. No podíamos presentarnos ante ellos con una simple sospecha de complot. Pero anoche Negri me llamó diciendo que al fin había encontrado una prueba, y que ésta era lo bastante decisiva para ponernos en movimiento. Necesitaba que yo emitiese una orden imperial para arrestar a un conde gobernante de un distrito. Se suponía que esta noche yo viajaría a Vorbarr Sultana para supervisar la operación. Evidentemente, Vordarian fue advertido. No tenía planeado dar el golpe antes de un mes, preferiblemente después de consumado mi asesinato.

—Pero...

—Ahora ve. —La empujó hacia la aeronave—. Las tropas de Vordarian llegarán en cuestión de minutos. Debes irte. No importa lo que tenga bajo su poder, no podrá estar seguro mientras Gregor siga libre.

—Aral... —Su voz sonó como un chillido estúpido; Cordelia tragó saliva para aclararse la garganta helada. Quería formular mil preguntas, expresar diez mil protestas—. Cuídate.

—Tú también. —Una última luz brilló en sus ojos, pero Vorkosigan ya mostraba un rostro distante, sumido en el ritmo interno de los cálculos tácticos. No había tiempo.

Aral cogió a Gregor de los brazos de Drou y susurró algo al oído de la joven; de mala gana, ella se lo entregó. Entonces se apiñaron en la aeronave. Bothari estaba ante los controles y Cordelia viajaba en la parte trasera, junto al cadáver de Negri, con Gregor en el regazo. El niño estaba muy silencioso, pero temblaba sin cesar. Sus ojos la miraban abiertos de par en par, asustados. Los brazos de Cordelia lo rodearon automáticamente. Él no la rechazó pero se rodeó el torso con sus propios brazos. Meciéndose con los movimientos del vehículo, Negri ya no le temía a nada, y ella lo envidiaba.

—¿Sabes qué le pasó a tu madre, Gregor? —le murmuró Cordelia.

—Los soldados se la llevaron. —Su voz sonó suave e inexpressiva.

La aeronave sobrecargada se elevó a trompicones y comenzó a avanzar a pocos metros del suelo, ruidosa como una matraca. Cordelia se volvió para observar —¿por última vez?— a Aral a través de la cubierta deformada. Él había dado media vuelta hacia la calzada donde sus soldados estaban reuniendo una heterogénea colección de vehículos, privados y oficiales.

¿Por qué nosotros no nos vamos en uno de éstos? —Cuando haya superado el segundo cerro, sargento, vire a la derecha —le indicó Piotr a Bothari—. Siga el arroyo.

Las ramas golpeaban contra la cubierta, ya que Bothari volaba a menos de un metro sobre el agua y las rocas puntiagudas.

—Aterrice en ese pequeño espacio y corte la energía —le ordenó Piotr—. Dejad cualquier objeto cargado de energía que llevéis. —Él se deshizo de su cronómetro y de un comunicador. Cordelia extrajo un cronómetro.

Posando la aeronave junto al arroyo bajo unos árboles importados de la Tierra, Bothari preguntó: —¿Eso incluye las armas, señor? —Sobre todo las armas, sargento. La carga de un aturdidor brilla como una antorcha en el explorador. La célula energética de un arco de plasma aparece como una maldita hoguera.

Bothari extrajo cuatro armas de su traje, además de otros artículos útiles: un tractor de mano, el comunicador, el cronómetro y un pequeño aparato de diagnóstico médico.

—¿El cuchillo también, señor?

—¿Es vibratorio?

—No, sólo de acero.

—Consérvelo. —Piotr se inclinó sobre los controles de la aeronave y comenzó a reprogramar el piloto automático—. Todos fuera. Sargento, abra la cubierta a la mitad.

Bothari logró cumplir la orden introduciendo una piedra en la ranura por donde se deslizaba la cubierta, y se volvió al oír un ruido entre los árboles.

—Soy yo —dijo la voz jadeante de Esterhazy. Con sus cuarenta años, éste era un jovencito comparado con otros de los canosos veteranos de Piotr, y solía mantenerse en muy buena forma; debía haberse apresurado mucho para estar tan cansado—. Ya los tengo, señor.

Se refería a cuatro de los caballos de Piotr, atados entre ellos mediante cuerdas unidas a la barra metálica de la boca, objeto que los barayareses llamaban «frenos». A Cordelia le parecía que por tratarse de un transporte tan grande, el sistema de control era bastante limitado. Las grandes bestias se movían inquietas y sacudían las tintineantes cabezas, con los ollares rojos y redondos. En medio de la vegetación, sus figuras parecían imponentes.

Piotr terminó de reprogramar el piloto automático.

—Venga Bothari —dijo. Juntos, volvieron a colocar el cuerpo de Negri en el asiento del piloto y le aseguraron el cinturón. Bothari activó la energía y saltó al suelo. La aeronave se elevó por el aire, estuvo a punto de chocar contra un árbol, y regresó en dirección al cerro. Mientras la miraba elevarse, Piotr murmuró—: Salúdalo en mi nombre, Negri.

—¿Adonde lo envía? —preguntó Cordelia. ¿A Valhalla?

—Al fondo del lago —dijo Piotr con cierta satisfacción—. Eso los confundirá.

—¿No lograrán rastrearla? ¿Sacarla de allí?

—Sí, claro. Pero la he programado para que descienda en la zona donde hay doscientos metros de profundidad. Les llevará tiempo. Y al principio no sabrán cuándo cayó, ni cuántos cuerpos había en el interior. Tendrán que registrar todo el fondo del lago para asegurarse de que Gregor no se encuentra allí. Además, la evidencia negativa nunca es concluyente. Ni siquiera entonces estarán seguros. A montar, tropa, debemos ponernos en marcha. —Se dirigió con paso firme hacia sus animales.

Cordelia lo siguió, desconfiada. Caballos. ¿Había que considerarlos esclavos, simbioses o compañeros de mesa? El que Esterhazy le señaló medía un metro sesenta a la altura del lomo. El hombre le colocó las riendas en la mano y se alejó. La montura se encontraba a la altura de su mentón... ¿se suponía que debía levitar hasta allá arriba? A esa distancia el caballo parecía mucho más grande que cuando pastaba a lo lejos. La piel parda del lomo se estremeció.

Oh Dios, me han dado uno defectuoso. Esta sufriendo convulsiones. Un pequeño gemido escapó de sus labios.

De alguna manera, Bothari había logrado subirse al suyo. Al menos él no tenía que preocuparse por el tamaño del animal. Considerando su altura, hacía que la bestia

pareciese un pequeño poní. Criado en la ciudad, Bothari no era ningún jinete, y resultaba de lo más desmañado a pesar de que Piotr lo había sometido a varios meses de entrenamiento desde que estaba a su servicio. Pero había que admitir que sabía controlar la montura, por más torpes e irregulares que fuesen sus movimientos.

—Usted irá delante, sargento —indicó Piotr—. Quiero que nos alejemos mutuamente lo máximo posible sin perdernos de vista. Nada de amontonarse. Ascienda por los senderos de las rocas planas (usted ya conoce el lugar) y espérenos.

Bothari tiró de las riendas y pateó los flancos del caballo. Entonces comenzó a subir por el sendero al paso llamado medio galope.

El supuestamente decrepito Piotr subió sobre su montura con un ágil movimiento. Esterhazy le alcanzó a Gregor, y el conde lo sentó frente a él. El niño parecía haberse animado ante la presencia de los animales, aunque Cordelia no podía imaginar por qué. Piotr no pareció hacer nada en absoluto, pero su caballo se colocó en posición de subir por el sendero.

Telepatía, decidió Cordelia, desesperada. Mediante mutaciones han llegado a convertirse en telépatas, y nadie me lo había advertido. O tal vez fuese el caballo el telepático.

—Vamos, mujer, ahora tú —dijo Piotr con impaciencia.

Angustiada, Cordelia colocó el pie en lo que llamaban «estribo», se aferró a la montura y trató de elevarse. La montura se deslizó lentamente por el lomo del caballo y Cordelia con ella, hasta que quedó colgada bajo las patas del animal. Cayó al suelo pesadamente, y se arrastró entre el bosque de miembros equinos. El caballo movió el cuello y la miró con mucha más paciencia que la que ella sentía, y, entonces, bajó la cabeza para mordisquear las malezas.

—Oh, Dios —gimió Piotr, exasperado.

Esterhazy desmontó y se acercó a ella para ayudarla.

—Señora, ¿se encuentra bien? Lo siento mucho, ha sido culpa mía. Debí revisarla. Eh... ¿es la primera vez que monta a caballo?

—Sí —le confesó Cordelia. Él retiró la montura rápidamente, la enderezó y la ajustó con más firmeza—. Tal vez pueda caminar. O correr.

—O cortarme las venas, Aral, ¿por qué me has enviado con estos dementes?

—No es tan difícil, señora —le aseguró Esterhazy—. Su caballo seguirá a los demás. Rose es la yegua más mansa de las caballerizas. ¿No tiene un rostro dulce?

Los malévolos ojos color café con pupilas moradas ignoraron a Cordelia.

—No puedo. —Por primera vez en ese día execrable, su garganta se cerró en un sollozo.

Piotr miró al cielo y luego se volvió hacia ella.

—Inútil niña betanesa —le gruñó—. No me vengas con que nunca has montado a horcajadas. —Descubrió los dientes en una sonrisa—. Imagina que se trata de mi hijo.

—Venga, déme su rodilla —dijo Esterhazy uniendo las manos, después de dirigirle una mirada ansiosa al conde.

Puedes quedarte con toda la maldita pierna. Cordelia temblaba de ira y de miedo. Miró a Piotr con furia y volvió a aferrarse de la montura. De algún modo, Esterhazy logró levantarla. Ella se aferró como a la muerte, y después de echar un vistazo decidió no mirar abajo.

Esterhazy entregó sus riendas a Piotr, quien las atrapó en el aire y comenzó a remolcar su caballo. El sendero se convirtió en un caleidoscopio de árboles, rocas, lodazales y ramas que la golpeaban al pasar. Cordelia sintió que comenzaba a dolerle el vientre, y que la cicatriz le tiraba.

Si se produce otra hemorragia interna... Siguieron andando, más y más.

Al fin abandonaron el medio galope para comenzar a ir al paso. Ella parpadeó. Tenía el rostro ruborizado y se sentía mareada. De algún modo, habían subido hasta un claro

desde donde se veía el lago, rodeando la amplia ensenada que se extendía a la izquierda de la propiedad Vorkosigan. A medida que se fue aclarando su visión, Cordelia distinguió la pequeña mancha verde que constituía el jardín de la vieja casa. Al otro lado del agua se encontraba la diminuta aldea.

Bothari les esperaba más adelante, oculto entre los matorrales, con el caballo atado a un árbol. Al verlos llegar se acercó a ellos y miró a Cordelia con preocupación. Ella se dejó caer en sus brazos.

—Avanza demasiado rápido para ella, señor. Todavía está delicada.

Piotr emitió un bufido.

—Estará mucho peor si nos encuentran los hombres de Vordarian.

—Me las arreglaré —dijo Cordelia, inclinada hacia delante—. En un minuto. Sólo... necesito... un minuto. —A medida que descendía el sol otoñal, la brisa soplaba cada vez más fría sobre su piel. El cielo estaba encapotado y parecía casi sólido. Poco a poco, Cordelia se fue enderezando a pesar del dolor abdominal. Esterhazy llegó al claro tras ellos, a un paso más lento.

Bothari movió la cabeza en dirección a la casa distante.

—Allí están.

Piotr y Cordelia se volvieron. Un par de aeronaves aterrizaban en el jardín. No pertenecían a las fuerzas de Aral. Los hombres emergieron de ellas como hormigas negras en sus uniformes de faena, salpicados con uno o dos vestidos de rojo y dorado, y algunos con el uniforme verde de oficial.

Bravo. Fantástico. Nuestros amigos y nuestros enemigos visten los mismos uniformes. ¿Qué debemos hacer? ¿Dispararles a todos y dejar que Dios los identifique?

Piotr mostraba una expresión amarga. ¿Arrasarían toda su casa y la dejarían hecha una ruina buscando a los refugiados?

—Cuando cuenten los caballos que faltan, ¿no averiguarán cómo nos hemos marchado y dónde estamos? —preguntó Cordelia.

—Los dejé salir a todos, señora —explicó Esterhazy—. De ese modo al menos tendrán la posibilidad de salvarse. No sé cuántos lograremos recuperar.

—Me temo que la mayoría no irá muy lejos —dijo Piotr—. Estarán esperando la comida. Quisiera que se alejaran lo más posible. Dios sabe qué serán capaces de inventar esos vándalos, al ver que no encuentran nada más.

Un trío de aeronaves estaba aterrizando en el perímetro de la pequeña aldea. Los hombres armados que desembarcaron de ellas se desvanecieron entre las casas.

—Espero que Zai los haya podido advertir a tiempo —murmuró Esterhazy.

—¿Por qué querrían molestar a esas pobres personas? —preguntó Cordelia—. ¿Qué buscan ahí?

—A nosotros, señora —dijo Esterhazy con preocupación. Al ver su mirada confundida continuó—: A nosotros, los hombres de armas. A nuestras familias. A cualquiera que puedan llevarse como rehén.

Esterhazy tenía una esposa y dos hijos en la capital, recordó Cordelia. ¿Qué les habría ocurrido? ¿Alguien los habría puesto sobre aviso? Esterhazy parecía estar preguntándose lo mismo.

—Vordarian se llevará a todos los rehenes que pueda, sin duda —asintió Piotr—. Ahora ya estará metido en esto. Debe triunfar o morir.

Bothari tenía la vista perdida a lo lejos y movía levemente la mandíbula. ¿Habría recordado alguien avisar a la señora Hysopi?

—Pronto comenzarán la búsqueda por aire —observó Piotr—. Es hora de ponernos a cubierto. Yo iré primero. Sargento, condúzcala a ella.

Piotr viró su caballo y se desvaneció entre las malezas, siguiendo un sendero tan poco marcado que Cordelia nunca lo hubiese reconocido como tal. Esta vez fueron necesarios Bothari y Esterhazy para volverla a subir sobre su montura. Piotr decidió entonces

marchar al paso, no por consideración a ella, sospechó Cordelia, sino a sus sudorosos animales. Después de ese odioso galope, ir al paso fue casi un alivio. Al menos al principio.

Cabalgaron entre árboles y matorrales, a lo largo de una hondonada y cruzando un arroyo, con los cascos de los caballos raspando sobre la piedra. Cordelia se esforzó por escuchar el zumbido de las aeronaves sobre su cabeza. Cuando se acercó una, Bothari la condujo por una empinada cuesta que acababa en una hondonada, donde desmontaron y se ocultaron bajo un peñasco durante varios minutos, hasta que el sonido se alejó. Volver a subir de la hondonada fue aún más difícil, ya que debieron conducir a los caballos por la pronunciada cuesta sembrada de malezas.

Cayó la noche; el frío y el viento se hicieron más intensos. Dos horas se convirtieron en tres, cuatro, cinco, y la penumbra se transformó en noche cerrada. Entonces marcharon todos juntos, tratando de no perder de vista a Piotr. Luego comenzó a llover, una llovizna negra y triste que volvió aún más resbaladiza la montura de Cordelia.

Alrededor de la medianoche llegaron a un claro, y por fin Piotr ordenó un descanso. Cordelia se sentó apoyada contra un árbol, aturdida por la fatiga, con los nervios deshechos, abrazando a Gregor.

Bothari dividió una ración de comida que llevaba en el bolsillo y la repartió entre Cordelia y el niño. Envuelto en la chaqueta del sargento, al fin Gregor logró vencer un poco el frío y quedarse dormido. A Cordelia se le acalambraron las piernas por su peso, pero al menos la abrigaba un poco.

¿Dónde estaría Aral ahora? ¿Y dónde estaban ellos? Cordelia esperaba que Piotr lo supiese. No podían haber recorrido más de cinco kilómetros en una hora, con todas esas subidas y bajadas, idas y vueltas. ¿De verdad creía Piotr que lograrían eludir a sus perseguidores de ese modo?

El conde, quien había permanecido sentado bajo su propio árbol a unos metros de ella, se levantó para orinar entre las malezas y luego se acercó al grupo.

—¿Está dormido? —preguntó mirando al niño en la penumbra.

—Sí. Es sorprendente.

—Hum. La juventud. —Piotr emitió un gruñido. ¿De envidia?

Su tono no era hostil como esa tarde, y Cordelia se aventuró a preguntarle:

—¿Cree que Aral ya se encontrará en Hassadar? —No se atrevió a decir: «¿Cree que habrá logrado llegar vivo a Hassadar?»

—A estas horas, habrá llegado y se habrá ido ya. —Pensé que la convertiría en su guarnición. —La levantará y hará que se disperse en cien direcciones distintas. ¿Y qué escuadrón tendrá el emperador? Vordarian no lo sabrá. Pero con un poco de suerte, se sentirá tentado de ocupar Hassadar.

—¿Suerte?

—De ese modo lograremos distraerlo. Hassadar no tiene ningún valor estratégico. Pero Vordarian debe contar con un número limitado de tropas leales, y tendrá que disponer de una buena parte para ocupar esa ciudad emplazada en un territorio hostil, con una larga tradición de guerrillas. Dispondremos de buena información sobre todo lo que hagan allí, y la población no se les unirá.

«Además, se trata de mi capital. Si ocupa el distrito de un conde con tropas imperiales... los demás condes deberán detenerse a pensarlo. Cualquiera podría ser el siguiente. Es probable que Aral haya ido a la base de lanzamiento Tanery. Debe establecer una línea de comunicación independiente con las fuerzas con base en el espacio, si Vordarian ha destruido las del cuartel general imperial. En las bases espaciales las lealtades estarán divididas. Creo que habrá muchas dificultades técnicas en sus salas de comunicaciones, mientras los comandantes de las naves tratan de adivinar cuál será el bando ganador. —Piotr emitió una risita macabra, en las sombras—.

Vordarian es demasiado joven para recordar la Guerra de Yuri el Loco. Peor para él. Ya ha conseguido bastante ventaja con su ataque por sorpresa, no quisiera otorgarle más.

—¿Ocurrió muy rápido?

—Sí, mucho. No había ningún indicio de ello cuando estuve en la capital al mediodía. Debió de iniciarse justo después de mi partida.

Permanecieron en un frío silencio unos momentos, mientras los dos recordaban por qué Piotr había viajado ese día.

—¿La capital... tiene un... un gran valor estratégico? —preguntó Cordelia, cambiando de tema. No quería volver a hablar de aquel tema que le resultaba tan doloroso.

—En determinadas guerras, sí. No en ésta. No se está combatiendo por un territorio. Me pregunto si Vordarian lo comprenderá. Es una guerra por lealtades, por las mentes de los hombres. En ella los objetos materiales sólo tienen una importancia táctica pasajera. Sin embargo, Vorrarr Sultana es un centro de comunicaciones, algo muy importante. Pero además del centro, están las comunicaciones colaterales.

Nosotros no estamos comunicados de ninguna manera, pensó Cordelia. Aquí en el bosque, bajo la lluvia.

—Pero si Vordarian ya se ha apoderado del cuartel general imperial...

—Si no me equivoco, en este momento sólo se ha apoderado de un gran edificio caótico. No creo que ni la cuarta parte de los hombres se encuentren en sus puestos, y la mitad de ellos deben de estar planeando algún sabotaje para beneficiar al bando que favorecen en secreto. El resto debe de haber corrido a esconderse, o estarán tratando de sacar de la ciudad a sus familias.

—¿Usted cree que el capitán Vorpatril se habrá alia... cree que Vordarian molestará a lord Vorpatril y su esposa?

El embarazo de Alys estaba muy cerca del término. Cuando visitó a Cordelia en el Hospital Militar (¿sólo diez días atrás?) ya caminaba pesadamente y tenía el vientre muy abultado. El médico le había prometido que tendría un niño fuerte y hermoso. Iván, lo llamarían. Su habitación ya estaba completamente equipada y decorada, le había contado Alys con un gemido, acomodándose el vientre sobre la falda, y ahora sería un buen momento...

Ahora ya no era un buen momento.

—Padma Vorpatril encabezará la lista. Sin duda habrán ido a buscarlo. Él y Aral son los únicos descendientes que quedan del príncipe Xav, y si alguien es lo bastante estúpido para volver a iniciar ese maldito debate por la herencia... O si algo le ocurre a Gregor. —Piotr apretó los dientes como si de ese modo pudiese controlar el destino.

—¿Lady Vorpatril y el bebé también?

—Tal vez no Alys Vorpatril. Pero el niño sí, sin duda.

No eran exactamente dos cuestiones separadas, de momento.

Al fin el viento amainó. Cordelia oía cómo pastaban los caballos.

—¿Los caballos no aparecerán en los sensores térmicos? Y nosotros también, a pesar de habernos despojado de nuestras cargas de energía. No imagino cómo podrían tardar tanto en descubrirnos. —¿Las tropas se encontrarían allá arriba en ese momento, como ojos entre las nubes?

—Oh, todas las personas y bestias de estas colinas aparecerán en sus sensores térmicos, en cuanto comiencen a apuntarlos en la dirección adecuada.

—¿Todas? No he visto a nadie.

—Oh, esta noche ya hemos pasado cerca de unas veinte pequeñas haciendas. Allí hay personas, vacas, cabras, venados, caballos y niños. Somos como agujas en un pajar. Si logramos llegar al sendero en la base del Paso Amie antes de media mañana, se me ocurren un par de cosas que hacer.

Cuando Bothari volvió a subirla sobre Rose, la oscuridad no era tan profunda. La luz del alba tino los bosques de gris mientras se ponían en marcha nuevamente. Las ramas



de los árboles los golpeaban en medio de la niebla. Cordelia se aferró a su montura en silenciosa desdicha, conducida por Bothari. Durante los primeros veinte minutos de viaje, Gregor siguió dormido, pálido y con la boca abierta, sujetado por Piotr.

La luz del amanecer reveló los estragos de la noche. Tanto Bothari como Esterhazy estaban cubiertos de lodo y con la barba crecida, cubiertos de rasguños y con los uniformes ajados. Bothari había tapado a Gregor con su chaqueta, por lo que andaba en mangas de camisa. Llevaba el cuello abierto, de forma que parecía un criminal a punto de ser decapitado. El uniforme verde de Piotr había resistido bastante bien, pero su rostro enrojecido y barbudo le otorgaba un aspecto desaliñado. Cordelia misma se sentía desastrosa, con el cabello húmedo, las ropas viejas y las zapatillas domésticas.

Podría ser peor. Podría estar embarazada todavía. Ahora si muero, moriré sola. ¿El pequeño Miles se encontraba más seguro que ella en ese momento? Era un ser anónimo en su réplica uterina, sobre algún estante del laboratorio de Vaagen y Henri. Cordelia podía rezar para que se encontrase a salvo, aunque no terminase de creerlo. Será mejor que dejéis en paz a mi hijo, malditos barrayareses.

Subieron en zigzag por una larga cuesta. Los caballos resoplaban a pesar de que iban al paso, y se resistían a avanzar al tropezar con raíces y piedras. El grupo se detuvo en el fondo de una pequeña depresión. Tanto los caballos como las personas bebieron del arroyo oscuro. Esterhazy volvió a aflojar las cinchas y les rascó las cabezas a los caballos. Los animales lo empujaron con suavidad y husmearon sus bolsillos vacíos en busca de alguna golosina. Él les murmuró una disculpa y algunas palabras de aliento.

—Está bien, Rose, podrás descansar cuando termine el día. Son sólo unas pocas horas más. —Nadie se había molestado en brindar a Cordelia tanta información.

Esterhazy dejó los caballos con Bothari y acompañó a Piotr a los bosques, trepando por la cuesta. Gregor se dedicó a arrancar unas plantas para tratar de alimentar a los animales. Los caballos las lamieron y al final las dejaron caer, sin ningún interés. Gregor volvió a probar su suerte y recogió las hojas para tratar de introducirlas entre los dientes de los caballos.

—¿Cuáles son los planes del conde, lo sabe? —preguntó Cordelia a Bothari. Él se alzó de hombros.

—Habrá ido a ponerse en contacto con alguien. Esto no funcionará. —Con un movimiento de cabeza indicó que se refería a aquella noche de vagabundeo absurdo.

Cordelia no pudo menos que estar de acuerdo con él. Se tendió de espaldas y trató de percibir el sonido de alguna aeronave, pero a sus oídos sólo llegó el rumor del arroyo y el de su estómago vacío. De pronto tuvo que levantarse y correr hasta el niño, ya que el pequeño trataba de calmar su propia hambre comiendo unas plantas.

—Pero los caballos las comieron —protestó él. —¡No! —Cordelia se estremeció, imaginando en detalle las reacciones bioquímicas e histamínicas que podían producirle—. Es una de las primeras cosas que se aprenden en Estudios Astronómicos Betaneses, ¿sabes? Nunca te pongas objetos extraños en la boca a menos que hayan sido examinados en el laboratorio. En realidad, debes evitar el contacto con los ojos, la boca y las mucosas.

Sugestionado, Gregor se frotó la nariz y los ojos. Cordelia suspiró y volvió a sentarse. Entonces recordó el agua del arroyo y esperó que Gregor no notase su incongruencia. El niño lanzaba piedras a los charcos. Una hora después, Esterhazy regresó. —Vamos.

Esta vez condujo a los caballos, señal segura de que se avecinaba una empinada cuesta. Cordelia tropezó y se arañó las manos. Los animales avanzaban con esfuerzo. Al llegar a la cima descendieron, volvieron a subir y aparecieron en una senda fangosa que atravesaba el bosque.

—¿Dónde estamos? —preguntó Cordelia.

—En el camino del Paso Amie, señora —le respondió Esterhazy.

—¿Esto es un camino? —murmuró ella, desalentada. Piotr se encontraba un poco más allá, con otro anciano que sujetaba las riendas de un robusto y pequeño caballo tordo.

El animal estaba considerablemente más acicalado que el hombre. La parte blanca de su pelo estaba brillante, y la negra lustrosa. Tenía la crin y la cola bien cepilladas. No obstante, sus cascos estaban húmedos y oscuros, y tenía el vientre manchado de barro. Además de la antigua montura como la que lucía el caballo de Piotr, el tordo llevaba cuatro alforjas, un par adelante y uno atrás, y un saco de dormir.

El anciano, tan barbudo como Piotr, llevaba puesta una chaqueta del Servicio Postal Imperial, tan gastada que su color azul se había convertido en gris. Esto se completaba con partes de otros uniformes viejos: una camisa negra de faena, un antiguo pantalón verde de etiqueta y unas botas de montar gastadas pero bien conservadas que le llegaban a las rodillas. También llevaba un sombrero de fieltro adornado con unas flores secas. El hombre chasqueó los labios al ver a Cordelia. Le faltaban varios dientes; los que tenía eran largos y amarillentos.

La mirada del anciano se posó sobre Gregor, quien se encontraba de la mano de Cordelia.

—¿Así que ése es? No parece gran cosa. —Escupió entre las malezas, a un margen del camino.

—Tal vez llegue a serlo con el tiempo —observó Piotr—. Si dispone del tiempo suficiente.

—Veré lo que puedo hacer, general.

Piotr sonrió para sí mismo.

—¿Lleva algunas raciones encima?

—Sí, claro. —El anciano emitió una risita y se volvió para hurgar en una de sus alforjas. Extrajo un paquete de pasas envueltas en un viejo telegrama plástico, unas tortitas hechas de cubos parduscos protegidas en hojas, y algo parecido a un manojo de tiras de cuero, también envueltas en un telegrama plástico usado. Cordelia alcanzó a leer lo que decía:

Actualización de reglamentos postales C6.77a, modificación 6/17. Archívese de inmediato de forma permanente.

Piotr observó las provisiones.

—¿Cabra deshidratada? —preguntó señalando las alforjas.

—En su mayor parte —añadió el anciano.

—Nos llevaremos la mitad. Y las pasas. Conserve el azúcar de arce para los niños. —No obstante Piotr se metió un cubo en la boca—. Lo buscaré dentro de unos tres días, tal vez una semana. ¿Recuerda el adiestramiento de la Guerra de Yuri, eh?

—Desde luego —dijo el anciano.

—Sargento. —Piotr llamó a Bothari agitando una mano—. Usted irá con el mayor. La llevará a ella y al niño. Él los ocultará. Permanezcan allí hasta que vaya por vosotros.

—Sí, señor —respondió Bothari con tono inexpresivo. Sólo sus ojos delataron la inquietud que sentía.

—¿Qué tenemos aquí, general? —preguntó el anciano, mirando a Bothari—. ¿Uno nuevo?

—Un muchacho de ciudad —dijo Piotr—. Pertenece a mi hijo. No habla mucho. Aunque sabe cortar cuellos. Ya lo creo que sí.

—¿Sí? Bien.

Piotr se movía mucho más lento. Esperó a que Esterhazy le ayudase a montar en su caballo. Entonces se acomodó en su montura con un suspiro, y por unos momentos su espalda se curvó.

—Maldición, me estoy haciendo viejo para estos excesos.

Con expresión pensativa, el hombre a quien Piotr había llamado «el mayor» hurgó en un bolsillo y extrajo un pequeño saco de cuero.

—¿Quiere mascar unas hojas, general? Son mejores que la cabra, aunque no duren tanto.

A Piotr se le iluminó la cara.

—Ah, le estaría muy agradecido. Pero no me dé todo el saco, hombre.

Piotr extrajo la mitad del contenido y se lo guardó en el bolsillo superior. Se metió un puñado en la boca y devolvió el saco haciendo la venia. Aquellas hojas eran un estimulante bastante suave. Cordelia nunca había visto a Piotr mascarlas en Vorbarr Sultana.

—Cuide a los caballos de mi señor —dijo Esterhazy a Bothari con cierta desesperación—. Recuerde que no son máquinas.

Bothari gruñó algo no muy convencido, y tanto el conde como Esterhazy condujeron a sus animales por el sendero. Al cabo de pocos momentos desaparecieron de la vista. Un profundo silencio cayó sobre ellos.

12

El mayor colocó a Gregor detrás de él, bien acomodado entre el saco de dormir y las alforjas. Cordelia volvió a enfrentarse a la tarea de subirse a ese instrumento de tortura para humanos y caballos: la montura. Nunca lo hubiese logrado sin Bothari. Esta vez el mayor cogió sus riendas, y Rose marchó junto al caballo tirando mucho menos de la brida. Bothari permaneció en la retaguardia, vigilante.

—Y bien —dijo el anciano después de un rato, dirigiéndole una mirada de soslayo—, ¿así que es la nueva señora Vorkosigan?

Sucia y desaliñada, Cordelia le sonrió con desesperación.

—Sí. Ah, el conde Piotr no mencionó su nombre, ¿mayor...?

—Amor Klyeuvi, señora. Pero la gente de aquí me llama Kly.

—¿Y... qué es usted? —Aparte de ser un duende que Piotr había conjurado de la montaña.

Él sonrió, una expresión más desagradable que atrayente, dada la condición de su dentadura.

—Soy el Correo Imperial, señora. Cada diez días realizo un circuito por estas colinas cercanas a Vorkosigan Surleau. Lo he hecho durante dieciocho años. Aquí hay jovencitos con hijos que sólo me han conocido como Kly el Correo.

—Pensé que en estas zonas la correspondencia se repartía por aeronave.

—Eso querían. Pero las aeronaves no llegan a cada casa, sólo la dejan en un punto central. La cortesía ha desaparecido. —Escupió con disgusto unas hojas—. Aunque si el general logra mantenerlos alejados un par de años más, cumpliré mis últimos veinte años de servicio y habré cumplido tres períodos de veinte. Ya me retiré cuando cumplí dos períodos, ¿sabe?

—¿En qué división, mayor Klyeuvi?

—Los Guardianes Imperiales. —La miró con disimulo tratando de observar su reacción; ella lo recompensó alzando las cejas, impresionada—. Me dedicaba a cortar cuellos, no era un técnico. Por eso nunca pasé de mayor. Me inicié a los catorce años en estas montañas, creando cercos para atrapar a los cetagandaneses con el general y con Ezar. Después de eso, nunca regresé a la escuela. Sólo asistí a cursos de entrenamiento. El Servicio se las arregló sin mí, con el tiempo.

—No del todo, según parece —dijo Cordelia, mirando el bosque aparentemente despoblado.

—No... —El mayor exhaló un suspiro con los labios fruncidos y se volvió para mirar a Gregor con inquietud.

—¿Piotr le contó lo que ocurrió ayer por la tarde?

—Sí. Anteayer por la mañana me fui del lago. Me perdí toda la diversión. Espero que lleguen noticias antes del mediodía.

—¿Le parece probable que... llegue algo más para entonces?

—Ya veremos —respondió él en tono más vacilante—. Tendrá que cambiarse esas ropas, señora. El nombre VORKOSIGAN, A. en grandes letras sobre su bolsillo no resulta muy discreto.

Cordelia observó la camisa negra de Aral y guardó silencio.

—La librea del señor también sobresale como una bandera —agregó Kly mirando a Bothari—. Pero pasarán bastante desapercibidos con las ropas adecuadas. Dentro de un rato veré lo que puedo hacer.

Cordelia anticipó el ansiado momento del descanso. ¿Pero a qué coste para aquellos que le diesen refugio?

—¿Se pondrán en peligro si nos ayudan?

Él alzó una de sus tupidas cejas grises.

—Tal vez. —Su tono no la alentó a realizar más comentarios acerca del tema.

Si quería resultar útil y no arriesgar a cuantos la rodeaban, necesitaba despejar su mente extenuada.

—Esas hojas que masca. ¿Producen un efecto parecido al del café?

—Oh, son mejores que el café, señora.

—¿Puedo probarlas? —preguntó con timidez; tal vez fuese un favor demasiado personal.

Las mejillas del mayor se arrugaron en una sonrisa fría.

—Sólo los viejos paisanos como yo mascamos estas hojas, señora. Las graciosas damas Vor de la capital no querrían que las encontraran muertas con ellas entre sus dientes de perlas.

—No soy bonita, no soy una dama y encima tampoco soy de la capital. Y en este momento sería capaz de matar por un café. Las probaré.

Él dejó caer las riendas sobre el cuello del caballo, hurgó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo el saco. Entonces le entregó un pedazo con unos dedos cuya limpieza dejaba bastante que desear.

Cordelia las observó unos momentos sobre su palma. Nunca te pongas objetos extraños en la boca a menos que hayan sido examinados en el laboratorio. Se lo puso sobre la lengua. Las hojas estaban unidas con un poco de miel de arce, pero cuando lo dulce hubo desaparecido, el sabor que quedó fue agradablemente amargo y astringente. Pareció deshacer la película nocturna que cubría sus dientes, lo cual la reanimó. Cordelia se enderezó. Kly la observó con expresión risueña. —¿Y usted a qué se dedica, si no es una dama y no es de este planeta?

—Era astrocartógrafa. Luego fui capitana. Después fui soldado, prisionera de guerra y refugiada. Más tarde me convertí en esposa y madre. No sé qué seré después —le respondió honestamente, mientras mascaba las hojas. Esperaba que no fuese viuda.

—¿Madre? Oí decir que estaba embarazada, pero... ¿no perdió a su bebé con la soltoxina? —El hombre observó su cintura, confundido.

—Todavía no. Él todavía tiene una posibilidad. Aunque me parece un poco injusto, obligarlo a enfrentarse con todo Barrayar siendo tan pequeño... Nació prematuramente, por medio de una operación quirúrgica. —Decidió no tratar de explicarle lo de la réplica uterina—. Está en el Hospital Militar Imperial, en Vorbarr Sultana. Según tengo entendido, la ciudad acaba de ser capturada por las fuerzas rebeldes de Vordarian...

Cordelia se estremeció. El laboratorio de Vaagen no tenía por qué llamar la atención de nadie. Miles estaba bien, bien, bien; un resquicio en este delicado escudo de convicción la pondría en estado de histeria... En cuanto a Aral, él era tan capaz de cuidar de sí mismo como el mejor. Entonces, ¿cómo habían podido tenderle esa trampa eh, eh? No cabía duda, Seguridad Imperial estaba plagado de traidores. Ya no podían confiar en nadie allí

¿Y dónde estaba Illyan? ¿Atrapado en Vorbarr Sultana? ¿O sería un traidor de Vordarian? No... Lo más probable era que lo tuviesen prisionero. Como a Kareen. Como a Padma y Alys Vorpatril. La vida en una carrera contra la muerte.

—Nadie se meterá con el hospital —dijo Kly, observando su rostro.

—Yo... sí. Tiene razón.

—¿Por qué vino a Barrayar?

—Quería tener hijos. —Una risa amarga escapó de sus labios—. ¿Usted tiene niños, Kly el Correo?

—No, por lo que yo sé.

—Ha sido muy prudente.

—Oh... —El rostro del anciano se tornó distante—. No lo sé. Desde que murió mi mujer, he estado bastante solo. Algunos hombres que conozco han tenido bastantes problemas con sus hijos. Ezar. Piotr. No sé quién quemará las ofrendas en mi tumba. Mi sobrina, tal vez.

Cordelia miró a Gregor, quien cabalgaba sobre las alforjas y escuchaba. El niño había encendido los cirios en los grandes funerales de Ezar, y su mano había estado guiada por la de Aral.

Siguieron subiendo por el sendero, y en cuatro ocasiones Kly se desvió por un sendero lateral, mientras Cordelia, Bothari y Gregor lo esperaban ocultos. En la tercera de estas escapadas para entregar la correspondencia, Kly regresó con un atado que incluía una vieja falda, un par de pantalones gastados y un poco de grano para los caballos. Todavía helada, Cordelia se puso la falda sobre el pantalón que llevaba. Bothari cambió su conspicuo pantalón de uniforme con la franja plateada al costado por otro de montañés. Los pantalones le quedaban demasiado cortos y le daban el aspecto de un espantapájaros siniestro. Escondieron el uniforme de Bothari y la camisa negra de Cordelia en un saco del correo. Con respecto al zapato que le faltaba a Gregor, Kly resolvió el problema quitándole el otro para que el niño anduviese descalzo, y además ocultó su elegante traje azul bajo una camisa grande con las mangas enrolladas. Hombre, mujer y niño parecían una harapienta familia montañesa.

Llegaron a la cima del Paso Amie y comenzaron a descender. Aquí y allá algún lugareño aguardaba a Kly junto al camino; él transmitía mensajes verbales, y a Cordelia le pareció que lo hacía al pie de la letra. Distribuía cartas en papel y en discos baratos, cuyo sonido solía ser bajo y metálico. En dos ocasiones se detuvo para leer cartas a personas aparentemente analfabetas, y una vez lo hizo para un hombre ciego guiado por una niña pequeña. Cordelia se sentía más crispada con cada encuentro, agotada por la tensión nerviosa. ¿Ese sujeto los traicionaría? ¿Qué pensaría aquella mujer de ellos? Al menos el ciego no podría describirlos...

Hacia el atardecer, Kly regresó de uno de sus desvíos para observar el sendero silencioso y declarar:

—Este lugar está demasiado poblado.

—Cordelia se sentía tan agotada que sólo pudo darle la razón mentalmente.

El mayor la miró con ojos preocupados.

—¿Cree que podrá continuar durante otras cuatro horas, señora?

¿Cuáles la alternativa? ¿Sentarme junto a este charco de barro y llorar hasta que nos capturen? Se levantó con dificultad, apoyándose en el tronco sobre el cual se había reclinado mientras esperaba el regreso de su guía.

—Eso depende de lo que encontraremos al final de esas cuatro horas.

—Mi casa. Por lo general paso la noche con mi sobrina, cerca de aquí. Cuando estoy entregando la correspondencia suelo tardar unas diez horas en llegar a casa, pero si subimos directamente no serán más que cuatro. Mañana por la mañana podré regresar y cumplir con las entregas. Todo parecerá normal. Nadie notará nada extraño.

¿Subir directamente? Pero Kly tenía razón, para estar a salvo debían ser discretos, invisibles. Cuanto antes pudiesen ocultarse, mejor.

—Lo seguimos, mayor.

Tardaron seis horas. El caballo de Bothari empezó a cojear poco antes de llegar. El sargento tuvo que desmontar y llevarlo por las riendas. Cordelia también caminó para estirar las piernas lastimadas, mantenerse despierta y entrar en calor. Gregor se quedó dormido y se cayó del caballo. Entonces comenzó a llorar llamando a su madre, pero volvió a dormirse cuando Kly lo colocó delante de él para sujetarlo con firmeza. En el último tramo, Cordelia se quedó sin aliento y su corazón empezó a latir con violencia, aunque se sujetaba del estribo de Rose para que la ayudara a subir. Los dos caballos se movían como ancianas artríticas, pero sólo con su auxilio lograron seguir al resistente tordo de Kly.

De pronto el camino descendió hacia un amplio valle. El bosque se fue despejando, entremezclado con prados en la ladera. Cordelia podía percibir el espacio que se extendía frente a ella, verdaderas montañas, vastos precipicios en sombras, peñascos gigantescos, el silencio de la eternidad. Tres copos de nieve se fundieron sobre su rostro vuelto hacia el cielo. Al final de un bosquecillo, Kly se detuvo.

—Fin del camino, amigos.

Conducido por Cordelia, Gregor caminó medio dormido hasta la pequeña choza. Allí ella lo condujo a ciegas hasta un catre y lo acostó.

El niño gimió entre sueños mientras Cordelia lo tapaba con las mantas. Entonces permaneció tambaleante, aturdida, y en un último destello de lucidez se quitó las zapatillas y se acostó a su lado. Gregor tenía los pies tan fríos como un cadáver sometido a la criogenia, y a medida que Cordelia los calentaba contra su propio cuerpo el niño dejó de temblar para entrar en un sueño más profundo. Vagamente Cordelia tuvo conciencia de que Kly, Bothari, o alguien había encendido el fuego en el hogar. Pobre Bothari, había estado despierto tanto tiempo como ella. En un sentido militar, él estaba a su cargo; ella debía ocuparse de que comiera, se calentara los pies, durmiera. Debía... debía...

Cordelia abrió los ojos repentinamente para descubrir que el movimiento que la había despertado era Gregor, sentado en la cama a su lado, frotándose los ojos con expresión desorientada. La luz entraba por dos ventanas sucias, a ambos lados de la puerta de madera. La choza o cabaña —dos de las paredes parecían hechas con leños enteros sin desbastar— constaba de una sola habitación. En el hogar de piedras grises había una marmita y una caldera cubierta, apoyadas sobre una parrilla bajo la cual ardían las brasas. Cordelia volvió a recordar que allí la madera representaba la pobreza, no la riqueza. Habían visto una infinidad de árboles el día anterior.

Cordelia se sentó y emitió un gemido de dolor por el ácido láctico que se había formado en sus músculos. Enderezó las piernas. La cama constaba de una red sujeta a un marco sobre la cual había dos colchones, el primero de paja y el segundo de plumas. Ella y Gregor estaban bien abrigados en aquel nido. El aire de la habitación olía a polvo y a leña quemada.

Unas botas resonaron en las tablas del porche, fuera de la cabaña, y Cordelia se aferró al brazo de Gregor invadida por el pánico. No podía escapar, y ese atizador de hierro negro no sería arma suficiente contra un aturdidor o un disruptor nervioso... pero los pasos eran de Bothari. Él entró en la cabaña junto con una bocanada de aire frío. La rudimentaria chaqueta parda que llevaba debía de pertenecer a Kly, a juzgar por la forma en que sus muñecas huesudas asomaban bajo los puños. Siempre que mantuviera la boca cerrada para no delatar su acento ciudadano, sería fácil confundir a Bothari con un montañés.

Él los saludó con un movimiento de cabeza.

—Señora. Majestad. —Se arrodilló junto al hogar y levantó la tapa de la caldera. Luego probó la temperatura de la marmita acercando la mano a ella—. Hay cereales y almíbar —informó—. Agua caliente. Té de hierbas. Frutos secos. No hay mantequilla.

—¿Qué está ocurriendo? —Cordelia se frotó el rostro y bajó los pies al suelo, ansiosa por tomarse una taza de ese té de hierbas.

—No mucho. El mayor dejó que su caballo descansara un rato y se marchó antes del alba, para cumplir con sus entregas. Desde entonces esto ha estado bastante tranquilo.

—¿Usted ha podido dormir?

—Un par de horas, creo.

El té tuvo que esperar mientras Cordelia acompañaba al emperador cuesta abajo, hasta el excusado de Kly. Gregor frunció la nariz y observó el retrete con nerviosismo. De regreso en el porche, Cordelia hizo que se lavara las manos y el rostro en una palangana metálica. Cuando se hubo secado el rostro con una toalla, descubrió que la vista desde ese sitio era magnífica. Medio Distrito Vorkosigan parecía extenderse a sus pies en colinas oscuras y praderas verdes y amarillas.

—¿Ése es nuestro lago? —Cordelia señaló un destello plateado entre las colinas, casi en el límite de su visión.

—Eso creo —asintió Bothari, forzando la vista.

Tan lejos... y habían llegado a pie. Aunque para una aeronave estaban demasiado cerca. Bueno, al menos desde allí se vería cualquier cosa que se acercase.

Los cereales calientes con almíbar, servidos en un plato rajado, sabían a gloria. Cordelia se tomó el té con avidez, descubrió que había llegado peligrosamente cerca de la deshidratación. Trató, de convencer a Gregor para que la imitase, pero a él no le gustó el sabor amargo del té. Bothari pareció enrojecer de vergüenza al no ser capaz de sacar leche del aire para complacer a su emperador. Cordelia resolvió el dilema endulzando el té con almíbar, con lo cual lo hizo aceptable.

Cuando terminaron de desayunar, lavaron los pocos utensilios y platos y tiraron afuera el agua sucia; el porche se había entibiado bastante con el sol matinal.

—¿Por qué no ocupa la cama, sargento? Yo vigilaré. Ah... ¿Kly le dio alguna idea en caso de que llegue alguien hostil antes de su regreso? Parece que ya no nos queda ningún lugar adonde ir.

—Todavía hay uno, señora. Hay unas cuevas en ese bosque de la parte trasera. Un viejo escondite de la guerrilla. Anoche Kly me llevó para que viese la entrada.

Cordelia suspiró.

—Bien. Vaya a dormir, sargento. Lo necesitaremos más tarde.

Cordelia se sentó al sol en una de las sillas de madera, descansando su cuerpo aunque no pudiese hacer lo mismo con su mente. Forzó los ojos y los oídos tratando de divisar alguna aeronave ligera u otra clase de transporte aéreo. Improvisó unos zapatos para Gregor atándole trapos en los pies, y él se dedicó a recorrer el lugar examinando las cosas. Cordelia lo acompañó en una visita al cobertizo para ver a los caballos. El del sargento seguía cojo, y Rose apenas se movía, pero tenían buen forraje y agua de un pequeño arroyo que corría en un extremo del cobertizo. El otro caballo de Kly, un alazán esbelto, parecía tolerar la invasión equina y sólo se inquietaba cuando Rose se acercaba demasiado a su extremo del almiar.

Cuando el sol pasó el cenit, Cordelia y Gregor se sentaron en los escalones del porche. Aparte de una brisa entre las ramas, el único sonido que se oía en el amplio valle eran los ronquidos de Bothari, los cuales resonaban a través de las paredes de la cabana. Decidiendo que difícilmente podría encontrar un momento para estar más tranquilos, al fin Cordelia se atrevió a interrogar a Gregor acerca del golpe en la capital. Con sus cinco años, el niño era capaz de narrar los hechos, aunque no conociese los motivos. A otro nivel ella tenía el mismo problema, debía admitirlo muy a su pesar.

—Llegaron los soldados. El coronel nos dijo a mamá y a mí que lo acompañáramos. Uno de nuestros hombres de librea entró en la habitación. El coronel le disparó.

—¿Con un aturridor o con un disruptor nervioso?

—Un disruptor nervioso. Fuego azul. El hombre cayó. Después nos llevaron al Patio de Mármol. Tenían aeronaves. Entonces entró corriendo el capitán Negri con unos hombres. Un soldado me cogió a mí, y mamá tiró para que fuese con ella, y allí perdí el zapato. Ella se lo quedó en la mano. Tenía que haberlo... atado más fuerte por la mañana. Entonces el capitán Negri le disparó al soldado que me llevaba a mí, y otros soldados le dispararon al capitán Negri...

—¿Con arcos de plasma? ¿Allí fue donde sufrió esa horrible quemadura? —preguntó Cordelia. Trataba de mantener el tono muy tranquilo. Gregor asintió con un gesto.

—Unos soldados se llevaron a mamá. Pero eran de esos otros... no los de Negri. El capitán Negri me levantó y empezó a correr. Pasamos por unos túneles bajo la Residencia, y salimos en un garaje. Subimos a la aeronave. Ellos nos disparaban. El capitán Negri me decía que me callara, que me quedara tranquilo. Volamos y volamos, y él seguía gritándome que me callara... aunque yo ya estaba callado. Y entonces aterrizamos junto al lago. —Gregor estaba temblando otra vez.

—Hum. —A pesar de la simpleza con que el niño había relatado los acontecimientos, Cordelia pudo imaginar a Kareen con todos los detalles. Su rostro habitualmente sereno, desencajado por la ira y el terror al ver que le arrebataban a su hijo y le dejaban... nada más que un zapato de todas sus ilusorias posesiones. Así que las tropas de Vordarian tenían a Kareen. ¿Como rehén? ¿Como víctima? ¿Estaría viva o muerta?

—¿Crees que mamá está bien?

—Sí, seguro. —Cordelia se acomodó en el escalón—. Es una señora muy importante. No le harán daño.

—Hasta, que les resulte conveniente hacérselo. —Ella estaba llorando.

—Sí.

Cordelia sintió el mismo nudo en su vientre. La imagen que había estado evitando todo el día anterior volvió a irrumpir en su mente. Unas botas que abrían la puerta del laboratorio a patadas. Escritorios y mesas tumbados. Ningún rostro, sólo botas. Culatas de armas que destrozaban delicados recipientes y monitores. Una réplica uterina brutalmente abierta, y su contenido húmedo vaciado sobre las baldosas... ni siquiera se necesitaba emplear el sistema tradicional de coger al bebé por los pies y lanzar la cabeza contra la pared más cercana. Miles era tan pequeño que las botas no tenían más que pisarlo y aplastarlo contra el suelo... Cordelia contuvo el aliento.

Miles está bien. Es anónimo, igual que nosotros. Somos muy pequeños, estamos muy callados y nos encontramos a salvo. Cállate chiquillo, no hagas ruido. Abrazó a Gregor con fuerza.

—Mi hijito también está en la capital, como tu mamá. Y tú estás conmigo. Nos cuidaremos el uno al otro. Ya verás.

Después de cenar y al ver que todavía no había señales de Kly, Cordelia dijo:

—Enséñeme esa cueva, sargento.

Kly tenía una caja de velas frías sobre la chimenea. Bothari encendió una y condujo a Cordelia y al niño hacia el bosque, por un estrecho sendero de piedra. El sargento tenía un aspecto siniestro a la luz verdosa del tubo que brillaba entre sus manos.

Cerca de la cueva, la zona mostraba rastros de haber sido despejada en el pasado, aunque las malezas ya comenzaban a cubrirla de nuevo. La entrada no quedaba oculta. La gran apertura negra tenía el doble de altura que Bothari y era lo bastante ancha para permitir el paso de una aeronave. En el interior, el techo se elevaba y los muros se ensanchaban creando una cueva polvorienta. Allí dentro podían acampar patrullas enteras, y en el pasado lo habían hecho, a juzgar por los antiguos desperdicios. Unos



nichos tallados en la piedra hacían las veces de literas, y los muros estaban cubiertos de nombres, iniciales, fechas y comentarios obscenos.

En el centro de la cueva había un hoyo para encender fuego, y encima de él una apertura por donde alguna vez había salido el humo. Cordelia tuvo una visión fantasmal de una multitud de guerrilleros que comían, bromeaban, escupían hojas de mascar, limpiaban las armas y planeaban la siguiente incursión. Los espías iban y venían, fantasmas entre los fantasmas, para entregar su preciosa información a los generales jóvenes que extendían los mapas sobre la roca plana que estaba allí... Cordelia sacudió la cabeza para desalojar la visión y cogió la luz para explorar los nichos. Había al menos cinco túneles para salir de la caverna tres de los cuales mostraban rastros de haber sido muy transitados.

—¿Kly le dijo dónde desembocan estos túneles, sargento?

—No exactamente, señora. Dijo que los pasajes recorrían kilómetros por debajo de las colinas. Iba con retraso y tenía prisa por partir.

—¿Le explicó si el sistema es vertical u horizontal?

—¿Cómo?

—¿Se encuentra en un solo estrato o tiene caídas abruptas? ¿Hay muchos pasajes sin salida? ¿Cuál nos convendría tomar? ¿Hay arroyos subterráneos?

—Creo que él pensaba guiarnos, en caso de que tuviésemos que escapar. Comenzó a explicarlo, pero luego dijo que era demasiado complicado.

Cordelia frunció el ceño y contempló las posibilidades. Durante su entrenamiento se había familiarizado bastante con las cavernas, o al menos lo suficiente para comprender lo que significaba el término «respeto por los riesgos». Respiraderos, precipicios, grietas, pasajes laberínticos... y allí se sumaban las crecientes de los arroyos, cuestión que no causaba grandes problemas en Colonia Beta. La noche anterior había llovido. Los sensores no servían de gran cosa para encontrar a una persona en una caverna. ¿Y los sensores de quién? Si el sistema era tan extenso como había sugerido Kly, podían necesitar a cientos de hombres... Su ceño fruncido se transformó en una lenta sonrisa.

—Sargento, acamparemos aquí esta noche.

A Gregor le gustó la caverna, sobre todo cuando Cordelia le describió la historia del lugar. El niño anduvo por allí murmurando diálogos militares para sí mismo, se encaramó a todos los nichos y trató de indagar lo que significaban todas las palabrotas talladas en los muros. Bothari encendió un pequeño fuego en el foso y extendió un saco de dormir para Gregor y Cordelia, disponiéndose a montar guardia toda la noche. Cordelia acomodó un segundo saco de dormir, enrollado junto con unas provisiones a la entrada de la cueva. Luego colocó la chaqueta negra con el nombre VORKOSIGAN, A. artísticamente en un nicho, como si alguien la hubiera usado para sentarse y no enfriarse el trasero con la piedra, olvidándola allí al partir. Por último Bothari trajo los caballos todavía extenuados, les colocó las monturas y las bridas y los ató en la entrada.

Cordelia emergió del pasaje más ancho, donde había dejado caer una luz fría a unos trescientos metros de distancia, sobre un despeñadero cruzado por una soga de diez metros. La cuerda era de fibras naturales y estaba reseca. Cordelia había decidido no probarla.

—No lo entiendo, señora. Con los caballos abandonados allá fuera, si alguien viene a buscarnos nos encontrará de inmediato, y sabrá exactamente dónde estamos.

—Sin duda nos encontrará —convino Cordelia—. Pero no sabrá dónde estamos. Porque sin Kly, no tengo la menor intención de llevar a Gregor por este laberinto. No obstante, la mejor forma de fingir que hemos estado aquí es estar aquí un buen rato.

Los ojos de Bothari se iluminaron al comprender, y se volvieron hacia las cinco entradas de los túneles.

—¡Ah!

—Eso significa que también debemos encontrar un verdadero escondite. En algún lugar del bosque, desde donde podamos llegar al sendero por donde Kly nos trajo ayer. Es una pena no haberlo hecho a la luz del día.

—Entiendo a qué se refiere, señora. Iré a explorar.

—Por favor, sargento.

Bothari cogió el saco con las provisiones y desapareció en la oscuridad del bosque. Cordelia acomodó a Gregor en el saco de dormir y luego salió de la cueva para sentarse sobre unas rocas y vigilar. Divisaba el valle gris que se extendía bajo las copas de los árboles y el techo de la cabana de Kly. Ahora no surgía humo de su chimenea. Bajo la roca, ningún sensor térmico lograría detectar el fuego de la caverna, aunque el olor se esparcía por el aire frío. Cordelia buscó luces móviles en el cielo hasta que las estrellas se convirtieron en una mancha confusa frente a sus ojos.

Bothari regresó después de un buen rato.

—Tengo el lugar. ¿Nos vamos ya?

—Aún no. Todavía es posible que aparezca Kly.

—Entonces es su turno para dormir, señora.

—Oh, sí. —Cordelia todavía sentía una gran fatiga muscular. Dejando a Bothari sentado en el peñasco a la luz de las estrellas como una gárgola guardiana, ella se acomodó junto a Gregor. Un rato después, se quedó dormida.

Cordelia despertó cuando la luz del amanecer derramó una bruma luminosa en el óvalo de la entrada. Bothari preparó té caliente, y compartieron unos trozos de pan que habían sobrado de la noche anterior, mordisqueando unos frutos secos.

—Seguiré vigilando —dijo Bothari—. De todos modos no logro dormir tan bien sin la medicación.

—¿Medicación? —dijo Cordelia.

—Sí, me dejé las pastillas en Vorkosigan Surleau. Ya comienzo a notar su falta. Las cosas parecen más nítidas.

De pronto a Cordelia le resultó difícil tragar el pan que tenía en la boca, pero lo empujó con un sorbo de té. ¿Sus drogas psicoactivas tendrían un efecto verdaderamente terapéutico, o serían sólo políticas?

—Comuníqueme de inmediato si experimenta alguna clase de alteración, sargento —dijo con cautela.

—Hasta ahora no. Sólo que cada vez me resulta más difícil dormir. Las pastillas suprimen los sueños. —Cogió su taza de té y regresó al puesto de guardia.

Cordelia no limpió el campamento. Acompañó a Gregor hasta el arroyo más cercano donde ambos se lavaron como pudieron. Estaban adquiriendo un olor auténticamente montañés. Luego regresaron a la caverna, donde Cordelia descansó un rato en el saco de dormir. Pronto debería insistir en relevar a Bothari.

Vamos, Kly...

La voz tensa de Bothari retumbó en la cueva.

—Señora. Majestad. Es hora de irnos.

—¿Kly?

—No.

Cordelia se levantó, ahogó el fuego con la tierra que había preparado para ese propósito, cogió a Gregor de la mano y lo sacó de la caverna. El niño parecía muy asustado. Bothari estaba quitando las bridas de los caballos y liberaba sus riendas. Cordelia se asomó a un lado de la cueva y echó un vistazo sobre las copas de los árboles. Una aeronave había aterrizado frente a la cabana de Kly. Dos soldados uniformados la rodeaban por la izquierda y la derecha. Un tercero desapareció bajo el porche. A lo lejos se oyó una patada que abría la puerta de Kly. En esa aeronave sólo había soldados, ningún montañés como guía ni como prisionero. Ni rastro de Kly.

Echaron a correr hacia el bosque. Bothari iba adelante y llevaba a Gregor en la espalda. Rose se dispuso a seguirlos, y Cordelia se volvió para agitar los brazos susurrando con desesperación:

—¡No! ¡Vete de aquí, animal estúpido! —La yegua vaciló, y luego dio media vuelta para permanecer junto a su compañero cojo.

Siguieron corriendo con pasos rítmicos, sin pánico. Bothari había escogido muy bien el camino, aprovechando el refugio de las rocas y los árboles. Treparon, descendieron, volvieron a trepar, y justo cuando Cordelia pensaba que sus pulmones iban a estallar y que se descubrirían ante sus perseguidores, Bothari se desvaneció al otro lado de una escarpada pendiente de roca.

—¡Por aquí, señora!

Había encontrado una delgada grieta horizontal en las rocas, con medio metro de altura y tres metros de profundidad. Cordelia se introdujo en la cavidad y descubrió que la única apertura del nicho era el lugar por donde había entrado, y que éste se encontraba parcialmente bloqueado por rocas desprendidas. Allí les aguardaban el saco de dormir y las provisiones.

—No me extraña que los cetagandaneses hayan tenido problemas aquí —jadeó Cordelia.— Para detectarlos, tendrían que apuntarles directamente con un detector térmico a veinte metros de distancia sobre el barranco. El lugar estaba perforado por cientos de hendiduras similares.

—Esto es lo mejor. —Bothari extrajo unos antiguos gemelos de campaña que había encontrado en la cabana de Kly—. Podremos verlos.

Los gemelos no eran más que unos binoculares con lentes móviles, unos colectores luminosos puramente pasivos. Debían de remontarse a la Era del Aislamiento. El aumento era bastante pobre según los estándares modernos, ninguna lente uviol, ni emisión de rayos infrarrojos, ningún pulso de telémetro... ninguna célula de energía que pudiese ser detectada. Tendida sobre el vientre, con el mentón apoyado en el suelo, Cordelia alcanzaba a ver la entrada de la caverna más allá del barranco y de un saliente empinado.

—Ahora debemos estar muy callados —dijo, y el pálido rostro de Gregor se volvió prácticamente fetal.

Al fin los hombres vestidos de negro encontraron a los caballos, aunque parecieron tardar una eternidad. Entonces descubrieron la entrada de la caverna. Sus diminutas figuras gesticulaban con excitación, entraban y salían corriendo, y llamaron a la aeronave que aterrizó frente a la apertura aplastando las malezas. Cuatro hombres entraron; un rato después, uno volvió a salir. Luego llegó otra aeronave y una nave más pesada, que descargó toda una patrulla. La boca de la montaña los devoró a todos. Llegó otro vehículo, y los hombres comenzaron a instalar luces, un generador de campo y sistemas de comunicación.

Cordelia acomodó el saco de dormir para Gregor, suministrándole pequeños bocados y sorbos de su botella de agua. Bothari se tendió en el fondo del nicho con una manta plegada bajo la cabeza. Mientras el sargento dormitaba, Cordelia mantuvo estrecha vigilancia de todo lo que ocurría en la caverna. A media tarde, calculó que unos cuarenta hombres habían entrado y no habían vuelto a salir.

Dos soldados fueron sacados en camillas flotantes, cargados en una nave médica y llevados de allí. Una aeronave sufrió un fallo en el aterrizaje, se derrumbó cuesta abajo y se estrelló contra un árbol. Varios hombres se ocuparon de sacarla, enderezarla y repararla. Para el atardecer unos sesenta hombres habían entrado en la caverna. Toda una compañía que había salido de la capital, que no perseguía a los refugiados, que no trataba de desentrañar los secretos del Hospital Militar... aunque no eran un número suficiente para que se notase la diferencia, seguramente.

Es un comienzo.

Cordelia, Bothari y Gregor abandonaron el nicho al atardecer, evitaron el barranco y avanzaron por el bosque en silencio. Casi había oscurecido por completo cuando llegaron al límite de los árboles y encontraron el sendero de Kly. Llegaron a la cima del cerro y se deslizaron por la cuesta que a Cordelia tanto le había costado escalar aferrada a los estribos de Rose, dos días atrás. Cinco kilómetros después, en una región de matorrales bajos, Bothari se detuvo repentinamente.

—Shh, señora. Escuche.

Voces. Voces de hombres, bastante cercanas pero con un extraño sonido hueco. Cordelia miró en la oscuridad, pero ninguna luz se movió. Se agazaparon junto al sendero, aguzando los sentidos.

Bothari se deslizó, con la cabeza inclinada hacia un lado, siguiendo sus oídos. Momentos después, Cordelia y Gregor se acercaron con cautela. Encontraron al sargento arrodillado junto a un afloramiento estriado. Él les hizo señas para que se acercaran.

—Es un respiradero —anunció en un susurro—. Escuche.

Las voces eran mucho más claras ahora, cadencias mordaces, sonidos guturales y furiosos acentuados por maldiciones en dos o tres idiomas.

—Maldita sea, sé que fuimos a la izquierda en el tercer recodo.

—Volvimos a cruzar el arroyo.

—¡No era el mismo arroyo, sabaki!

—Merde. ¡Perdu!

—¡Es un idiota, teniente!

—¡No sea insolente, cabo!

—Esta luz fría no durará mucho más. Ya se está apagando.

—Pues entonces no la sacuda, imbécil; así se acabará más rápido.

—¡Déme esa...!

Los dientes de Bothari brillaron en la oscuridad. Fue la primera sonrisa que Cordelia le veía desde hacía meses. En silencio, el sargento le hizo la venia. Luego se alejaron bajo el frío de la noche Dendarii.

Cuando estuvieron de regreso en el camino, Bothari suspiró profundamente.

—Ojalá hubiese tenido una granada para arrojar por ese respiradero. Dentro de una semana sus cuadrillas de rescate todavía se estarían disparando entre sí.

13

Cuatro horas más tarde, el inconfundible caballo tordo salió de la oscuridad. Kly era una sombra sobre él, pero su figura y su sombrero viejo eran claramente reconocibles.

—¡Bothari! —exclamó Kly—. Están vivos. Gracias a Dios.

La voz de Bothari fue seca.

—¿Qué le ocurrió, mayor?

—Me encontraba en una cabaña adonde había ido a entregar correspondencia, y estuve a punto de tropezar con una patrulla de Vordarian. Están recorriendo las colinas casa por casa. Interrogan con pentotal a todos los que encuentran. Deben traer toneles de esa droga.

—Le esperábamos anoche —dijo Cordelia, tratando de que su tono no sonara demasiado acusador.

Kly asintió con un gesto a modo de saludo, y su sombrero de fieltro se balanceó.

—Y hubiese llegado, de no haber sido por esa maldita patrulla de Vordarian. No me atreví a permitir que me interrogaran, por lo cual pasé todo el día y la noche esquivándolos. Envié al marido de mi sobrina para que los trajera, pero cuando él llegó a mi casa esta mañana, los hombres de Vordarian ocupaban todo el lugar. Pensé que todo estaba perdido, aunque mis esperanzas renacieron cuando al caer la noche todavía se

encontraban allí. Si los hubieran encontrado, no habrían seguido buscándolos. Supuse que lo mejor sería subir el trasero a la montura y salir a explorar un poco. No imaginé que tendría tanta suerte.

Kly viró su caballo en el sendero.

—Venga, sargento, suba al muchacho. —Yo puedo llevarlo. Creo que será mejor que usted se ocupe de mi señora. Está a punto de caer rendida.

Era demasiado cierto. Cordelia estaba tan agotada que marchó de buena gana hacia el caballo de Kly. Entre los dos hombres la ayudaron a subir, y Cordelia se sentó a horcajadas sobre la tibia grupa del animal. Se aferró a la chaqueta del cartero y todos comenzaron a marchar.

—¿Qué les ocurrió a ustedes? —preguntó Kly a su vez.

Cordelia dejó que Bothari respondiese, con sus oraciones breves aún más resumidas por el peso del niño que llevaba sobre la espalda. Cuando le mencionó a los hombres que habían oído por el respiradero, Kly soltó una carcajada, pero en seguida se llevó una mano a la boca.

—Pueden pasar semanas antes de que salgan de allí. ¡Buen trabajo, sargento!

—Fue idea de la señora Vorkosigan.

—¡Vaya! —Kly se volvió para mirarla por encima del hombro.

—Aral y Piotr parecen pensar que lo mejor es distraer al enemigo —le explicó Cordelia—. Por lo que sé, Vordarian cuenta con reservas limitadas.

—Usted piensa como un soldado, señora —dijo Kly con tono de aprobación.

Cordelia frunció el ceño desanimada. Vaya un cumplido. Lo último que deseaba era comenzar a pensar como un soldado, a jugar según las reglas militares. Aunque la forma irreal en que aquellos hombres veían al mundo resultaba muy contagiosa, y ahora ella estaba inmersa en todo aquello. ¿Cuánto tiempo podría caminar sobre el agua?

Kly los condujo durante otras dos horas de marcha nocturna, desviándose por caminos desconocidos. Justo antes del alba llegaron a una choza, o una casa. Su construcción se parecía a la de Kly, aunque era más grande ya que le habían agregado varias habitaciones. Una pequeña llama, como la luz de una vela casera, ardía en una ventana.

Una anciana salió a la puerta y les hizo señas para que entrasen. Llevaba puesto un camisón y una chaqueta, y tenía el cabello trenzado sobre la espalda. Otro anciano, aunque más joven que Kly, se llevó el caballo a un cobertizo. Kly se dispuso a ir con él.

—¿Nos encontramos a salvo aquí? —preguntó Cordelia adormecida. ¿Dónde estamos? Kly se encogió de hombros.

—Registraron la casa anteayer, antes de que enviara a mi sobrino político. Lo revisaron todo de arriba abajo. La anciana emitió un bufido al recordar ese desagradable momento.

—Con las cavernas, todas las casas que aún no han visitado y el lago, pasará un tiempo antes de que vuelvan aquí. Todavía están dragando el fondo del lago. Por lo que he oído, han traído toda clase de equipos. Es un sitio tan seguro como cualquiera. —Se marchó tras su caballo.

O tan peligroso. Bothari ya se estaba quitando las botas. Debían de dolerle mucho los pies. Los de ella estaban hechos un desastre, tenía las zapatillas convertidas en harapos, y los trapos que había atado en los pies de Gregor estaban completamente rotos. Cordelia nunca se había sentido tan al límite de su resistencia, tan extenuada hasta los huesos, aunque había realizado caminatas mucho más largas que ésta. Era como si su embarazo truncado le hubiese drenado parte de su propia vida para pasársela a otro. Cordelia permitió que la guiaran, que la alimentaran con pan, queso y leche, y que la acomodaran en una pequeña habitación en un catre estrecho junto al de Gregor. Esa noche creería que estaba a salvo, al igual que los niños barrayareses creían en Papá Escarcha durante la Feria Invernal... sólo porque deseaba desesperadamente que fuese cierto.

Al día siguiente un niño harapiento de unos diez años apareció de entre los bosques, montado a pelo sobre el alazán de Kly.

El anciano hizo que Cordelia, Gregor y Bothari se escondieran mientras despedía al muchacho con unas monedas, y Sonia, la sobrina de Kly, le entregó unos pasteles para que se marchase más rápido. Gregor espió con anhelo tras una cortina mientras el niño volvía a desaparecer.

—No me atreví a ir yo mismo —le explicó Kly a Cordelia—. Vordarian tiene tres pelotones en el lugar. —Emitió una risita—. Pero el niño sólo sabe que el viejo cartero está enfermo y necesita su caballo de relevo.

—No habrán interrogado a ese niño con pentotal, ¿verdad?

—¡Oh, sí!

—¡Cómo se han atrevido!

Los labios manchados de Kly se apretaron con simpatía ante su indignación.

—Si Vordarian no logra atrapar a Gregor, su golpe está predestinado al fracaso. Y él lo sabe. Llegado a este punto, no hay mucho que no se atreva a hacer. —Se detuvo—. Dése por contenta de que el pentotal haya reemplazado a la tortura.

El sobrino político de Kly lo ayudó a ensillar el alazán y a acomodar las alforjas. El cartero se acomodó el sombrero y montó.

—Si no cumplo mi recorrido, al general le resultará casi imposible comunicarse conmigo —les explicó—. Debo irme. Ya es tarde. Volveré. Usted y el muchacho traten de permanecer dentro de la cabaña, señora. —Encaminó su caballo hacia el bosque. El animal se confundió rápidamente entre las malezas castaño rojizas del lugar.

A Cordelia le resultó demasiado fácil seguir el último consejo de Kly. Pasó la mayor parte de los cuatro días siguientes en el catre. El monótono silencio de las horas transcurría en medio de una bruma, como una recaída de la inmensa fatiga que había experimentado después de la transferencia placentaria y sus complicaciones casi mortales. Conversar no le proporcionaba ninguna distracción. La gente de las montañas era casi tan lacónica como Bothari. Sonia la observaba con curiosidad, pero nunca le preguntaba nada, excepto si tenía hambre. Cordelia ni siquiera sabía su apellido.

Darse un baño. Después del primero, Cordelia no volvió a pedirlo. La pareja de ancianos trabajó toda la tarde para acarrear y calentar el agua suficiente para ella y Gregor. Sus comidas simples requerían casi el mismo esfuerzo. Allí no había mecanismos automáticos. Tecnología, la mejor amiga de cualquier mujer. A menos que la tecnología se apareciese bajo la forma de un disruptor nervioso, empuñado por un soldado que andaba tras uno, persiguiéndolo como si se tratase de un animal.

Cordelia contó los días que habían pasado desde el golpe, desde que se desatara el infierno. ¿Qué estaba ocurriendo en el mundo exterior? ¿Qué respuestas habría de las fuerzas espaciales, de las embajadas planetarias, de la conquistada Komarr? ¿Komarr aprovecharía el caos para iniciar una revuelta, o Vordarian también los habría tomado por sorpresa?

Aral, ¿qué estás haciendo en este momento?

Aunque no formulaba preguntas, de vez en cuando Sonia regresaba de un paseo y traía algunas noticias locales. Las tropas de Vordarian, acuarteladas en la residencia de Piotr, estaban a punto de abandonar la búsqueda en el fondo del lago. Hassadar estaba cerrada, pero los refugiados lograban escapar; los hijos de un vecino, sacados de contrabando, habían llegado para alojarse con unos parientes que vivían cerca de allí. En Vorkosigan Surleau, casi todas las familias de los hombres de Piotr habían logrado escapar, excepto la esposa de Vogti y su anciana madre, quienes habían sido llevadas en un coche terrestre, nadie sabía adonde.

—Ah sí, y es muy extraño —añadió Sonia—, pero también se llevaron a Karla Hysopi. Parece absurdo. Sólo es la viuda de un sargento... ¿para qué la querrán?

Cordelia se paralizó.

—¿También se llevaron a la pequeña?

—¿Pequeña? Donnia no me habló de ninguna niña. ¿Es su nieta?

Bothari se encontraba sentado junto a la ventana, afilando su cuchillo en la piedra de Sonia. Su mano se paralizó en el aire. Sus ojos se alzaron hacia los de Cordelia. Aparte de un movimiento en la mandíbula, su rostro no cambió de expresión, pero la tensión repentina de su cuerpo hizo que Cordelia sintiera un nudo en el estómago. Bothari volvió a bajar la vista hacia el cuchillo y lo acercó con más firmeza a la piedra, produciendo un sonido parecido al agua sobre las brasas.

—Tal vez... cuando regrese Kly tenga alguna otra información —dijo Cordelia con voz temblorosa.

—Es posible —asintió Sonia sin mucha convicción.

Al fin, tal como estaba previsto, en la noche del séptimo día, Kly llegó al claro montado en su alazán. Unos minutos después, el Hombre de Armas Esterhazy llegó tras él. Iba vestido como un montañés, y su

montura era un zanquilargo de la zona, no uno de los grandes caballos lustrosos de Piotr. Ambos dieron cobijo a sus animales y entraron a la casa. Sonia tenía preparada la habitual cena con la que, desde hacía dieciocho años, esperaba a su tío cada vez que éste finalizaba su ronda.

Después de la cena acomodaron las sillas junto al hogar, y tanto Kly como Esterhazy hablaron en voz baja para poner a Cordelia y a Bothari al tanto de lo ocurrido. Gregor se sentó a los pies de Cordelia.

—Desde que Vordarian ha ampliado su búsqueda por la zona —comenzó Esterhazy—, el conde y lord Vorkosigan han decidido que las montañas siguen siendo el mejor lugar para esconder a Gregor. A medida que se extiende el radio de la búsqueda, las fuerzas enemigas se dispersan más y más.

—Por aquí, las fuerzas de Vordarian siguen registrando las cavernas —intervino Kly—. Todavía tienen unos doscientos hombres allí. Pero en cuanto terminen de buscarse unos a otros, supongo que se marcharán. Por lo que he oído ya no esperan encontrarlos allí adentro, señora. —Kly se volvió hacia Gregor—. Majestad. Mañana Esterhazy os llevará a un nuevo sitio, muy parecido a éste. Durante un tiempo tendréis un nuevo nombre. Y Esterhazy fingirá que es vuestro papá. ¿Creéis que podréis hacerlo?

Gregor se aferró a la mano de Cordelia.

—¿Y la señora Vorkosigan simulará ser mi mamá?

—A ella la llevaremos con lord Vorkosigan, que está en la base de lanzamiento Tanery. —Al ver la mirada alarmada del niño, Kly añadió—: Hay un poni donde vais. Y cabras. Tal vez la señora de la casa os enseñe a ordeñar las cabras.

Gregor se mantuvo serio, pero no protestó. De todas formas, a la mañana siguiente, cuando lo sentaron tras Esterhazy sobre el caballo, parecía a punto de llorar.

—Cuídelo, por favor —dijo Cordelia con ansiedad.

Esterhazy la miró con dureza.

—Él es mi emperador, señora. Le he jurado lealtad.

—También es un niño pequeño. El emperador es... una ilusión que todos ustedes tienen en la cabeza. Cuide al emperador para Piotr, sí, pero también cuide a Gregor para mí, ¿de acuerdo?

Esterhazy la miró a los ojos. Su voz se suavizó.

—Mi hijo tiene cuatro años, señora.

Bien, él lo comprendía. Cordelia tragó saliva, con alivio y pesar.

—¿Ha... ha tenido alguna noticia de la capital? ¿De su familia?

—Aún no —dijo Esterhazy con tristeza. —Me mantendré alerta. Haré lo que pueda.

—Gracias.

—Él la saludó con un movimiento de cabeza, no como un criado a su señora, sino como un pariente a otro. No pareció necesario agregar nada más.

Bothari estaba dentro de la casa, empaquetando sus escasas provisiones. Cordelia se acercó a Kly, quien se preparaba para guiar su caballo tordo y conducir a Esterhazy.

—Mayor, Sonia ha oído el rumor de que las tropas de Vordarian se habían llevado a la señora Hysopi. ¿Sabe si también se llevaron a Elena... la niña? Kly bajó la voz.

—Según he sabido, ocurrió exactamente al revés. Fueron a buscar a la pequeña. Karla Hysopi se resistió tanto que también se la llevaron, aunque no estaba en la lista.

—¿Sabe adonde han ido? Él sacudió la cabeza.

—A algún lugar de Vorbarr Sultana. Los servicios de información de su esposo conocerán el lugar exacto.

—¿Ya se lo ha dicho al sargento?

—Su hermano de armas lo hizo anoche.

—Ah.

Gregor se volvió para mirarla mientras se alejaban, hasta que al final se perdieron entre los árboles.

Durante tres días el sobrino de Kly los guió por las montañas. Bothari caminaba llevando las riendas de un pequeño caballo montañés en el cual cabalgaba Cordelia, con una piel de oveja por montura. A la tercera tarde llegaron a una cabana donde los aguardaba un joven enjuto. Él los condujo hasta un cobertizo que ocultaba, maravilla de maravillas, una aeronave desvencijada y situó a Cordelia en el asiento trasero con seis cántaros de miel de arce. Sin decir una palabra, Bothari estrechó la mano al sobrino de Kly, quien montó sobre su pequeño caballo y se perdió en el bosque.

Bajo la vigilante mirada de Bothari, el joven enjuto elevó el vehículo. Rozando las copas de los árboles, siguieron hondonadas y colinas hasta cruzar la cordillera nevada y descender al otro lado, fuera del Distrito Vorkosigan. Al atardecer llegaron al mercado de un pueblecito. El joven aterrizó en una calle lateral. Cordelia y Bothari lo ayudaron a trasladar su mercancía hasta una tienda de comestibles, donde cambiaron la miel por café, harina, jabón y células de energía.

Al regresar a la aeronave descubrieron que un viejo camión había aparcado detrás. El joven sólo intercambió un breve saludo con el conductor, quien bajó y abrió el compartimiento de carga para Bothari y Cordelia. En el interior había unos sacos de fibra llenos de coles. Aquello no resultaba muy cómodo como almohada, aunque Bothari hizo lo posible para que Cordelia estuviera bien instalada mientras el camión se sacudía sobre los accidentados caminos. El sargento permaneció sentado a un costado, afilando su cuchillo en forma compulsiva con un trozo de cuero que Sonia le había obsequiado. Cuatro horas en aquella situación y Cordelia estuvo a punto de comenzar a hablar con las coles.

Al fin el camión se detuvo. La puerta se abrió y cuando Bothari y Cordelia descendieron, se encontraron con que estaban en el medio de la nada: un camino de grava en la oscuridad de la noche, en un territorio desconocido.

—Los recogerán en el mojón del kilómetro 96 —dijo el conductor del camión, señalando una mancha blanca en la oscuridad que al parecer no era más que una roca pintada.

—¿Cuándo? —preguntó Cordelia con desesperación. ¿Y quiénes los recogerían?

—No lo sé. —El hombre regresó a su camión y se alejó levantando una lluvia de grava, como si ya lo hubiesen estado persiguiendo.

Cordelia se apoyó sobre la roca pintada mientras se preguntaba morbosamente qué bando saltaría sobre ellos primero, y qué sistema utilizaría para distinguirlos. El tiempo pasó, y ella comenzó a imaginar la posibilidad más deprimente aún de que nadie acudiese a buscarlos.

Pero al fin una aeronave apareció en el cielo nocturno con los motores silenciados. El vehículo aterrizó aplastando la grava. Bothari se agazapó junto a ella, sujetando



inútilmente su cuchillo, pero el hombre que bajaba con dificultad de la aeronave era el teniente Koudelka.

—¿Señora? —preguntó con incertidumbre a los dos espantapájaros humanos—. ¿Sargento?—Cordelia lanzó una exclamación de alegría al reconocer la cabeza rubia del piloto: Droushnakovi. Mi hogar no es un lugar, son personas...

Con la mano de Bothari en su codo, ante un gesto ansioso de Koudelka, Cordelia se dejó caer con gusto en el mullido asiento trasero de la aeronave. Droushnakovi se volvió para mirar a Bothari con una expresión sombría, arrugó la nariz y preguntó:

—¿Se encuentra bien, señora?

—Mejor de lo que esperaba. Vamos.

La cubierta se selló y se elevaron en el aire. Las luces coloridas del panel iluminaban los rostros de Kou y de Drou. Un capullo tecnológico. Cordelia atisbo por encima del hombro de Drou para leer los instrumentos, y luego alzó la vista hacia la cubierta; sí, unas formas oscuras los acompañaban: aeronaves militares de escolta. Bothari también las vio, y sus ojos brillaron con aprobación. Su cuerpo pareció relajarse un poco.

—Me alegro de veros... —Cierta postura corporal, cierta actitud de reserva hizo que Cordelia decidiera no añadir: «juntos otra vez»

—Por lo que veo esa acusación de sabotear la consola ya se ha aclarado, ¿no?

—En cuanto tuvimos ocasión de interrogar con pentotal a ese cabo, señora —respondió Droushnakovi—. No tuvo el valor de suicidarse antes del interrogatorio.

—¿Él fue el saboteador?

—Sí —le respondió Koudelka—. Pensaba escapar cuando las tropas de Vordarian nos capturaran. Al parecer Vordarian lo había comprado hacía meses.

—Eso explica nuestros problemas de seguridad, ¿verdad?

—Él pasó la información acerca de nuestro itinerario, el día del ataque con la granada sónica. —Koudelka se frotó la nariz ante el recuerdo.

—¡Así que fue Vordarian quien estaba detrás de eso!

—Sin duda. Pero al parecer el guardia no sabía nada de la soltoxina. Lo interrogamos hasta el cansancio. No era un conspirador de alto nivel, sólo una herramienta.

A Cordelia se le ocurrieron varias ideas desagradables, pero preguntó:

—¿Illyan ya ha aparecido?

—Aún no. El almirante Vorkosigan cree que puede estar oculto en la capital, si no lo mataron en las primeras refriegas.

—Hum. Bueno, os alegrará saber que Gregor se encuentra bien...

Koudelka alzó una mano para interrumpirla.

—Discúlpeme, señora. El almirante ordenó que ni usted ni el sargento revelen nada sobre Gregor, excepto a él mismo o al conde Piotr.

—Está bien. Maldito pentotal. ¿Cómo está Aral?

—Se encuentra bien, señora. Me ordenó que la pusiera al corriente de la situación estratégica...

A la mierda con la situación estratégica, ¿qué hay de mi bebé? Aunque por desgracia, las dos cuestiones parecían inextricablemente relacionadas.

—... y que respondiese cualquier pregunta que usted pudiera tener. Muy bien.

—¿Qué noticias hay de nuestro hijo? Pi... Miles.

—No hemos sabido nada malo, señora.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no hemos sabido nada —le explicó Droushnakovi con tono sombrío.

Koudelka le dirigió una mirada furiosa, pero ella le respondió alzando un hombro.

—El hecho de que no haya noticias puede ser una buena señal, señora —continuó Koudelka—. Aunque es cierto que Vordarian todavía mantiene la capital bajo control.

—Y por lo tanto, también el Hospital Militar, sí —dijo Cordelia.

—Está publicando los nombres de los rehenes relacionados con nuestra estructura de mando, pero su hijo todavía no ha aparecido en las listas. El almirante piensa que Vordarian nunca imaginó lo de la réplica como una posibilidad viable. No sabe lo que tiene.

—Aún —replicó Cordelia.

—Aún —le concedió Koudelka de mala gana.

—Muy bien. Continúe.

—La situación general no es tan grave como temíamos al principio. Vordarian mantiene el control de Vorbarr Sultana, de su propio Distrito y sus bases militares, y ha puesto tropas en el Distrito Vorkosigan, pero sólo cuenta con cinco condes que se han proclamado sus aliados. De los demás condes, aproximadamente treinta han quedado atrapados en la capital, y no podemos saber a quién apoyan mientras Vordarian les apunte a la cabeza con un arma. Casi todos los veintitrés Distritos restantes han reiterado sus juramentos de lealtad al regente. Aunque un par de ellos, con familiares en la capital o en posición estratégica como potenciales campos de batalla, están vacilando.

—¿Y las fuerzas espaciales?

—Estaba a punto de hablarle de ellas, señora. Gran parte de los suministros son enviados desde las bases en el Distrito Vordarian. Por el momento, están a la espera de que se aclare el panorama en lugar de moverse para aclararlo ellos mismos. Pero se han negado a apoyar abiertamente a Vordarian. Es un equilibrio, y el primero que logre inclinarlo hacia su bando iniciará una avalancha. El almirante Vorkosigan parece muy optimista. —A juzgar por el tono del teniente, Cordelia no estuvo muy segura de que él compartiese ese optimismo—. Pero por supuesto, tiene que estarlo, para mantener alto el espíritu. Dice que Vordarian perdió la guerra en el momento en que Negri escapó con Gregor, y que el resto son sólo maniobras para minimizar las pérdidas. Sin embargo, Vordarian tiene a la princesa Kareen.

—Sin duda una de las pérdidas que Aral está ansioso por reducir. ¿Ella se encuentra bien? ¿Los terroristas de Vordarian no le han hecho daño?

—Por lo que sabemos, no. Al parecer, está bajo arresto domiciliario en sus propias habitaciones de la Residencia Imperial. Varios de los rehenes más importantes también se encuentran allí.

—Ya veo.

Cordelia se volvió en la penumbra para mirar a Bothari, quien permaneció impasible. Supuso que entonces preguntaría por Elena, pero no dijo nada. Ante la mención de Kareen, Droushnakovi permaneció mirando fijamente la noche con expresión abatida.

¿Kou y Drou habrían arreglado sus diferencias? Parecían muy distantes, civilizados y profesionales. Pero aunque hubiesen intercambiado unas disculpas superficiales, Cordelia percibió que la herida no había cicatrizado. La adoración secreta había desaparecido de los ojos azules que, de vez en cuando, abandonaban el panel de control para observar al hombre sentado a su lado. Las miradas de Drou eran sólo cautelosas.

Abajo se divisaron las luces de la ciudad no muy grande, y más allá, las configuraciones geométricas de una base de lanzamiento militar. Drou transmitió varias claves de identificación a medida que se acercaban. Descendieron en espiral sobre una plataforma iluminada para ellos, custodiada por guardias armados. Las naves que los sobrevolaban siguieron hacia sus propias plataformas de aterrizaje.

En cuanto abandonaron la aeronave, los guardias les rodearon para escoltarlos hasta un tubo elevador. Descendieron, caminaron por una plataforma inclinada, y volvieron a descender en un elevador hermético. Sin duda, la base Tanery era un puesto de mando subterráneo muy bien custodiado. Bienvenidos al búnquer. Sin embargo, de pronto Cordelia se sintió invadida por una nostalgia que le cerró la garganta. Esos corredores áridos no podían competir con la forma en que se decoraban los interiores de Colonia

Beta, pero en ese momento podría haberse encontrado en alguna ciudad subterránea betanesa, tranquila y a salvo...

Quiero volver a casa.

Había tres oficiales con uniforme verde, hablando en un corredor. Uno de ellos era Aral. Él la vio.

—Gracias, caballeros, pueden retirarse —dijo interrumpiendo a alguien en la mitad de una frase, y entonces añadió—: Continuaremos esta conversación más tarde. —Pero ellos permanecieron allí, mirándolo confusos.

Él sólo parecía cansado. El corazón de Cordelia ansiaba mirarlo, sin embargo...

Por ti he llegado hasta, aquí. No al Barrayar de mis esperanzas, sino al Barrayar de mis miedos.

Con una pequeña exclamación de alegría, Aral la estrechó con fuerza contra su cuerpo. Ella también lo abrazó.

¡Qué alivio! Desaparece, mundo. Pero cuando alzó la vista, el mundo todavía la aguardaba, bajo la forma de siete testigos con agendas en la mano.

Aral la apartó un poco y la miró ansiosamente de arriba abajo.

—Tienes mal aspecto, querida capitana.

Al menos había sido lo bastante amable como para no decir «hueles fatal».

—No tengo nada que no se solucione con un baño.

—No me refería a eso. Antes que nada irás a la enfermería. —Se volvió para mirar al sargento Bothari.

—Señor, debo presentarme ante el conde —dijo el sargento.

—Papá no se encuentra aquí. Ha salido en una misión diplomática con algunos de sus viejos camaradas. Kou... ocúpese de que le asignen una habitación a Bothari; proporciónese comida, pases y ropas. Querré su informe personal en cuanto me haya ocupado de Cordelia, sargento.

—Sí, señor. —Koudelka se llevó a Bothari.

—Bothari estuvo sorprendente —le confió Cordelia a Aral—. No... eso es injusto. Bothari estuvo como siempre y yo no tendría que haberme sorprendido en absoluto. No lo hubiésemos logrado sin él.

Aral asintió con un gesto y esbozó una sonrisa.

—Supuse que sabría cuidarte.

—Lo hizo, desde luego.

Droushnakovi, ocupando su puesto junto a Cordelia en cuanto el sargento lo hubo abandonado, sacudió la cabeza con desconfianza y los siguió por el pasillo. Después de unos momentos de vacilación, el resto del cortejo también los siguió.

—¿Has sabido algo de Illyan? —le preguntó Cordelia.

—Aún no. ¿Kou te puso al corriente?

—Me hizo un resumen, lo cual es suficiente por ahora. Supongo que entonces tampoco sabrás nada de Padma y Alys Vorpatril, ¿verdad? Él sacudió la cabeza con pesar.

—Pero ninguno de ellos se encuentra en la lista de las personas capturadas por Vordarian. Creo que se esconden en la ciudad. El bando de Vordarian no oculta la información. De haberse realizado más arrestos importantes lo sabríamos. Ése es el problema con estas malditas refriegas civiles: todo el mundo tiene un hermano... Alguien lo llamó desde el otro extremo del pasillo.

—¡Señor! ¡Oh, señor!

—Sólo Cordelia sintió cómo Aral se tensaba, ya que el brazo por donde lo sujetaba se contrajo.

Un empleado de la jefatura acompañaba a un hombre alto, con traje de faena negro e insignias de coronel en el cuello.

—Allí está, señor. El coronel Gerould ha llegado de Marigrad.

—Oh. Bien. Debo ver a este hombre ahora... —Aral miró a su alrededor con prisa, y sus ojos se posaron sobre Droushnakovi—. Drou, por favor, acompaña tú a Cordelia a la enfermería. Que la examinen, que la... que le hagan todo lo necesario.

El coronel no era ningún oficial de despacho. En realidad, parecía recién llegado del frente, dondequiera que estuviese «el frente» en esa guerra de lealtades. Su uniforme estaba sucio y ajado, como si hubiese dormido con él, y el olor a humo que desprendía eclipsaba el vaho montañés de Cordelia. Tenía el rostro avejentado por la fatiga. Sin embargo, parecía sólo sombrío, no derrotado.

—En Marigrad ha estallado una guerra civil, almirante —informó sin más preámbulos.

Vorkosigan esbozó una mueca de disgusto.

—Entonces, quiero pasarla por alto. Venga conmigo al salón táctico... ¿qué tiene en el brazo, coronel?

Una franja de tela blanca y una más angosta en color pardo rodeaban la manga negra del oficial.

—Es mi identificación, señor. Nos resultaba imposible distinguir a quién disparábamos. Los hombres de Vordarian visten de rojo y amarillo, lo más parecido al rojo oscuro y dorado que pudieron conseguir, supongo. La franja simboliza el pardo y plateado de Vorkosigan, por supuesto.

—Hum... Eso me temí. —Vorkosigan estaba extremadamente serio—. Quítesela. Quémela. Y transmita el mensaje al frente. Usted ya tiene un uniforme, coronel, un uniforme que le ha entregado el emperador. Si están combatiendo, es por él. Deje que los traidores cambien sus uniformes.

El coronel pareció sorprendido por la vehemencia de Vorkosigan, pero después de un momento comprendió; se arrancó la franja del brazo y se la guardó en el bolsillo.

—Sí, señor.

Aral soltó la mano de Cordelia con un esfuerzo evidente.

—Nos veremos en nuestras habitaciones, cariño. Más tarde.

A ese ritmo, sería varios días más tarde. Cordelia sacudió la cabeza con impotencia, echó una última mirada a su cuerpo robusto como si de algún modo pudiese guardarlo en su mente, y siguió a Droushnakovi por el laberinto subterráneo de la base Tanery. Al menos, con Drou, Cordelia pudo alterar el itinerario de Vorkosigan y tornar un baño primero. Luego descubrió que en las habitaciones de Aral le aguardaban varios trajes de su talla, que delataban el buen gusto que Drou había adquirido en el palacio.

Por supuesto, todos los informes médicos de Cordelia habían quedado en Vorbarr Sultana, tras las líneas enemigas. El médico de la base sacudió la cabeza y pidió un formulario nuevo en su panel de informes.

—Lo siento, señora Vorkosigan. Tendremos que comenzar por el principio. Le ruego que colabore conmigo. Tengo entendido que ha experimentado cierta clase de problemas femeninos.

No, la mayor parte de mis problemas han sido por culpa de los hombres. Cordelia se mordió la lengua.

—Se me efectuó una transferencia placentaria, déjeme ver... tres más... —Tuvo que contar con los dedos—. Hace unas cinco semanas.

—Discúlpeme, ¿una qué?

—Di a luz mediante una operación quirúrgica. No funcionó bien.

—Ya veo. Cinco semanas desde el parto. —El hombre tomó nota—. ¿Y cuál es su queja actual?

No me gusta Barrayar, quiero volver a casa, mi suegro trata de matar a mi hijo, la mitad de mis amigos han escapado para salvar la vida, no consigo diez minutos a solas con mi marido porque ustedes lo están consumiendo frente a mí, me duelen los pies, me duele la cabeza, me duele el alma... Era demasiado complicado. El pobre hombre sólo quería algo para anotar en el formulario, no un ensayo.

—Cansancio —logró decir Cordelia al fin.

—Ah. —Se le iluminó el rostro y registró este dato en su informe—. Fatiga posparto. Eso es normal. —Alzó la vista y la observó con atención—. ¿Ha considerado la posibilidad de iniciar un programa de ejercicios físicos, señora Vorkosigan?

14

—¿Quiénes son los hombres de Vordarian? —preguntó Cordelia a Aral con frustración—. Hace semanas que estoy escapando de ellos, pero es como si sólo los hubiese vislumbrado unos momentos por un espejo retrovisor. Se supone que uno debe conocer al enemigo. ¿De dónde proviene su interminable provisión de hombres?

—Oh, no es interminable. —Aral esbozó una sonrisa y comió otro bocado del guisado.

Milagrosamente, al fin se encontraban a solas en el sencillo apartamento subterráneo para oficiales superiores. Un ordenanza les había traído la cena en una bandeja, colocándola sobre una mesa baja frente a ellos. Para alivio de Cordelia, entonces Aral había despedido al vacilante subordinado.

Aral tragó el bocado y continuó.

—¿Quiénes son? En su mayoría, cualquiera que, en la cadena de mando, depende de algún oficial que ha escogido el bando de Vordarian y no ha tenido el valor de desertar de su unidad para presentarse en alguna otra. La obediencia y la cohesión han sido profundamente inculcadas en estos hombres. Han aprendido que cuando las cosas se ponen difíciles, deben mantenerse unidos.

Por lo tanto, el desgraciado hecho de que su superior los induzca a la traición hace que se refugien aún más en la unión con sus compañeros. Además —añadió con una sonrisa triste—, sólo será traición si Vordarian pierde.

—¿Y Vordarian está perdiendo?

—Mientras Gregor y yo sigamos con vida, no podrá vencer. —Asintió con un gesto—. Vordarian me está acusando de todos los crímenes que se le ocurren. El más grave es el rumor que ha difundido sobre que he secuestrado a Gregor tratando de conseguir el imperio para mí. Supongo que con esto pretende descubrir el escondite de Gregor. Él sabe que el emperador no está conmigo. De lo contrario se habría sentido tentado de atacar la base con una bomba nuclear. Cordelia frunció los labios.

—¿Pues qué quiere? ¿Capturar a Gregor o matarlo?

—Matarlo sólo si no logra capturarlo. Cuando llegue el momento adecuado, yo mismo presentaré a Gregor en público.

—¿Por qué no ahora?

Aral se reclinó con un suspiro de fatiga, y apartó la bandeja sin terminar la comida.

—Porque quiero ver cuántos hombres de Vordarian logro atraer a mi bando antes del desenlace. Deserción no es el término correcto... regreso tal vez. No quiero inaugurar mi segundo año en funciones con cuatro mil ejecuciones militares. Por debajo de cierto grado, puede concederse un perdón basado en el juramento de lealtad presentado a sus superiores. Pero quiero salvar a todos los oficiales superiores que pueda. Además de Vordarian, ya hay cinco condes que no tendrán salvación. Maldito sea por haber iniciado esto.

—¿Qué están haciendo las tropas de Vordarian? ¿Esto es una guerra estática?

—No del todo. Él desperdicia su tiempo y el mío, tratando de ganar algunas plazas fuertes como el depósito de suministros en Marigrad. Eso nos conviene, ya que mantiene ocupados a los comandantes de Vordarian y no les permite pensar en lo que a nosotros nos preocupa verdaderamente: las fuerzas espaciales. ¡Si encontrara a Kanzian!

—¿Tus servicios de información todavía no lo han localizado? —El almirante Kanzian era uno de los dos hombres del alto mando barryarés a quienes Vorkosigan consideraba

como sus superiores en estrategia. Kanzian era un especialista en operaciones espaciales; las fuerzas con base en el espacio tenían gran fe en él. «Nunca verá estiércol pegado a sus botas» lo había definido Kou, para diversión de Cordelia.

—No, pero Vordarian tampoco lo tiene. Ha desaparecido. Pido a Dios que no haya muerto en algún estúpido tiroteo callejero, y se encuentre enterrado en alguna parte sin identificación. Sería una terrible pérdida.

—¿Viajar al espacio serviría de algo? ¿Te ayudaría a influir sobre las fuerzas espaciales?

—¿Por qué crees que me tomo la molestia de controlar la base Tanery? He considerado los pros y los contras de trasladar el centro de operaciones a una nave. Creo que aún no sería conveniente; podría interpretarse como el primer paso de una fuga.

Fugarse. Qué idea tan seductora. Lejos, lejos de toda esa demencia hasta que quedase reducida a la pequeña pantalla de un vídeo de noticias en la galaxia. Pero... ¿fugarse de Aral? Cordelia lo observó, reclinado en el sofá, mirando sin ver los restos de su cena. Un hombre maduro y fatigado con uniforme verde, sin ningún atractivo en particular (exceptuando tal vez sus agudos ojos grises); un intelecto ávido en constante lucha interna con la agresión inducida por el miedo, ambos alimentados por toda una vida rebosante de extrañas experiencias. La experiencia barrayaresa.

Deberías haberte enamorado de un hombre feliz, si lo que buscabas era felicidad. Pero no, tuviste que ceder ante la soberbia belleza, del dolor...

Los dos serían como una sola carne. Qué literal se había vuelto esa antigua frase. Un pequeño trozo de carne, prisionero tras las líneas enemigas en una réplica uterina, los unía ahora como a hermanos siameses. Si el pequeño Miles moría, ¿ese lazo quedaría cortado?

—¿Qué... qué estamos haciendo respecto a los rehenes de Vordarian?

Él suspiró.

—Eso es un hueso duro de roer. Despojados de todo lo demás, cosa que poco a poco vamos logrando, Vordarian todavía tiene prisioneros a más de veinte condes y a Kareen. Y a varios cientos de personas menos importantes.

—¿Como por ejemplo Elena?

—Sí. Y sin olvidarnos de la misma ciudad de Vorbarr Sultana. Para lograr su salida del planeta, podría amenazar con atomizar la ciudad. He barajado la idea de negociar la cuestión y hacerlo asesinar más tarde. No puedo permitir que escape; sería injusto con todos aquellos que ya han muerto por serme leales. ¿Qué pacto podría satisfacer a todas esas almas traicionadas? No.

»Por lo tanto, estamos planeando incursiones de rescate para el desenlace. Cuando la desertión de hombres alcance un punto crítico y Vordarian se sienta invadido por el pánico. Mientras tanto, nos limitamos a esperar. Cuando llegue el momento final... estaré dispuesto a sacrificar rehenes antes de permitir que Vordarian escape. —Su mirada fija adquirió un brillo siniestro.

—¿Incluso a Kareen?

¿A todos los rehenes? ¿Incluso al más pequeño?

—Incluso a Kareen. Ella es una Vor. Lo comprenderá.

—Es la mejor prueba de que yo no soy una Vor —dijo Cordelia tristemente—. No entiendo nada de toda esta... locura ritualizada. Creo que deberíais someteros a una terapia, hasta el último de vosotros.

Él esbozó una sonrisa.

—¿Crees que lograríamos convencer a Colonia Beta para que nos envíe un batallón de psicoanalistas como ayuda humanitaria? ¿A aquel con quien mantuviste esa discusión, tal vez?

Cordelia emitió un gruñido. Bueno, no se podía negar que en abstracto, desde fuera, la historia de Barrayar adquiriría cierta belleza dramática. Un juego de pasiones. Sólo cuando

uno se acercaba descubría la estupidez de todo aquello, veía disolverse el mosaico en pequeñas piezas que no casaban.

Cordelia vaciló unos instantes y entonces preguntó:

—¿Nos estamos dedicando al juego de los rehenes? —No estaba segura de querer escuchar la respuesta.

Vorkosigan sacudió la cabeza.

—No. Ésa ha sido la tarea más difícil de toda la semana: han venido a verme hombres que tienen mujeres e hijos en la capital y he debido mirarles a los ojos y decir «no». —Aral acomodó los cubiertos sobre la bandeja, colocándolos en su posición original, y añadió con tono reflexivo—: Pero ellos no tienen una visión lo bastante amplia. Por ahora, esto no es una revolución, sino un simple golpe palaciego. Con excepción de algunos informantes, la población se encuentra inerte u oculta. Vordarian está apelando a la élite de los conservadores, a los Vor más viejos, y al ejército. Los condes no cuentan. La nueva tecnocultura en las escuelas está formando a miles de plebeyos progresistas. Ellos son las mayorías del futuro. Quisiera brindarles cierto método para distinguir a los buenos de los malos, aparte de unas franjas en el brazo. La persuasión moral es una fuerza más poderosa de lo que sospecha Vordarian. ¿Qué general de la vieja Tierra dijo que lo moral es a lo material como el tres es a cero? Oh, Napoleón, ése fue. Fue una lástima que no siguiera su propio consejo. Yo diría que como el cinco es a cero, para esta guerra en concreto.

—¿Pero tus fuerzas se equilibran? ¿Qué me dices de lo material?

Vorkosigan se encogió de hombros.

—Ambos tenemos acceso a las suficientes armas para destruir Barrayar. La potencia bélica no es la cuestión principal. No obstante, mi legitimidad implica una enorme ventaja, ya que las armas deben ser manejadas por hombres. De ahí los intentos de Vordarian por socavar esa legitimidad acusándome de haber secuestrado a Gregor. Me propongo desenmascarar su mentira.

Cordelia se estremeció.

—Sabes, creo que no quisiera estar en el bando de Vordarian.

—Oh, todavía le quedan algunos recursos para vencer. Todos ellos incluyen mi muerte. Sin mí como líder, el único regente designado por el difunto Ezar, ¿qué queda para escoger? Las pretensiones de Vordarian serían tan lícitas como las de cualquier otro. Si me matara y lograra apoderarse de Gregor, o viceversa, lograría afianzar en gran medida su posición. Hasta el próximo golpe, y una sucesión de revueltas y asesinatos por venganza se iría extendiendo indefinidamente en el futuro... —Aral entornó los párpados mientras imaginaba esta visión siniestra—. Ésta es mi peor pesadilla: que si perdemos la guerra, los enfrentamientos no cesarán hasta que otro Dorca Vorbarra el Justo ponga fin a otro Siglo Sangriento. Dios sabe cuándo. Francamente, no veo a ningún hombre de ese calibre entre los de mi generación.

Consulta con el espejo, pensó Cordelia con expresión sombría.

—Ah, por eso querías que me visitase el médico primero —bromeó Cordelia con Aral esa noche. Cuando ella le hubo aclarado algunos puntos confusos, el médico la había examinado meticulosamente, cambió su prescripción de ejercicio físico por descanso y le permitió reanudar sus relaciones matrimoniales con prudencia. Aral sólo sonrió y le hizo el amor como si fuese de cristal. Según Cordelia pudo comprobar esa noche, él ya estaba prácticamente recuperado del ataque con la soltoxina. Durmió como un tronco, aunque resultó mucho más cálido, hasta que su consola los despertó al amanecer. Seguramente se había producido alguna conspiración militar para que no sonara más temprano. Cordelia pudo imaginar a algún soldado diciendo a Kou: «Sí, dejemos que el Viejo disfrute de su primera noche, tal vez se ablande un poco...»

No obstante, esta vez la fatiga la abandonó más pronto. En cuestión de un día, acompañada por Droushnakovi, Cordelia estuvo levantada y se dedicó a explorar el lugar.

Se encontró con Bothari en el gimnasio de la base. El conde Piotr todavía no había regresado, por lo que después de presentar su informe a Aral el sargento tampoco tenía nada que hacer.

—Debo mantenerme entrenado —le explicó brevemente.

—¿Ha dormido?

—No mucho —respondió él, reanudando su carrera de forma compulsiva. A Cordelia le pareció que se esforzaba demasiado, considerando el tiempo que había pasado sin entrenarse. Sudaba copiosamente, y ella le deseó suerte en silencio.

Cordelia se puso al corriente sobre los detalles de la guerra interrogando a Aral y a Kou, y viendo los vídeos de noticias. Qué condes eran aliados, quién era un rehén conocido, qué unidades se desplegaban en ambos bandos y cuáles resultaban destruidas, dónde se había llevado a cabo una batalla, cuáles habían sido los daños y qué comandantes volvían a ser leales... datos sin ningún poder. No mucho más que su intelectualizada versión de la interminable carrera de Bothari, y aún más inútil para distraer su mente de todos los horrores y desastres, pasados o inminentes, ante los cuales ella no podía hacer absolutamente nada.

Cordelia hubiera preferido que las cosas fueran más activas, como habían sido uno o dos siglos atrás. Imaginó a un tranquilo sabio del futuro mirándola por un telescopio del tiempo, y mentalmente le hizo un gesto grosero. De todos modos, las historias militares que había leído omitían la parte más importante; nunca decían lo que les ocurría a los hijos de la gente.

No... allí fuera eran todos bebés. Eran hijos de sus madres pero vestidos con un uniforme negro. Una de las reminiscencias de Aral volvió a su memoria, con su voz profunda y aterciopelada. En aquella época los soldados comenzaron a aparecerme unos niños...

Cordelia se apartó de la consola de vídeo y se dirigió al baño en busca de su medicación para el dolor.

Al tercer día se encontró con el teniente Koudelka en un pasillo. Él prácticamente corría con pasos tambaleantes, y su rostro estaba ruborizado de entusiasmo.

—¿Qué ocurre, Kou?

—Illyan está aquí. ¡Y ha traído consigo a Kanzian!

Cordelia lo siguió a toda prisa hasta una sala, seguida por Droushnakovi. Flanqueado por dos oficiales administrativos, Aral se hallaba sentado con las manos unidas sobre la mesa, escuchando atentamente. El comandante Illyan estaba sentado en el extremo de la mesa, meciendo una pierna al ritmo de su voz. Tenía un vendaje amarillento en el brazo izquierdo. Estaba pálido y sucio, pero sus ojos brillaban triunfantes, tal vez algo febriles. Vestía unas ropas civiles que parecían haber sido robadas de una lavandería, y luego usadas para bajar rodando una colina.

Junto a Illyan se hallaba sentado un hombre mayor. Un oficial le entregó una copa, y Cordelia reconoció su contenido como sales de potasio con sabor a fruta para tratar el agotamiento metabólico. El hombre probó la bebida y esbozó una mueca. Por lo visto hubiese preferido algo más anticuado para reanimarse, como por ejemplo un coñac. Bajo y rechoncho, canoso donde no estaba calvo, el aspecto del almirante Kanzian no resultaba muy marcial. Más bien parecía un abuelo, pero un abuelo profesor e investigador. Su rostro traslucía una profundidad intelectual que parecía otorgar verdadero sentido a la frase «ciencia militar». Cordelia lo había conocido de uniforme, pero su aire de serena autoridad no parecía afectado por las ropas civiles que debían de proceder de la misma cesta que las de Illyan.

—... y entonces pasamos la noche siguiente en la bodega —decía Illyan—. La patrulla de Vordarian regresó por la mañana, pero... ¡señora!

Su sonrisa de bienvenida se mitigó por un destello culpable, al posar los ojos sobre su vientre plano. Cordelia hubiese preferido que continuara narrando sus aventuras con



entusiasmo, pero su presencia pareció amilanarlo, como si ella hubiera sido un fantasma de su mayor fracaso que apareciera justo en el banquete de la victoria.

—Es una maravilla verlos a los dos, Simón, almirante. —Intercambiaron un movimiento de cabeza; Kanzian se dispuso a levantarse, pero todos al mismo tiempo le hicieron gestos para que se sentase, y él obedeció con una expresión risueña. Aral la llamó para que se acomodase a su lado.

Illyan continuó en un estilo más resumido. Sus últimas dos semanas de jugar al escondite con las tropas de Vordarian no habían sido muy distintas de las de Cordelia, aunque en el ambiente mucho más complejo de la capital capturada. De todos modos, bajo las palabras simples ella reconoció los terrores que ya conocía. Illyan narró su historia rápidamente hasta que llegó al momento presente. De vez en cuando Kanzian asentía con la cabeza, confirmando sus palabras.

—Bien hecho, Simón —dijo Vorkosigan cuando Illyan concluyó. Se volvió hacia Kanzian—. Muy bien hecho.

Illyan sonrió.

—Pensé que le gustaría, señor.

Vorkosigan se volvió hacia Kanzian.

—En cuanto se recupere, quisiera ponerle al corriente en el salón táctico, señor.

—Gracias. Desde que escapé del cuartel general, mi única fuente de información han sido los noticiarios de Vordarian, aunque podíamos deducir muchas cosas por lo que veíamos. De paso, me ha parecido muy prudente su estrategia de moderación. Ha funcionado bien hasta el momento, pero se encuentra cerca del límite.

—Ya me había dado cuenta, señor.

—¿Qué está haciendo el almirante Knollys en la Estación de Enlace Uno?

—No responder a las llamadas. La semana pasada sus subordinados ofrecían una colección sorprendente de excusas, pero al fin quedó en evidencia su ingenuidad.

—Ja. Me lo imagino. Debe de tener una colitis de órdago. Apuesto a que no todas esas «indisposiciones» fueron mentira. Creo que comenzaré manteniendo una agradable charla con el almirante Knollys, sólo él y yo.

—Se lo agradecería, señor.

—Conversaremos sobre la fatalidad del tiempo. Y sobre los defectos de un potencial comandante que basa toda su estrategia en un asesinato, aunque luego no logra llevarlo a cabo. —Kanzian frunció el ceño—. No está muy bien pensada si un solo suceso puede cambiar el resultado de la guerra. Vordarian siempre ha tendido a precipitarse.

Cordelia miró a Illyan.

—Simón, mientras se encontraba atrapado en Vorbarr Sultana, ¿recibió alguna información sobre lo que ocurre en el Hospital Militar? ¿En el laboratorio de Henri y Vaagen?

—¿Sobre mi hijo?

Él sacudió la cabeza con pesar.

—No, señora. —Illyan alzó la vista hacia Vorkosigan—. Señor, ¿es cierto que el capitán Negri ha muerto? Sólo lo hemos oído en rumores y en las emisiones propagandistas de Vordarian. Aunque podría ser una mentira.

—Por desgracia, Negri está muerto —dijo Vorkosigan.

Illyan se enderezó en su silla, alarmado.

—¿Y el emperador también?

—Gregor se encuentra a salvo.

Illyan volvió a relajarse.

—Gracias a Dios. ¿Dónde está?

—En alguna parte —respondió Vorkosigan en tono cortante.

—Oh. Sí, claro, señor. Le ruego que me disculpe.

—En cuanto haya pasado por la enfermería y por la ducha, Simón, tengo algunas tareas de limpieza interna para usted —continuó Vorkosigan—. Quiero saber exactamente cómo fue que Seguridad Imperial se vio sorprendida por el golpe de Vordarian. No tengo intención de difamar a los muertos (y Dios sabe que el hombre pagó por sus errores) pero el antiguo sistema de Negri para dirigir Seguridad Imperial, con todas sus pequeñas células secretas compartidas únicamente por Ezar, debe volver a estructurarse desde la base. Hay que revisar cada componente y cada hombre antes de volver a organizarlo. Ésa será su primera tarea como jefe de Seguridad Imperial, capitán Illyan.

El rostro pálido y fatigado de Illyan cobró un tinte verdoso.

—Señor... ¿usted quiere que ocupe el puesto de Negri?

—Primero debe ordenarlo todo —le advirtió Vorkosigan con frialdad—. Y sin tardanza. No puedo representar al emperador antes de que Seguridad Imperial esté en condiciones de custodiarlo.

—Sí, señor. —La voz de Illyan estaba ahogada por la sorpresa.

Kanzian se levantó, rechazando la ayuda de un preocupado oficial. Aral apretó la mano de Cordelia bajo la mesa y se puso en pie para acompañar al nuevo núcleo de su Estado Mayor. Al salir, Kou se inclinó hacia Cordelia y le susurró:

—Las cosas van mejorando, ¿eh?

Ella lo miró con una sonrisa triste. Las palabras de Vorkosigan resonaron en su cabeza. Cuando la desertión de hombres alcance un punto crítico y Vordarian se sienta invadido por el pánico...

Poco a poco, a medida que transcurría la semana, fue aumentando la cantidad de refugiados que llegaba a la base Tanery. Después de Kanzian, lo más espectacular fue la huida del primer ministro Vortala del arresto domiciliario a que lo había sometido Vordarian. Llegó con varios hombres heridos y un relato espeluznante de sobornos, mentiras, persecuciones y tiroteos. Dos ministros imperiales de menor importancia también llegaron a la base, uno de ellos a pie. El ánimo general iba mejorando con cada aparición importante; la atmósfera de la base se volvió eléctrica al acercarse el momento de la acción. En los pasillos ya no se preguntaba «¿quién ha llegado?» sino «¿quién ha llegado hoy?». Cordelia trató de parecer animada por todos aquellos sucesos, ocultando sus temores para sí misma. Vorkosigan parecía cada vez más complacido y más tenso al mismo tiempo.

Tal como le habían indicado, Cordelia se dedicó a descansar en las habitaciones de Vorkosigan. Muy pronto se sintió con suficiente energía para comenzar a golpear las paredes. Entonces intentó variar la prescripción con algunos ejercicios y flexiones (aunque prefirió evitar los abdominales). Se encontraba considerando la posibilidad de unirse a Bothari en el gimnasio, cuando la consola zumbó.

El rostro aprensivo de Koudelka apareció en la pantalla.

—Señora, el regente solicita que se reúna con él en la Sala de Reuniones Siete. Ha recibido algo que quiere que usted vea.

Cordelia notó un nudo en el estómago.

—Está bien. Ya voy.

En la Sala de Reuniones Siete había varios hombres congregados alrededor de una videoconsola, debatiendo en voz baja. Varios oficiales, Kanzian, el ministro Vortala. Vorkosigan la miró y le dirigió una sonrisita forzada.

—Cordelia, me gustaría que me dieras tu opinión sobre una cosa que hemos recibido.

—Muy halagador, pero... ¿qué clase de cosa?

—El último informe especial de Vordarian tiene un nuevo giro. Kou, vuelve a pasar el vídeo, por favor.

Las emisiones propagandistas de Vordarian solían ser objeto de burlas por parte de los hombres de Vorkosigan. En esta ocasión sus rostros reflejaban más gravedad.

Vordarian apareció en uno de los salones de la Residencia Imperial, el formal y sereno Salón Azul. Ezar Vorbarra solía realizar sus raras declaraciones públicas desde ese lugar. Vorkosigan frunció el ceño.

Vordarian estaba sentado, vestido con su uniforme de gala, sobre un sofá de seda color marfil. La princesa Kareen estaba a su lado. Tenía el cabello recogido por medio de unas peinetas con incrustaciones de joyas. Llevaba un impresionante vestido negro, serio y formal.

Vordarian sólo pronunció unas pocas palabras vehementes, solicitando la atención de los espectadores. En el vídeo apareció la gran cámara del Consejo de Condes en el castillo Vorhartung. La cámara se acercó a un primer plano del lord Guardián de los Portavoces, vestido con todas sus galas reales. A juzgar por sus repetidas miradas en una dirección concreta, aparte de la cámara debía haber alguna otra cosa apuntada a la cabeza del lord Guardián. Cordelia imaginó a un hombre con un arma mortal, o tal vez todo un pelotón, en ese punto invisible para ellos.

El lord Guardián alzó un telegrama plástico y comenzó:

—«Cito textualmente: debido al...»

—¡Ah, muy hábil! —murmuró Vortala. Koudelka detuvo el vídeo para decir:

—¿Perdón, ministro?

—Eso de «cito textualmente»... acaba de distanciarse de las palabras que está a punto de leer en ese telegrama. La primera vez no me fijé. Bien, Georgos, bien —dijo Vortala a la figura paralizada—. Adelante, teniente. No pretendía interrumpir.

La imagen del holovideo continuó: «... vil asesinato del niño emperador Gregor Vorbarra, y a la traición de sus sagrados votos por parte del usurpador Vorkosigan, el Consejo de Condes declara al falso regente un traidor, lo degrada, lo despoja de sus poderes y lo considera proscrito. En este día, el Consejo de Condes confirma al conde comodoro Vidal Vordarian como Primer Ministro y regente en actividad para la princesa viuda Kareen Vorbarra, conformando un gobierno interino de emergencia hasta que se encuentre un nuevo heredero confirmado por el Consejo de Condes y el Consejo de Ministros en una asamblea plenaria.»

Continuó con otras cuestiones legales mientras la cámara recorría la habitación.

—Congele la imagen, Koudelka —pidió Vortala, y movió los labios mientras contaba—. ¡Ja! Ni siquiera un tercio se encuentra presente. Ni siquiera se acerca al quorum. ¿A quién cree que engaña?

—Un hombre desesperado, unas medidas desesperadas —murmuró Kanzian mientras Koudelka pulsaba el control del holovideo.

—Mira a Kareen —indicó Vorkosigan a Cordelia.

La imagen regresó a Vordarian y la princesa. Vordarian continuó con un discurso tan hipócrita que Cordelia necesitó unos momentos para descifrar que con la expresión «protector personal» Vordarian estaba anunciando un compromiso de matrimonio. Su mano se cerró sobre la de Kareen, aunque continuó mirando a la cámara. Ella alzó la mano para recibir un anillo, sin alterar su expresión serena. El vídeo terminaba con una música solemne. Fin. Afortunadamente les habían ahorrado cualquier comentario postmórtem; por lo visto, nadie preguntaba nada a los barryareses de la calle hasta que los disturbios se hacían tan ruidosos que nadie se atrevía a ignorarlos.

—¿Cómo analizarías la reacción de Kareen? —le preguntó Aral a Cordelia.

Ella alzó las cejas.

—¿Qué reacción? ¿Cómo analizarla? ¡No dijo ni una palabra!

—Precisamente. ¿Te pareció que estaba drogada? ¿O bajo coacción? ¿Contaba con su consentimiento? ¿Han logrado engañarla con la propaganda de Vordarian o qué? —Frustrado, Vorkosigan observó la pantalla vacía—. Kareen siempre ha sido reservada, pero ésta ha sido la actuación más impenetrable que jamás haya visto.

—Páselo otra vez, Kou —dijo Cordelia. Hizo que se detuviera en las mejores tomas de Kareen. Estudió su rostro con la imagen congelada, apenas menos animado que cuando estaba en movimiento—. No parece aturdida ni bajo el efecto de un sedante. Y no mira a un lado como el Portavoz.

—¿Nadie la amenaza con un arma? —preguntó Vortala.

—O tal vez simplemente no le importe —sugirió Cordelia.

—¿Consentimiento o compulsión? —repitió Vorkosigan.

—Tal vez ninguna de las dos cosas. Se ha enfrentado a esta clase de disparates durante toda su vida adulta... ¿qué esperáis de ella? Sobrevivió a tres años de matrimonio con Serg, antes de que Ezar la amparara. Tuvo que ser una verdadera experta en saber qué cosas debía callar y cuándo hacerlo.

—Pero someterse públicamente a Vordarian... si lo considera responsable por la muerte de Gregor...

—Sí, ¿qué cree ella? Si realmente piensa que su hijo está muerto (aunque no crea que tú lo hayas matado), entonces sólo queda velar por su propia supervivencia. ¿Para qué arriesgarla por una futilidad dramática, si eso no ayudaría a Gregor? ¿Qué te debe ella a ti, a todos nosotros en realidad? Por lo que ella sabe, le hemos fallado.

Vorkosigan esbozó una mueca de disgusto. Cordelia continuó.

—Vordarian ha estado controlando su acceso a la información, sin duda. Hasta puede haberla convencido de que está triunfando. Ella es una superviviente; hasta el momento ha logrado sobrevivir a Serg y a Ezar. Tal vez se proponga sobreviviros a ti y a Vordarian también. Quizá crea que su única venganza sea vivir lo suficiente para escupir sobre las tumbas de todos vosotros.

Uno de los oficiales de estado murmuró:

—Pero es una Vor. Su obligación era oponerse a él.

Cordelia lo favoreció con una sonrisa radiante.

—Oh, pero nunca se sabe lo que piensa una mujer barrayaresa por lo que dice delante de los hombres. Aquí la sinceridad no es particularmente apreciada, ¿sabe?

El hombre le dirigió una mirada inquieta. Drou esbozó una sonrisa amarga. Vorkosigan emitió una risita. Koudelka parpadeó.

—Entonces, Vordarian se ha cansado de esperar y se designa regente a sí mismo —murmuró Vortala.

—Y Primer Ministro —señaló Vorkosigan.

—Está ansioso.

—¿Por qué no ha tratado de conseguir directamente el imperio? —preguntó el oficial.

—Está tanteando el terreno —le respondió Kanzian.

—Figura más adelante en el guión —opinó Vortala.

—O tal vez antes, si lo forzamos un poco —sugirió Kanzian—. El último paso fatal. Debemos considerar la posibilidad de empujarlo un poco.

—No podremos esperar mucho más —dijo Vorkosigan con firmeza.

El rostro espectral de Kareen permaneció fijo en la mente de Cordelia todo ese día, y regresó cuando despertó a la mañana siguiente. ¿Qué pensaba Kareen? ¿Qué sentía, en realidad? Tal vez estaba aturdida, tal como sugería la evidencia. Tal vez esperaba una oportunidad. Tal vez se había entregado a Vordarian.

Si supiera en qué creía, sabría lo que está haciendo. Si supiera qué estaba, haciendo, sabría en qué cree. Demasiadas incógnitas en esta ecuación. Si yo fuera Kareen... ¿Ésta sería una analogía válida? ¿Cordelia podía comparar su razonamiento con el de otra persona? ¿Podía hacerlo alguien? Ella y la princesa se parecían en algunas cosas: ambas eran mujeres de edades similares, madres de hijos en peligro... Cordelia cogió el zapato de Gregor que estaba entre sus escasas pertenencias montañesas y empezó a darle vueltas. Mamá tiró para que fuese con ella, y entonces fue cuando perdí mi zapato.

Ella se lo quedó en la mano. Tendría que haberlo atado más fuerte... Tal vez debiese confiar en su propio criterio. Tal vez supiese exactamente lo que pensaba Kareen.

Cuando la consola zumbó, cerca de la hora en que lo había hecho el día anterior, Cordelia corrió a responder. ¿Un nuevo mensaje de la capital, una nueva evidencia, algo para quebrar ese círculo irracional? Pero el rostro que se materializó en la pantalla no fue el de Koudelka, sino el de un desconocido, con una insignia de Inteligencia en el cuello.

—¿Señora Vorkosigan? —comenzó con deferencia.

—¿Sí?

—Soy el mayor Sircoj, oficial de servicio en la entrada principal. Mi tarea es examinar a cada persona nueva que llega, hombres que han abandonado unidades traidoras para unirse a nosotros, y registrar cualquier nueva información que hayan traído. Hace media hora apareció un hombre que afirma haber escapado de la capital, pero se niega a someterse a un interrogatorio voluntario. Hemos confirmado su afirmación de que ha sido condicionado para rechazar el pentotal... si tratamos de inyectarlo, lo mataremos. Él insiste en hablar con usted. Podría ser un asesino.

El corazón de Cordelia comenzó a latir con fuerza.

Se inclinó hacia el holovideo como si hubiese podido meterse en él.

—¿Trae algo consigo? —preguntó con agitación—. ¿Algo como una caja de medio metro de altura, con muchas luces parpadeantes? ¿Algo misterioso capaz de poner nervioso a cualquier guardia? ¡Su nombre, mayor!

—Solamente trae las ropas que lleva puestas. No se encuentra en muy buena forma. Se llama Vaagen. Capitán Vaagen.

—Iré ahora mismo.

—¡No, señora! El hombre prácticamente delira. Podría ser peligroso. No puedo permitir que...

Ella lo dejó hablando en una habitación vacía. Droushnakovi tuvo que correr para alcanzarla. Cordelia llegó a las oficinas de seguridad en la entrada principal en menos de siete minutos, y se detuvo en el pasillo para recuperar el aliento. Para recuperar el alma, que deseaba salir volando por su boca. Calma. Calma. Al parecer los desvaríos no eran el mejor modo de aproximarse a Sircoj.

Cordelia alzó el mentón y entró en la oficina.

—Diga al mayor Sircoj que la señora Vorkosigan se encuentra aquí para verlo —ordenó al secretario, quien alzó las cejas impresionado y se inclinó sobre su consola.

Sircoj tardó lo que a Cordelia le parecieron interminables minutos en aparecer. Finalmente abrió una puerta.

—Debo ver al capitán Vaagen.

—Señora, podría ser peligroso. —Sircoj comenzó exactamente donde ella lo había interrumpido—. Podría estar programado de algún modo imprevisto.

Cordelia consideró la posibilidad de cogerlo por el cuello y apretar hasta que entrara en razón, pero no le pareció práctico. Respiró hondo.

—¿Qué me permitirá hacer? ¿Al menos puedo verlo por vídeo?

Sircoj pareció pensativo. —Eso estaría bien. Sí, de acuerdo. La llevó a otra habitación y encendió un monitor. Ella exhaló con un pequeño gemido.

Vaagen estaba solo en una sala de espera, caminando de una pared a la otra. Vestía el pantalón verde de su uniforme y una camisa blanca muy sucia. No se parecía en nada al científico apuesto y enérgico que ella había visto por última vez en el laboratorio del hospital. Tenía unas marcas violetas alrededor de los ojos, y uno de sus párpados estaba muy hinchado. Caminaba completamente encorvado. Sucio, agotado, con los labios hinchados...

—¡Llaman a un médico para ese hombre! —Cordelia comprendió que había gritado al ver que Sircoj saltaba.

—Ya lo han examinado. Su vida no corre peligro. Podremos comenzar a tratarlo en cuanto haya pasado las pruebas de seguridad —se obstinó Sircoj.

—Entonces, comuníquelo conmigo —dijo Cordelia con los dientes apretados—. Drou, ve a llamar a Aral. Dile lo que está ocurriendo.

Sircoj pareció preocupado al oír sus palabras, pero se aferró con valentía a sus procedimientos. Más segundos interminables mientras alguien se acercaba al prisionero y lo llevaba a una consola.

Al fin su rostro apareció en la pantalla; Cordelia pudo ver sus propios ojos reflejados en la apasionada intensidad de los de Vaagen. Comunicados al fin.

—¡Vaagen! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Señora!

—Apretó sus manos temblorosas—. Esos idiotas, esos estúpidos ignorantes... —balbuceó, pero entonces contuvo el aliento y volvió a comenzar de forma rápida y concisa, como si temiese que lo privasen de su imagen en cualquier momento—. Al principio pensamos que estaríamos bien. Ocultamos la réplica en el Hospital Militar, pero nadie vino a buscarlo. Permanecimos escondidos, turnándonos para dormir en el laboratorio. Entonces Henri logró sacar a su esposa de la ciudad, y ambos permanecimos allí. Tratamos de continuar los tratamientos en secreto. Pensamos que lograríamos aguantar hasta que viniesen a rescatarnos. El desenlace tenía que llegar, de un modo o de otro...

»Casi habíamos dejado de esperarlos, pero al fin llegaron. Fue... ayer. —Se pasó una mano por el cabello como si buscara alguna conexión entre el tiempo verdadero y el tiempo de la pesadilla, donde los relojes enloquecían—. La patrulla de Vordarian. Vinieron a buscar la réplica. Nosotros cerramos el laboratorio, pero ellos entraron por la fuerza. Nos exigieron que la entregáramos. Nos negamos... nos negamos a hablar, y no podían inyectarnos a ninguno de los dos. Por lo tanto, nos golpearon. A él lo mataron a golpes, como a una escoria de la calle, como si no fuese nadie... toda esa inteligencia, toda esa educación, toda esa promesa desperdiciada, aplastada por un retrasado mental que lo golpeaba con la culata de un arma... —Las lágrimas corrían por su rostro. Cordelia permaneció pálida y petrificada, sufriendo un fuerte deja vu imperfecto. Había imaginado mil veces la escena del laboratorio, pero nunca había visto al doctor Henri muerto en el suelo, ni a Vaagen desmayado a golpes.

—Entonces irrumpieron en el laboratorio. Todo, todos los informes de tratamientos. Todo el trabajo de Henri sobre quemaduras... ha desaparecido. No tenían por qué hacer eso. ¡Todo ha desaparecido por nada! —Su voz se quebró, ronca de furia.

—¿Y... y encontraron la réplica? ¿La vaciaron? —Cordelia podía verlo; lo había imaginado una y mil veces, volcándose...

—Al fin la encontraron. Pero se la llevaron. Y entonces me dejaron en libertad. —Vaagen sacudió la cabeza.

—Se la llevaron —repitió Cordelia con estupor. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía llevarse la tecnología sin los técnicos?—. Y lo dejaron en libertad para que corriera a nosotros, supongo. Para que nos trajera la noticia.

—Exactamente, señora.

—¿Adonde cree que la llevaron?

La voz de Vorkosigan habló a su lado.

—A la Residencia Imperial, probablemente. Los mejores rehenes se encuentran allí. Haré que comiencen a trabajar en ello. —Permaneció con los pies plantados en el suelo, y el rostro gris—. Parece que no somos el único bando que incrementa la presión.

Dos minutos después de que Vorkosigan llegara a la entrada principal de seguridad, tendieron al capitán Vaagen sobre una camilla flotante y lo enviaron camino a la enfermería, mientras se solicitaba la presencia del traumatólogo principal de la base. Cordelia reflexionó amargamente sobre la naturaleza de la cadena de mando; todas las verdades, las razones y las necesidades apremiantes no alcanzaban para que alguien ajeno a esa cadena impartiese una orden ocasional.

Cualquier otro interrogatorio al científico debería aguardar a que hubiese recibido tratamiento médico. Vorkosigan empleó el tiempo para informar a Illyan y a su departamento sobre el nuevo problema. Cordelia en cambio sólo pudo distraerse caminando en círculos por la sala de espera de la enfermería. Droushnakovi la observó preocupada, aunque no cometió la tontería de ofrecerle palabras de consuelo que ambas sabían absurdas.

Al fin el traumatólogo apareció para anunciar que Vaagen estaba consciente, y que se encontraba lo bastante orientado como para someterse a un breve —enfaticó la palabra «breve»— interrogatorio. Aral llegó, seguido por Koudelka e Illyan, y todos entraron en la habitación para encontrar a Vaagen en una cama, con un parche en el ojo y conectado a una sonda.

La voz ronca y fatigada de Vaagen añadió algunos detalles espeluznantes, pero nada que cambiara trascendentalmente el primer resumen que había ofrecido a Cordelia.

Illyan lo escuchó con mucha atención.

—Nuestra gente de la Residencia lo ha confirmado —dijo cuando Vaagen guardó silencio, deprimido—. Al parecer la réplica llegó ayer, y la han instalado en el ala más custodiada, cerca de las habitaciones de Kareen. Nuestros partidarios no saben qué es, y suponen que se trata de algún tipo de artefacto, tal vez una bomba, para destruir la Residencia con todos sus habitantes en la batalla final.

Vaagen emitió un gruñido, tosió y esbozó una mueca de dolor.

—¿Alguien la está cuidando? —Cordelia formuló la pregunta que, hasta el momento, nadie había formulado—. ¿Un médico, un técnico, alguien?

Illyan frunció el ceño.

—No lo sé, señora. Puedo tratar de averiguarlo, pero con cada comunicación pongo en peligro a nuestra gente de allí.

—Hum.

—De todos modos, el tratamiento ha sido interrumpido —murmuró Vaagen mientras jugueteaba con el borde de la sábana—. Se ha ido al diablo.

—Tengo entendido que ha perdido sus notas, pero... ¿podría reconstruir su trabajo? —preguntó Cordelia tímidamente—. Quiero decir... si recuperara la réplica. ¿Podría empezar donde lo dejó?

—Para cuando lográramos recuperarla, ya no estaría donde lo dejamos. Y yo no llevaba todo el asunto. Una parte era responsabilidad de Henri.

Cordelia respiró hondo.

—Según recuerdo, estas réplicas portátiles de Escobar cumplían un ciclo de dos semanas. ¿Cuándo cargó por última vez la energía? ¿Cuándo cambió los filtros e introdujo los nutrientes?

—La célula de energía tiene carga para varios meses —la corrigió Vaagen—. Con los filtros habrá más problemas. De todas formas, la solución nutriente será el primer factor limitativo. A su ritmo metabólico estimulado, el feto moriría de hambre un par de días antes de que el sistema quedase obturado por los excrementos. Aunque una avería en los mecanismos podría causar la obturación mucho antes.

Cordelia evitó la mirada de Aral y continuó con la vista fija en Vaagen, quien la miraba con su único ojo sano y transmitía un dolor que iba más allá de lo físico.

—¿Cuándo fue la última vez que usted y Henri realizaron el servicio de la réplica?

—El catorce.

—Quedan seis días —susurró Cordelia, consternada.

—Respecto... a eso. ¿Qué día es hoy? —A Cordelia le dolió el corazón al ver que ese hombre, habitualmente tan seguro de todo, miraba a su alrededor, desorientado.

—El límite de tiempo sólo se aplica si nadie le está brindando los cuidados precisos —intervino Aral—. El médico de la Residencia, el que atiende a Kareen y a Gregor... ¿no notará que se requieren sus servicios?

—Señor —dijo Illyan—, se nos ha informado de que el médico de la Princesa murió en el primer día de luchas en la Residencia. Ya he tenido dos confirmaciones... debo considerarlo un dato cierto.

—Podían dejar morir a Miles por pura ignorancia —comprendió Cordelia—. O matarlo intencionadamente. —Incluso uno de sus partidarios secretos, guiado por la heroica intención de desactivar una bomba, podía ser una amenaza para su hijo.

Vaagen se retorció entre las sábanas. Aral miró a Cordelia y le hizo una seña para que se dirigiese a la puerta.

—Gracias, capitán Vaagen. Nos ha brindado un extraordinario servicio. Más allá de su deber.

—A la mierda con el deber —murmuró Vaagen—. Se ha ido al carajo... malditos ignorantes...

Todos se fueron para permitir que Vaagen iniciase su recuperación, y Vorkosigan pidió a Illyan que fuese a ocuparse de sus múltiples tareas.

Cordelia se dirigió a Aral.

—¿Y ahora, qué?

Él tenía la boca tensa y la mirada algo ausente mientras su mente realizaba cálculos. Los mismos que efectuaba ella, comprendió Cordelia, complicados por mil factores más debido a su posición.

—En realidad nada ha cambiado —dijo él lentamente.

—Sí ha cambiado: me parece que hay alguna diferencia entre estar oculto y ser un prisionero. ¿Pero por qué Vordarian esperó hasta ahora para capturarlo? Si no conocía la existencia de Miles, ¿quién se lo dijo? ¿Kareen tal vez, decidida a cooperar?

Droushnakovi pareció desalentada ante esta sugerencia.

—Tal vez Vordarian esté jugando con nosotros —dijo Aral—. Quizás haya estado manteniendo la réplica en reserva desde el principio, hasta el momento en que más necesitase un nuevo recurso.

—Nuestro hijo. En reserva —le corrigió Cordelia. Miró esos ausentes ojos grises. ¡Mírame Aral!—. Debemos hablar de esto.

Lo condujo por el pasillo hasta la habitación más cercana, una sala de conferencias para médicos, y encendió las luces. Obedientemente, él se sentó a la mesa, con Kou a su lado, y la esperó. Cordelia se sentó frente a él.

Antes siempre nos sentábamos juntos. Drou permaneció tras ella.

Aral la miró con cautela.

—¿Sí, Cordelia?

—¿Qué está pasando por tu cabeza? —le preguntó—. ¿Dónde estamos nosotros en todo esto?

—Yo... lo siento. Me arrepiento de no haber ordenado antes una incursión. Ahora la Residencia es una fortaleza mucho más protegida que el hospital, por más peligroso que fuera éste. Sin embargo... no pude cambiar esa decisión. Mientras le pedía a mi propia gente que esperase y resistiese, no podía arriesgar hombres y gastar recursos para mi propio beneficio. La... posición de Miles me concedía el derecho de exigir su lealtad a pesar de las presiones de Vordarian. Sabían que no les pedía ningún riesgo que yo mismo no estuviese dispuesto a afrontar.



—Pero ahora la situación ha cambiado —le señaló Cordelia—. Ahora tú no compartes los mismos riesgos. Sus familiares disponen de todo el tiempo que quieran. Miles sólo tiene seis días, menos el tiempo que dedicamos a discutir. —Podía sentir el tictac de ese reloj en su cabeza.

Él no dijo nada.

—Aral... desde que estamos aquí, ¿te he pedido que me hicieras algún favor utilizando tus poderes oficiales?

Una sonrisa curvó los labios de Vorkosigan y desapareció. Ahora sus ojos la miraban profundamente.

—Nada —le susurró. Ambos permanecieron muy tensos, inclinados uno hacia el otro. Él tenía los codos en la mesa y las manos en el mentón; ella apoyaba las suyas sobre la mesa, bajo control.

—Te lo pido ahora.

—Nos encontramos en un momento extremadamente delicado para la situación estratégica general —dijo él después de una gran vacilación—. Estamos manteniendo negociaciones secretas con dos de los principales comandantes de Vordarian, quienes parecen dispuestos a traicionarlo. Las fuerzas espaciales están a punto de implicarse. Podríamos lograr acabar con Vordarian sin que estalle una gran batalla.

Cordelia se distrajo un momento pensando cuántos comandantes de Vorkosigan estarían negociando en secreto para traicionarlos a ellos. El tiempo lo diría. El tiempo.

Vorkosigan prosiguió.

—Si las negociaciones resultan tal como espero, estaremos en condiciones de rescatar a casi todos los rehenes en un gran ataque sorpresa, desde una dirección que Vordarian no espera.

—No te pido un gran ataque. —No. Pero lo que te estoy diciendo es que esa pequeña incursión, sobre todo si resulta mal, podría interferir seriamente con el éxito de la otra. — Sólo tal vez.

—Tal vez. —Él inclinó la cabeza hacia un lado, concediéndole la duda. —¿Fecha?

—Dentro de unos diez días.

—No me sirve.

—No. Trataré de acelerar las cosas. Pero debes comprenderlo... si pierdo esta oportunidad, este momento, varios miles de hombres podrían pagar mi error con la vida.

Ella lo comprendía con claridad.

—Bien. Supongamos que por el momento dejamos fuera de esto al ejército de Barrayar. Déjame a mí, con un par de hombres. Nadie más correría ningún riesgo.

Él golpeó la mesa con las manos y exclamó:

—¡No! ¡Por Dios, Cordelia!

—¿Desconfías de mi competencia? —preguntó ella con tono peligroso. Porque yo sí. Sin embargo, ése no era el momento para admitirlo—. ¿Eso de «querida capitana» no es más que un apodo para una mascota, o lo sientes de verdad?

—Te he visto hacer proezas extraordinarias...

También me has visto caer de bruces, ¿y qué?

—...pero tú no eres sacrificable. Dios. Eso acabaría por volverme loco. Esperar, sin saber...

—Tú me pides que haga eso mismo. Esperar, sin saber. Me lo pides cada día.

—Tú eres más fuerte que yo. Tu fortaleza no tiene límites.

—Muy halagador, pero no me convences.

Aral trató de penetrar en sus pensamientos, ella pudo verlo en sus ojos punzantes como un cuchillo.

—No. No te irás por tu cuenta. Lo prohíbo, Cordelia. Absolutamente. Quítatelo de la cabeza. No puedo arriesgaros a los dos de ningún modo.

—Ya lo estás haciendo.

Él apretó los dientes e inclinó la cabeza. Mensaje recibido y comprendido. Koudelka, sentado junto a él, los miraba con gran consternación. Cordelia sentía la mano de Drou, presionando con fuerza el respaldo de su silla.

Vorkosigan tenía todo el aspecto de alguien que estaba siendo aplastado entre dos grandes rocas; ella no tenía ningún deseo de verlo convertido en polvo. En un momento, Aral le pediría su palabra de que permanecería confinada en la base, de que no correría ningún riesgo.

Cordelia abrió un puño y lo dejó posado sobre la mesa.

—Yo hubiese decidido otra cosa. Pero nadie me ha designado a mí regente de Barrayar.

La tensión lo abandonó con un suspiro.

—Me falta imaginación.

Un defecto muy frecuente entre los barrayareses, mi amor.

Al regresar a las habitaciones de Aral, Cordelia se encontró con el conde Piotr en el pasillo. Ya no se parecía en nada al anciano agotado que la dejara en un sendero de la montaña. Ahora llevaba las ropas elegantes que solían usar los Vor retirados y los ministros imperiales: pantalón bien planchado, botas cortas lustradas y una túnica muy ornamentada. Bothari se encontraba a su lado, nuevamente con su librea formal color marrón y plata. Bothari traía un grueso abrigo plegado en el brazo, por lo cual Cordelia dedujo que el conde acababa de llegar de su misión diplomática en algún Distrito al norte de los territorios de Vordarian. Con excepción de las zonas ocupadas, al parecer la gente de Vorkosigan podía moverse a voluntad.

—Ah, Cordelia. —Piotr la saludó con un movimiento de cabeza cauteloso y formal; no era momento de reanudar las hostilidades. Por ella no había ningún inconveniente. No creía que le quedara ningún deseo de pelear en su corazón corroído.

—Buenos días, señor. ¿Su misión ha tenido éxito?

—Ya lo creo que sí. ¿Dónde está Aral?

—Ha ido al Sector de Inteligencia, según creo, a consultar con Illyan sobre los últimos informes llegados de Vorbarr Sultana.

—Ah. ¿Qué está ocurriendo? —El capitán Vaagen se presentó aquí. Lo derribaron a golpes, pero de algún modo logró llegar desde la capital... Parece ser que finalmente Vordarian descubrió que tenía otro rehén. Su patrulla se llevó la réplica del Hospital Militar a la Residencia Imperial. Supongo que pronto recibiremos alguna noticia de él, pero sin duda no quiso privarnos del placer de escuchar primero el relato de Vaagen.

Piotr echó la cabeza hacia atrás y emitió una risa amarga.

—Eso sí que es una amenaza vacía.

Cordelia aflojó la mandíbula el tiempo suficiente para decir:

—¿A qué se refiere, señor? —Ella sabía perfectamente bien a qué se refería, pero quería llevarlo hasta el límite.

Llega basta el fondo, maldito. Dilo todo.

Los labios de Piotr se curvaron en una especie de sonrisa.

—Me refiero a que, sin darse cuenta, Vordarian le está haciendo un servicio a la familia Vorkosigan. Estoy seguro de que no se ha dado cuenta.

No dirías eso si Aral estuviese aquí, viejo. ¿Tú lo preparaste? Dios, no podía decirle eso...

—¿Usted lo preparó? —le preguntó Cordelia.

Piotr echó la cabeza hacia atrás.

—¡Yo no negocio con traidores!

—Él pertenece a su antiguo partido Vor. Allí se encuentra su verdadera lealtad. Siempre dijo que Aral era demasiado progresista.

—¡Te atreves a acusarme...! —Su indignación rayaba la furia.

La furia hacía que Cordelia comenzase a ver todo rojo.

—Yo sé que usted ha intentado cometer un asesinato, ¿por qué no habría de intentar cometer una traición? Sólo espero que al final predomine su ineptitud.

La voz de Piotr estaba jadeante de ira.

—¡Has llegado demasiado lejos!

—No, viejo. Todavía puedo llegar mucho más lejos.

Drou parecía absolutamente aterrorizada. El rostro de Bothari era una talla de piedra. Piotr retorció una mano como si hubiese querido golpearla. Bothari observó esa mano con un brillo extraño en la mirada.

—Aunque deshacerse de ese monstruo es el mejor favor que Vordarian podría llegar a hacerme, no creo que se lo deje saber —le espetó Piotr—. Me resultará mucho más divertido observar cómo trata de manejar un comodín como si se tratase de un as, y luego preguntarse por qué le falló la jugada. Aral lo sabe... supongo que se sentirá muy aliviado al ver que Vordarian se ocupa del asunto en su lugar. ¿O ya lo has embrujado para que organice alguna estupidez espectacular?

—Aral no hace nada.

—Oh, buen chico. Me preguntaba si le habrías sorbido el seso para siempre. Es un barrayarés, después de todo.

—Eso parece —respondió ella con rigidez. Estaba temblando, aunque Piotr no se encontraba en mejores condiciones.

—Bueno, dejemos este asunto menor —dijo él, tratando de recuperar el control de sí mismo—. Tengo cuestiones más importantes que tratar con el regente. Que le vaya bien, señora. —Inclinó la cabeza en un esfuerzo irónico, y se alejó.

—Que tenga un buen día —le gruñó ella a sus espaldas, y se abalanzó hacia la puerta de sus habitaciones.

Cordelia pasó veinte minutos caminando de un lado al otro antes de sentirse en condiciones de hablar con nadie, ni siquiera con Drou, quien se había acurrucado en una silla apartada como tratando de hacerse pequeña.

—Usted no cree realmente que el conde Piotr sea un traidor, ¿verdad, señora? —preguntó Droushnakovi cuando al fin Cordelia comenzó a caminar más lento. Ella sacudió la cabeza.

—No... no. Sólo quería herirlo. Este lugar me está afectando. Me ha afectado. —Con fatiga, se dejó caer en un sillón y posó la cabeza en el respaldo. Después de un silencio añadió—: Aral tiene razón. No tengo derecho a arriesgarme. No, eso no es exacto. No tengo derecho a fallar. Y ya no confío en mí misma. No sé qué ha ocurrido con mi destreza. La he perdido en una tierra extraña.

No puedo recordar. No puedo recordar cómo lo hacía. Ella y Bothari eran gemelos, dos personalidades separadas pero igualmente afectadas por una sobredosis de Barrayar.

—Señora... —Droushnakovi se alisó la falda, con la vista baja—. Yo viví en la Residencia Imperial durante tres años.

—Sí... —El corazón le dio un vuelco. Como un ejercicio de autodisciplina, Cordelia cerró los ojos y no volvió a abrirlos—. Háblame de ello, Drou.

—El mismo Negri me entrenó. Como era la guardaespaldas de Kareen, él siempre decía que yo sería la última barrera entre ella, Gregor y... y cualquier cosa tan grave como para haber llegado tan lejos. Me lo enseñó todo respecto a la Residencia. Solía adiestrarme en ello. Me mostró cosas que no creo que nadie más conozca. Teníamos preparadas cinco rutas de escape. Dos de ellas eran procedimientos habituales de seguridad. Una sólo la conocían algunos oficiales superiores como Illyan. Las otras dos... no creo que nadie más las conociera, excepto Negri y el emperador Ezar. Y estoy pensando... —Se humedeció los labios—. Una ruta secreta para salir también debe de ser una ruta secreta para entrar, ¿no le parece?

—Tal como diría Aral, tu razonamiento me resulta extremadamente interesante, Drou. Continúa. —Cordelia mantuvo los ojos cerrados.

—Eso es todo. Si de algún modo lograra llegar a la Residencia, apuesto a que podría entrar.

—¿Y volver a salir?

—¿Por qué no?

Cordelia descubrió que se había olvidado de respirar.

—¿Para quién trabajas, Drou?

—Para el capitán... —comenzó ella a responder, pero entonces se detuvo—. Negri. Pero él está muerto. Para el comandante... el capitán Illyan, supongo.

—Te lo preguntaré de otro modo. —Al fin Cordelia abrió los ojos—. ¿Por quién has arriesgado tu vida?

—Por Kareen. Y por Gregor, por supuesto. Ellos eran como la misma persona.

—Aún lo son. Te lo dice esta madre. —Miró a los ojos azules de Drou—. Y Kareen te entregó a mí.

—Para que fuese mi mentora. Pensamos que era un soldado.

—No lo soy. Pero eso no significa que nunca haya luchado. —Cordelia se detuvo—. ¿Qué quieres a cambio, Drou? Pon tu vida en mis manos... no diré bajo juramento de lealtad, como esos idiotas... ¿a cambio de qué?

—Kareen —respondió Droushnakovi con firmeza—. Los he estado observando, y ya la han clasificado como sacrificable. Cada día, durante tres años, arriesgué mi vida porque creí que la suya era importante. Cuando se observa atentamente a alguien durante tanto tiempo, uno llega a conocerlo a fondo. Por lo visto ahora piensan que debo olvidar mi lealtad, como si yo fuese una especie de máquina. Hay algo que está mal en eso. Quiero... al menos quiero intentar rescatar a Kareen. A cambio de eso... lo que usted desee, señora.

—Ah. —Cordelia se frotó los labios—. Eso parece... equitativo. Una vida sacrificable por otra. Kareen por Miles. —Se hundió en el sillón sumida en una profunda reflexión.

Primero lo ves. Entonces te conviertes en ello.

—No es suficiente. —Al fin Cordelia sacudió la cabeza—. Necesitamos... a alguien que conozca la ciudad. A alguien con músculo, que sirva de apoyo. Un hombre que sepa manejar armas, que nunca duerma. Necesito a un amigo. —Curvó los labios en una leve sonrisa—. Más que un hermano. —Se levantó y se dirigió a la consola.

—¿Quería verme, señora? —dijo el sargento Bothari.

—Sí, por favor, entre.

Las habitaciones de los oficiales superiores no intimidaban a Bothari, pero de todos modos frunció el ceño cuando Cordelia le indicó que se sentase. Fue a ocupar el lugar habitual de Aral, al otro lado de la mesa baja. Drou volvió a sentarse en el rincón, observando en silencio. Cordelia miró a Bothari, quien también la miró a ella. Tenía buen aspecto, aunque su rostro estaba marcado por la tensión. Como a través de un tercer ojo, Cordelia pudo percibir las energías frustradas que corrían por su cuerpo; arcos de ira, redes de control, un enmarañado nudo eléctrico de peligrosa sexualidad por debajo de todo. Energías que reverberaban, que aumentaban cada vez más sin posibilidad de liberarse, con una desesperada necesidad de que le ordenasen actuar para que no estallasen por su cuenta sin ningún control. Cordelia parpadeó y volvió a concentrarse en su superficie menos aterradora; sólo era un hombre cansado y feo en un elegante uniforme marrón.

Para su sorpresa, Bothari tomó la palabra.

—Señora, ¿ha tenido alguna noticia de Elena? ¿Se preguntaba para qué lo habría llamado aquí? Para su vergüenza, ella casi se había olvidado de Elena.

—Nada nuevo, me temo. Según los informes, se encuentra con la señora Hysopi en ese hotel del centro custodiado por las fuerzas de Vordarian, junto con muchos otros rehenes. No la han trasladado a la Residencia ni nada parecido. —A diferencia de Kareen, la misión secreta de Cordelia no pasaba por el mismo lugar donde se encontraba

Elena. Si él se lo pedía, ¿cuánto podría prometerle? —Siento mucho lo de su hijo, señora. —Mi mutante, como diría Piotr. —Cordelia lo observó. Interpretaba mejor sus hombros, su columna y sus entrañas que su rostro impasible.

—Respecto al conde Piotr —dijo, y se interrumpió. Tenía las manos unidas entre las rodillas—. Había pensado en hablar con el almirante. No se me ocurrió hacerlo con usted. Debí haber pensado en usted.

—Siempre.

—¿Y ahora qué?

—Ayer se me acercó un hombre en el gimnasio. No llevaba uniforme ni insignias. Me ofreció a Elena. La vida de Elena si yo asesinaba al conde Piotr.

—Qué tentador —dijo Cordelia sin poder contenerse—. Eh, ¿qué garantías le ofreció?

—En seguida me hice la misma pregunta. Allí estaría yo, metido en grandes problemas, tal vez ejecutado, ¿y entonces quién se ocuparía de la bastarda de un hombre muerto? Pensé que era una trampa, otra trampa, y regresé a buscarlo... pero desde entonces no he vuelto a verlo. —Bothari suspiró—. Ahora casi me parece una alucinación.

La expresión en el rostro de Drou era un estudio de la más profunda desconfianza, pero por fortuna Bothari se hallaba de espaldas a ella y no se dio cuenta. Cordelia le dirigió una rápida mirada de reproche.

—¿Ha sufrido alucinaciones? —le preguntó.

—No lo creo. Sólo pesadillas. Trato de no dormir.

—Yo... tengo mi propio problema —dijo Cordelia—. Ya ha oído mi conversación con Piotr.

—Sí, señora.

—¿Sabe que existe un límite de tiempo?

—¿Límite de tiempo?

—Si nadie se ocupa de la réplica uterina, Miles no podrá vivir más de seis días. Sin embargo, Aral afirma que Miles no corre más peligro que las familias de sus hombres. Yo no opino lo mismo.

—A espaldas del almirante, he oído a algunas personas decir lo contrario.

—¿Ah?

—Dicen que es un engaño. Que su hijo es una especie de mutante que de todas formas va a morir, mientras que ellos arriesgan niños normales.

—No creo que él imagine... estos comentarios.

—¿Quién lo repetiría en su rostro?

—Muy pocos. Tal vez ni siquiera Illyan. Aunque Piotr no perdería la ocasión de decírselo, si llegara a sus oídos. ¡Maldita sea! Nadie, en ninguno de los dos bandos, dudaría en vaciar esa réplica. —Guardó silencio unos instantes y volvió a comenzar—. Sargento, ¿para quién trabaja usted?

—He jurado lealtad como Hombre de Armas al conde Piotr —recitó Bothari. Ahora la observaba con atención, mientras una extraña sonrisa empezaba a curvar sus labios.

—Se lo diré de otro modo. Sé que existen terribles castigos para los Hombres de Armas que se ausentan sin permiso. Pero supongamos que...

—Señora. —Él alzó una mano para detenerla—. ¿Recuerda que allá en el jardín de Vorkosigan Surleau, cuando cargábamos el cuerpo de Negri en la aeronave, el regente me pidió que obedeciera su voz como si fuese la suya propia?

Cordelia alzó las cejas.

—Sí...

—No ha revocado la orden.

—Sargento —murmuró ella al fin—. Jamás habría imaginado que fuese un abogado de cuartel.

La sonrisa de Bothari se tornó un poco más tensa.

—Para mí su voz es como la del mismo emperador. Técnicamente.

—Lo es ahora —susurró Cordelia, y se clavó las uñas en las palmas.

Bothari se inclinó hacia delante, con las manos inmóviles entre las rodillas.

—Y bien, señora. ¿Qué estaba diciendo?

El aparcamiento para vehículos motorizados era una bóveda baja donde retumbaban los ruidos, iluminada suavemente por las luces de una oficina con paredes de vidrio. Cordelia aguardó junto al tubo elevador, acompañada por Drou, y observó a través del lejano rectángulo de vidrio cómo Bothari negociaba con el oficial de transportes. El Hombre de Armas del general Vorkosigan solicitaba un vehículo en nombre de su señor. Por lo visto, Bothari no había tenido problemas con sus pases e identificaciones. El hombre insertó las tarjetas del sargento en su ordenador, colocó la palma sobre la almohadilla del sensor, e impartió unas órdenes rápidas.

¿Funcionaría este plan tan simple?, se preguntó Cordelia con desesperación. Y de lo contrario, ¿qué alternativa les quedaba? La ruta que habían planeado se dibujó en su mente, como líneas de luz roja serpenteando sobre un mapa. No irían al norte, hacia su objetivo, sino que primero viajarían al sur, en coche terrestre hasta el primer Distrito leal. Allí dejarían en una zanja el llamativo coche del gobierno, abordarían el monorriel hasta el otro Distrito y luego viajarían al noroeste cruzando a otro más, para regresar al este, donde se encontraba la zona neutral del conde Vorinnis, centro de tanta atención diplomática por parte de ambos bandos. El comentario de Piotr resonó en su memoria. Te lo juro, Aral, si Vorinnis no deja de jugar a dos bandas, cuando esto termine tendrás que colgarlo más alto que a Vordarian. Entonces llegarían al Distrito Capital y, de alguna manera, entrarían en la ciudad ocupada. Deberían recorrer muchos kilómetros. Tres veces más que la distancia directa entre la base y la capital. Tardarían mucho. Su corazón se lanzó hacia el norte, como la aguja de una brújula. Los peores Distritos serían el primero y el último. Las fuerzas de Aral podían resultar tan enemigas como las de Vordarian. Todo se le antojaba imposible.

Paso por paso, se dijo con firmeza. Primero debían salir de la base Tanery; eso les resultaría sencillo. Tenía que dividir el futuro infinito en bloques de cinco minutos, y luego atravesarlos de uno en uno.

Bien, los primeros cinco minutos ya habían transcurrido y un brillante vehículo para oficiales superiores apareció procedente de un aparcamiento subterráneo. Una pequeña victoria para recompensar un poco de paciencia y audacia. ¿Qué conseguirían con más paciencia y más audacia?

Bothari inspeccionó el vehículo meticulosamente, como si dudara de que fuese apropiado para su señor. El oficial de transportes aguardó con ansiedad y suspiró aliviado cuando el Hombre de Armas del gran general asintió con un gesto, aunque no sin antes haber pasado la mano sobre la cubierta y mirado con disgusto unas partículas de polvo. Bothari acercó el vehículo al portal del tubo elevador y lo aparcó, obstaculizando la vista desde la oficina.

Drou se inclinó para recoger su bolso. Allí había guardado una extraña colección de ropas, incluyendo las que Cordelia y Bothari habían usado en la montaña, junto con algunas armas ligeras. Bothari colocó la polarización en la cubierta trasera, para que se reflejase como un espejo, y la levantó.

—¡Señora! —gritó la voz ansiosa del teniente Koudelka, en la entrada del tubo elevador—. ¿Qué está haciendo?

Cordelia apretó los dientes y, después de convertir su expresión salvaje en una sonrisa de sorpresa, se volvió hacia él.

—Hola, Kou, ¿qué ocurre?

Con el ceño fruncido, él la miró a ella, a Droushnakovi, al bolso.

—Yo he preguntado primero —dijo con agitación. Debía de haberlos estado persiguiendo durante varios minutos, después de haber descubierto que las habitaciones de Aral estaban vacías.

Cordelia mantuvo la sonrisa fija en el rostro, mientras en su mente aparecían imágenes de una patrulla de seguridad saliendo del tubo elevador para detenerla, o al menos a sus planes.

—Vamos... vamos a la ciudad.

Él la miró con escepticismo.

—Ah. ¿Y el almirante lo sabe? ¿Dónde están los guardias de Illyan, entonces?

—Se han adelantado —explicó Cordelia con suavidad.

La vaga posibilidad hizo que por un momento la duda brillara en los ojos de Koudelka. Aunque por desgracia, sólo permaneció allí un instante.

—¿Pero qué...?

—Teniente —lo interrumpió el sargento Bothari—. Eche un vistazo a esto. —Señaló el compartimiento trasero del vehículo.

Koudelka se inclinó para mirar.

—¿Qué? —preguntó con impaciencia.

Cordelia se sobresaltó cuando la mano abierta de Bothari cayó sobre la nuca de Koudelka, y volvió a hacerlo cuando la cabeza del teniente golpeó contra el interior del compartimiento mientras Bothari lo introducía empujándolo con la bota. El bastón de estoque cayó al suelo.

—Adentro —dijo Bothari en voz baja y ronca, echando un rápido vistazo a la oficina distante.

Droushnakovi lanzó el bolso al interior y se introdujo tras Koudelka, apartando sus largas piernas. Cordelia cogió el bastón y subió tras ellos. Bothari retrocedió un paso, hizo la venia, cerró la cubierta y entró en el compartimiento del conductor.

Arrancaron con suavidad. Cordelia se obligó a controlar un pánico irracional cuando Bothari se detuvo en el primer puesto de guardia. Podía ver y oír con tanta claridad a los centinelas, que resultaba difícil recordar que ellos sólo veían el reflejo de sus propios ojos. Pero aparentemente el general Piotr podía desplazarse a voluntad. Qué agradable debía de ser la vida del general Piotr. Aunque en aquellos momentos difíciles, era probable que ni siquiera él hubiese podido entrar en la base Tanery sin abrir la cubierta. Los centinelas del último puesto los dejaron pasar sin detenerlos, muy ocupados en la inspección de unos transportes de carga.

Al fin, Cordelia y Droushnakovi lograron acomodar bien a Koudelka entre las dos. Su primer desmayo alarmante estaba pasando. El teniente parpadeó y gimió. La cabeza, el cuello y los hombros eran las únicas partes que no habían sido sometidas a intervenciones quirúrgicas. Cordelia confiaba en que no hubiese sufrido la rotura de nada inorgánico.

La voz de Droushnakovi estaba tensa de preocupación.

—¿Qué haremos con él?

—No podemos dejarlo tirado por el camino. Correría de vuelta a avisar —dijo Cordelia—. Aunque si lo atamos a un árbol en algún lugar escondido, existe la posibilidad de que no lo encuentren... Será mejor que lo atemos, comienza a despertar.

—Yo puedo controlarlo.

—Me temo que ya ha tenido bastante de eso. Droushnakovi inmovilizó las manos de Koudelka con un pañuelo que guardaba en el bolso; era muy hábil haciendo nudos.

—Tal vez nos sea útil —reflexionó Cordelia.

—Nos traicionará —objetó Droushnakovi con el ceño fruncido.

—Quizá no. Cuando estemos en territorio enemigo. Cuando la única forma de escapar sea seguir avanzando.

Koudelka empezó a enfocar la mirada. Cordelia se sintió aliviada al comprobar que las dos pupilas tenían el mismo tamaño.

—Señora... Cordelia —murmuró. Sus manos luchaban contra el pañuelo de seda—. Esto es una locura. Tropezaréis directamente con las fuerzas de Vordarian. Entonces

Vordarian tendrá dos rehenes para presionar al almirante, en lugar de uno. ¡Y tanto usted como Bothari saben dónde está el emperador!

—Donde estaba —le corrigió Cordelia—. Hace una semana. Estoy segura de que desde entonces lo habrán trasladado. Y Aral ha demostrado su capacidad para resistir a las presiones de Vordarian. No lo subestime.

—¡Sargento Bothari! —Koudelka se inclinó hacia delante, hablando por el intercomunicador. Ahora la cubierta delantera también estaba polarizada.

—¿Sí, teniente? —respondió la voz grave y monótona de Bothari.

—Le ordeno que regrese con este vehículo.

Una breve pausa.

—Ya no me encuentro en el Servicio Imperial, señor. Estoy retirado.

—¡Piotr no le ordenó esto! Usted es un hombre del conde Piotr.

Una pausa más larga; un tono más bajo.

—No. Soy el perro de la señora Vorkosigan.

—¡Ha perdido la chaveta!

Cómo consiguió transmitir semejante expresión por el intercomunicador, Cordelia nunca lo supo, pero una sonrisa canina pendió en el aire ante sus ojos.

—Vamos, Kou —dijo Cordelia—. Ayúdeme. Tráiganos suerte, colabore. Deje fluir su adrenalina.

Droushnakovi se inclinó hacia su oído con una sonrisa en los labios.

—Míralo de este modo, Kou. ¿Quién más te brindaría la oportunidad de combatir en el campo de batalla?

Él miró a derecha y a izquierda, sentado entre sus dos captoras. El zumbido del coche terrestre llegó hasta ellos, mientras avanzaban cada vez más rápido por la creciente oscuridad.

16

Verduras y frutas ilegales. Con expresión risueña, Cordelia contempló los sacos de coliflores y las cajas de bayas entre las cuales estaba sentada, mientras el viejo camión se zarandeaba por el camino. Productos del sur que viajaban a Vorbarr Sultana por un camino tan furtivo como el de ella. Estaba casi segura de que bajo la pila se encontraban algunos de los mismos sacos de coles con los que había viajado un par de semanas antes, migrando de acuerdo con las extrañas presiones económicas de la guerra.

Ahora los Distritos controlados por Vordarian se encontraban bajo un estricto bloqueo impuesto por los Distritos leales a Vorkosigan. Aunque todavía podían aguantar mucho tiempo sin morir de hambre, en Vorbarr Sultana los precios de los alimentos estaban por las nubes debido al acaparamiento y a la llegada del invierno. Por lo tanto, los hombres pobres se decidían a correr el riesgo. Y un hombre pobre que ya estaba corriendo el riesgo no se negaba a recoger algunos pasajeros, a cambio de un soborno.

Había sido Koudelka quien trazó el plan y se entregó a aquella estrategia casi a pesar de sí mismo. Había sido él quien encontró los almacenes de venta al por mayor en el Distrito Vorinnis, y quien recorrió los muelles de carga buscando a alguien que trabajara de forma independiente. En cambio, fue Bothari quien negoció el total del soborno, demasiado escaso según la opinión de Cordelia, pero muy adecuado para el papel de campesinos desesperados que estaban interpretando.

—Mi padre tenía una tienda de comestibles —les había explicado Koudelka mientras trataba de convencerlos de su plan—. Sé lo que me traigo entre manos.

Por unos momentos Cordelia se preguntó qué significaba la mirada cautelosa que Kou le había dirigido a Droushnakovi, pero entonces recordó que el padre de Drou era un soldado. Kou solía hablar de su hermana y de su madre viuda, pero hasta ese momento



Cordelia no había comprendido que si eliminaba a su padre de los relatos no se debía a una falta de afecto, sino a que se avergonzaba de su condición social. Koudelka había vetado la posibilidad de viajar en un camión que transportaba carne.

—Es más probable que lo detengan los guardias de Vordarian para conseguir un par de filetes —les explicó. Cordelia no supo si hablaba por experiencia militar o como vendedor de comestibles, pero en cualquier caso se alegró de no tener que viajar con esas horribles bestias congeladas.

Se vistieron lo más adecuadamente posible para interpretar sus papeles, combinando las ropas del bolso con las que llevaban puestas. Bothari y Koudelka fingían ser dos veteranos recientemente licenciados, tratando de mejorar su mala fortuna. Cordelia y Drou eran dos campesinas que viajaban con ellos. Las dos mujeres se ataviaban con una combinación bastante realista de viejos vestidos montañeses y accesorios de la clase superior, aparentemente adquiridos en una tienda de artículos usados. Intercambiando sus prendas para que no pareciesen a medida, lograron el efecto deseado.

Cordelia cerró los ojos con fatiga, aunque no tenía ganas de dormir. El tiempo avanzaba en su cabeza. Habían tardado dos días en llegar hasta allí. Tan cerca del objetivo, tan lejos del éxito... Sus ojos volvieron a abrirse cuando el camión se detuvo bruscamente.

Bothari se asomó al compartimiento del conductor.

—Nos bajamos aquí —dijo en voz alta. Uno por uno fueron descendiendo a la calle urbana. Su aliento producía vapor en el frío ambiente. Aún no había amanecido, y había menos luces encendidas de las que Cordelia había esperado. Bothari hizo una seña al conductor para que se marchase.

—El hombre no consideró buena idea que llegáramos hasta el Mercado Central —gruñó Bothari—. Dice que los guardias municipales de Vorbohn acuden allí a esta hora, cuando llegan los camiones.

—¿Se esperan disturbios por la falta de alimentos? —preguntó Cordelia.

—Sin duda, pero además quieren conseguir su propia comida antes que nadie —respondió Koudelka—. Vordarian tendrá que hacer intervenir al ejército pronto, antes de que el mercado negro acapare todos los alimentos. —En los momentos en que olvidaba fingir que era un Vor artificial, Kou desplegaba unos conocimientos sorprendentes sobre la forma en que operaba el mercado negro. ¿Cómo había conseguido un tendero que su hijo recibiese la educación necesaria para ingresar en la competitiva Academia Militar Imperial? Cordelia esbozó una sonrisa y observó la calle. Era un sector antiguo de la ciudad, anterior a los tubos elevadores, de forma que no había edificios con más de seis plantas. Y bastante deteriorado también, con las instalaciones del agua y de la electricidad por encima de las fachadas.

Bothari los condujo como si supiese adonde iba. En la dirección del tránsito, el estado de los edificios no mejoró. Las calles se volvieron más estrechas y en el aire flotaba un cierto hedor a putrefacción y orines. Las luces se hicieron más escasas. Drou caminaba con los hombros hundidos. Koudelka se aferraba a su bastón. Bothari se detuvo frente a una entrada estrecha y mal iluminada, con un cartel escrito a mano que decía:

HABITACIONES.

—Esto servirá. —La vieja puerta no era automática y giraba sobre bisagras, pero estaba cerrada con llave. Él la sacudió y luego la golpeó. Después de un largo rato se abrió una pequeña abertura cortada en la puerta, y unos ojos desconfiados lo escrutaron.

—¿Qué quieres?

—Una habitación.

—¿A estas horas? Ni hablar.

Bothari empujó a Drou hacia delante. La luz que se filtraba por la abertura alumbró su rostro.

—Hum —gruñó la voz al otro lado de la puerta—, Bueno... —Se oyó el ruido de cadenas y barras metálicas, y la puerta se abrió.

Todos se apiñaron en un estrecho vestíbulo donde había una escalera, un escritorio y el inicio de un pasillo que conducía a una habitación oscura. Su anfitrión protestó más cuando se enteró de que querían una sola habitación para los cuatro. A pesar de todo, no dijo nada al respecto; por lo visto la desesperación que sentían hacía que su aspecto de pobreza pareciese más auténtico. Con las dos mujeres y sobre todo con Koudelka en el grupo, a nadie se le ocurría sospechar que fuesen agentes secretos.

Se acomodaron en una habitación pequeña y barata del piso superior, y decidieron que Kou y Drou serían los primeros en dormir. Mientras el alba se escurría por la ventana, Cordelia siguió a Bothari escaleras abajo buscando algo que comer.

—Debí prever que necesitaríamos raciones en una ciudad sitiada —murmuró Cordelia.

—La situación aún no es tan grave —dijo Bothari—. Ah... será mejor que usted no hable, señora. Su acento la delatará.

—Tiene razón. Pero entable una conversación con ese sujeto, si puede. Quiero saber cómo se encuentra la situación local. —Encontraron al posadero en la pequeña habitación detrás del corredor, donde a juzgar por un par de mesas desvencijadas con sillas, funcionaba el bar y el comedor. De mala gana, el hombre les vendió unos alimentos sellados y bebidas embotelladas a precios exorbitantes, mientras se quejaba por el racionamiento y trataba de sonsacarles alguna información acerca de ellos.

—He estado planeando este viaje durante meses —dijo Bothari, apoyado en el mostrador—, y no he podido hacerlo por culpa de esta maldita guerra.

El posadero emitió un sonido alentador, de un empresario a otro.

—Oh. ¿Cuál es tu proyecto?

Bothari se humedeció los labios y adoptó una expresión pensativa.

—¿Has visto a la rubia?

—Sí.

—Es virgen.

—No te creo. Demasiado mayor.

—Oh, sí. Puede pasar por una muchacha de clase. Pensábamos vendérsela a algún señorito Vor en la Feria Invernal. Conseguir un anticipo. Pero todos se han ido de la ciudad. Podríamos intentarlo con algún comerciante rico, supongo, pero a ella no le gustará. Le prometí un verdadero señor.

Cordelia se tapó la boca con la mano y trató de no emitir ningún sonido. Se alegraba de que Drou no estuviese allí para oír el cuento que Bothari había inventado. Por Dios. ¿De verdad pagaban los barrayareses por el privilegio de someter a las mujeres vírgenes a esa pequeña tortura sexual?

El posadero miró a Cordelia.

—Si la dejas sola con tu socio sin su carabina, podrías perder lo que viniste a vender.

—No —dijo Bothari—. No es que le falten las ganas, pero sufrió la descarga de un disruptor nervioso, bajo el cinturón. Está con licencia médica.

—¿Y tú?

—Con licencia sin perjuicio.

Eso significaba «renuncia o te meteremos en la cárcel», según entendía Cordelia. Era el destino final de los alborotadores crónicos que habían estado a punto de cometer delitos.

—¿Viajas con un espástico? —El posadero movió la cabeza en dirección a la escalera.

—Es el cerebro del equipo.

—No tiene demasiado cerebro si ha venido hasta aquí justo ahora, para intentar ese negocio.

—Sí. Supongo que podría haber obtenido un precio mejor si estuviera más gorda y bien vestida.

—Es cierto —gruñó el posadero, observando los alimentos apilados frente a Cordelia.

—Aunque es demasiado buena para desperdiciarla. Creo que tendré que buscarme otra cosa, hasta que pase todo este lío. Tal vez alguien quiera contratar unos buenos músculos... —Bothari dejó la frase en suspenso. ¿Se estaba quedando sin inspiración?

El posadero lo estudió con interés.

—Oye... he estado observando algo para lo cual podría venirme bien una especie de agente. Desde hace una semana temo que alguien lo descubra primero. Podrías ser justo lo que andaba buscando.

—¿Yo?

El posadero se inclinó hacia delante para hablarle de forma confidencial.

—Los muchachos del conde Vordarian están repartiendo buenas recompensas allá en Seguridad Imperial, por cualquier buena información. Normalmente no me metería con los de Seguridad Imperial, sea quien sea quien esté al frente esta semana, pero calle abajo hay un sujeto extraño que ocupa una habitación. Y sólo la abandona para buscar comida, más de la que cualquiera podría comerse... allí dentro tiene a alguien a quien mantiene en gran secreto. Y seguro que no es uno de nosotros. No dejo de pensar que podría ser... valioso para alguien, ¿no crees?

Bothari frunció el ceño.

—Podría ser peligroso. Cuando el almirante Vorkosigan irrumpa en la ciudad, buscarán a todos los que figuren en esa lista de informantes. Y tú tienes una dirección.

—Pero diría que tú no la tienes. Si lo haces, podría darte un diez por ciento. Creo que ese tipo es un pez gordo. Parece muy asustado.

Bothari sacudió la cabeza.

—He estado fuera un tiempo y... ¿no lo hueles? En esta ciudad hay olor a derrota, amigo. Los hombres de Vordarian me parecen muy pesimistas. Yo pensaría bien lo de esa lista si fuera tú.

El posadero apretó los labios.

—De un modo o de otro, la oportunidad no va a durar.

Cordelia se acercó al oído de Bothari y le susurró:

—Sígale el juego. Averigüe quién es. Podría tratarse de un aliado. —Después de pensar un instante añadió—: Pídale el cincuenta por ciento.

Bothari se enderezó y asintió con un gesto.

—Cincuenta por ciento —dijo al posadero—. Por el riesgo.

El hombre miró a Cordelia frunciendo el ceño, pero con respeto.

—Supongo que el cincuenta por ciento de algo es mejor que el cien por ciento de nada.

—¿Puede llevarme para que eche un vistazo a ese sujeto? —preguntó Bothari.

—Tal vez.

—Toma, mujer. —Bothari apiló los paquetes en los brazos de Cordelia—. Lleva esto a la habitación.

Cordeha carraspeó la garganta y trató de imitar el acento montañés.

—Cuídate. Éste es un sujeto de ciudad.

Bothari se favoreció al posadero con una sonrisa alarmante.

—Ah, no tratará de engañar a un viejo veterano. Sólo podría hacerlo una vez.

El posadero le sonrió con nerviosismo.

Cordelia dormitó un poco y se despertó sobresaltada cuando Bothari entró en la habitación, escudriñando el pasillo con cuidado antes de cerrar la puerta. Se veía sombrío.

—¿Y bien, sargento? ¿Qué descubrió?

—¿Qué harían si el hombre oculto resultaba ser alguien de importancia estratégica, como lo había sido el almirante Kanzian? La idea la atemorizaba. ¿Cómo se resistiría a desviarse de su misión personal en un caso semejante? Kou, en un colchón en el suelo y

Drou, sobre el otro jergón, despertaron y se apoyaron sobre los codos para escuchar con rostros abotargados.

—Es lord Vorpatril. Y lady Vorpatril también.

—Oh, no. —Cordelia se sentó—. ¿Está seguro?

—Sí.

Kou se frotó la cabeza.

—¿Estableció contacto con ellos?

—Todavía no.

—La decisión pertenece a la señora Vorkosigan. Si debemos desviarnos de nuestra misión primaria.

Y pensar que ella había querido estar al mando.

—¿Cómo están?

—Vivos y ocultos. Pero... ese sujeto de abajo no será el único que los ha descubierto. A él lo tengo controlado por ahora, pero podría aparecer cualquier interesado en la recompensa.

—¿Alguna señal del bebé?

Él sacudió la cabeza.

—Aún no lo ha tenido.

—¡Es tarde! Tendría que haber dado a luz hace más de dos semanas. Qué diabólico.

—Se detuvo—. ¿Cree que podríamos escapar juntos de la ciudad?

—Cuanta más gente haya en un grupo, más conspicuo se vuelve —observó Bothari lentamente—. Y por lo que pude ver de la señora Vorpatril, ella es verdaderamente llamativa. La gente la notará de inmediato.

—No veo cómo podrían mejorar su posición si se unen a nosotros. Su escondite ha funcionado durante varias semanas. Si logramos nuestro cometido en la Residencia, tal vez podamos pasar a buscarlos en nuestro camino de regreso. Haremos que Illyan les envíe agentes leales para ayudarles, si logramos volver... —Maldición. Si estuviera en una misión oficial, dispondría de los contactos que Vorpatril necesitaba. Aunque si estuviera en una misión oficial, lo más probable era que nunca hubiese pasado por allí. Cordelia permaneció sentada, pensando—. No, todavía no nos pondremos en contacto con ellos. Pero será mejor que hagamos algo para desalentar a ese amigo suyo de abajo.

—Ya lo he hecho —respondió Bothari—. Le dije que sabía dónde podía conseguir un precio mejor, sin arriesgar mi cabeza después. Tal vez logremos sobornarlo para que nos ayude.

—¿Confía en él? —preguntó Drou, recelosa.

Bothari hizo una mueca.

—Mientras no lo pierda de vista. Trataré de vigilarlo el tiempo que estemos aquí. Otra cosa. Alcancé a ver una emisión en el vídeo de la habitación trasera. Anoche Vordarian se declaró emperador.

Kou lanzó una maldición.

—Así que al final se ha decidido.

—¿Pero eso qué significa? —preguntó Cordelia—. ¿Se siente lo bastante fuerte o es una jugada por pura desesperación?

—Ha quemado un último cartucho para ver si logra la adhesión de las fuerzas espaciales, supongo —dijo Kou.

—¿Y logrará atraer más hombres, o los alejará?

Kou sacudió la cabeza.

—En Barrayar sentimos un verdadero miedo por el caos. Sabemos que es detestable. El imperio ha mantenido el orden desde que Dorca Vorbarra desbarató el poder de los condes y unificó el planeta. «Emperador» es una palabra con mucho poder aquí.

—No para mí —suspiró Cordelia—. Descansemos un poco. Tal vez para mañana a esta hora todo haya pasado.

Un pensamiento esperanzado u horripilante, dependía de cómo se interpretara. Cordelia contó las horas por milésima vez: un día para penetrar en la Residencia, dos para regresar a territorio de Vorkosigan... no les quedaba mucho tiempo que perder. Sintió como si volara más y más rápido, escapando de la habitación.

Última oportunidad de suspender todo el asunto. Una tenue llovizna había anticipado el atardecer en la ciudad. A través de la ventana sucia, Cordelia observó la ciudad húmeda, alumbrada por unas pocas luces rodeadas de un halo ambarino. También eran pocas las personas que transitaban por la calle, envueltas en sus abrigos y con las cabezas gachas. Era como si la guerra y el invierno hubiesen aspirado el último hálito del otoño, exhalando un silencio mortal. Valor, se dijo Cordelia enderezando la espalda, y condujo a su pequeño grupo escaleras abajo.

La recepción se encontraba desierta. Cordelia estaba a punto de decidir olvidar las formalidades y marcharse —después de todo, habían pagado por adelantado— cuando el posadero entró de la calle como una tromba, lanzando maldiciones mientras sacudía la lluvia fría de su chaqueta. El hombre vio a Bothari.

—¡Tú! Todo es culpa tuya, campesino desgraciado. Lo perdimos, ¡lo perdimos, maldita sea! Y ahora otro sujeto lo cobrará. Esa recompensa pudo haber sido mía, debió ser mía...

El posadero dejó de gritar cuando Bothari lo inmovilizó contra una pared. Sus pies se agitaron en el aire mientras el rostro del sargento se inclinaba hacia él, con una repentina expresión salvaje.

—¿Qué ha pasado?

—Una patrulla de Vordarian vino a buscar a ese sujeto. Parece que también se llevarán a su socio. —La voz del posadero vacilaba entre la ira y el miedo—. ¡Los tienen a los dos, y yo me he quedado sin nada!

—¿Los tienen? —repitió Cordelia con desmayo.

—Se los están llevando en este mismo momento, maldita sea.

Aún existía una posibilidad, comprendió Cordelia. Decisión de mando o compulsión táctica, en realidad ya no importaba. Extrajo un aturdidor del bolso; Bothari retrocedió y ella disparó al posadero, quien la miraba con la boca abierta. Bothari ocultó su cuerpo inerte tras el escritorio.

—Debemos intentar rescatarlos. Drou, saca el resto de las armas. Sargento, llévenos allí. ¡Vamos!

Y así fue como se encontró corriendo calle abajo hacia una situación que cualquier barrayerés sensato trataría de evitar: un arresto nocturno efectuado por fuerzas de seguridad. Drou corrió junto a Bothari; al llevar el bolso, Koudelka se rezagó. Cordelia lamentó que la niebla no fuese más densa.

El escondrijo de los Vorpatril resultó estar a tres calles de allí, en un desvencijado edificio muy parecido al que acababan de abandonar. Bothari alzó una mano y espionaron con cautela desde la esquina, pero entonces retrocedieron. Había dos coches terrestres aparcados en la puerta del pequeño hotel, aunque con excepción de ellos, la zona aparecía extrañamente desierta. Koudelka los alcanzó, jadeante.

—Droushnakovi —dijo Bothari—, rodéelos. Sitúese en una posición de fuego cruzado, cubriendo el otro lado de los vehículos. Tenga cuidado, habrán apostado algunos hombres en la puerta trasera.

Sí, las tácticas callejeras eran sin duda la especialidad de Bothari. Drou asintió con un gesto, revisó la carga de su arma y avanzó con actitud casual, sin siquiera volver la cabeza. Cuando estuvo segura de que el enemigo no podría verla, echó a correr.

—Debemos conseguir una posición mejor —murmuró Bothari, quien volvió a asomar la cabeza por la esquina—. Desde aquí no veo nada.

—Un hombre y una mujer caminan por la calle —planeó Cordelia con desesperación—. Se detienen a hablar ante una entrada. Miran con curiosidad a los hombres de seguridad, quienes se encuentran enfrascados en su arresto... ¿lograríamos pasar?

—Por poco tiempo —dijo Bothari—. Hasta que detecten nuestras armas con sus exploradores de zona. Pero llegaríamos más lejos que dos hombres. Habrá que actuar muy rápido, pero tal vez lo logremos. Teniente, cúbranos desde aquí. Tenga preparado el arco de plasma. Sólo contamos con eso para detener un vehículo.

Bothari ocultó el disruptor nervioso bajo su chaqueta. Cordelia se metió el aturdidor en la cintura de la falda, y cogió a Bothari por el brazo. Lentamente, doblaron la esquina.

Esto era realmente una idea estúpida, decidió Cordelia. Para intentar una emboscada como ésta, debían haberse apostado hacía horas. O debían haber sacado a Padma y a Alys hacía horas. Aunque, sin embargo... ¿cuánto tiempo habían estado vigilando a Padma? Podían haber caído en una trampa y quedar atrapados con la pareja.

Basta de «podría haber sido». Presta atención al ahora.

Los pasos de Bothari se hicieron más lentos al aproximarse a una entrada en sombras. La hizo entrar y se inclinó hacia ella, con el brazo apoyado en la pared. Ya estaban lo bastante cerca de la escena del arresto para oír voces y crujidos producidos por los intercomunicadores.

Justo a tiempo. A pesar de la camisa y el pantalón raídos, Cordelia reconoció al hombre inmovilizado por un guardia contra el vehículo. Era el capitán Vorpatril. Tenía el rostro ensangrentado y los labios hinchados, curvados en la típica mueca inducida por el pentotal. La sonrisa se transformaba en una expresión de angustia, para luego volver a aparecer, y sus risitas se convertían en gemidos.

Enfundados en sus uniformes negros, los hombres de seguridad estaban sacando a una mujer del hotel. Los que se encontraban en la calle la miraron; Cordelia y Bothari también.

Alys Vorpatril sólo llevaba una camisa de noche con una bata, y zapatos bajos sin calcetines. Su cabello oscuro estaba suelto alrededor de su rostro pálido; tenía todo el aspecto de una loca. Su embarazo era imposible de ocultar, y la bata negra se abría sobre el vientre blanco de la camisa de noche. El guardia que la hacía avanzar le sujetaba los brazos en la espalda; Alys estuvo a punto de perder el equilibrio cuando el hombre la tiró hacia atrás.

El jefe de guardia, un coronel, revisó su panel de informe.

—Entonces ya los tenemos. El lord y su heredero. —Sus ojos se posaron sobre el abdomen de Alys Vorpatril, y después de sacudir la cabeza el hombre habló en su intercomunicador—: Regresad, muchachos, por ahora hemos terminado.

—¿Qué diablos se supone que debemos hacer con esto, coronel? —preguntó el teniente con inquietud. Con voz fascinada y desalentada a la vez, se acercó a Alys Vorpatril y le alzó la camisa de noche. Ella había engordado en los últimos dos meses. Tenía el mentón y los senos más redondeados, y tanto sus piernas como el vientre se veían más gruesos. Con curiosidad, el joven posó un dedo sobre su carne blanca y apretó. Ella permaneció en silencio, con el rostro enfurecido ante su atrevimiento y con lágrimas de miedo en los ojos— Nuestras órdenes son matar al lord y a su heredero. Nadie ha dicho que la matemos a ella. ¿Se supone que debemos sentarnos a esperar? ¿Exprimirla? ¿Abrirla en canal? —Su voz se volvió más persuasiva—. O tal vez sólo debamos llevarla con nosotros al cuartel general.

El guardia que la sujetaba por detrás adelantó las caderas contra las nalgas de la mujer, una y otra vez, en un movimiento de significado inconfundible.

—No tenemos que ir directamente hasta allí, ¿verdad? Quiero decir... esto es carne Vor. Menuda oportunidad.

El coronel lo miró y escupió con disgusto.

—Cabo, es usted un perverso.

Cordelia descubrió que la forma en que Bothari observaba la escena ya no tenía nada de táctico. Estaba profundamente excitado. Tenía los ojos vidriosos y la boca entreabierta.

El coronel guardó su intercomunicador y extrajo el disruptor nervioso.

—No. —Sacudió la cabeza—. Esto lo haremos rápida y limpiamente. Apártese, cabo.

Extraña misericordia...

El guardia dobló las rodillas de Alys y la empujó hacia abajo, dando un paso atrás. Ella trató de amortiguar la caída con las manos, pero su vientre golpeó con fuerza contra el pavimento. Padma Vorpatril emitió un gemido en medio de su estupor. El coronel alzó el disruptor nervioso y vaciló, como tratando de decidir si debía apuntarlo a la cabeza o al torso.

—Mátelos —susurró Cordelia en el oído de Bothari. Desenfundó el aturridor y disparó.

Bothari no sólo despertó, sino que entró en una especie de frenesí; el disruptor nervioso y el aturridor de Cordelia se descargaron sobre el coronel al mismo tiempo, aunque ella había desenfundado primero. Entonces Bothari se puso en movimiento, y su figura oscura saltó para ocultarse detrás de un coche aparcado. Sus chisporroteantes descargas azules electrificaron el aire; dos guardias más cayeron al suelo mientras los demás se cubrían tras sus vehículos terrestres.

Alys Vorpatril, todavía en el suelo, se acurrucó tratando de protegerse el abdomen con las manos y las piernas. Padma Vorpatril, aturdido por la droga, se tambaleó hacia ella con los brazos extendidos, supuestamente con la misma intención. El teniente, rodando sobre el pavimento, se detuvo para apuntarle con el disruptor nervioso.

Su intención resultó fatal para él. En un fuego cruzado, el disruptor nervioso de Droushnakovi y el haz del aturridor de Cordelia se cruzaron sobre su cuerpo... aunque llegaron tarde por una fracción de segundo. La descarga del disruptor dio directamente en la nuca de Padma Vorpatril. Unas chispas azules saltaron, sus cabellos oscuros se encendieron de anaranjado, y el cuerpo de Padma sufrió una violenta convulsión y acabó cayendo contorsionado. Alys Vorpatril gimió, un lamento breve interrumpido por una exclamación. Por un momento, pareció paralizada sin saber si acercarse a él o arrastrarse en sentido contrario.

La posición de Droushnakovi era perfecta. El último guardia murió mientras trataba de abrir la cubierta del vehículo blindado. Un conductor, protegido dentro del segundo vehículo, optó por la prudencia y trató de escapar. El arco de plasma de Koudelka, lanzado al máximo de su potencia, detonó sobre el coche cuando éste aceleraba en la esquina. El vehículo patinó violentamente produciendo chispas a su paso, y se estrelló contra un edificio.

Sí, ¿y toda, la estrategia de esta misión no se basaba en que debíamos permanecer invisibles?, pensó Cordelia vertiginosamente, mientras corría. Ella y Droushnakovi llegaron junto a Alys Vorpatril al mismo tiempo; las dos ayudaron a la temblorosa mujer a levantarse.

—Debemos salir de aquí —le dijo Bothari, quien abandonó su posición para acercarse a ellas.

—Buena idea —convino Koudelka cuando estuvo frente a toda aquella carnicería espectacular. Resultaba sorprendente lo silenciosa que estaba la calle. No permanecería así mucho tiempo, sospechaba Cordelia.

—Por aquí. —Bothari señaló un callejón estrecho y oscuro—. Deprisa.

—¿No deberíamos llevarnos ese coche? —preguntó Cordelia, señalando el vehículo terrestre.

—No. Es fácil de rastrear. Y no podrá pasar por los sitios adonde nos dirigimos.

Cordelia no estaba segura de que Alys estuviese en condiciones de correr, pero volvió a colocarse el aturridor en la cintura y cogió un brazo de la mujer. Drou la sujetó por el otro, y entre las dos la condujeron tras el sargento. Al menos esta vez Koudelka no sería el más lento del grupo.

Alys estaba llorando, aunque no de forma histérica; sólo se volvió una vez para mirar el cuerpo de su esposo, y luego se concentró en tratar de correr. No le resultaba fácil. Estaba muy pesada, y se sujetaba el vientre tratando de mitigar las sacudidas.

—Cordelia —murmuró, pero no tuvo tiempo ni aliento para pedir ninguna clase de explicación.

No se habían alejado más de tres calles cuando Cordelia oyó las primeras sirenas en la zona que acababan de abandonar. Sin embargo Bothari parecía haber recuperado todo el control de sí mismo. Atravesaron otro estrecho callejón, y Cordelia notó que habían cruzado a una región de la ciudad donde las calles no estaban alumbradas. Sus ojos se esforzaron por ver en la bruma oscura.

Alys frenó bruscamente y permaneció inclinada, jadeando. Cordelia notó que tenía el vientre duro como una piedra; la parte trasera de su bata estaba empapada.

—¿Comienzas a tener dolores de parto? —le preguntó. No sabía por qué hacía esa pregunta; la respuesta saltaba a la vista.

—Ya hace un día y medio que... esto empezó —respondió Alys. Parecía incapaz de incorporarse—. Creo que rompí aguas allá, cuando ese maldito me arrojó al suelo. A menos que sea sangre... pero he perdido tanto que si lo fuera ya me habría desmayado. ¡Ah, cómo duele! —Su respiración se tornó más lenta, y enderezó la espalda con esfuerzo.

—¿Cuánto le falta? —preguntó Kou, alarmado.

—¿Cómo voy a saberlo? Soy nueva en esto. Usted sabe tanto como yo —replicó Alys Vorpatril. Un poco de ira para calmar el miedo. Aunque no servía de nada; era como pretender calentarse con un vela en medio de una tempestad.

—Muy poco, diría yo —se escuchó la voz de Bothari en la oscuridad—. Será mejor que continuemos.

Alys Vorpatril ya no podía correr, pero logró caminar bastante rápido, deteniéndose cada dos minutos a descansar. Luego fue cada minuto.

—No lograremos llegar hasta allí —murmuró Bothari—. Espérenme aquí.

Desapareció por un... ¿pasadizo? Allí todas las calles parecían callejones fríos y malolientes, demasiado estrechos para los coches terrestres. Sólo habían visto a dos personas en aquel laberinto, acurrucadas contra una pared, y se habían apartado cuidadosamente para pasar.

—¿Puede hacer algo para retenerlo? —preguntó Kou al ver que lady Vorpatril volvía a doblarse—. Deberíamos... conseguir un médico o algo.

—Por eso salió el idiota de Padma —dijo Alys con los dientes apretados—. Le supliqué que no lo hiciera... ¡oh Dios! —Después de unos momentos, agregó—: La próxima vez que tenga vómitos, Kou, le sugiero que cierre la boca y trague... ¡no se trata exactamente de un reflejo voluntario! —Volvió a enderezarse, temblando violentamente.

—Ella no necesita un médico, necesita un lugar donde tenderse —dijo Bothari desde las sombras—. Por aquí.

Los condujo unos metros hasta una puerta de madera que poco antes había estado cerrada con tablas clavadas a la pared. A juzgar por las astillas, él acababa de abrirla a puntapiés. Cuando estuvieron en el interior con la puerta cerrada otra vez, Droushnakovi se atrevió a sacar una linterna del bolso. El haz de luz iluminó una habitación pequeña, vacía y sucia. Bothari la inspeccionó rápidamente. Dos puertas más habían sido reventadas, pero todo estaba en silencio y oscuro. —Tendrá que servir —suspiró Bothari. Cordelia se preguntó qué diablos debían hacer. Ella lo sabía todo respecto a transferencias placentarias y cesáreas, pero sólo podía guiarse por la teoría en lo concerniente a partos naturales. Era probable que Alys Vorpatril supiese aún menos que ella, Drou todavía menos, y Kou era un completo ignorante.

—¿Alguien ha presenciado un parto alguna vez?

—Yo no —murmuró Alys. Sus ojos intercambiaron una mirada significativa.



—No estás sola —dijo Cordelia con valentía. La confianza debía ayudarla a relajarse... debía ayudarla a algo—. Todos te ayudaremos.

Con una extraña renuencia, Bothari dijo:

—Mi madre era comadrona. A veces me llevaba con ella para que la ayudase. No es nada del otro mundo.

Cordelia controló sus cejas. Era la primera vez que oía a Bothari mencionar a alguno de sus padres.

El sargento suspiró. A juzgar por las miradas de los demás, era evidente que acababa de asumir la tarea.

—Présteme su chaqueta, Kou.

Koudelka obedeció muy galante y se dispuso a abrigar a la temblorosa señora Vorpatril. Pareció un poco desanimado cuando el sargento cubrió los hombros de Alys con su propia chaqueta y extendió la de Koudelka bajo sus caderas. Allí tendida parecía menos pálida, pero de pronto contuvo el aliento y lanzó una exclamación, mientras los músculos de su abdomen volvían a tensarse.

—Quédese conmigo, señora Vorkosigan —murmuró Bothari. ¿Para qué?, se preguntó Cordelia. Pero lo comprendió cuando él se arrodilló y levantó suavemente las prendas de Alys Vorpatril.

Me quiere para que actúe como mecanismo de control. Pero la matanza parecía haber consumido esa horrible oleada de lascivia que había distorsionado su rostro, allá en la calle. Ahora su mirada sólo mostraba un interés normal. Afortunadamente, Alys Vorpatril estaba demasiado absorta en sí misma para notar que la expresión de Bothari no era tan profesional como él hubiese deseado.

—Aún no ha aparecido la cabeza del bebé —les informó—. Pero ya falta poco.

Otro espasmo y después de mirar a su alrededor, Bothari agregó:

—Será mejor que no grite, señora Vorpatril. Ya deben estar buscándonos.

Ella asintió con la cabeza y agitó una mano con desesperación. Drou consiguió un jirón de tela, lo enroscó y se lo dio para morder.

Y así permanecieron un buen rato, observando cómo su útero se contraía en un espasmo tras otro. Alys parecía completamente atormentada, gritando en silencio, mientras las contracciones se producían cada vez con más frecuencia. La cabeza del bebé asomó, con cabellos oscuros, pero pareció atascarse allí.

—¿Cuánto se supone que tarda esto? —preguntó Kou en una voz que trató de parecer tranquila, pero sonó muy preocupada.

—Por lo visto prefiere quedarse donde está —dijo Bothari— No desea salir con este frío. —La broma logró llegar a Alys; su respiración jadeante no cambió, pero por un momento sus ojos brillaron con gratitud. Con el ceño fruncido, Bothari se acomodó junto a ella y apoyó una mano sobre su vientre, esperando la siguiente contracción. Entonces apretó.

La cabeza del bebé asomó entre los muslos sangrientos de Alys Vorpatril.

—Listo —dijo el sargento con satisfacción. Koudelka parecía completamente aturdido.

Cordelia cogió la cabeza entre sus manos, y logró sacar el cuerpo en la siguiente contracción. El bebé tosió dos veces, estornudó como un gatito en medio del silencio, inhaló y, con la piel ya más sonrosada, emitió un grito exasperante. Cordelia estuvo a punto de dejarlo caer.

Bothari lanzó una maldición.

—Déme su espada, Kou.

Lady Vorpatril lo miró desesperada.

—¡No! Démelo... ¡yo lo haré callar!

—No era eso lo que tenía en mente —dijo Bothari con cierta dignidad—. Aunque no sería mala idea —añadió al ver que los gritos continuaban. Extrajo el arco de plasma y

calentó la hoja de la espada unos momentos, con la potencia baja. La estaba esterilizando, comprendió Cordelia.

La placenta siguió al cordón en la siguiente contracción, derramándose sobre la chaqueta de Kou. Ella la observó con disimulada satisfacción; era el mismo órgano sustentador que fue objeto de tantas atenciones en su propio caso.

Tiempo. Este rescate ha consumido demasiado tiempo. ¿A qué han quedado reducidas las posibilidades de Miles ahora? ¿Acababa de cambiar la vida de su hijo por el pequeño Iván? Aunque Iván no era tan pequeño... con razón había causado tantos problemas a su madre. Alys debía contar con un arco pelviano extraordinario, o de lo contrario no hubiese logrado salir de esa pesadilla con vida.

Cuando el cordón estuvo blanco, Bothari lo cortó con la hoja esterilizada y anudó esa cosa elástica lo mejor que pudo. Luego secó al bebé y lo envolvió en una camisa limpia, para entregarlo finalmente a los brazos extendidos de Alys.

Alys miró al bebé y comenzó a llorar con suavidad.

—Padma dijo... que tendría los mejores médicos. Dijo... que no habría dolor. Dijo que estaría a mi lado... ¡maldito seas, Padma! —Estrechó al hijo de Padma contra su cuerpo, y entonces lanzó una exclamación de sorpresa—. ¡Ay! —La boca del pequeño había encontrado su seno, y al parecer tenía la voracidad de una barracuda.

—Buenos reflejos —observó Bothari.

17

—Por amor de Dios, Bothari, no podremos llevarla allí —susurró Koudelka.

Se hallaban en un callejón metido en las profundidades del caravasar. Frente a ellos, en medio de la oscuridad y la llovizna, se alzaba un sólido edificio de tres plantas. Tenía las paredes de estuco y la pintura desconchada, y una luz amarillenta se filtraba por las persianas cerradas. Sobre la puerta de madera, única entrada que Cordelia alcanzaba a ver, ardía una lámpara de aceite.

—No podemos dejarla aquí afuera. Necesita calor —respondió el sargento. Llevaba a lady Vorpatril en sus brazos; Alys se aferraba a él, débil y temblorosa.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Droushnakovi.

Koudelka carraspeó.

—En la Era del Aislamiento, cuando éste era el centro de Vorbarr Sultana, era una residencia importante. Pertenece a una de las princesas Vorbarra, según creo. Por eso la construyeron como una fortaleza. Ahora es... una especie de posada.

Oh, así que éste era tu prostíbulo, Kou, estuvo a punto de decir Cordelia. Pero en lugar de ello se volvió hacia Bothari.

—¿Es seguro, o puede estar lleno de informantes, como ese último lugar?

—Será seguro durante varias horas —estimó Bothari—. De todos modos, no tenemos mucho más que eso.

Bajó a Alys Vorpatril y después de entregársela a Droushnakovi, entró en el edificio. Cordelia estrechó con más firmeza al pequeño Iván, compartiendo con él el calor de su chaqueta. Afortunadamente, el bebé había dormido durante el trayecto desde el edificio abandonado hasta ese lugar. Unos minutos después Bothari regresó y les hizo una seña para que lo siguiesen.

Pasaron a través de un pasillo que casi parecía un túnel de piedra, con rendijas en las paredes y orificios cada medio metro.

—Sería para defensa, en los viejos tiempos —susurró Koudelka, y Droushnakovi asintió con un gesto. Aunque esa noche no los aguardaban con flechas o con aceite hirviendo. Un hombre tan alto como Bothari pero más grueso cerró la puerta a sus espaldas.

Desembocaron en una gran habitación oscura que había sido convertida en una especie de comedor. En ella sólo había dos mujeres de aspecto decaído, vestidas con batas, y un hombre que roncaba con la cabeza sobre la mesa. Como de costumbre, una extravagante chimenea quemaba trozos de madera.

Tenían una guía, o anfitriona. Una mujer alta los condujo en silencio hacia la escalera. Quince o incluso diez años atrás, podía haber resultado atractiva, con esas piernas largas y el rostro aguileno; ahora sólo era huesuda y marchita, enfundada en una bata chillona color magenta con unos frunces caídos que parecían combinar con su inherente tristeza. Bothari alzó a Alys Vorpatril y la llevó por la empinada escalera. Koudelka miró a su alrededor y pareció animarse un poco al reconocer a alguien.

La mujer los condujo a una habitación del piso superior.

—Cambia las sábanas —murmuró Bothari, y después de asentir con la cabeza, la mujer desapareció. El sargento no bajó a la agotada Alys Vorpatril. La mujer regresó al cabo de unos minutos y cambió las sábanas arrugadas de la cama por otras limpias. Bothari depositó a Alys sobre el colchón y retrocedió. Cordelia acomodó mejor al pequeño que dormía entre sus brazos.

La... casera, tal como decidió llamarla Cordelia, observó al bebé con un destello de interés.

—Éste es nuevecito. Niño grande, ¿eh? —Su voz intentó un arrullo.

—Tiene dos semanas —dijo Bothari con frialdad.

La mujer emitió un bufido, con las manos sobre las caderas.

—He asistido algunos partos, Bothari. Más bien diría que tiene dos horas.

Bothari se volvió hacia Cordelia con una mirada algo alarmada. La mujer alzó una mano.

—Lo que tú digas.

—Deberíamos dejarla dormir —señaló Bothari—. Hasta que estemos seguros de que no sangrará.

—Sí, pero que no se quede sola —dijo Cordelia—. Por si despierta desorientada al encontrarse en un lugar desconocido. —Alys era una Vor, y un lugar semejante le resultaría completamente ajeno.

—Yo permaneceré un rato con ella —se ofreció Droushnakovi. Miró con desconfianza a la casera, quien se inclinaba demasiado hacia el bebé para su gusto. Cordelia suponía que Drou no había creído la versión de Koudelka de que se hallaban en una especie de museo. Y Alys Vorpatril tampoco lo haría, en cuanto descansara lo suficiente para recuperar la lucidez.

Droushnakovi se dejó caer en un viejo sillón desvencijado, frunciendo la nariz ante el olor húmedo que surgió de los cojines. Los demás se retiraron de la habitación. Koudelka fue a buscar un lavabo en ese viejo edificio, y luego se marchó a comprar algo para comer. Un olorcillo que flotaba en el aire indicó a Cordelia que el caravasar no estaba enganchado al sistema municipal de cloacas. Tampoco había calefacción central. Ante la expresión hostil de Bothari, la casera desapareció. En un extremo del salón había un sofá, un par de sillones y una mesa baja, iluminados por una lámpara a batería cubierta con una tela roja. Bothari y Cordelia fueron a sentarse allí. Ahora que la tensión había mermado, el sargento parecía agotado. Cordelia no sabía cuál era su propio aspecto, pero suponía que dejaba bastante que desear.

—¿Hay prostitutas en Colonia Beta? —le preguntó Bothari de pronto.

Cordelia hizo un esfuerzo para despejar su mente. La voz del sargento era tan fatigada que la pregunta había sonado casual... pero Bothari nunca decía nada sólo por conversar. ¿Hasta qué punto se había perturbado su delicado equilibrio con la violencia de esa noche?

—Bueno... tenemos a los T.S.P. —respondió con cautela—. Supongo que cumplen con la misma función social.

—¿Qué es eso?

—Terapeutas de Sexualidad Práctica. El Estado concede las licencias. Hay que contar con un título de psicoterapeuta. La diferencia es que los tres sexos pueden practicar la profesión. Los hermafroditas son quienes ganan más dinero; tienen muy buena acogida entre los turistas. No es... no es un puesto de alto status social, pero tampoco son la escoria. Creo que no tenemos escoria social en Colonia Beta; nos detenemos en la clase media baja. Es como... —Se detuvo unos momentos, buscando una buena comparación—. Es como ser una peluquera en Barrayar. Se ofrece un servicio personal en determinada profesión, con cierta habilidad y pericia.

Por primera vez, había logrado dejar perplejo a Bothari, quien frunció el ceño.

—Sólo los betaneses pueden pensar que se necesita un maldito título universitario... ¿Las mujeres utilizan sus servicios?

—Claro. Y las parejas también. Aunque en esos casos se concede prioridad a la cuestión educativa.

Él sacudió la cabeza y vaciló. Le dirigió una mirada de soslayo.

—Mi madre era una prostituta. —Su tono fue curiosamente distante. Bothari aguardó.

—Yo... lo había imaginado.

—No sé por qué no me abortó. Sabía practicarlos, al igual que los partos. Tal vez estaba preocupada por su vejez. Solía venderme a sus clientes.

Cordelia se atragantó.

—Bu... bueno. En Colonia Beta no se permitiría eso.

—No recuerdo gran cosa de esa época. Escapé a los doce años, cuando fui lo bastante mayor para golpear a sus malditos clientes. Anduve con pandillas hasta los dieciséis, fingí tener dieciocho y logré ingresar en el Servicio. Entonces pude salir de aquí. —Bothari se frotó las palmas.

—Comparado con su vida anterior, el Servicio debió de ser el paraíso.

—Hasta que conocí a Vorrutyer. —Miró a su alrededor con expresión vaga—. En esa época había más gente aquí. Ahora está casi desierto. —Su voz se tornó reflexiva—. Hay una gran parte de mi vida que no logro recordar bien. Es como si estuviera hecho de remiendos. Sin embargo, hay cosas que quisiera olvidar y no puedo.

Cordelia no se atrevió a preguntarle «¿cuáles?»; pero emitió un pequeño sonido para indicar que lo escuchaba con atención.

—No sé quién fue mi padre. Aquí ser un bastardo es casi tan malo como ser un mutante.

—En el contexto betanés, la palabra «bastardo» se utiliza como descripción negativa de una personalidad, pero en realidad no tiene ningún significado objetivo. No se pueden comparar con los niños concebidos de forma ilegal, y éstos son tan raros que cada caso se trata de forma individual. —¿Por qué me está contando todo esto? ¿Qué quiere de mí? Cuando empezó parecía, casi asustado; ahora se le ve casi satisfecho. ¿Qué le he dicho para animarlo? Cordelia suspiró.

Para su alivio, en ese momento regresó Koudelka con unos bocadillos de queso y unas botellas de cerveza. Cordelia se alegró al ver la bebida, ya que sospechaba del agua en ese lugar. Engulló su primer mordisco con satisfacción y dijo:

—Kou, debemos trazar una nueva estrategia.

Él se sentó a su lado con dificultad, escuchando atentamente.

—¿Sí?

—Es evidente que no podemos llevarnos con nosotros a Alys Vorpatril y al bebé. Tampoco podemos dejarla aquí. Los hombres de Vordarian se han encontrado con cinco cadáveres y un coche incendiado. Pronto comenzarán a registrar la zona. De todas formas, durante un tiempo buscarán a una mujer embarazada y eso nos concede una pequeña ventaja. Tenemos que separarnos.

Él tragó un bocado de su bocadillo.

—¿Entonces irá con ella, señora?

Cordelia sacudió la cabeza.

—Debo ir con los que entren en la Residencia. Aunque sólo sea porque soy la única capaz de decir: «Esto es imposible. Es hora de marcharnos.» Drou es absolutamente imprescindible, y necesito a Bothari. —Y de alguna extraña manera, Bothari me necesita a mí—. Eso lo deja a usted.

Koudelka apretó los labios.

—Al menos no los obligaré a ir más despacio.

—Usted no está con nosotros a falta de algo mejor —replicó ella con dureza—. Su ingenio hizo que lográramos entrar en Vorbarr Sultana. También lo considero capaz de sacar a Alys Vorpatril. Usted es su única posibilidad.

—Pero se diría que yo escapo mientras usted se enfrenta a una situación peligrosa.

—Sólo lo parece, Kou, piénselo. Si Vordarian vuelve a atrapar a Alys, no mostrará ninguna misericordia con ella, ni tampoco con el bebé. Ustedes no estarán más seguros que nosotros. Todos tendremos que cuidar nuestras cabezas utilizando la lógica.

Él suspiró.

—Lo intentaré, señora.

—Con intentarlo no basta. Padma Vorpatril lo «intentó». Usted debe lograrlo, Kou.

Él asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, señora.

Bothari se marchó en busca de algunas ropas para disfrazar a Kou de «pobre joven padre y esposo».

—Los clientes siempre dejan cosas aquí. —Cordelia se preguntó qué lograría encontrar allí para lady Vorpatril. Kou llevó los alimentos a Alys y a Drou. Regresó con una expresión sombría en el rostro, y volvió a sentarse junto a Cordelia.

Después de un rato dijo:

—Creo que ahora entiendo por qué a Drou le preocupaba tanto la posibilidad de que estuviese embarazada.

—¿Ah, sí? —preguntó Cordelia.

—Los sufrimientos por los que pasó lady Vorpatril dejan pequeños a los míos. Dios, eso debe de ser terriblemente doloroso.

—Hum. Pero el dolor sólo dura un día. —Cordelia se frotó la cicatriz—. O unas semanas. Creo que no se trata de eso.

—¿Y entonces qué?

—Es... es un acto trascendental. Dar la vida. Solía pensar en eso cuando estaba embarazada de Miles. «Por medio de este acto, doy vida a una muerte.» Un nacimiento, una muerte... y entre ambos, todos los sufrimientos y actos de la voluntad. Yo no comprendía ciertos símbolos místicos orientales como Kali, la madre Muerte, hasta que comprendí que en ello no había nada de místico. Se trata de un simple hecho. Un «accidente» sexual al estilo barrayarés puede iniciar una cadena de causalidades que no se detiene hasta el fin de los tiempos. Nuestros hijos nos hacen cambiar... aunque mueran. Incluso aunque su hijo resultara ser una simple posibilidad en esta ocasión, Drou cambió. ¿Usted no?

Él sacudió la cabeza con desconcierto.

—Ni siquiera se me ocurrió todo esto. Sólo quería ser normal, como los otros hombres.

—Creo que no ocurre nada malo con sus instintos. Es sólo que no le bastan. ¿Y si para variar intentara que sus instintos trabajaran junto con su intelecto, en lugar de hacerlo con objetivos opuestos?

Él emitió un bufido.

—No lo sé. No sé... cómo acercarme a ella ahora. Ya dije que lo sentía.

—Las cosas no andan bien entre los dos, ¿verdad?

—No.

—¿Sabe qué fue lo que más me molestó de este viaje? —preguntó Cordelia.

—No...

—No pude despedirme de Aral. Si... si algo me ocurriera, o si algo le ocurriera a él, quedaría algo pendiente, algo sin resolver entre nosotros. Y ya no habría forma de aclararlo.

—Hum. —Él se sumió un poco más en sí mismo, hundido en el sillón.

Cordelia meditó unos instantes.

—¿Qué más ha intentado aparte de «lo siento»? ¿Por qué no le pregunta cómo está, si se encuentra bien, si puede ayudarla? O dígale «te quiero», eso no falla. Palabras breves, en su mayor parte preguntas, ahora que lo pienso. Demuestran que uno está interesado en iniciar una conversación.

Él esbozó una sonrisa triste.

—No creo que ella quiera hablar conmigo.

—Supongamos... —Cordelia echó la cabeza hacia atrás y fijó la vista en el otro extremo de la habitación—. Supongamos que las cosas no hubiesen tomado un giro tan equivocado aquella noche. Supongamos que usted no se hubiera aterrorizado. Supongamos que ese idiota de Evon Vorhalas no los hubiera interrumpido con su pequeño espectáculo de horror. —Vaya un pensamiento. Dolía mucho pensar en lo que podía haber sido—. Regresemos al punto de partida. Cuando se acariciaban felices. Se separan como amigos, y a la mañana siguiente despiertan, eh... perturbados por el amor. ¿Qué ocurriría luego, en Barrayar?

—Un intermediario.

—¿Eh?

—Sus padres o los míos contratarían a un intermediario y luego, bueno, arreglarían las cosas.

—¿Y ustedes qué harían?

Él se encogió de hombros.

—Presentarnos a tiempo para la boda y pagar las facturas, supongo. En realidad son los padres quienes pagan las facturas.

Con razón el hombre estaba tan desorientado.

—¿Usted quería casarse? ¿No sólo acostarse?

—¡Sí! Pero... señora, yo sólo soy medio hombre, y eso en un buen día. Su familia se reiría de mí.

—¿Alguna vez ha visto a su familia? ¿Ellos ya lo conocen a usted?

—No...

—Kou, ¿se da cuenta de lo que está diciendo?

Él pareció algo avergonzado.

—Bueno...

—Un intermediario. Bah. —Se levantó.

—¿Adonde va? —preguntó Kou con nerviosismo.

—A intermediar —dijo ella con firmeza y avanzó por el pasillo hasta la habitación. Droushnakovi estaba sentada observando a la mujer dormida. Las dos cervezas y los bocadillos estaban intactos en una mesita.

Cordelia cerró la puerta con suavidad.

—Sabes —murmuró—, los buenos soldados nunca pierden una ocasión para comer o dormir, porque no saben cuánto tiempo pasará antes de que se presente otra posibilidad.

—No tengo hambre. —Drou tenía una expresión introvertida, como atrapada dentro de sí misma.

—¿Quieres hablar de ello?

Drou esbozó una mueca indecisa y se apartó de la cama para sentarse en un sofá al otro extremo de la habitación. Cordelia se sentó a su lado.

—Esta noche —dijo en voz baja—, he participado en mi primera pelea de verdad.

—Lo hiciste muy bien. Encontraste tu posición y reaccionaste...

—No. —Droushnakovi agitó una mano—. No es verdad.

—¿Oh? A mí me pareció bien.

—Corrí por detrás del edificio... derribé a los dos hombres de seguridad que aguardaban en la puerta usando el aturdidor. Ellos no alcanzaron a verme. Llegué a mi posición en la esquina del edificio. Vi cómo esos dos hombres atormentaban a lady Vorpatril en la calle. La insultaban, la miraban, la empujaban... me enfadé tanto que cogí el disruptor nervioso. Quería matarlos. Entonces comenzaron los disparos. Y... y yo vacilé. Por eso murió lord Vorpatril, por mi culpa.

—¡Vaya niña! El sujeto que mató a Padma Vorpatril no era el único que le apuntaba. Padma estaba tan aturdido por la droga que ni siquiera trataba de cubrirse. Debieron de inyectarle una dosis doble para obligarle a descubrir el escondite de Alys. También pudo haber muerto por otro disparo, o interponerse a nuestro propio fuego cruzado.

—El sargento Bothari no vaciló —objetó Droushnakovi sin ninguna inflexión en la voz.

—No —convino Cordelia.

—El sargento Bothari tampoco pierde el tiempo sintiendo... pena por el enemigo.

—No. ¿Y tú sí?

—Me siento enferma.

—Matas a dos personas completamente desconocidas, ¿y esperas sentirte feliz?

—Eso hace Bothari.

—Sí. Él lo disfruta. Pero Bothari no es un hombre cuerdo, ni siquiera según los modelos barrayareses. ¿Tú aspiras a ser un monstruo?

—¡Usted lo llama de ese modo!

—Oh, pero él es mi monstruo. Mi buen perro. —Siempre tenía problemas cuando trataba de explicar a Bothari, en ocasiones incluso ante sí mismo. Cordelia se preguntó si Droushnakovi conocería el origen histórico del término terrestre «chivo expiatorio». El animal de sacrificio que todos los años era liberado, para que cargase con los pecados de toda la comunidad... Bothari era su propia bestia de carga; Cordelia era consciente de las cosas que hacía por ella. Lo que no le resultaba tan claro era lo que ella hacía por él, pero sabía que la necesitaba con desesperación—. Yo me alegro mucho de que te sientas desconsolada. Dos asesinos patológicos a mi servicio serían demasiado. Conserva esas dudas como si fuesen un tesoro, Drou.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que tal vez me he equivocado de oficio.

—Tal vez sí. Tal vez no. Piensa en lo monstruoso que sería un ejército de Botharis. Cualquier fuerza armada de una comunidad (militares, policía, personal de seguridad) necesita contar con personas que puedan causar el mal necesario, y al mismo tiempo no transformarse en malvadas. Hacer sólo lo necesario, nada más. Cuestionar constantemente las suposiciones para no caer en la atrocidad.

—Como ese coronel de seguridad, que reprimió a ese cabo obscuro.

—Sí. O el modo en que ese teniente cuestionó al coronel... lamento no haber podido salvarlo. —Cordelia suspiró.

Drou frunció el ceño con la vista baja.

—Kou cree que estás enfadada con él —dijo Cordelia.

—¿Kou? —Droushnakovi le miró confundida—. Oh sí, hace un momento estuvo aquí. ¿Quería algo?

Cordelia sonrió.

—Muy típico de Kou. Imaginar que toda tu desdicha debe de estar centrada en él. —Su sonrisa se desvaneció—. Pienso encargarle la misión de sacar de aquí a lady Vorpatril y al bebé. Nuestros caminos se separarán en cuanto ella pueda volver a caminar.

El rostro de Drou demostró preocupación.

—Se enfrentará a un peligro terrible. Los hombres de Vordarian deben de estar rabiosos por haberla perdido a ella y al niño.

Sí, todavía quedaba un lord Vorpatril para echar a perder los cálculos genealógicos de Vordarian, ¿verdad? En ese sistema perverso, una criatura se transformaba en un peligro mortal para un hombre maduro.

—Nadie estará a salvo hasta que esta guerra abominable haya terminado. Dime. ¿Todavía quieres a Kou? Sé que ya has pasado el primer período de enamoramiento. Ahora eres consciente de sus defectos. Es egocéntrico, está obsesionado con sus problemas físicos y siente una gran preocupación por su masculinidad. Pero no es estúpido. Todavía hay esperanzas para él. Le espera una vida interesante, al servicio del regente. —Suponiendo que lograsen sobrevivir a las siguientes cuarenta y ocho horas. Aunque no era mala idea infundir un apasionado deseo de vivir en sus agentes, pensó Cordelia—. ¿Lo quieres?

—Yo... ahora estoy ligada a él. No sé cómo explicarlo... le he entregado mi virginidad. ¿Quién más me querría? Me sentiría avergonzada...

—¡Olvida eso! Cuando regresemos de esta incursión, te cubrirán de tanta gloria que los hombres harán fila para tener el privilegio de cortejarte. Podrás elegir. En casa de Aral, tendrás ocasión de conocer a los mejores hombres. ¿Qué deseas? ¿Un general? ¿Un ministro imperial? ¿Un señorito Vor? ¿Un embajador de otro planeta? Tu único problema será escoger, ya que las mezquinas costumbres barrayaresas sólo te permiten un esposo a la vez. Un desmañado teniente no tendrá la menor posibilidad ante todos esos señores.

Droushnakovi sonrió con cierto escepticismo ante la imagen de Cordelia.

—¿Quién ha dicho que Kou no se convierta en general algún día? —dijo con suavidad. Exhaló un suspiro—. Sí, todavía lo quiero. Pero... creo que tengo miedo de que vuelva a herirme.

Cordelia lo pensó unos momentos.

—Es probable. Aral y yo siempre estamos hiriéndonos.

—¡Oh, ustedes dos no, señora! Parecen tan, tan... perfectos.

—Piensa, Drou, ¿te imaginas cómo se siente Aral en este momento, debido a mis actitudes? Yo sí.

—Oh.

—Pero el dolor... no me parece motivo suficiente para dejar que la vida pase de largo. Cuando uno está muerto no siente dolor. Al igual que el tiempo, el dolor pasará de todos modos. La pregunta es, ¿cuántos momentos gloriosos eres capaz de arrebatarse a la vida a pesar del dolor?

—No estoy segura de entender eso, señora. Pero... tengo una imagen en la cabeza. Kou y yo estamos en una playa, los dos solos. Es muy agradable. Y cuando él me mira me ve, realmente me ve, y me quiere...

Cordelia frunció los labios.

—Sí... eso es suficiente. Ven conmigo.

La joven se levantó obedientemente. Cordelia la condujo hasta el salón, obligó a Kou a sentarse en un extremo del sillón, sentó a Drou en el otro y se acomodó entre los dos.

—Drou, Kou tiene algunas cosas que decirte. Como al parecer vosotros dos habláis idiomas diferentes, me pidió que actuase como intérprete.

Avergonzado, agitó las manos en señal negativa.

—Eso significa: «Prefiero malgastar el resto de mi vida antes que mostrarme como un tonto durante cinco minutos.» No le hagas caso —dijo Cordelia—. Ahora veamos, ¿quién comenzará?

Hubo un breve silencio.

—¿Os he dicho ya que también estoy interpretando el papel de vuestros padres? Creo que comenzaré por ser la madre de Kou. Bien hijo, ¿ya has conocido algunas muchachas bonitas? Tienes casi veintiséis años, ¿me comprendes? Yo vi ese vídeo —agregó en su



propia voz mientras Kou tosía—. Tengo su mismo estilo, ¿eh? Y Kou dice: «Sí mamá, hay una joven ideal. Joven, alta, inteligente...» Y la mamá de Kou dice: «¡Perfecto!» Entonces me contrata como intermediaria. Luego voy a ver a tu padre, Drou, y le digo: «Hay este joven teniente imperial, secretario personal del lord regente, héroe de guerra...» Y él exclama: «¡No necesito nada más! Lo aceptamos. Es perfecto.» Y...

—¡Creo que diría algo más que eso! —la interrumpió Kou.

Cordelia se volvió hacia Droushnakovi.

—Lo que Kou quiere decir es que teme que tu familia no lo quiera porque es un inválido.

—¡No! —exclamó Drou indignada—. ¡Eso no es...!

Cordelia alzó una mano para interrumpirla.

—Como vuestra intermediaria, permitidme. Kou, cuando una hija única y adorada señala y dice con firmeza: «Papá, quiero a ese hombre», un padre prudente sólo responde: «Sí, cariño.» Tres hermanos mayores ya pueden resultar más difíciles de convencer. Si la hace llorar, puede enfrentarse con un serio problema en un callejón. Por eso supongo que aún no te has quejado ante ellos, ¿verdad, Drou?

Ella contuvo una risita.

—¡No!

Kou parecía amilanado por esta nueva posibilidad.

—Como verá —prosiguió Cordelia—, si se esfuerza todavía podrá evitar la venganza fraternal. —Se volvió hacia Drou—. Sé que se ha portado como un tonto, pero te aseguro que es un tonto educable.

—Yo dije que lo sentía —se quejó Kou.

Drou se puso tensa.

—Sí. Varias veces —observó con frialdad.

—Y éste es el quid de la cuestión —dijo Cordelia lentamente, con el rostro muy serio—. Lo que Kou quiere decir, Drou, es que no lo siente en absoluto. Que el momento fue maravilloso, que tú estuviste maravillosa, y que desea hacerlo otra vez. Y otra, y otra, solamente contigo, para siempre, con toda la aprobación de la sociedad y cuantas veces quiera. ¿Es así Kou?

Kou pareció sorprendido.

—Pues... ¡sí!

Drou parpadeó.

—Pero... ¡eso era lo que yo quería escuchar de ti!

—¿En serio? —Él la espío por encima de la cabeza de Cordelia.

Este sistema del intermediario tiene su gracia. Pero también tenía sus límites. Cordelia se levantó y miró el cronómetro. Su sentido del humor desapareció.

—Todavía os queda un poco de tiempo. Se pueden decir muchas cosas en poco tiempo, si utilizáis palabras breves.

En el caravasar las horas previas al amanecer no eran tan oscuras como la noche en las montañas. En el brumoso cielo nocturno se reflejaban las luces ambarinas de la ciudad. Los rostros eran borrosos y grises, como las fotografías más primitivas. Cordelia trató de no pensar: Como los rostros de los muertos.

Después de descansar unas horas, lavarse y comer, Alys Vorpatril todavía no se sentía muy fuerte, pero podía caminar sola. La casera le había proporcionado unas ropas sorprendentemente sobrias: una falda gris larga hasta la pantorrilla y unos jerseys para protegerse del frío. Koudelka había cambiado sus prendas militares por un pantalón ancho, zapatos viejos y una chaqueta para sustituir la que habían utilizado con fines

obstétricos de emergencia. Él llevaba al pequeño Iván, envuelto en un pañal improvisado y bien abrigado, completando el cuadro de una pequeña y tímida familia que trataba de abandonar la ciudad. Se suponía que se dirigían al campo, donde vivía la familia de la esposa, antes de que se iniciaran las luchas. Cordelia había visto pasar a cientos de refugiados como ellos en su camino hacia Vorbarr Sultana.

Koudelka inspeccionó al pequeño grupo y frunció el ceño ante el bastón de estoque que llevaba en la mano. Aunque sólo parecía un bastón, la madera fina y pulida y el puño tallado no parecían adecuarse a su nivel social. Koudelka suspiró.

—Drou, ¿puedes esconder esto de alguna manera? Resulta muy llamativo con esta ropa, y me resulta más un estorbo que una ayuda con el bebé en los brazos.

Droushnakovi asintió con un gesto, se arrodilló para envolver el bastón en una camisa y lo metió en el bolso. Cordelia recordó lo que había ocurrido la última vez que Kou había llevado ese bastón en el caravasar, y observó las sombras con nerviosismo.

—No creo que a estas horas haya mucho peligro de que alguien nos ataque. No tenemos aspecto de ser personas ricas.

—Algunos serían capaces de matarla por sus ropas —replicó Bothari con displicencia—, ahora que se aproxima el invierno. Pero está más tranquilo que de costumbre. Las tropas de Vordarian han estado recorriendo el barrio en busca de «voluntarios» para que los ayuden a cavar esos refugios antibombas en los parques de la ciudad.

—Nunca creí que llegaría a alegrarme de que exista la esclavitud —gimió Cordelia.

—De todos modos, es una tontería —dijo Koudelka—. Destrozar todos los parques. Aunque llegaran a tiempo, no lograrían albergar a tanta gente. Pero resulta impresionante, y lord Vorkosigan aparece como una imagen amenazadora en la mente de las personas.

—Además —Bothari se levantó la chaqueta para mostrar el reflejo plateado de su disruptor nervioso—, esta vez tengo el arma apropiada.

Entonces no había más que decir. Cordelia abrazó a Alys Vorpatril y ésta le susurró al oído:

—Dios te ayude, Cordelia. Y que Dios pudra a Vidal Vordarian en el infierno.

—Ve tranquila. Nos veremos en la base Tanery, ¿de acuerdo? —Cordelia se volvió hacia Koudelka—. Vivid, y de ese modo confundiréis al enemigo.

—Lo... lo intentaremos, señora —dijo Koudelka.

Con expresión solemne, hizo la venia a Droushnakovi. No hubo ironía en su gesto militar, aunque tal vez reflejó un último dejo de envidia. Ella le respondió con un ligero movimiento de cabeza. Ninguno de los dos quiso añadir más palabras a ese momento. Los dos grupos se separaron en la oscuridad. Drou permaneció mirando hasta que Koudelka y lady Vorpatril desaparecieron de la vista, y entonces se unió a los demás.

Pasaron de los callejones oscuros a las calles iluminadas, donde de vez en cuando se veía alguna figura humana que caminaba a toda prisa rumbo a sus obligaciones matutinas. Todos parecían cruzar las calles para evitar los encuentros, y Cordelia se sintió menos conspicua. Sintió que se paralizaba cuando un vehículo de la guardia municipal pasó lentamente junto a ellos, pero el coche siguió su camino.

Se detuvieron al otro lado de la calle, para observar el edificio al cual se dirigían. La estructura tenía varias plantas y pertenecía al estilo práctico de todas las construcciones que habían surgido como hongos treinta años atrás, cuando Ezar Vorbarra subió al poder y llegó la estabilidad. Era un edificio comercial, no gubernamental; cruzaron el vestíbulo, montaron en el tubo elevador y descendieron sin encontrar ningún impedimento.

Cuando llegaron al sótano, Drou pareció inquietarse más.

—Ahora sí que estarnos fuera de lugar. —Bothari mantuvo la guardia mientras ella se inclinaba para forzar la entrada a un túnel. Luego les indicó que bajasen, guiándolos por dos pasajes transversales. Evidentemente, el conducto se usaba con frecuencia, ya que

las luces permanecían encendidas. Cordelia forzó los oídos tratando de percibir pasos que no fuesen los propios.

En el suelo había una tapa asegurada con tornillos. Droushnakovi la aflojó rápidamente.

—Salten. Son sólo un par de metros. Probablemente estará húmedo.

Cordelia se introdujo en el círculo oscuro y aterrizó sobre algo líquido. Encendió la linterna de mano. El agua negra y grasienta le cubría las botas hasta los tobillos. Estaba helada. Bothari la siguió. Drou, encaramada a sus hombros, volvió a cerrar la tapa y luego saltó al suelo.

—Debemos recorrer medio kilómetro por este desagüe. Vamos —susurró. Estando tan cerca de la meta, Cordelia no necesitaba estímulos para apresurarse.

Después de quinientos metros treparon por un orificio oscuro en la parte superior de la pared curva, y salieron a un túnel mucho más antiguo y pequeño, construido en ladrillo oscurecido por los años. Los tres se arrastraron a gatas. Debía de resultar particularmente difícil para Bothari, reflexionó Cordelia. Drou avanzó más despacio y comenzó a golpear el techo del túnel con el casquillo metálico del bastón de Koudelka. Al oír un sonido hueco, se detuvo.

—Aquí. Se supone que deben caer. Tengan cuidado. —Desenvainó la espada y deslizó la hoja con sumo cuidado entre una fila de ladrillos. Se oyó un crujido, y el panel falso se desprendió sobre su cabeza. Drou volvió a enfundar la espada—. Arriba —dijo mientras se enderezaba.

Ellos la siguieron para encontrarse en otro desagüe antiguo, aún más estrecho, que se extendía por una empinada cuesta. Lo recorrieron lentamente, rozando los costados húmedos con la ropa. De pronto Drou se irguió y trepó sobre una pila de ladrillos rotos hacia una habitación oscura, rodeada de columnas.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Cordelia—. Parece demasiado grande para ser un túnel...

—Las antiguas caballerizas —le respondió Drou—. Ahora nos encontramos bajo los jardines de la Residencia.

—Pero esto no debe de ser ningún secreto. Seguramente aparecen en los viejos planos. La gente... los de seguridad conocerán su existencia. —En la penumbra, Cordelia observó los nichos mohosos y las arcadas iluminadas por sus vacilantes linternas.

—Sí, pero éste es el sótano de las caballerizas viejas, viejas. No las de Dorca, sino las de su tío abuelo. Tenía más de trescientos caballos. Se quemaron en un incendio espectacular hace unos doscientos años y en lugar de reconstruir las caballerizas en el mismo lugar, derribaron lo que quedaba y levantaron las que ahora se conocen como viejas en el sector este, contra el viento. En tiempos de Dorca fueron convertidas en viviendas para oficiales. Allí es donde se encuentran ahora la mayoría de los rehenes. —Drou marchó con pasos firmes y seguros—. Estamos al norte de la Residencia, bajo los jardines diseñados por Ezar. Al parecer, él encontró este antiguo sótano hace treinta años y junto con Negri ocultaron el pasaje. Una vía de escape que ni siquiera conocían sus propios hombres de seguridad. Parece de fiar, ¿no?

—Gracias, Ezar —murmuró Cordelia con ironía.

—Aunque el verdadero riesgo comienza al abandonar el pasaje de Ezar —comentó la joven.

Sí, todavía podían emprender la retirada, volver sobre sus pasos y olvidar el proyecto.

¿Por qué estas personas me han otorgado el derecho a poner en juego sus vidas? Dios, odio estar al mando. Algo se escabulló entre las sombras, y en alguna parte goteó el agua.

—Por aquí —dijo Droushnakovi, iluminando una pila de cajas—. Las reservas secretas de Ezar. Ropas, armas, dinero... el capitán Negri me hizo añadir prendas de mujer y de niño el año pasado, cuando se produjo la invasión de Escobar. Estaba preparado por si se

presentaban problemas, pero los disturbios no llegaron hasta aquí. Mis ropas no le quedarán muy grandes.

Se quitaron sus prendas cubiertas de fango. Droushnakovi extrajo unos vestidos limpios, de los que usaban las criadas de más categoría en la Residencia; la joven los había llevado cuando cumplía esas funciones. Bothari extrajo su uniforme negro del bolso y se lo puso, añadiéndole las insignias de Seguridad Imperial. Desde lejos parecía un guardia como cualquier otro, aunque sus prendas estaban demasiado ajadas para pasar una inspección más de cerca.

Tal como Drou había prometido, había toda una colección de armas cargadas en cajas selladas. Cordelia cogió un aturdidor, y Drou la imitó. Sus ojos se encontraron.

—Nada de vacilaciones esta vez, ¿eh? —murmuró Cordelia. Drou asintió con la cabeza. Bothari cogió una de cada: aturdidor, disruptor nervioso y arco de plasma.

—No puede disparar eso en el interior —objetó Droushnakovi, observando el arco de plasma.

—Nunca se sabe —respondió Bothari.

Después de pensarlo unos momentos, Cordelia se ató el bastón de estoque a la cintura. No se trataba de una verdadera arma, pero había resultado muy útil durante el viaje. Para la buena, suerte. Entonces, de las profundidades del bolso, extrajo lo que según ella era el arma más potente de todas.

—¿Un zapato? —preguntó Droushnakovi, confundida.

—Pertenece a Gregor. Es para cuando nos encontremos con Kareen. No sé por qué, imagino que ella conserva el otro. —Cordelia lo guardó en un bolsillo interno de su chaquetilla Vorbarra, con la cual completaba la imagen de una criada de la Residencia.

Cuando se hubieron preparado lo mejor posible, Drou volvió a conducirlos hacia el pasaje estrecho y oscuro.

—Ahora estamos bajo la misma Residencia —susurró, doblando una esquina—. Debemos subir por esta escalera entre los muros. La añadieron después, y no hay mucho espacio.

Esto demostró ser una subestimación de la realidad. Cordelia contuvo el aliento y subió tras ella, aplastada entre los dos muros, tratando de no hacer ruido. Por supuesto, la escalera estaba hecha de madera. Le latía la cabeza por la fatiga y el flujo de adrenalina. Trató de calcular el ancho entre las dos paredes. No resultaría nada sencillo bajar la réplica uterina por allí. Se dijo con firmeza que debía pensar en forma positiva, pero aquello era positivamente cierto.

¿Por qué hago esto? Podría encontrarme en base Tanery con Aral en este momento, dejando que estos barrayareses se maten entre sí todo el día, si tanto les gusta.

Encima de ella, Drou alcanzó un pequeño saliente, apenas una tabla. Cuando Cordelia llegó arriba, la joven le dirigió una señal para que se detuviese y apagó la linterna. Entonces tocó algún mecanismo silencioso y un panel de una pared se abrió ante ellas. Por lo visto, todo se había mantenido bien engrasado hasta la muerte de Ezar.

Ante ellas se hallaba la alcoba del viejo emperador. Habían esperado encontrarla vacía, pero no era así. La boca de Drou se abrió en una exclamación silenciosa de horror y aflicción.

La inmensa cama de madera tallada donde Ezar había muerto no estaba vacía. Una suave luz anaranjada proyectaba sombras sobre dos figuras dormidas, con los torsos desnudos. Cordelia reconoció de inmediato el rostro plano y el bigote de Vidal Vordarian. Estaba estirado ocupando casi toda la cama, y uno de sus brazos sujetaba de forma posesiva a la princesa Kareen. Ella tenía el cabello oscuro esparcido sobre la almohada. Dormía muy acurrucada en el rincón superior de la cama, dándole la espalda, con los brazos apretados al pecho, casi a punto de caer.

Bueno, hemos encontrado a Kareen. Pero hay un obstáculo. Cordelia se estremeció con el impulso de dispararle a Vordarian mientras dormía. Pero la descarga de energía

pondría en funcionamiento las alarmas. Hasta que tuviera la réplica de Miles en sus manos, no podía correr el riesgo. Hizo señas a Drou para que volviese a cerrar el panel y se inclinó hacia Bothari, quien aguardaba debajo de ella.

—Abajo —le dijo. Entonces volvieron a descender los cuatro pisos. Cuando estuvieron nuevamente en el túnel, Cordelia se volvió hacia la joven, quien lloraba en silencio.

—Se ha vendido a él —susurró con la voz trémula por la pena y la repulsión.

—Explícame qué posibilidades tiene en este momento de resistirse a su poder. Me interesaría saberlo —replicó Cordelia con frialdad—. ¿Qué esperas que haga, arrojarse por una ventana para evitar un destino peor que la muerte? Ya pasó por situaciones peores que la muerte con Serg. No creo que encuentre ninguna emoción en ellas.

—Pero si hubiéramos llegado antes, tal vez... tal vez habríamos podido salvarla.

—Quizá todavía podamos.

—¡Pero ya se ha vendido!

—¿La gente miente mientras duerme? —preguntó Cordelia. Ante la expresión confundida de Drou, le explicó—: No me pareció que durmiera como una amante. Más bien lo hacía como una prisionera. Prometí que trataríamos de rescatarla, y lo haremos. —Tiempo—. Pero primero iremos por Miles. Probemos la segunda salida.

—Tendremos que atravesar más pasillos vigilados con monitores —le advirtió Droushnakovi.

—No podemos evitarlo. Si esperamos, llegará la mañana y nos toparemos con más gente.

—Están comenzando las tareas en la cocina —suspiró Drou—. Solía ir por allí a tomar un café con bollos.

Qué pena, no podrían realizar una incursión para hacerse con el desayuno. La pregunta era sencilla: ¿ir o no ir? Lo que la impulsaba a continuar, ¿sería valentía o estupidez? No podía ser valentía, ya que estaba enferma de miedo, invadida por la misma náusea ácida que había sentido justo antes del combate en la guerra de Escobar. El hecho de que la sensación le resultara familiar no la ayudaba en nada.

Si no actúo, mi hijo morirá. No tenía más remedio que hacerlo, aun sin valor.

—Ahora —decidió Cordelia—. No habrá una ocasión mejor.

Volvieron a subir la escalera. El segundo panel se abrió a la oficina privada del viejo emperador. Para alivio de Cordelia, estaba oscuro y en silencio, intacto desde que se limpió y cerró después de la muerte de Ezar. La consola, con todos los dispositivos de seguridad, estaba desconectada, vacía de secretos, tan muerta como su dueño. Las ventanas todavía estaban oscuras con la tardía madrugada invernal.

Cordelia atravesó la habitación mientras el bastón de Kou le golpeaba contra el muslo. Resultaba extraño atado a su cintura. Sobre un escritorio había una gran bandeja de madera con un tazón de cerámica. Cordelia apoyó el bastón sobre la bandeja y la alzó de forma solemne, al estilo de los criados.

Droushnakovi asintió con la cabeza.

—Llévela entre la cintura y el pecho —le susurró—. Y mantenga la espalda recta... siempre me decían eso.

Cordelia asintió. Cerraron el panel, enderezaron la espalda y llegaron al pasillo inferior del ala norte.

Allí había dos criadas y un guardia de seguridad. A primera vista no llaman en absoluto la atención, ni siquiera en esos tiempos difíciles. Al ver las insignias de Bothari, un cabo que montaba guardia al pie de una escalera hizo la venia, y él le respondió del mismo modo. Casi habían desaparecido de la vista escaleras arriba cuando el joven volvió a mirar con más atención. Cordelia tuvo que controlarse para no echar a correr. Una sutil confusión: las dos mujeres no podían constituir una amenaza, ya que se encontraban bajo custodia. El cabo podía tardar unos minutos en pensar que el mismo guardia podía constituir una amenaza.

Viraron al llegar al pasillo superior. Allí estaban. Detrás de aquella puerta, según los informes de personas leales, era donde Vordarian guardaba la réplica. Bien a la vista. Tal vez como escudo humano, ya que cualquier explosivo arrojado a las habitaciones de Vordarian también mataría al pequeño Miles. Aunque, ¿considerarían los barryareses que su hijo era humano?

Otro guardia se encontraba junto a la puerta. Los miró con desconfianza, posando la mano sobre su arma. Cordelia y Droushnakovi siguieron adelante sin volver la cabeza. La venia de Bothari se transformó rápidamente en un golpe de mandíbula que envió al hombre contra la pared. Bothari lo sujetó antes de que cayera. Abrieron la puerta y arrastraron al guardia al interior; el sargento ocupó su lugar en el pasillo. En silencio, Drou cerró la puerta.

Cordelia miró a su alrededor con desesperación, buscando monitores automáticos. La habitación debía de haber sido una especie de alcoba para que los guardaespaldas durmiesen cerca de sus amos Vor, o tal vez sólo se trataba de un guardarropa grande; ni siquiera tenía una ventana a un oscuro patio interno. La réplica uterina portátil estaba sobre una mesa cubierta por un mantel, en el centro exacto de la habitación. Sus luces verdes y ámbar todavía brillaban de forma tranquilizadora. No había ninguna luz roja que indicase algún mal funcionamiento. Un suspiro de agonía y alivio escapó de entre los labios de Cordelia.

Droushnakovi miró a su alrededor con preocupación.

—¿Qué ocurre, Drou? —susurró Cordelia.

—Es demasiado fácil —murmuró la joven.

—Aún no hemos terminado. Dentro de una hora sabremos si ha sido tan fácil. —Se humedeció los labios, invadida por una sensación similar a la de Droushnakovi. No había nada más que hacer. Debía cogerlo y partir. Ahora su única esperanza radicaba en la velocidad.

Cordelia apoyó la bandeja sobre la mesa, se dispuso a levantar la réplica, y se detuvo. Algo fallaba, algo fallaba... Miró con más atención los registros. El monitor de oxígeno ni siquiera funcionaba. Aunque la luz verde estaba encendida, la lectura del fluido de nutriente era 00.00. Vacío.

Cordelia abrió la boca en un gemido silencioso. Tenía el corazón en un puño. Se inclinó más hacia el aparato, devorando con los ojos la confusión de cifras absurdas. De pronto, su angustiante pesadilla se volvía real... horriblemente real... ¿lo habrían tirado al suelo?, ¿por un desagüe?, ¿en un retrete? ¿Miles habría muerto rápidamente, o lo habrían visto agonizar lentamente, privado de sus nutrientes vitales? Tal vez ni siquiera se habían tomado la molestia de mirarlo...

El número de serie. Busca el número de serie. Una esperanza vana, pero... enloquecida, se esforzó por recordar. Había reflexionado sobre ese número allá en el laboratorio de Vaagen y Henri, meditando sobre aquella muestra de tecnología y el mundo distante que la había creado... y este número no coincidía. No era la misma réplica, ¡no era la de Miles! Era una de las otras dieciséis, utilizada como cebo en esta trampa.

El corazón le dio un vuelco. ¿Cuántas otras trampas habrían tendido? Se imaginó a sí misma, corriendo frenéticamente de una réplica a otra, buscando...

Me volveré loca.

No. Donde fuera que hubiesen puesto la verdadera réplica, tenía que ser cerca de Vordarian. De eso estaba segura. Se hincó junto a la mesa, bajando la cabeza un momento para luchar contra las nubes negras que oscurecían su visión y amenazaban hacerle perder el conocimiento. Alzó el mantel. Allí estaba. Un sensor de presión. ¿Habría sido idea del mismo Vordarian? Sucio y depravado. Drou se inclinó a su lado.

—Una trampa —susurró Cordelia—. Si levantamos la réplica, se activa la alarma.

—Si la desmontamos...

—No. No te molestes. Es un cebo. Se trata de otra réplica. Está vacía, con los controles conectados para que parezca que está funcionando. —Cordelia trató de pensar con claridad a pesar de los latidos en su cabeza—. Tendremos que volver por donde hemos venido. Bajar y volver a subir. No había esperado encontrar a Vordarian aquí, pero te garantizo que él sabe dónde se encuentra Miles. Lo someteremos a un pequeño interrogatorio a la antigua usanza. Deberemos trabajar contra el tiempo. Cuando se ponga en funcionamiento la alarma...

Unos pasos resonaron en el corredor, y gritos. El zumbido de un aturdidor. Maldiciones. Bothari irrumpió en la habitación.

—Nos han descubierto.

Cuando se ponga en funcionamiento la alarma, todo habrá terminado, concluyó la mente de Cordelia en medio del vértigo. Ninguna ventana, una puerta, y acababa de perder el control de su única salida. La trampa de Vordarian había funcionado, después de todo. Que Vidal Vordarian se pudra en el infierno...

Droushnakovi se aferró a su aturdidor.

—No la abandonaremos, señora. Lucharemos hasta el final.

—Tonterías —replicó Cordelia—. Con nuestras muertes no lograríamos nada más que arrastrar a un par de hombres de Vordarian. Sería absurdo.

—¿Se refiere a que debemos rendirnos?

—Un suicidio glorioso es el lujo de los irresponsables. No nos rendiremos. Aguardaremos una mejor ocasión para triunfar, opción imposible si nos matan. —Por supuesto, si hubiese sido la réplica verdadera la que estaba sobre la mesa... para entonces ya estaba lo bastante loca para sacrificar las vidas de esas personas por su hijo, reflexionó Cordelia desconsolada, pero no lo suficiente para sacrificarlos a cambio de nada. Todavía no había llegado a ser tan barayaresa.

—Se estará entregando a Vordarian como rehén —le advirtió Bothari.

—Vordarian me ha tenido como rehén desde el día en que se llevó a Miles —señaló Cordelia con tristeza—. Esto no cambiará nada.

Después de negociar a gritos a través de la puerta durante unos minutos, aceptaron la rendición y tiraron fuera sus armas. Los guardias trajeron un detector de explosivos para asegurarse, y luego cuatro de ellos entraron en la pequeña habitación para registrar a sus nuevos prisioneros. Dos más esperaron fuera. Cordelia no hizo ningún movimiento brusco que pudiese alarmarlos. Un guardia frunció el ceño confundido al ver que el bulto sospechoso en el chaleco de Cordelia resultó ser un zapato de niño. Lo dejó sobre la mesa, junto a la bandeja.

El comandante, un hombre con la librea color rojo oscuro y dorado de Vordarian, habló por el intercomunicador.

—Sí. Todo está en orden. Comuníquelo a Vordarian. No, él ordenó que lo despertaran. ¿Querrá explicarle usted por qué no lo hizo? Gracias.

Los guardias no los sacaron al pasillo, sino que se limitaron a esperar. El hombre que había perdido el sentido por el puñetazo de Bothari fue arrastrado fuera. Con los brazos extendidos sobre la pared y las piernas separadas, colocaron a Cordelia junto a Bothari y Droushnakovi. Estaba aturdida por la desesperación. Pero Kareen se acercaría a ella en algún momento, aun como prisionera. Debía hacerlo. Sólo necesitaba treinta segundos con Kareen, tal vez menos.

Cuando vea a Kareen, serás hombre muerto, Vordarian. Podrás caminar, hablar y dictar órdenes, ignorante de tu muerte durante semanas, pero yo sellaré tu destino tal como tú has sellado el de mi hijo.

Al fin se materializó el motivo de la espera; Vordarian en persona, con pantalones verdes y el torso desnudo, entró en la habitación. Tras él apareció la princesa Kareen, quien sujetaba una bata de terciopelo rojo contra su cuerpo. El corazón de Cordelia dobló sus latidos. ¿Ahora?

—Muy bien. Veo que la trampa funcionó —comenzó Vordarian con tono complaciente, pero agregó una exclamación de sorpresa cuando Cordelia se apartó de la pared y se volvió para enfrentarlo. Él alzó una mano para detener al guardia. La sorpresa dejó paso a una sonrisa de lobo en su rostro—. ¡Dios mío! ¡Vaya si funcionó! ¡Excelente! —A sus espaldas, Kareen miró a Cordelia, completamente perpleja.

Mi trampa funcionó, pensó Cordelia. Obsérvame...

—De eso se trata, señor —dijo el hombre de librea, en absoluto satisfecho—. No funcionó. No descubrimos a este grupo fuera de la Residencia ni le despejamos el camino... simplemente aparecieron de la nada. No debió haber ocurrido. Si no hubiera venido aquí buscando a Rogen, tal vez no los habríamos descubiertos.

Vordarian se alzó de hombros. Estaba demasiado encantado con la presa que acababa de atrapar como para emitir alguna palabra de censura.

—Interrogad a esa niña con pentotal —dijo señalando a Droushnakovi—, y supongo que averiguaréis cómo lo hicieron. Ella trabajaba en seguridad aquí.

Droushnakovi se volvió con una mirada acusadora hacia la princesa Kareen. De forma inconsciente, ésta se apretó aún más la bata y sus ojos oscuros la miraron con el mismo dolor interrogante.

—Bien —dijo Vordarian sin dejar de sonreír a Cordelia—, ¿lord Vorkosigan se encuentra tan limitado de tropas que debe enviar a su esposa para que haga el trabajo? No podemos perder. —Sonrió a sus guardias, quienes le devolvieron la sonrisa.

Mierda, me arrepiento de no haber matado a este mamón mientras dormía.

—¿Qué ha hecho con mi hijo, Vordarian?

—Una mujerzuela de otro planeta nunca logrará el control de Barrayar tramando otorgar el imperio a un mutante. Eso lo puedo garantizar.

—¿Ésa es la versión oficial? Yo no quiero poder. Sólo me quejo cuando los idiotas lo tienen sobre mí.

A espaldas de Vordarian, los labios de Kareen se curvaron con tristeza.

¡Sí, escúchame Kareen!

—¿Dónde está mi hijo, Vordarian? —repitió Cordelia con obstinación.

—Es el emperador Vidal ahora —observó Kareen, mirando a uno y a otro—, si logra conservar el título.

—Lo haré —le prometió Vordarian—. Aral Vorkosigan no tiene más derechos de linaje que yo. Y yo sí sabré proteger y preservar al verdadero Barrayar, no fallare como los de su partido. —Volvió un poco la cabeza, como dirigiendo esta última frase a Kareen.

—Nosotros no hemos fallado —susurró Cordelia, mirando a Kareen a los ojos. Ahora. Alzó el zapato de la mesa y extendió el brazo; la princesa abrió los ojos de par en par y se abalanzó sobre la prenda. La mano de Cordelia se contrajo, como un mensajero entregando el testigo en una mortal carrera de relevos. La certidumbre ardió como un fuego en su alma. Ahora, te tengo, Vordarian. El movimiento repentino despertó cierta inquietud entre los guardias armados. Kareen examinó el zapato con apasionada intensidad, haciéndolo girar entre sus manos. Vordarian alzó las cejas confundido, pero entonces se volvió hacia su jefe de guardia.

—Mantendremos a estos tres prisioneros en la Residencia. Yo asistiré personalmente a los interrogatorios. Se trata de una oportunidad espectacular...

Cuando Kareen volvió a levantar el rostro hacia Cordelia, sus ojos estaban llenos de esperanza.

Sí, pensó Cordelia. Has sido traicionada. Te han mentido. Tu hijo vive. Ahora debes volver a pensar y a sentir; basta de andar por ahí como un alma en pena, más allá del dolor. Lo que te he traído no es ningún obsequio. Es una maldición.

—Kareen —dijo Cordelia con suavidad—. ¿Dónde está mi hijo?



—La réplica se encuentra sobre un estante en el guardarropa de roble, en la antigua alcoba del emperador —respondió Kareen con firmeza, mirándola a los ojos—. ¿Dónde está el mío?

El corazón de Cordelia se llenó de gratitud.

—Se encontraba a salvo y bien, cuando lo vi por última vez. Y seguirá así mientras este hombre —movió la cabeza hacia Vordarian— no descubra dónde está. Gregor la echa de menos. Le envía su amor. —Sus palabras parecieron clavarse en el cuerpo de Kareen.

Esto atrajo la atención de Vordarian.

—Gregor está en el fondo de un lago. Murió cuando su aeronave cayó con ese traidor de Negri —replicó con dureza—. La mentira más insidiosa es aquella que quieres escuchar. Ten cuidado, mi querida Kareen. Yo no pude salvarlo, pero lo vengaré. Te lo juro.

Oh, espera Kareen. Cordelia se mordió el labio. Aquí no. Es demasiado peligroso. Espera a tener una ocasión mejor. Cuando el maldito esté dormido, al menos... Pero si ni siquiera una betanesa se atrevía a dispararle a su enemigo mientras dormía, ¿cuánto menos una Vor? Ella es una verdadera Vor...

Los labios de Kareen se curvaron con una sonrisa. Tenía los ojos brillantes.

—Esto nunca ha estado sumergido —observó con suavidad.

Cordelia escuchó el tono asesino latente en su voz; al parecer, Vordarian sólo escuchó cierto alivio añinado. Miró el zapato sin comprender el mensaje, y sacudió la cabeza como si tratara de aclarársela.

—Algún día tendrás otro hijo —le prometió con suavidad—. Nuestro hijo.

Espera, espera, espera, gritó Cordelia interiormente.

—No —susurró Kareen. Retrocedió hasta el guardia de la puerta, le arrancó el disruptor nervioso de la funda, lo apuntó a Vordarian y disparó.

El guardia alcanzó a desviarle la mano, y el disparo fue a dar contra el techo. Vordarian corrió a protegerse detrás de la mesa, el único mueble de la habitación. Por puro reflejo, el hombre de librea extrajo su disruptor nervioso y disparó. El rostro de Kareen se contorsionó de agonía mientras un fuego azul envolvía su cabeza: su boca se abrió en un último grito silencioso.

Espera, seguía gimiendo la mente de Cordelia.

—¡No! —gritó Vordarian horrorizado, arrancando el arma de las manos de otro guardia. Al comprender la enormidad de su error, el hombre de librea soltó su disruptor como si le quemase. Vordarian le disparó.

Cordelia sintió que la habitación se inclinaba. Su mano se cerró sobre la empuñadura del bastón de estoque y la funda salió volando para dar contra la cabeza de un hombre. Entonces descargó la espada sobre la muñeca de Vordarian. Él gritó y dejó caer el disruptor nervioso, bañado en sangre. Droushnakovi ya se estaba abalanzando sobre un arma caída. Bothari se desembarazó de su blanco con un simple golpe mortal en el cuello. Cordelia cerró la puerta para impedir el paso de los otros guardias. La descarga de un aturdidor zumbó contra una pared, y entonces tres rayos azules, disparados por Droushnakovi en rápida sucesión, acabaron con el último de los hombres de Vordarian.

—Captúrelo —le gritó Cordelia a Bothari. Vordarian, quien temblaba mientras se sujetaba la mano derecha, casi separada del brazo, no estaba en condiciones de resistirse, aunque de todos modos pateó y gritó. Su sangre tenía el mismo color que la bata de Kareen. Bothari lo sujetó por el cuello con firmeza, y apuntó el disruptor a su sien.

—Salgamos de aquí —dijo Cordelia, y abrió la puerta de un puntapié—. A la alcoba del emperador. —A Miles. Los otros guardias de Vordarian, preparados para disparar, se detuvieron al ver a su líder.

—¡Atrás! —rugió Bothari, y todos se apartaron de la puerta. Cordelia cogió a Droushnakovi del brazo, y juntas pasaron sobre el cuerpo de Kareen. Sus miembros de

marfil yacían enredados en la tela roja, hermosas formas abstractas incluso en la muerte. Utilizando a Bothari y a Vordarian como escudo, las mujeres retrocedieron por el pasillo.

—Coja mi arco de plasma y comience a disparar —bramó Bothari a Cordelia. Sí; Bothari había logrado recuperarlo en algún momento de la pelea.

—No puede incendiar la Residencia —exclamó Drou, horrorizada.

Esa ala sola ya albergaba una fortuna en antigüedades y objetos históricos bararrayeses, sin duda. Cordelia esbozó una amplia sonrisa, se apoderó del arma y disparó en el pasillo. Los muebles de madera y los antiguos tapices se encendieron apenas fueron rozados por el fuego.

Te quemaré. Te quemaré por Kareen. Haré una pira en ofrenda a su coraje y su dolor, una pira que arderá más y más alto... Cuando llegaron a la alcoba del emperador, Cordelia completó el cuadro lanzando una descarga por el pasillo que acababa de atravesar. Esto es por lo que me habéis hecho a mí, y a mi hijo... Las llamas detendrían a sus perseguidores unos cuantos minutos. Cordelia sintió que su cuerpo flotaba, ligero como el aire. ¿Así se sentirá Bothari cuando mata?

Droushnakovi se dirigió al panel que ocultaba la escalera secreta. Ahora maniobraba con firmeza, como si sus manos pertenecieran a otro cuerpo, y no a aquel cuyo rostro estaba bañado en lágrimas. Cordelia dejó caer la espada sobre la cama y corrió hacia el enorme ropero de roble tallado. Una vez allí abrió las puertas de par en par. Unas luces verdes y ámbar brillaban en la oscuridad del interior.

Dios, no permitas que sea otro cebo... Cordelia rodeó la caja con los brazos y la alzó a la luz. Esta vez tenía el peso correcto, lleno de fluidos; las cifras eran las indicadas. Era el que buscaba.

Gracias, Kareen. Yo no quería matarte. Seguramente había enloquecido. No sentía nada, ni pena ni remordimiento, aunque el corazón le latía a toda velocidad y tenía la respiración entrecortada. Era la violencia del combate, esa ilusión de inmortalidad que impulsaba a empuñar ametralladoras. Así que esto era lo que buscaban los adictos a la guerra.

Vordarian todavía luchaba contra Bothari, profiriendo horribles maldiciones.

—¡No escaparéis! —Dejó de resistirse y miró a los ojos de Cordelia. Inspiró profundamente—. Piense, señora Vorkosigan. Nunca lo logrará. Me necesita a mí como escudo, pero no podrá llevarme inconsciente. Despierto, me resistiré cada metro del camino. Mis hombres estarán aguardando allá afuera. —Volvió la cabeza hacia la ventana—. Nos dormirán a todos con los aturdidores y la tomarán prisionera.

Su voz se hizo más persuasiva.

—Ríndase ahora y salvará las vidas de todos. La vida de esa cosa también, ya que significa tanto para usted.

Movió la cabeza en dirección a la réplica que ella llevaba en sus brazos. Cordelia estaba más pesada que Alys Vorpatriel en ese momento.

—Yo nunca le ordené a ese tonto de Vorhalas que matase al heredero Vorkosigan —continuó Vordarian con desesperación ante su silencio. La sangre manaba rápidamente entre sus dedos—. Sólo el padre, con sus fatales políticas progresistas, constituía una amenaza para Bararrayar. El hijo podía haber heredado el título de conde con mi bendición. Piotr no debió separarse del partido al que verdaderamente pertenece. Fue un crimen que lord Aral le obligara a hacerlo...

Así que eras tú. Desde el principio. La pérdida de sangre convertía en una parodia la habitual labia política de Vordarian. Parecía pensar que hablando lograría evitar el castigo, que sólo debía encontrar las palabras adecuadas. Cordelia dudaba mucho de que lo lograra. Vordarian no era un malvado tan evidente como había sido Vorrutyer, ni tampoco había alcanzado la corrupción personal de Serg; sin embargo, la maldad manaba de él de todos modos, no de sus vicios sino de sus virtudes: la valentía de sus

convicciones conservadoras y su pasión por Kareen. A Cordelia le dolía terriblemente la cabeza.

—Nunca llegamos a probar que usted se encontraba detrás de Evon Vorhalas —dijo Cordelia con suavidad—. Gracias por la información.

Eso lo silenció por unos momentos. Inquieto, dirigió la mirada hacia la puerta, que debía estar a punto de estallar, recalentada por el infierno que ardía al otro lado.

—Muerto no le serviré como rehén —dijo, enderezando la espalda con dignidad.

—Usted no me servirá de ninguna manera, emperador Vidal —le respondió Cordelia—. Ya han muerto al menos cinco mil personas en esta guerra. Ahora que Kareen no está, ¿hasta cuándo continuará luchando?

—Eternamente —gruñó él—. La vengaré a ella... los vengaré a todos...

Respuesta equivocada, pensó Cordelia con curiosa tristeza.

—Bothari —llamó, y él estuvo a su lado de inmediato—. Recoja esa espada. —Él obedeció. Cordelia dejó la réplica en el suelo y posó una mano sobre la suya, la que sujetaba la espada—. Bothari, ejecute a este hombre por mí, por favor. —Su propia voz le sonó extrañamente tranquila, como si le hubiese pedido que le pasase la mantequilla. El asesinato no requería histerias.

—Sí, señora —dijo Bothari, y alzó la hoja. Sus ojos brillaron de placer.

—¿Qué? —aulló Vordarian, perplejo—. ¡Es una betanesa! ¡Nopuede...!

Como un relámpago, el filo de la espada segó sus palabras, su cabeza y su vida. A pesar de los últimos chorros de sangre que brotaron de su cuello cercenado, fue un trabajo verdaderamente limpio. Vorkosigan debía haber solicitado los servicios de Bothari para ejecutar a Cari Vorhalas. Toda la fuerza de su torso, combinada con ese acero extraordinario... Cordelia volvió a la realidad cuando Bothari cayó de rodillas junto al cuerpo, soltando la espada para apretarse la cabeza. Estaba gritando. Era como si el grito final de Vordarian hubiese salido por la boca de Bothari.

Ella se derrumbó a su lado. De pronto volvía a sentir el miedo que había estado conteniendo desde que Kareen arrebató ese disruptor nervioso, desatando el caos. Evidentemente, movido por un estímulo similar, Bothari estaba recordando lo prohibido, aquello que el alto mando barrayerés había decretado que debía olvidar. Cordelia se maldijo por no haber previsto esa eventualidad. ¿Llegaría al extremo de matarlo?

—Esta puerta está muy caliente —dijo Droushnakovi, pálida y temblorosa—. Señora, debemos salir de aquí ahora mismo.

Bothari respiraba con gran agitación, sin soltarse la cabeza, pero poco a poco se fue calmando. Ella lo dejó para arrastrarse a ciegas por el suelo. Necesitaba algo, algo a prueba de agua... Allí, en el fondo del guardarropa, había una bolsa de plástico fuerte que contenía varios pares de zapatos pertenecientes a Kareen. Sin duda habían sido transportados a toda prisa por alguna criada cuando Vordarian decretó que la princesa se mudara con él. Cordelia volcó los zapatos, rodeó la cama y recogió la cabeza de Vordarian que había rodado hasta allí. Era pesada, pero no tanto como la réplica uterina. Entonces ató las cuerdas y las cerró con fuerza.

—Drou, tú eres la más fuerte. Lleva la réplica. Comienza a bajar. No la dejes caer. —Si ella dejaba caer a Vordarian, decidió, el hombre ya no sufriría ningún daño.

Droushnakovi asintió con un gesto y levantó la réplica junto con el bastón. Cordelia no supo si lo llevaba por el valor histórico que acababa de adquirir o porque se sentía obligada a devolvérselo a Kou. Mientras lograba que Bothari se levantara sintió una corriente de aire fresco que entraba por el panel abierto, atraída por el fuego al otro lado de la puerta. Pronto los túneles se convertirían en una gran chimenea, hasta que se derrumbase la pared y la entrada quedase bloqueada. Los hombres de Vordarian quedarían muy confundidos cuando llegasen para hurgar entre las brasas y no encontraran sus restos.

El descenso por aquel sitio tan estrecho fue como una pesadilla, con Bothari gimiendo bajo sus pies. Cordelia no podía llevar la bolsa al lado ni delante de su cuerpo, por lo que se vio obligada a colgársela de un hombro y bajar con una mano, raspando los peldaños con la palma.

Cuando estuvieron abajo, empujó a Bothari para que continuase avanzando y no le permitió detenerse hasta que volvieron a encontrarse en el viejo sótano de las caballerizas, junto a las provisiones de Ezar.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Droushnakovi cuando Bothari se sentó con la cabeza entre las rodillas.

—Le duele la cabeza —respondió Cordelia—. Tal vez le dure un rato.

—¿Y usted, se encuentra bien, señora? —preguntó Droushnakovi, más preocupada aún.

Cordelia no pudo evitarlo; se echó a reír. Al fin logró controlar su histeria cuando Drou comenzaba a verse verdaderamente preocupada.

—No.

19

Las reservas de Ezar incluían dinero en efectivo: marcos barrayareses de diversa denominación. También incluían algunos documentos preparados para Drou, y no todos ellos habían caducado. Cordelia unió las dos cosas y envió a Drou a comprar un coche terrestre usado. Luego aguardó junto a las provisiones mientras, lentamente, Bothari iba abandonando su posición fetal y se recuperaba lo suficiente para caminar.

Salir de Vorbarr Sultana siempre había sido el punto más débil de su plan, quizá porque en realidad nunca había creído que llegasen tan lejos. Para que la ciudad no se derrumbase bajo sus pies, Vordarian había ordenado restringir rigurosamente las salidas. Para el monocarril era necesario contar con pases y permisos. Las aeronaves habían sido prohibidas, y cualquier guardia estaba autorizado a disparar si veía una. Los coches terrestres debían atravesar innumerables bloqueos de caminos. El viaje a pie era demasiado lento para un grupo cargado y agotado. Todas las posibilidades eran peligrosas.

Después de una eternidad, Drou regresó muy pálida para conducirlos por los túneles hasta una oscura calle lateral. La ciudad estaba cubierta por una capa de nieve sucia de hollín. En dirección a la Residencia, a un kilómetro de distancia, una nube más oscura se elevaba para confundirse con el cielo gris invernal; al parecer, el incendio aún no había sido controlado. ¿Cuánto tiempo más seguiría funcionando la decapitada estructura de mando de Vordarian? ¿Ya se habría difundido el rumor de su muerte?

Tal como Cordelia había indicado, Drou compró un viejo coche muy simple y discreto, aunque contaba con los fondos suficientes como para conseguir el vehículo más lujoso de toda la ciudad.

Cordelia deseaba conservar el resto del dinero para los puntos de inspección.

Pero éstos no resultaron tan peligrosos como ella había temido. En realidad, el primero estaba desierto. Probablemente los guardias habían sido llamados para combatir el incendio o para rodear el perímetro de la Residencia. El segundo estaba atestado de vehículos y conductores impacientes. Los inspectores parecían indiferentes y nerviosos, distraídos por los rumores que llegaban a la ciudad. Un grueso fajo de billetes, entregados bajo el documento falso de Drou, desapareció en el bolsillo de un guardia. El hombre hizo señas a Drou para que siguiera adelante y llevase a casa a su «tío enfermo». Bothari parecía bastante enfermo, de eso no cabía duda, acurrucado bajo una manta que también ocultaba la réplica. En el último punto de inspección, Drou «repitió» un rumor que había

escuchado sobre la muerte de Vordarian, y el guardia desertó en ese mismo instante: se cambió el uniforme por ropas de civil y luego desapareció del lugar.

Durante toda la tarde, avanzaron en zigzag por caminos en malas condiciones hasta llegar al Distrito neutral de Vorinnis donde el viejo coche terrestre murió por un fallo en el tren de potencia. Entonces lo abandonaron para abordar el sistema de monorriel. Cordelia impulsaba a su pequeño grupo a seguir adelante sin pausa, ya que el reloj de su cabeza avanzaba constantemente. A medianoche se presentaron en la primera instalación militar de la frontera leal, un depósito de suministros. Drou tuvo que discutir durante varios minutos con el oficial de servicio para persuadirlo de que 1) los identificase, 2) los dejase entrar, y 3) les permitiese utilizar el sistema de comunicaciones militar para llamar a la base Tanery y solicitar un transporte. Al llegar a este punto, de pronto el oficial se volvió mucho más eficiente. Una nave de alta velocidad fue enviada de inmediato a buscarlos.

Al acercarse a la base Tanery al amanecer, Cordelia tuvo una desagradable sensación de déjà vu. Era tan parecida a su llegada desde las montañas, que fue como si hubiese retrocedido en el tiempo. Tal vez había muerto e ido al infierno, y su eterno castigo sería repetir los acontecimientos de las tres últimas semanas una y otra vez, por toda la eternidad. Cordelia se estremeció.

Droushnakovi la observaba, preocupada. El agotado Bothari dormitaba en la cabina de pasajeros. Dos hombres de Seguridad Imperial, para Cordelia absolutamente idénticos a los que acababan de asesinar en la Residencia, mantuvieron un nervioso silencio. Ella se aferraba a la réplica que llevaba en el regazo. La bolsa de plástico descansaba a sus pies. Aunque fuese irracional, no podía perder de vista a ninguna de las dos, aunque estaba claro que Drou hubiese preferido que la bolsa viajase en el compartimento de equipaje.

La nave se posó suavemente sobre su plataforma, y los motores quedaron en silencio.

—Quiero al capitán Vaagen, y lo quiero ahora —repetió Cordelia por quinta vez mientras los hombres de Illyan los hacían descender hacia la zona de recepción.

—Sí, señora. Ya está en camino —volvió a asegurarle el hombre de Seguridad Imperial. Ella lo miró con desconfianza.

Cautelosamente, los dos hombres les retiraron el arsenal que traían consigo. Cordelia no podía culparlos; ella tampoco hubiese permitido que un grupo de aspecto tan desquiciado llevase armas. Gracias a las reservas de Ezar, las dos mujeres no iban mal vestidas, aunque no habían encontrado nada de la talla de Bothari, por lo que éste aún llevaba su roñoso uniforme negro. Afortunadamente, las manchas de sangre seca no se notaban demasiado. Pero todos tenían los ojos hundidos y el rostro demacrado. Cordelia se estremecía, Bothari sufría contracciones en las manos y los párpados, y Droushnakovi tenía la inquietante tendencia a llorar en silencio, en momentos imprevistos, deteniéndose tan repentinamente como comenzaba.

Después de mucho rato —sólo unos minutos, se dijo Cordelia con firmeza— el capitán Vaagen apareció, acompañado por un técnico. Iba vestido con un uniforme verde, y sus pasos habían recuperado la velocidad acostumbrada. El único recuerdo de sus heridas parecía ser el parche negro que le cubría el ojo; no le quedaba mal y le otorgaba un cierto aire de pirata. Cordelia deseó que el parche sólo fuese temporal y parte de un tratamiento.

—¡Señora! —Él logró esbozar una sonrisa, la primera vez en bastante tiempo que había movido esos músculos faciales, sospechó Cordelia. Su único ojo tenía un brillo triunfante—. ¡Lo ha logrado!

—Eso espero, capitán. —Le entregó la réplica, la cual no había permitido que fuese tocada por los hombres de Seguridad Imperial—. Espero que hayamos llegado a tiempo. Aún no se ha encendido ninguna luz roja, pero sonó una pequeña señal de alarma. Yo la desconecté, ya que me estaba volviendo loca.

Él observó el artefacto y revisó las lecturas.

—Bien. Bien. Las reservas de nutrientes están muy bajas, pero aún no se han agotado. Los filtros continúan funcionando, el nivel de ácido úrico es alto, pero no ha sobrepasado los límites de tolerancia... creo que se encuentra bien, señora. Vivo, quiero decir. Necesitaré más tiempo para determinar lo que ha ocurrido con mis tratamientos de calcificación ante esta interrupción. Estaremos en la enfermería. En menos de una hora podré comenzar a efectuarle los servicios.

—¿Cuenta con todo lo necesario allí?

Los blancos dientes de Vaagen brillaron.

—Al día siguiente de su partida, lord Vorkosigan me permitió comenzar a organizar un laboratorio. Por si acaso, me dijo.

Aral, te amo.

—Gracias. Vaya, vaya. —Depositó la réplica en manos de Vaagen, y él se marchó a toda prisa.

Cordelia permaneció sentada como una marioneta a la cual le hubieran cortado los hilos. Ahora podía permitirse el lujo de sentir todo el peso de la fatiga. Pero todavía no podía detenerse. Tenía otra información muy importante que transmitir. Y no a esos dos sujetos de Seguridad Imperial, quienes seguían fastidiándola... Cerró los ojos y los ignoró, dejando que Drou balbucease algunas respuestas a sus absurdas preguntas.

El deseo se enfrentaba con el miedo. Ella quería a Aral, pero lo había desafiado. ¿Esto habría herido su honor, habría lastimado su ego masculino tan barrayerés hasta el punto de no poder perdonarla? ¿Habría perdido su confianza para siempre? No, esa sospecha era injusta. Pero la credibilidad pública frente a sus pares, parte de la delicada psicología del poder... ¿habría quedado dañada por su culpa? ¿Habría alguna desdichada e imprevista consecuencia política por culpa de su actitud, algo que volvería a caer sobre sus cabezas? ¿A ella le importa? Sí, decidió con tristeza. Era un infierno sentirse tan cansada, y al mismo tiempo que le importara tanto.

—¡Kou!

El grito de Drou hizo que Cordelia abriera los ojos. Koudelka entraba cojeando por la puerta principal de la oficina. Gracias a Dios, el hombre volvía a vestir su uniforme y estaba pulcro y bien afeitado. Sólo las marcas grises bajo sus ojos no eran reglamentarias.

A Cordelia le encantó notar que el encuentro entre Kou y Drou no era en absoluto militar. De inmediato el teniente se vio abrumado por la joven rubia y desaliñada, intercambiando palabras como «cariño», «amor», «gracias a Dios», «a salvo», «dulzura»... Los hombres de Seguridad Imperial se apartaron, incómodos ante la explosión de sentimientos que irradiaban de sus rostros. Cordelia se sintió complacida al mirarlos. Era un modo mucho más sensato de saludar a un amigo que todas esas estúpidas venias.

Se separaron sólo para mirarse mejor el uno al otro, sin soltarse las manos.

—Lo has logrado —dijo Droushnakovi con una risita—. ¿Cuánto tardasteis... y lady Vorpatril se encuentra...?

—Llegamos sólo dos horas antes que vosotros —dijo Kou con la respiración agitada, reoxigenándose después de un beso heroico—. La señora Vorpatril y el niño están internados en la enfermería. El médico dice que ella sólo sufre una gran fatiga y tensión. Estuvo increíble. Pasamos algunos momentos difíciles con las patrullas de Vordarian, pero nunca se rindió. Y vosotros... ¡lo habéis logrado! Me crucé con Vaagen en el pasillo, y llevaba la réplica... ¡habéis rescatado al hijo de mi señor!

Droushnakovi dejó caer los hombros.

—Pero perdimos a la princesa Kareen.

—Oh. —Él le tocó los labios—. No me cuentes nada... Lord Vorkosigan me ordenó que os llevase a verlo en cuanto llegais. Le informaréis de todo antes que a nadie. —

Ahuyentó a los hombres de Seguridad Imperial como a moscas, algo que Cordelia estaba deseando desde hacía rato.

Bothari tuvo que ayudarla a levantarse. Ella recogió la bolsa de plástico amarillo. Con ironía observó que llevaba el nombre y el logotipo de una de las tiendas de ropa femenina más exclusivas.

Kareen te acompañará hasta el final, maldito.

—¿Qué es eso? —preguntó Kou.

—Sí, teniente —intervino con ansiedad un hombre de Seguridad Imperial—. Por favor... ella se ha negado terminantemente a permitirnos examinarla. Según los reglamentos, no podemos permitir que la introduzca en la base.

Cordelia abrió la bolsa y la extendió hacia Kou. Él examinó el interior.

—Mierda. —Al verlo saltar hacia atrás, el hombre se dispuso a avanzar pero Koudelka lo detuvo—. Ya... ya veo. —Tragó saliva—. Sí, sin duda el almirante Vorkosigan querrá ver eso.

—Teniente, ¿qué debo poner en el registro? —Cordelia decidió que a estas alturas el hombre de Seguridad Imperial ya gemía—. Tengo que anotarla si va a entrar.

—Déjelo que cuide su trasero, Kou —suspiró Cordelia.

Kou volvió a mirar el interior, y sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Está bien. Regístrelo como un obsequio para el almirante Vorkosigan. De parte de su esposa.

—Ah, Kou. —Drou le entregó la espada—. Logré rescatar esto, pero me temo que hemos perdido la funda.

Kou la cogió, se volvió hacia la bolsa, relacionó los dos objetos y sujetó la espada con más respeto.

—Eh... está bien... gracias.

—Yo la llevaré a Sigling y haré que le confeccionen una funda igual —le prometió Cordelia.

El hombre de Seguridad Imperial cedió el paso al secretario personal del almirante Vorkosigan. Kou condujo a Cordelia, a Bothari y a Drou al interior de la base. Cordelia volvió a cerrar la bolsa y dejó que se balanceara en su mano.

—Descenderemos al nivel del Estado Mayor. El almirante ha estado en una reunión a puerta cerrada desde hace una hora. Anoche llegaron dos oficiales superiores de Vordarian. Están negociando para traicionarlo. El plan para rescatar a los rehenes depende de su cooperación.

—¿Ya están al corriente de esto? —Cordelia alzó la bolsa.

—No lo creo, señora. Usted acaba de cambiarlo todo. —Su sonrisa se tornó cruel, y sus pasos se hicieron más rápidos.

—Supongo que todavía será necesario realizar esa incursión —suspiró Cordelia—. Los hombres de Vordarian siguen siendo peligrosos, incluso en medio del caos. Tal vez se vuelvan más peligrosos aún, en su desesperación. —Pensó en aquel hotel en el centro de Vorbarr Sultana, donde se encontraba la pequeña Elena de Bothari. Rehenes de menor importancia. ¿Podría persuadir a Aral para que asignase algunos recursos más a la empresa de rescatarlos? Por desgracia, ella no había logrado dejar fuera de combate a todos los soldados. Y lo intenté. Dios sabe que lo intenté.

Descendieron y siguieron descendiendo hacia el centro neurálgico de la base Tanery. Llegaron a la sala de conferencias de extrema seguridad; una patrulla fuertemente armada montaba guardia en el pasillo. Koudelka pasó por delante de ellos. Las puertas se deslizaron y volvieron a cerrarse a sus espaldas.

Cordelia observó el cuadro. Los hombres que rodeaban la pulida mesa interrumpieron su conversación para mirarla. Aral se hallaba en el centro, por supuesto.

Illyan y el conde Piotr lo flanqueaban. El primer ministro Vortala estaba allí, y Kanzian, y algunos otros oficiales superiores con uniformes verdes de etiqueta. Los dos dobles

traidores estaban frente a ellos, con sus ayudantes. Demasiados testigos. Ella quería estar a solas con Aral, librarse de todos ellos. Pronto.

Los ojos de Aral se clavaron en los de ella en una silenciosa agonía. Sus labios se curvaron en una sonrisa completamente irónica. Eso fue todo; y sin embargo Cordelia volvió a sentir el calor de la confianza... estuvo segura de él. Ningún reproche. Todo marcharía bien. Estaban juntos otra vez, y ni un torrente de palabras y abrazos hubiese podido comunicárselo mejor. De todos modos, esos ojos grises le prometieron que los abrazos llegarían más adelante. Sus propios labios sonrieron por primera vez en... ¿cuánto tiempo?

El conde Piotr apoyó las manos en la mesa.

—Bien. Por Dios, mujer, ¿dónde has estado? —exclamó furioso.

Cordelia se sintió invadida por una demencia morbosa. Lo miró con una sonrisa feroz y alzó la bolsa.

—De compras.

Por un momento, el anciano estuvo a punto de creerle; por su rostro pasaron varias expresiones encontradas: sorpresa, escepticismo, y luego ira al comprender que se estaba burlando de él.

—¿Quiere ver lo que he comprado? —continuó Cordelia, todavía flotando. Abrió la bolsa violentamente e hizo rodar la cabeza de Vordarian sobre la mesa. Por suerte, hacía unas horas que había dejado de sangrar. El rostro se detuvo justo delante de él, con un rictus en los labios y los ojos abiertos de par en par.

Piotr abrió la boca. Kanzian saltó; los oficiales profirieron maldiciones y uno de los traidores se cayó de la silla al retroceder. Vortala frunció los labios y alzó las cejas. Koudelka, orgulloso de su papel en la preparación de aquel momento histórico, apoyó la espada sobre la mesa como segunda evidencia.

Aral estuvo perfecto. Sus ojos sólo se abrieron de par en par unos momentos, pero entonces apoyó el mentón sobre las manos y miró por encima del hombro de su padre con frialdad e interés.

—Sí, es natural —susurró—. Todas las damas Vor van de compras a la capital.

—Me ha costado muy cara —le confesó Cordelia.

—Eso también es normal. —Una sonrisa irónica curvó sus labios.

—Kareen ha muerto. Fue herida en la refriega. No pude salvarla.

Él abrió las manos, como dejando que el incipiente humor negro escapase por sus dedos.

—Comprendo. —Volvió a alzar los ojos hacia los de ella, como preguntándole: ¿Te encuentras bien?, y aparentemente halló la respuesta: No.

—Caballeros. Les ruego que me disculpen unos momentos. Deseo estar a solas con mi esposa.

Mientras los hombres comenzaban a levantarse, Cordelia alcanzó a oír un murmullo.

—Un hombre valiente...

Cordelia clavó la mirada en los hombres de Vordarian, mientras éstos se retiraban de la mesa.

—Oficiales, les recomiendo que cuando se reanude esta conferencia, se rindan sin condiciones a la misericordia de lord Vorkosigan. Es posible que todavía conserve algo de piedad. —Porque yo ya no la tengo, fue el remate silencioso de sus palabras—. Estoy cansada de su estúpida guerra. Termínenla de una vez.

Piotr pasó por su lado. Cordelia lo miró con una sonrisa amarga.

—Parece que te he subestimado —murmuró el anciano.

—No vuelva a cruzarse en mi camino... y manténgase alejado de mi hijo. —Una mirada de Vorkosigan detuvo su efusión de ira. Ella y Piotr intercambiaron un ligero movimiento de cabeza, como las pequeñas reverencias de dos duelistas.



—Kou —dijo Vorkosigan, mirando el objeto espeluznante que tenía junto al codo— ¿Quiere llevarse esta cosa al depósito de cadáveres de la base? No tengo interés en conservarlo como centro de mesa. Lo conservaremos allí hasta que podamos enterrarlo con el resto del cuerpo. Si lo encontramos.

—¿Seguro que no quiere conservarlo para que los oficiales de Vordarian se sientan más propensos a favorecer un acuerdo? —preguntó Kou.

—No —decidió Vorkosigan con firmeza—. Ya ha causado un efecto bastante benéfico.

Con sumo cuidado, Kou cogió la bolsa, la abrió y la utilizó para coger la cabeza de Vordarian sin llegar a tocarla.

Aral observó al grupo de Cordelia; la aflicción de Droushnakovi los crispamientos convulsivos de Bothari.

—Drou. Sargento. Podéis ir a lavaros y comer algo. Regresad para presentarme vuestro informe cuando hayamos terminado aquí.

Drou asintió con la cabeza y el sargento hizo la venia. Ambos siguieron a Kou al pasillo.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Aral se levantó para abrazarla, pero ella se lanzó a sus brazos, y ambos volvieron a caer sobre la silla. Permanecieron abrazados con tanta fuerza que al fin tuvieron que apartarse un poco para besarse.

—Nunca vuelvas a hacerme algo así —dijo él con voz ronca.

—Nunca vuelvas a permitir que resulte necesario.

—Es un trato.

Aral sostuvo su rostro entre las manos, devorándola con la mirada.

—Tenía tanto miedo por ti, que me olvidé de temer por tus enemigos. Debí haberlo recordado, querida capitana.

—No hubiese podido hacer nada sola. Drou fue mis ojos, Bothari mi brazo derecho, Koudelka nuestros pies. Debes perdonar a Kou por haberse ausentado sin permiso. A decir verdad, lo secuestramos.

—Eso me han dicho.

—¿Te contó lo de tu primo, Padma?

—Sí. —Aral suspiró con dolor—. Yuri el Loco realizó una masacre con los descendientes del príncipe Xav. Padma y yo fuimos los únicos supervivientes. Yo tenía once años y Padma uno, era un bebé... desde entonces siempre me ha parecido un bebé. Traté de cuidarlo... Ahora soy el único que queda. La tarea de Yuri casi ha sido completada.

—Elena, la pequeña de Bothari. Debe ser rescatada. Ella es mucho más importante que ese granero lleno de condes en la Residencia.

—Estamos trabajando en ello —le aseguró él—. Tendrá prioridad, ahora que tú te has ocupado del emperador Vidal. —Se detuvo y esbozó una lenta sonrisa—. Temo que has logrado impresionar a mis barayareses, amor.

—¿Por qué? ¿Creyeron que tenían un monopolio sobre el salvajismo? Ésas fueron las últimas palabras de Vordarian: «Es una betanesa. No puede.»

—¿No puede qué?

—«Hacer esto», supongo que hubiese dicho si hubiese podido.

—Menudo trofeo para traer en el monocarril. ¿Y si alguien te hubiese pedido que abrieras la bolsa?

—Lo habría hecho.

—¿Te... te encuentras bien, cariño? —La expresión de Aral estaba seria bajo su sonrisa.

—¿Quieres saber si he perdido el control? Sí, un poco. Más que un poco. —Las manos todavía le temblaban. Ya hacía un día que se encontraba así, con un temblor constante que no cedía—. Me pareció... necesario traer la cabeza de Vordarian. No pensaba en clavarla sobre una pared de la Residencia Vorkosigan, junto con los trofeos de caza de tu padre... aunque no sería mala idea. Creo que no fui consciente de por qué me aferraba a

ella hasta que entré en esta habitación. Si hubiera llegado aquí con las manos vacías, diciendo a estos hombres que había matado a Vordarian y dado fin a su pequeña guerra, ¿quién me hubiese creído, aparte de ti?

—Illyan tal vez. Ya te ha visto en acción. Los demás... supongo que tienes razón.

—Creo que también me impulsaba algo que se practicaba en la antigüedad. ¿No solían exhibir los cuerpos de los gobernantes asesinados, para detener a los pretendientes? Me pareció apropiado. Aunque en mi opinión Vordarian sólo fue un pretendiente secundario.

—Tu escolta de Seguridad Imperial me informó de que recuperaste la réplica. ¿Todavía funcionaba?

—Vaagen la está examinando en este momento. Miles se encuentra con vida. Aún no se conocen los daños. Oh, parece que Vordarian tuvo algo que ver con el ataque de Evon Vorhalas. No de forma directa, sino a través de algún agente.

—Illyan ya sospechaba algo. —La abrazó con más fuerza.

—Respecto a Bothari —prosiguió ella—, no se encuentra muy bien. Se ha visto sometido a una tensión demasiado grande. Necesita un verdadero tratamiento que sea médico, no político. La técnica que utilizaron para borrar sus recuerdos es horrible.

—En ese momento le salvó la vida. Era mi compromiso con Ezar. Yo no tenía ningún poder entonces. Ahora podré ayudarlo mejor.

—Lo harás. Se ha ligado a mí como un perro. Son sus propias palabras. Y yo lo he utilizado como tal. Le debo... todo. Pero me asusta. ¿Por qué yo?

Vorkosigan pareció muy pensativo.

—Bothari... no posee un gran sentido de identidad. Cuando lo conocí, en su peor momento, su personalidad estaba a punto de dividirse en múltiples facetas. De haber tenido una mejor educación, podría haberse convertido en el espía ideal. Es un camaleón. Un espejo. Se convierte en cualquier cosa que se le pida. No creo que se trate de un proceso consciente. Piotr espera un criado leal, y Bothari interpreta ese papel con semblante impasible. Vorrutyer quería un monstruo, y Bothari se convirtió en su torturador y su víctima. Yo pedí un buen soldado, y eso fue para mí. Tu... —Su voz se suavizó—. Tú eres la única persona que mira a Bothari y ve a un héroe. Por lo tanto, en eso se transforma para ti. Se aferra a ti porque tú lo conviertes en un hombre más valioso de lo que jamás soñó ser.

—Aral, eso es una locura.

—¿Sí? —Aral le besó el cabello—. Pero él no es el único sobre el que ejerces un efecto tan peculiar.

—Me temo que yo no me encuentro en mucha mejor forma que Bothari. Cometí una torpeza, y Kareen murió. ¿Quién se lo dirá a Gregor? Si no fuera por Miles... Mantén alejado a Piotr de mí, o te juro que la próxima vez saltaré sobre él. —Estaba temblando otra vez.

—Shhh. —Él la meció un poco—. ¿Crees que al menos podrás dejar en mis manos la limpieza final? Todos estos sacrificios no habrán sido en vano.

—Me siento sucia, enferma.

—Sí, eso suele ocurrir cuando uno regresa de un combate. Conozco la sensación. —Aral se detuvo—. Pero si una betanesa puede volverse tan barrayaresa, tal vez no sea imposible que los barrayareses se vuelvan un poco betaneses. El cambio es posible.

—El cambio es inevitable —afirmó ella—. Pero no lo conseguirás con el estilo de Ezar. El tiempo de Ezar ha pasado. Tendrás que encontrar tu propio camino, rehacer este mundo para que Miles pueda sobrevivir en él. Y Elena, Iván y Gregor.

—Como usted desee, señora.

En el tercer día después de la muerte de Vordarian, la capital se rindió a las tropas leales. A pesar de que hubo algún intercambio de disparos, las acciones no fueron tan sangrientas como Cordelia había temido. Sólo dos focos de resistencia, en Seguridad Imperial y en la propia Residencia, tuvieron que ser desalojados por tropas terrestres. La

guarnición que custodiaba el hotel del centro con sus rehenes terminó por rendirse, después de varias horas de negociaciones. Piotr permitió que Bothari tuviese un día libre para que pudiera recoger a su hija y llevarla a casa junto con la señora Hysopi. Por primera vez desde su regreso, esa noche Cordelia durmió en paz. Evon Vorhalas había estado al mando de las tropas terrestres de Vordarian en la capital, y se encontraba a cargo de defender el centro de comunicaciones militares en el cuartel general. Murió en las últimas refriegas del combate, asesinado por sus propios hombres cuando rechazó la oferta de una amnistía a cambio de su rendición. En cierto sentido, Cordelia se sintió aliviada. Para los señores Vor, el castigo por traición era la exhibición pública y la muerte por inanición. El difunto emperador Ezar no había vacilado en mantener aquella atroz tradición. Cordelia sólo podía rezar para que cuando Gregor accediera al trono, la derogase.

Sin Vordarian para mantenerla unida, la coalición rebelde se dispersó en varias facciones diferentes. En la ciudad de Federstok un lord Vor extremadamente conservador alzó su estandarte y se autoproclamó emperador, sucediendo a Vordarian; treinta horas después fue sometido. En un Distrito de la costa este, perteneciente a uno de los aliados de Vordarian, el conde se suicidó antes de ser capturado. En medio del caos, un grupo anti Vor declaró una república independiente. El nuevo conde, un coronel de infantería que nunca había imaginado ser objeto de tantos honores, ya que su familia no era de linaje, se opuso de inmediato a este violento giro progresista. Vorkosigan dejó la cuestión en sus manos, reservando las tropas imperiales para asuntos que no perteneciesen al gobierno interno de los Distritos.

—No podrás llegar hasta la mitad del camino y detenerte —murmuró Piotr, disgustado ante tanta delicadeza.

—Paso a paso —le respondió Vorkosigan con expresión sombría—, llegaré a dar la vuelta al mundo. Ya lo verás.

Al quinto día, Gregor fue conducido de regreso a la capital. Vorkosigan y Cordelia fueron los encargados de comunicarle la muerte de Kareen. El niño se echó a llorar, desconsolado. Cuando se calmó, lo llevaron a una revista de tropas en un coche con la cubierta transparente. En realidad eran las tropas quienes debían pasarle revista a él, para comprobar que estaba con vida a pesar de los rumores que había lanzado Vordarian. Cordelia viajó a su lado. El dolor silencioso del niño le destrozó el corazón, pero según su punto de vista era mejor esto que hacerlo desfilar primero y contárselo después. Ella no habría soportado que el pequeño le preguntara cuándo volvería a ver a su madre durante todo el viaje.

El funeral de Kareen fue un acontecimiento público, aunque las ceremonias no fueron tan fastuosas debido a las circunstancias caóticas. Gregor tuvo que encender una ofrenda por segunda vez en aquel año. Vorkosigan pidió a Cordelia que guiase su mano hacia la antorcha. Esta parte de la ceremonia funeraria parecía casi redundante, después de lo que ella había hecho con la Residencia. Cordelia agregó un mechón de sus propios cabellos a la pira. Gregor permaneció aferrado a ella.

—¿También van a matarme a mí? —le preguntó. No parecía asustado, sólo invadido por una curiosidad morbosa. En un año había perdido a su padre, su abuelo y su madre; tenía razones para considerarse el siguiente en la lista, por más que a su edad no tuviese muy claro el concepto de muerte.

—No —le dijo ella con firmeza. Su brazo lo estrechó con fuerza por los hombros—. Yo lo impediré. —Gracias a Dios, sus palabras sin fundamento parecieron consolarlo.

Yo cuidaré a tu hijo, Kareen, pensó Cordelia mientras se elevaban las llamas. El juramento era más valioso que cualquier ofrenda quemada en la pira, ya que con él su vida quedaba ligada para siempre a Barrayar. Pero el calor sobre su rostro pareció aliviar un poco el dolor de su cabeza. El alma de Cordelia era como un caracol exhausto, sellado dentro de su caparazón. Se arrastró como una autómatas durante el resto de la ceremonia,

y en ocasiones nada de lo que la rodeaba parecía tener ningún sentido. Los Vor barrayareses la trataban con una fría formalidad.

Seguramente me consideran peligrosa, una loca a quien se le ha permitido abandonar el desván porque conoce a gente importante. Al fin comprendió que sus exageradas muestras de cortesía significaban respeto.

Esto la enfureció. Toda la valentía de Kareen no le había servido para nada. La terrible experiencia que había sido el parto de Alys Vorpatrill era algo normal. Pero si uno corta la cabeza de un idiota se convertía en una persona verdaderamente respetable... ¡por Dios!

Cuando regresaron a sus habitaciones, Aral necesitó una hora para calmarla, y entonces Cordelia sufrió un ataque de llanto. Él permaneció a su lado.

—¿Piensas usar esto? —le preguntó ella cuando pudo recuperar algo parecido a la coherencia—. Esta, esta... nueva condición social que tengo. —Cómo odiaba aquellas palabras que le dejaban un regusto amargo en la boca.

—Utilizaré cualquier cosa —dijo él con suavidad—, si me ayuda a convertir a Gregor en un hombre competente, que lleve adelante un gobierno estable, dentro de quince años. Te utilizaré a ti, a mí, a quien sea necesario. Después de haber pagado un precio tan alto, no podemos permitirnos el lujo de fracasar.

Ella suspiró y colocó la mano entre las de su marido.

—En caso de accidente, puedes donar mis órganos. Así somos los betaneses. No desperdiciamos nada.

Aral esbozó una sonrisa triste y apoyó la frente en la de ella sin decir una palabra.

La promesa silenciosa que Cordelia le había hecho a Kareen se hizo oficial cuando ella y Aral, como pareja, fueron designados por el Consejo de Condes como tutores de Gregor. Legalmente, esto tenía una diferencia con la custodia de Aral como regente del imperio. El primer ministro Vortala instruyó a Cordelia y le dejó bien claro que sus deberes no comprendían ninguna clase de poder político. Su nuevo cargo sí implicaba algunas cuestiones económicas, como la administración fiduciaria de ciertas propiedades Vorbarra que no pertenecían al imperio, heredadas por Gregor como conde Vorbarra. Y por indicación de Aral, se delegó en ella el cuidado diario del niño, además de su educación.

—Pero Aral —objetó Cordelia—, Vortala puso mucho énfasis en que yo no tendría ningún poder.

—Vortala... no lo sabe todo. Digamos que le cuesta un poco reconocer algunas formas de poder que no implican fuerza. Aunque no dispondrás de mucho tiempo para ejercer tu influencia. A los doce años Gregor ingresará en la escuela preparatoria para la Academia.

—¿Pero ellos comprenden que...?

—Yo lo comprendo. Y tú también. Con eso basta.

20

Una de las primeras órdenes de Cordelia fue volver a asignar a Droushnakovi a la persona de Gregor, para que conservase cierta continuidad emocional. Esto no significaba renunciar a la compañía de la joven, un consuelo al cual Cordelia se había habituado profundamente, porque al fin Aral había cedido a la insistencia de Illyan y se habían trasladado a la Residencia Imperial. Cordelia sintió una inmensa alegría cuando un mes después de la Feria Invernal, Drou y Kou contrajeron matrimonio.

Cordelia se ofreció para oficiar como intermediaria entre las dos familias, pero por alguna razón tanto Kou como Drou rechazaron su oferta, aunque se lo agradecieron profusamente. Teniendo en cuenta las trampas que ocultaban las costumbres sociales barrayaresas, Cordelia también consideró mejor dejarle la tarea a la señora mayor contratada por la pareja a tal efecto.

Cordelia y Alys Vorpatril se visitaban con frecuencia. Sin ser exactamente un consuelo para Alys, el pequeño lord Iván sin duda la ayudaba a recuperarse de su odisea psicológica. El niño creció rápidamente a pesar de tener cierta tendencia a los caprichos, actitud que según la opinión de Cordelia era alimentada por Alys.

Iván hubiese necesitado tres o cuatro hermanos para que ella repartiese sus atenciones, decidió mientras la observaba palmearle la espalda después de comer, planeando en voz alta la educación que recibiría hasta los dieciocho años, edad en la cual pasaría los exámenes para ingresar en la formidable Academia Militar Imperial.

Por unos momentos, Alys dejó de lamentarse amargamente por Padma y de planificar la vida de Iván hasta el último detalle cuando Drou le contó cómo sería su traje de bodas.

—¡No, no, no! —exclamó espantada—. Todo ese encaje... parecerás una gran osa blanca. Seda, querida, tienes que ponerle largas franjas de seda... —Y comenzó a diseñarlo.

Al no tener madre ni hermanas, Drou no podría haber encontrado a una consejera mejor. Para estar segura de su perfección estética, lady Vorpatril terminó regalándole el vestido, junto con una «pequeña cabana» que resultó ser una casa considerable en la costa este. Llegado el verano, el sueño de Drou en la playa se volvería realidad. Cordelia sonrió y compró a la joven una camisa de noche y una bata con suficiente encaje como para satisfacer las necesidades de su alma femenina.

Aral les proporcionó el lugar donde celebrar la fiesta: el Salón Rojo de la Residencia Imperial, el que tenía el maravilloso suelo de marquetería que, para inmenso alivio de Cordelia, había escapado al incendio. En teoría, este gesto espléndido fue justo lo que Illyan necesitaba por razones de seguridad, ya que Cordelia y Aral se encontrarían entre los principales testigos. Personalmente, a Cordelia le parecía que las cosas tomaban un giro prometedor si Seguridad Imperial comenzaba a ocuparse de organizar bodas.

Aral repasó la lista de invitados y sonrió.

—¿Has notado que todas las clases se encuentran representadas? —le dijo a Cordelia—. Hace un año, no hubiese sido posible celebrar el banquete aquí. El hijo del tendero y la hija de un militar sin grado. Ellos lo compraron con sangre, pero tal vez el próximo año pueda comprarse con un acuerdo pacífico. Medicina, educación, ingeniería, nuevas empresas... ¿Qué te parecería una fiesta para bibliotecarios?

—Y esas brujas con las que están casados los amigos de Piotr, ¿no se quejarán por estos cambios sociales demasiado progresistas?

—¿Con Alys Vorpatril respaldándolos? Jamás se atreverían.

Los preparativos para la boda continuaron. Cuando faltaba una semana, Kou y Drou se sentían aterrados y consideraban la posibilidad de fugarse, ya que habían perdido el control de todo. Pero el personal de la Residencia Imperial tenía una gran práctica en organizar hasta el más mínimo detalle. El ama de llaves corría por todas partes, riendo.

—Y yo que me temía que cuando el almirante llegara aquí no tendríamos nada que hacer, aparte de esas cenas mortalmente aburridas para el Estado Mayor.

Al fin llegó el día y la hora de la boda. En el suelo del salón había un gran círculo de sémola coloreada, acompañado por una estrella con un número variable de puntas una para cada padre o testigo principal. En este caso eran cuatro. Según la costumbre barrayaresa, las parejas se casaban a sí mismas, pronunciando sus votos en el interior del círculo, sin necesidad de un sacerdote o un magistrado. Un asistente permanecía fuera del círculo y leía el texto para que la pareja lo repitiese. Esto permitía prescindir de esfuerzos mentales mayores, tales como el aprendizaje de memoria por parte de la pareja. Los contrayentes ni siquiera tenían que utilizar la coordinación motora, ya que cada uno contaba con un amigo que lo conducía al interior del círculo. Todo era muy práctico, decidió Cordelia, y también espléndido.

Con una sonrisa y una reverencia, Aral situó a Drou en su punta de la estrella como si depositase un ramo, y luego fue a ocupar su propio lugar. Lady Vorpatril había insistido en

que Cordelia se hiciese confeccionar ropa adecuada para la ocasión, y el vestido elegido era amplio y largo en azul y blanco, con adornos en flores rojas a juego con el uniforme de desfile de Aral, rojo y azul. El padre de Drou, muy nervioso y henchido de orgullo, también vestía su uniforme rojo y azul. Cordelia solía asociar a los militares con el totalitarismo, y le resultaba extraño imaginarlos como punta de lanza del igualitarismo en Barrayar. Era el obsequio de cetagandaneses, decía Aral; su invasión había obligado a promocionar el talento sin preocuparse por el origen, y a partir de entonces la sociedad barrayaresa seguía siendo barrida por las oleadas del cambio.

El sargento Droushnakovi era un hombre más bajo y delgado de lo que Cordelia había esperado. Los genes maternos, una mejor nutrición, o una mezcla de los dos factores, habían hecho que todos sus hijos fuesen más altos que él. Los tres hermanos, desde el capitán hasta el cabo, habían recibido permiso militar para poder asistir a la ceremonia, y se encontraban en el círculo más amplio de los otros testigos junto con la emocionada hermana menor de Kou. La madre de éste se encontraba en la última punta de la estrella, entre llantos y sonrisas, con un vestido azul tan perfecto que Cordelia supuso que, de alguna manera, Alys Vorpatril también había logrado llegar hasta ella.

Koudelka entró primero, apoyado en su bastón con funda nueva y en Bothari. El sargento vestía la versión más reluciente de la librea marrón y plata de Piotr, y trataba de ayudar murmurando sugerencias terribles como «Si le vienen ganas de vomitar, baje la cabeza». La sola idea hizo que el rostro de Kou se volviera más verdoso aún, de forma que contrastaba extraordinariamente con el uniforme rojo y azul que, sin lugar a dudas, Alys Vorpatril hubiese desaprobado.

Las cabezas se volvieron cuando apareció la novia. Alys había tenido toda la razón al elegir el vestido de Drou. La joven avanzó graciosa, en una perfecta combinación de formas: seda marfil, cabello dorado, ojos azules, flores blancas, azules y rojas. Sólo cuando se detuvo junto a Kou, quedó en evidencia lo alto que debía de ser él. Alys Vorpatril, en gris y plateado, dejó a Drou en la orilla del círculo con un gesto parecido al de una diosa cazadora que liberara a un halcón blanco para que partiese volando y fuera a posarse en los brazos extendidos de Kou.

Kou y Drou lograron pronunciar sus votos sin tartamudear ni desmayarse, y disimularon la vergüenza que sintieron ante la declaración pública de sus despreciados nombres de pila: Clement y Ludmilla.

Entonces, como testigo principal, Aral rompió el círculo deslizando una bota sobre la sémola y los dejó salir. La fiesta comenzó con música, baile, comida y bebida.

El banquete estuvo increíble, la música muy animada y la bebida... tradicional. Después de la primera copa del excelente vino enviado por Piotr, Cordelia se acercó a Kou y le murmuró algunas palabras acerca de ciertas investigaciones betanesas según las cuales el etanol tenía efectos perjudiciales sobre las funciones sexuales. Después de oírla, Kou se marchó al lavabo.

—Eres una mujer cruel —le susurró Aral al oído, riendo.

—Para Drou no lo soy —respondió ella.

Cordelia fue presentada formalmente a los hermanos, ahora cuñados, quienes la miraron con ese respeto reverencial que le hacía apretar los dientes. De todas formas, relajó la mandíbula cuando el padre hizo callar a uno de ellos para permitir que la novia hiciese cierto comentario sobre las armas de fuego.

—Cállate, Jos —le dijo el sargento Droushnakovi a su hijo—. Tú nunca has manejado un disruptor nervioso en combate. —Drou parpadeó, y luego sonrió con un brillo en la mirada.

Cordelia aprovechó la ocasión para charlar un momento con Bothari, a quien veía en raras ocasiones ahora que Aral había abandonado la casa de Piotr.

—¿Cómo se encuentra Elena ahora que ha vuelto? ¿La señora Hysopi ya se ha recuperado de todo lo ocurrido?

—Están bien, señora. —Bothari inclinó la cabeza y casi sonrió—. Los visité hace cinco días, cuando el conde Piotr viajó para visitar a sus caballos. Elena ya ha empezado a gatear. Si la dejas un momento, al volver ya no la encuentras donde la habías dejado. —Frunció el ceño—. Espero que Karla Hysopi se mantenga alerta.

—Cuidó perfectamente bien a Elena durante la guerra de Vordarian. Supongo que le resultará igual de fácil vigilar sus gateos. Es una mujer valiente. Debería encontrarse en la fila para recibir una de esas medallas que están entregando.

—No creo que signifiquen mucho para ella —respondió Bothari.

—Hum. Espero que entienda que puede llamarme siempre que necesite algo. En cualquier momento.

—Sí, señora. Pero nos las arreglamos bien por ahora. —Hubo un cierto destello de orgullo en sus palabras—. En invierno Vorkosigan Surleau es un lugar muy tranquilo. Limpio. Me parece el sitio ideal para un bebé. —No es como el lugar donde yo crecí, casi le oyó decir Cordelia—. Yo quiero que tenga todo lo mejor. Hasta el padre.

—¿Y usted, cómo se encuentra?

—La nueva medicina es mejor. Ya no tengo la cabeza llena de bruma como antes. Y duermo toda la noche. Aparte de eso, no conozco sus efectos.

Bothari parecía relajado y sereno, casi libre del aspecto siniestro que siempre lo acompañaba. De todos modos, fue la primera persona en el salón que observó la mesa del bufet y preguntó:

—¿Se supone que todavía debe andar por ahí despierto?

Vestido con su pijama, Gregor se escurría junto a la mesa, tratando de pasar inadvertido y hurtar algunos comestibles antes de que lo descubrieran y volvieran a llevárselo. Cordelia llegó a él primero, antes de que un invitado desprevenido lo empujara o los aterrados guardaespaldas que esa noche ocupaban el lugar de Drou volvieran a capturarlo. Detrás de los guardias venía Illyan, con el rostro blanco como un papel. Afortunadamente para el corazón de Illyan, Gregor sólo había desaparecido formalmente durante unos sesenta segundos. El niño se encogió contra la falda de Cordelia cuando los agitados adultos se abalanzaron sobre él.

Drou, quien había notado que Illyan hablaba por el intercomunicador, palidecía y se ponía en marcha, se acercó de inmediato a preguntar qué ocurría.

—¿Cómo logró salir? —gruñó Illyan a los guardianes de Gregor, quienes balbucearon algo inaudible como «Creí que estaba dormido» y «No le he quitado los ojos de encima».

—Él no ha salido —intervino Cordelia con dureza—. Ésta es su casa. Al menos deberían permitirle caminar por las estancias... si no, ¿para qué tienen todos esos guardias apostados en los muros?

—Droushie, ¿no puedo venir a tu fiesta? —preguntó Gregor con tono quejumbroso, buscando desesperadamente una autoridad por encima de la de Illyan.

Drou miró a Illyan, quien pareció desaprobador la idea. Cordelia le respondió con firmeza:

—Sí, tienes mi permiso.

Por lo tanto, bajo la supervisión de Cordelia, el emperador bailó con la novia, comió tres pasteles de crema y al final dejó que lo acostaran muy satisfecho. El pobre niño sólo quería un ratito de diversión.

La fiesta continuó, muy animada.

—¿Bailamos, señora? —le preguntó Aral, esperanzado.

¿Se atrevería a intentarlo? Estaban tocando la danza del espejo... No lo haría demasiado mal. Cordelia asintió con la cabeza y después de vaciar la copa, Aral la condujo hasta la pulida pista. Paso, desliz, ademán; mientras se concentraba, hizo un descubrimiento interesante e inesperado. Cualquiera de los dos integrantes podía conducir, y si los bailarines se mantenían alerta, los espectadores no notarían la diferencia. Cordelia intentó algunas inclinaciones y deslices propios, y Aral la siguió sin

problemas. Los dos continuaron bailando cada vez más absortos, hasta que al fin se quedaron sin música ni aliento.

Las últimas nieves del invierno se derretían en las calles de Vorbarr Sultana cuando el capitán Vaagen llamó del Hospital Militar preguntando por Cordelia.

—Ha llegado el momento, señora. He hecho todo lo posible por medios artificiales. La placenta ya tiene diez meses y su envejecimiento ya es evidente. Ya no puedo sobrealimentar más la máquina para compensarlo.

—¿Cuándo?

—Mañana estaría bien.

Cordelia apenas si durmió esa noche. A la mañana siguiente todos se encaminaron al Hospital Militar Imperial: Aral, Cordelia y el conde Piotr flanqueado por Bothari. Cordelia no estaba segura de querer que Piotr se encontrase presente, pero hasta que el anciano les hiciese a todos el favor de caer muerto, debería soportarlo. Tal vez si apelara una vez más a la razón, volviendo a presentarle los hechos, con un intento más, lograrían convencerlo. El antagonismo apenas a Aral; al menos el responsable de alimentarlo sería Piotr, y no ella.

Haz lo que quieras, viejo. Tu único futuro es a través de mí. Mi hijo encenderá tu pira funeraria. De todos modos, se alegraba de volver a ver a Bothari.

El laboratorio nuevo de Vaagen ocupaba toda una planta en el edificio más moderno del complejo. Cordelia había hecho que se trasladase del antiguo laboratorio para que no conviviese con los fantasmas, pues un día en que fue a visitarlo lo encontró casi paralizado e incapaz de trabajar. Cada vez que entraba en la habitación, le había confesado, recordaba la muerte violenta e inútil del doctor Henri. No podía pisar el lugar donde había caído su amigo, y siempre daba un rodeo. Cualquier ruido lo sobresaltaba.

«Soy un hombre racional —le había dicho con voz ronca—. Estas supersticiones absurdas no significan nada para mí.»

Por lo tanto Cordelia le había ayudado a encender una ofrenda privada en un brasero del laboratorio, y luego había disimulado la mudanza diciendo que era una promoción.

El nuevo laboratorio era luminoso, amplio y libre de apariciones. Cuando Vaagen la hizo entrar, Cordelia se encontró con una multitud de personas que aguardaban dentro: eran investigadores a quienes había convocado para que exploraran la nueva tecnología, obstetras civiles entre los cuales estaba el doctor Ritter, el futuro pediatra de Miles, y su cirujano consultivo. Los padres de la criatura tuvieron que abrirse paso para entrar.

Vaagen iba y venía a toda prisa, sintiéndose alegremente importante. Todavía llevaba el parche en el ojo, pero le prometió a Cordelia que ahora dispondría de tiempo para someterse a una intervención con la cual recuperaría la visión. Un técnico entró con la réplica uterina en una mesa con ruedas y Vaagen se detuvo, como si tratara de determinar el modo más dramático y ceremonioso de efectuar lo que, según sabía Cordelia, era un hecho de lo más simple. Al final decidió brindar un discurso técnico para sus colegas, detallando la composición de las soluciones hormonales que inyectaba en los conductos de alimentación, interpretando las lecturas y describiendo la separación placentaria que se efectuaba dentro de la réplica, las similitudes y diferencias entre esta técnica y el parto natural. Existían varias diferencias que Vaagen pasó por alto.

Alys Vorpatrik debería ver esto, pensó Cordelia.

Vaagen alzó la vista y la miró a los ojos. Entonces se interrumpió, cohibido, y sonrió.

—Señora Vorkosigan. —Señaló los cierres que sellaban la réplica—. ¿Querría hacernos el honor?

Ella extendió la mano, vaciló, y miró a su alrededor en busca de Aral. Allí estaba, solemne y muy atento entre el gentío.

—¿Aral?

Él avanzó.



—¿Estás segura?

—Si puedes abrir una nevera campestre, podrás hacer esto.

Cogieron un cierre cada uno y los alzaron al mismo tiempo, rompiendo el precinto estéril. Entonces levantaron la tapa. El doctor Ritter se acercó con un escalpelo vibratorio, para cortar la maraña de conductos nutrientes con un movimiento tan delicado que el argénteo saco amniótico permaneció intacto. Luego liberó a Miles de sus últimas capas biológicas y le despejó la boca y la nariz de fluidos antes de que, con gran sorpresa, realizara su primera inhalación. Alrededor de Cordelia, el brazo de Aral la estrechó con tanta fuerza que le dolió. Una risita ahogada, casi inaudible, escapó de sus labios. Entonces tragó saliva y parpadeó, logrando que sus facciones llenas de regocijo y dolor volvieran a mantenerse bajo estricto control.

Feliz cumpleaños, pensó Cordelia. Tienes buen color...

Por desgracia, eso era prácticamente lo único que estaba bien. El contraste con el pequeño Iván le resultó abrumador. A pesar de las semanas suplementarias de gestación, diez meses contra los nueve y medio de Iván, Miles apenas si tenía la mitad del tamaño del otro bebé, y estaba mucho más marchito y arrugado. La columna tenía una visible deformación, y las piernas estaban plegadas con fuerza. Definitivamente, era un heredero varón, no cabía la menor duda al respecto. Su primer llanto fue muy débil, nada comparado con el bramido furioso y hambriento de Iván. A sus espaldas, Cordelia oyó la exclamación decepcionada de Piotr.

—¿Ha estado recibiendo la nutrición suficiente? —le preguntó Cordelia a Vaagen. Resultaba difícil mantener alejado el tono acusador de su voz.

Vaagen se alzó de hombros con impotencia.

—Todo lo que pudo absorber.

El pediatra y su colega depositaron a Miles bajo una luz tibia, y comenzaron a examinarlo, flanqueados por Aral y Cordelia.

—Esta curva se enderezará sola, señora —señaló el pediatra—. Pero la parte inferior de la columna debería corregirse mediante una intervención quirúrgica lo antes posible. Tenías razón, Vaagen. El tratamiento para activar el desarrollo del cráneo también ha soldado las caderas. Por eso las piernas se encuentran plegadas en esta posición tan extraña, señor. Habrá que intervenir para romper esas uniones y corregir la postura de los huesos antes de que pueda comenzar a gatear o caminar. No recomiendo que se realice antes del primer año, sumado a la operación de columna. Dejemos que cobre fuerzas y gane peso primero...

Mientras probaba los brazos del bebé, de pronto el cirujano lanzó una maldición y cogió el visor de diagnóstico. Miles gimió. Aral apretó el puño. Cordelia sintió un nudo en el estómago.

—¡Mierda! —dijo—. Acaba de romperse el húmero. Tenías razón Vaagen, los huesos son extremadamente frágiles.

—Al menos tiene huesos —suspiró Vaagen—. En determinado momento prácticamente no existían.

—Hay que tener cuidado —intervino el cirujano—, sobre todo con la cabeza y la columna. Si el resto está tan mal como los huesos largos, será imprescindible proporcionarle algún tipo de refuerzo...

Piotr volvió y se dirigió a la puerta. Aral alzó la vista, frunció los labios y se disculpó para ir tras él. Cordelia se sintió desgarrada, pero en cuanto comprobó que los cuidados médicos protegerían a Miles por el momento, los dejó inclinados sobre él y siguió a Aral. En el pasillo, Piotr caminaba de un lado al otro. Aral se hallaba allí, inmóvil. Bothari era un testigo silencioso en el fondo. Piotr se volvió hacia ella.

—¡Tú! ¡Me has engañado! ¿A esto llamas resultados? ¡Bah!

—Lo son. No cabe duda de que Miles se encuentra mucho mejor que al principio. Nadie prometió la perfección.

—Has mentido. Vaagen ha mentido.

—No es verdad —le replicó Cordelia—. Desde el principio traté de compartir con usted los informes de Vaagen. Esto era lo que podíamos esperar, según ellos. Hágase revisar los oídos.

—Sé lo que intentas, pero no funcionará. Acabo de decírselo a él —agregó, señalando a Aral—. Hasta aquí he llegado. No quiero volver a ver a ese mutante. Nunca. Mientras viva, si es que vive (cosa que dudo ya que tiene un aspecto bastante enfermizo), no lo acerquéis a mi puerta. Tú no me harás pasar por tonto, mujer.

—Eso sería una redundancia —replicó Cordelia.

Piotr esbozó una mueca despectiva. Al ver que ella ignoraba sus hirientes palabras, se volvió hacia Aral.

—Y tú, muchacho sin carácter... si tu hermano mayor hubiese vivido... —Piotr cerró la boca repentinamente, pero fue demasiado tarde.

El rostro de Aral adoptó un tinte grisáceo que Cordelia le había visto en dos ocasiones antes de eso; en ambos casos había estado peligrosamente cerca de cometer un asesinato. Piotr solía bromear sobre sus famosos ataques de ira. Sólo entonces Cordelia comprendió que, a pesar de haber visto la irritación de su hijo en ocasiones, Piotr nunca lo había visto verdaderamente furioso. El anciano también pareció comprenderlo en ese momento, y miró a su hijo con inquietud.

Aral unió las manos a la espalda. Cordelia vio que le temblaban, con los nudillos blancos. Él alzó el mentón y habló en un susurro.

—Si mi hermano hubiese vivido, habría sido perfecto. Tú pensabas eso, yo pensaba eso, y el emperador Yuri pensó lo mismo. Por lo tanto, a partir de entonces has tenido que conformarte con los restos de ese sangriento banquete, con el hijo que te dejó vivo el pelotón de Yuri el Loco. Nosotros los Vorkosigan sabemos conformarnos. —Bajó aún más la voz—. Pero mi primogénito vivirá. Yo no lo defraudaré.

Sus palabras fueron un tajo casi mortal en el vientre, un corte tan limpio que Bothari hubiese podido descargarlo con la espada de Koudelka. Piotr exhaló un suspiro de incertidumbre y dolor.

La expresión de Aral se tornó introvertida.

—No volveré a defraudarlo —se corrigió en voz baja—. Tú nunca tuviste esa segunda oportunidad, padre. —Aflojó las manos a sus espaldas. Con un movimiento de cabeza ignoró a Piotr y a todo lo que éste pudiese replicar.

Frustrado por segunda vez y profundamente dolido por su paso en falso, Piotr miró a su alrededor buscando alguien en quien descargar su ira. Entonces posó los ojos sobre Bothari, quien lo contemplaba con rostro impasible.

—Y tú. Desde un principio has participado en esto. ¿Mi hijo te ha enviado a mi casa como espía? ¿A quién prestas tu lealtad? ¿Me obedeces a mí o a él?

En los ojos de Bothari apareció un brillo extraño. Su cabeza se movió en dirección a Cordelia.

—A ella.

Piotr se quedó tan desconcertado que tardó varios segundos en recuperar el habla.

—Bien —le espetó al fin—. Entonces quédate con ella. No quiero volver a ver tu horrible rostro. No vuelvas a la Residencia Vorkosigan. Esterhazy te enviará tus cosas antes del anochecer.

Piotr se volvió y se marchó. El anciano trató de realizar una salida grandiosa, pero el efecto perdió fuerza cuando giró la cabeza para mirarlos antes de tomar por el pasillo.

Aral exhaló un suspiro de fatiga.

—¿Crees que esta vez hablaba en serio? —preguntó Cordelia—. Todo eso de «nunca más».

—Tendremos que estar en contacto por cuestiones de gobierno. Él lo sabe. Deja que se vaya a casa y escuche el silencio un buen rato. Luego ya veremos. —Sonrió con tristeza—. Mientras vivamos, no podremos separarnos.

Cordelia pensó en el niño cuya sangre ahora los unía: ella a Aral, Aral a Piotr y Piotr a ella.

—Eso parece. —Miró a Bothari, con expresión de disculpa—. Lo siento sargento. No sabía que Piotr podía despedir a un Hombre de Armas bajo juramento.

—Bueno, técnicamente no puede —le explicó pensativamente Aral—. Bothari acaba de ser asignado a otro sector de la casa. A ti.

—Oh. —Justo lo que siempre he querido, mi propio monstruo. ¿Qué voy a hacer con el ahora? ¿Guardarlo en el armario? Cordelia se frotó la nariz y luego se miró la mano. Era la misma mano que acompañó a la de Bothari con la espada. Una y otra vez—. Lord Miles necesitará un guardaespaldas, ¿verdad?

Aral la miró con interés.

—Ya lo creo.

De pronto Bothari pareció tan esperanzado que Cordelia contuvo el aliento.

—Un guardaespaldas —dijo—, y un apoyo. Nadie le hará pasar un mal rato si... si me permite ayudar, señora.

«Me permite ayudar.» Rima con «te quiero», ¿no?

—Sería... —Imposible, una locura, peligroso, irresponsable—: ideal, sargento.

Su rostro se iluminó como una antorcha.

—¿Puedo empezar ahora?

—¿Por qué no?

—Estaré dentro, entonces —dijo mientras se volvía hacia la puerta del laboratorio. Cordelia se lo imaginaba, apoyado contra una pared, siempre alerta... sólo esperaba que su malévola presencia no pusiera tan nerviosos a los médicos como para dejar caer su preciosa carga.

Aral respiró hondo y la estrechó entre sus brazos.

—¿Vosotros los betaneses tenéis cuentos infantiles sobre el regalo de las brujas en el día del cumpleaños?

—Parece que en este caso tanto las hadas buenas como las malas brillan por su ausencia, ¿verdad? —Se reclinó contra la tela áspera de su uniforme—. No sé si Piotr nos entregó a Bothari como una bendición o una maldición. Pero apuesto que mantendrá a raya a cualquier enemigo. No importa de qué enemigo se trate. Son extraños los obsequios de nacimiento que entregamos a nuestro hijo.

Regresaron al laboratorio para escuchar atentamente la disertación de los médicos sobre las necesidades especiales de Miles, convenir cuáles serían los primeros tratamientos que le efectuarían, y arrojárselo bien para el viaje a casa. Era muy pequeño, pesaba menos que un gato. Cordelia lo descubrió cuando al fin lo tuvo entre sus brazos, piel contra piel por primera vez desde que lo separaron de sus entrañas. Tuvo un momento de pánico.

Colocadlo otra vez en la réplica, durante unos dieciocho años. No sabré qué hacer con esto... Los niños podían ser una bendición o no, pero crearlos para después defraudarles sin duda merecía un castigo eterno. Hasta Piotr lo sabía. Aral les abrió la puerta.

Bienvenido a Barrayar, hijo mío. Aquí estás: tendrás un mundo de riqueza y pobreza, de cambios profundos y de historia arraigada. Tendrás un nacimiento y un nombre. Miles significa «soldado», pero no te dejes abrumar por la sugestión. Tendrás una figura retorcida en una sociedad que odia y teme a las mutaciones que tanto dolor te han causado. Tendrás un título, riqueza, poder, y todo el odio y la envidia que estos dones atraerán. Tendrás un cuerpo que deberán abrir varias veces para acomodar tus huesos. Heredarás una colección de amigos y enemigos que nada tendrán que ver contigo. Tendrás un abuelo del infierno. Soporta el dolor, encuentra la alegría y descubre un

sentido propio para todo, porque no podrás esperar que el universo te lo proporcione. Siempre serás un blanco móvil. Vive. Vive. Vive.

## EPÍLOGO

Vorkosigan Surleau, cinco años después.

—Maldito seas, Vaagen —dijo Cordelia, jadeante—, no me advertiste que el pequeño bribón iba a ser hiperactivo.

Corrió escaleras abajo, atravesó la cocina y salió a la terraza en el extremo de la residencia de piedra. Su mirada se deslizó por el jardín, entre los árboles, y escudriñó el gran lago que brillaba bajo el sol del verano. Ningún movimiento.

Vestido con el pantalón de su viejo uniforme y una camisa desteñida, Aral se acercó por un lado de la casa, la vio y abrió las manos en un gesto negativo.

—No está por aquí.

—Tampoco está dentro. ¿Habrá subido... o bajado? ¿Y dónde está la pequeña Elena? Seguro que se han ido juntos. Le prohibí que se acercara al lago sin un adulto, pero no sé...

—No creo que hayan ido al lago —dijo Aral—. Han estado nadando toda la mañana. Yo me he cansado de sólo mirarlos. En un cuarto de hora, subió al muelle y volvió a saltar diecinueve veces. Si multiplicas eso por tres horas...

—Entonces, arriba —decidió Cordelia—. Giraron y juntos comenzaron a subir la colina por el sendero bordeado de plantas nativas, importadas de la Tierra, y flores exóticas—. Pensar que recé... —jadeó Cordelia— para que llegase el día en que lo viera caminar.

—Son cinco años de movimientos contenidos puestos en libertad —analizó Aral—. En cierto sentido, resulta un alivio comprobar que toda esa frustración no se convirtió en resentimiento. Por un tiempo temí que así fuese.

—Sí. ¿Has notado que desde la última operación ya no parlotea constantemente? Al principio me alegré, ¿pero tú crees que llegará a volverse mudo? Yo ni siquiera sabía que esa unidad de refrigeración podía partirse en dos. Un ingeniero mudo.

—Supongo que... con el tiempo sus aptitudes verbales y mecánicas alcanzarán un equilibrio. Si sobrevive.

—Aquí estamos, un montón de adultos y él solito. Deberíamos ser capaces de controlarlo. ¿Por qué siento que nos tiene rodeados?

Llegaron a la cima de la colina. Las caballerizas de Piotr se encontraban abajo, en el valle, y constaban de seis edificios de piedra y madera pintada de rojo, extensiones con cercas y pastos verdes importados de la Tierra. Cordelia vio caballos, pero ningún niño. Bothari ya se encontraba allí, y salía de un edificio para entrar en el otro. Su grito llegó hasta ellos, atenuado por la distancia.

—¡Lord Miles!

—Oh, querido, espero que no esté molestando a los caballos de Piotr —dijo Cordelia—. ¿Te parece que esta vez alcanzaremos una verdadera reconciliación? ¿Sólo porque al fin Miles ha comenzado a caminar?

—Anoche estuvo muy civilizado durante la cena —dijo Aral con tono algo esperanzado.

—Anoche yo estuve muy civilizada durante la cena —replicó Cordelia—. Él me acusó de matar de hambre a tu hijo hasta convertirlo en un enano. ¿Qué puedo hacer si el niño prefiere jugar con su comida en lugar de comerla? Todavía no sé si aumentarle la dosis de esa hormona del crecimiento. Vaagen no está seguro de sus efectos sobre la fragilidad de los huesos.

Aral esbozó una pequeña sonrisa.

—A mí me pareció ingenioso ese diálogo de los guisantes que marchaban para rodear al panecillo y exigirle la rendición. Uno casi podía imaginarlos como pequeños soldados con sus uniformes verdes.

—Sí, y tú no fuiste de gran ayuda al reírte, en lugar de amenazarlo para que comiera, como debe hacer un buen padre.

—No me reí.

—Sí, te reías con la mirada, y él lo sabía. Te tenía en un puño.

El cálido aroma orgánico de los caballos y sus inevitables derivados impregnó el aire cuando se acercaron a los edificios. Bothari volvió a aparecer, los vio y les dirigió un gesto de disculpa.

—Acabo de ver a Elena. Le dije que bajara de ese henal. Me aseguró que Miles no estaba allá arriba, pero tiene que andar por aquí. Lo siento señora, cuando habló de ver a los animales no imaginé que fuera de inmediato. Estoy seguro de que lo encontraré ahora mismo.

—Yo esperaba que Piotr nos ofreciera dar un paseo —suspiró Cordelia.

—Pensé que no te gustaban los caballos —dijo Aral.

—Los detesto. Pero se me ocurrió que de ese modo el viejo comenzaría a hablarle como a un ser humano, en lugar de verlo como a una planta en una maceta. Y Miles estaba de lo más entusiasmado con esas estúpidas bestias. Aunque no me gusta andar mucho por aquí. Este lugar es tan... Piotr. —Arcaico, peligroso y uno debe vigilar donde pisa.

Y hablando de Piotr, justo en ese momento el anciano emergió del cobertizo, enrollando una cuerda.

—Ah. Estáis aquí —dijo con tono neutral. Aunque se acercó a ellos con una actitud bastante sociable—. Supongo que no os interesará ver la nueva potranca.

Por su tono, Cordelia no supo si esperaba que dijese sí o no. Aunque de todos modos, aprovechó la oportunidad.

—Estoy segura de que a Miles le gustaría.

—Hum.

Cordelia se volvió hacia Bothari.

—¿Por qué no va a buscar...? —pero Bothari también la miraba, con expresión desanimada. Ella giró sobre sus talones.

Uno de los caballos más enormes de Piotr estaba saliendo del establo sin brida, montura, cabestro ni ninguna otra cosa a la cual sujetarse. Aferrado a su crin venía un niño de cabellos oscuros, con aspecto de enano. Las facciones de Miles brillaban con una mezcla de exaltación y terror. Cordelia estuvo a punto de desmayarse.

—¡Mi semental importado! —aulló Piotr, horrorizado.

Por puro reflejo, Bothari extrajo el aturridor de su funda. Pero entonces permaneció paralizado, sin saber qué hacer con él. Si el caballo caía y rodaba sobre el pequeño jinete...

—¡Mira, sargento! —exclamó la voz de Miles con ansiedad—. ¡Soy más alto que tú!

Bothari echó a correr hacia él. Espantado, el caballo se alejó con un medio galope.

—¡... y también puedo correr más rápido! —Las palabras quedaron ahogadas por el sonido de los cascos. El caballo desapareció al otro lado del establo.

Los cuatro adultos salieron disparados hacia allí. Cordelia no oyó ningún otro grito, pero cuando dieron la vuelta Miles estaba tendido en el suelo. El caballo se había detenido un poco más allá y tenía la cabeza inclinada para mordisquear los pastos. Al verlos emitió un resoplido hostil, alzó la cabeza, movió un poco las patas y luego siguió pastando.

Cordelia cayó de rodillas junto a Miles, quien ya estaba sentado y le indicaba que se alejase. Estaba pálido y se sujetaba el brazo izquierdo con la mano derecha en un gesto de dolor demasiado familiar.

—¿Lo ves, sargento? —jadeó Miles—. Puedo montar. Puedo hacerlo.

Piotr, que se dirigía hacia el caballo, se detuvo y lo miró.

—Yo no me refería a que no fuese capaz —dijo el sargento con ansiedad—. Me refería a que no tenía permiso.

—Oh.

—¿Se ha roto? —le preguntó Bothari, mirándole el brazo.

—Sí —suspiró el niño. Había lágrimas de dolor en sus ojos, pero no permitió que su voz se quebrase.

El sargento gruñó y le alzó la manga para palparle el antebrazo. Miles lanzó una exclamación.

—Sí. —Bothari le tiró del brazo y lo colocó en su lugar. Entonces extrajo una manga plástica del bolsillo, se la colocó sobre el brazo y la muñeca, y la hinchó—. Eso lo mantendrá firme hasta que consultemos al médico.

—¿No tendría que... mantener encerrado a ese horrible caballo? —le dijo Cordelia a Piotr.

—No es horrible —insistió Miles mientras se levantaba—. Es el más bonito.

—¿Eso crees? —le preguntó Piotr con dureza—. ¿Por qué piensas eso? ¿Te gusta el color?

—Es el que se mueve mejor —le explicó Miles mientras saltaba imitando los movimientos del caballo.

Esto cautivó la atención de Piotr.

—Ya veo —dijo con tono risueño—. Es mi mejor caballo... ¿Te gustan los caballos?

—Son fantásticos. Me encantan. —Miles hizo varias cabriolas.

—Y pensar que tu padre nunca se interesó en ellos. —Piotr dirigió a Aral una mirada resentida.

Gracias a Dios, pensó Cordelia.

—En un caballo, seguro que podría ir tan rápido como cualquiera —dijo Miles.

—Lo dudo —respondió Piotr con frialdad—, si debemos tomar lo de hoy como un ejemplo. Si quieres montar, tendrás que hacerlo bien.

—Enséñame —pidió Miles de inmediato.

Piotr miró a Cordelia con una sonrisa amarga.

—Si tu madre te da permiso. —Giró sobre sus talones con una expresión irónica, pues conocía la antipatía de Cordelia hacia los caballos.

Cordelia se mordió la lengua para no responder «sobre mi cadáver». Los ojos de Aral parecían querer decirle algo, pero ella no alcanzaba a comprenderlo. ¿Sería éste otro plan de Piotr para matar a Miles? ¿Se lo llevaría y dejaría que el animal lo lanzase, lo pisotease hasta romperle todos los huesos? Vaya una idea.

¿Sería un riesgo? Desde que Miles comenzó a desplazarse al fin, ella no hacía más que correr tras él aterrada, tratando de salvarlo de cualquier peligro físico; en cambio Miles dedicaba la misma energía para escapar de su supervisión. Si continuaban así mucho tiempo más, alguno de los dos se volvería loco.

Si no podía mantenerlo en un lugar seguro, tal vez lo mejor fuese enseñarle a desenvolverse en un mundo de peligros. A estas alturas ya era casi imposible que se ahogase, por ejemplo. Sus grandes ojos grises le suplicaban desesperadamente en silencio: «déjame, déjame, déjame...» con la suficiente energía como para derretir el acero.

Yo lucharía contra el mundo entero por ti, pero que me condenen si encuentro una forma para salvarte de ti mismo. Está bien, pequeño.

—Bueno —accedió Cordelia—. Pero si el sargento te acompaña.

Bothari le dirigió una mirada horrorizada. Aral se frotó el mentón con los ojos brillantes. Piotr pareció absolutamente desconcertado.

—Bien —dijo Miles—. ¿Podré tener mi propio caballo? ¿Puedo tener ése?

—No, ése no —replicó Piotr, indignado. Entonces agregó—: Tal vez un poní.

—Un caballo —insistió Miles, mirándolo fijamente.

Cordelia reconoció el estilo «negociación», que solía activarse ante la menor de las concesiones. El niño debería elaborar tratados con los cetagandaneses.

—Un poni —intervino ella, brindando a Piotr el apoyo que ni siquiera él sabía cuánto iba a necesitar—. Uno manso... y más bien bajo.

Piotr le dirigió una mirada desafiante.

—Tal vez puedas llegar a ganarte un caballo —le dijo a Miles—. Si aprendes bien.

—¿Puedo empezar ahora?

—Primero tienes que curarte ese brazo —dijo Cordelia con firmeza.

—No tengo que esperar hasta que esté curado del todo, ¿no es cierto?

—¡Te enseñaré a no correr por ahí rompiéndote los huesos!

Piotr dirigió a Cordelia una mirada de soslayo.

—En realidad, durante los inicios del entrenamiento no se permite utilizar los brazos hasta que se haya obtenido una buena postura.

—¿Sí? —dijo Miles, venerando cada una de sus palabras—. ¿Qué más...?

Cuando Cordelia se retiró en busca del médico que acompañaba al séquito del regente, Piotr ya había recuperado su caballo gracias a unos terrones de azúcar. Entonces comenzó a explicarle a Miles cómo hacer un cabestro con una cuerda, desde qué lado se debía montar un caballo y cómo colocar el cuerpo. El niño, que apenas llegaba a la cintura del anciano, lo absorbía todo como una esponja, apasionadamente atento a sus palabras.

—¿Quieres apostar quién estará montando qué caballo a finales de semana? —le dijo Aral al oído.

—No. Debo reconocer que los meses que Miles pasó inmovilizado en ese horrible tensor espinal le enseñaron cómo controlar a quienes te rodean a largo plazo, y de ese modo imponer tu voluntad. Me alegra que no haya escogido los gimoteos como estrategia. Es el pequeño monstruo más obstinado que jamás haya conocido, pero se las arregla para que uno no lo note.

—Creo que el conde ya está perdido —dijo Aral.

Cordelia esbozó una sonrisa y luego lo miró con ojos más serios.

—En una ocasión, cuando mi padre vino a casa con una licencia de Estudios Astronómicos Betaneses, fabricamos unos planeadores. Se necesitaban dos cosas para hacerlos volar. Primero había que correr para darles impulso. Luego debíamos soltarlos.

—Cordelia suspiró—. Lo más difícil de todo era saber cuándo soltarlos.

Piotr, el caballo, Bothari y Miles desaparecieron en el interior del establo. A juzgar por sus gestos, Miles estaba formulando preguntas en rápida sucesión.

Aral le sujetó la mano mientras se volvían para subir la colina.

—Creo que volará bien alto, querida capitana.

**FIN**

## APÉNDICE

Miles Vorkosigan/Naismith: Su universo y su época

Lois McMaster Bujold ambienta prácticamente todas sus novelas y narraciones en un mismo universo coherente, en el que se dan cita tanto los cuadrúmanos de EN CAÍDA LIBRE como los planetas y los sistemas estelares que presencian las aventuras de Miles Vorkosigan, su héroe más característico.

A continuación se ofrece un breve esquema argumental del conjunto de los temas que tratan los libros de ciencia ficción de Bujold publicados hasta hoy en Estados Unidos. La CRONOLOGÍA se refiere a la edad de Miles Vorkosigan y los HECHOS incluyen un brevísimo resumen de lo sucedido, con la única intención de situar el conjunto de las narraciones en un esquema general. La mayor parte de la información procede de datos aparecidos en la edición norteamericana de EL JUEGO DE LOS VOR, que no he dudado en modificar y completar por mi cuenta.

El apartado CRÓNICA hace referencia a las narraciones en las cuales se detallan las diversas aventuras. Se indica, en cada caso, el título original en inglés, la fecha de publicación de dicho original y una traducción del título que, muy posiblemente, coincida con la que utilizaremos en su edición española.

CRONOLOGÍA: Aproximadamente 200 años antes del nacimiento de Miles.

HECHOS: Se crean los cuadrúmanos por medio de la ingeniería genética. La gran corporación espacial Galac-Tech los explota como esclavos en el Habitat Cay. Los cuadrúmanos luchan por su libertad con ayuda del ingeniero Leo Graf.

CRÓNICA: Falling Free (abril de 1988, En caída libre)

CRONOLOGÍA: Durante la guerra entre Beta y Barrayar, pocos años antes del nacimiento de Miles.

HECHOS: Cordelia Naismith encuentra a lord Aral Vorkosigan mientras ambos militan en bandos opuestos de la guerra entre Beta y Barrayar. A pesar de las dificultades, se enamoran y se casan.

CRÓNICA: Shards of Honor (junio de 1986, Fragmentos de honor)

CRONOLOGÍA: Poco antes del nacimiento de Miles.

HECHOS: Ezar, el anciano emperador de Barrayar, fallece dejando a Aral Vorkosigan como regente hasta la mayoría de edad de Gregor, entonces un niño de cuatro años. Aral debe enfrentarse a diversos complotos contra el emperador y su misma regencia. Cuando Cordelia está embarazada se ve afectada por un intento fracasado de asesinar a Aral con gas venenoso y Miles Vorkosigan nace con diversos defectos físicos, entre ellos unos huesos frágiles y quebradizos. Su altura será, finalmente, la de un enano.

CRÓNICA: Barrayar (octubre de 1991, Barrayar)

CRONOLOGÍA: Miles tiene 17 años.

HECHOS: Miles fracasa al pasar las pruebas físicas del examen de ingreso en la Academia Militar. En un viaje posterior, la necesidad le lleva a improvisar y acaba creando la flota de los Mercenarios Libres Dendarii. Durante cuatro meses pasará por diversas aventuras, todas ellas involuntarias pero inevitables. Finalmente deja a los Dendarii en las competentes manos de Ky Tung y viaja a Beta para reconstruir la cara destrozada de la comandante Elli Quinn. Debe volver a Barrayar para desbaratar un complot contra su padre. El emperador en persona interviene para hacer que Miles ingrese en la Academia Militar.

CRÓNICA: The Warrior's Apprentice (agosto de 1986, El aprendiz de guerrero)

CRONOLOGÍA: Miles tiene 20 años.

HECHOS: Tras obtener la graduación de alférez, Miles debe encargarse de una de las responsabilidades que recaen en los nobles de Barrayar y actuar como detective y juez en un caso de asesinato.

CRÓNICA: «The Mountains of Mourning» (1989, Las montañas de la aflicción) incluida en Borders of Infinity (octubre de 1989, Fronteras del infinito)

CRONOLOGÍA: Miles sigue teniendo 20 años.

HECHOS: El primer destino militar de Miles finaliza con su arresto. Miles tiene que reunirse de nuevo con los Dendarii para rescatar al joven emperador de Barrayar. Finalmente, tras no pocas aventuras, el emperador acepta a los Dendarii como su ejército secreto personal.

CRÓNICA: The Vor Game (septiembre de 1990, El juego de los Vor)

CRONOLOGÍA: Miles tiene 22 años.

HECHOS: Miles envía a la comandante Elli Quinn (quien ha obtenido un nuevo rostro gracias a la cirugía betanesa) a una misión individual en la Estación Kline. La misión la llevará a encontrarse con Ethan Urquhart, biólogo procedente de Athos, un planeta prohibido a las mujeres y habitado sólo por hombres en peligro de extinción por una misteriosa crisis de origen genético.

CRÓNICA: Ethan of Athos (diciembre de 1986, Ethan de Athos)



CRONOLOGÍA: Miles tiene 23 años.

HECHOS: Convertido ya en teniente, Miles viaja con los Dendarii para rescatar y pasar de contrabando a un científico de Jackson's Whole. Los frágiles huesos de las piernas de Miles ya han sido reemplazados con materiales sintéticos.

CRÓNICA: «Labyrinth» (1989, Laberinto) incluida en Borders of Infinity (octubre de 1989, Fronteras del infinito)

CRONOLOGÍA: Miles tiene 24 años.

HECHOS: Miles y los Dendarii tienen la misión de rescatar al coronel Tremont de un campo de prisioneros de los cetagandaneses en el planeta Dagoola IV.

CRÓNICA: «The Borders of Infinity» (1987, Las fronteras del infinito) incluida en Borders of Infinity (octubre de 1989, Fronteras del infinito)

CRONOLOGÍA: Miles sigue teniendo 24 años.

HECHOS: Los cetagandaneses persiguen a la flota de los Dendarii que, al final, logra llegar a la Tierra para efectuar reparaciones. Miles tiene que hacer juegos malabares con sus dos identidades (teniente de Barrayar y comandante en jefe de los Mercenarios Dendarii), debe obtener fondos para reparar la flota y también desbaratar un complot que intenta reemplazarle con un doble. Ky Tung sigue en la Tierra. La comandante Elli Quinn es ahora el brazo derecho de Miles. Miles y los Dendarii parten para el Sector IV en una misión de rescate.

CRÓNICA: Brothers in Arms (enero de 1989, Hermanos de armas)

CRONOLOGÍA: Miles tiene 25 años.

HECHOS: Hospitalizado después de una misión, Miles verá sustituidos los rotos huesos de sus brazos por nuevos huesos de material sintético. Con Simón Illyan, jefe del Servicio de Seguridad Imperial de Barrayar, Miles desbarata un nuevo complot contra su padre mientras yace en su cama del hospital.

CRÓNICA: Borders of Infinity (octubre de 1989, Fronteras del infinito)

MIQUEL BARCELÓ

**FIN**